

ARGENTINA, ¿TIERRA PROMETIDA?

El barón de Hirsch y su proyecto de colonización judía

Haim Avni

COLECCIÓN UAI – INVESTIGACIÓN

UAI EDITORIAL

teseo 

ARGENTINA, ¿TIERRA PROMETIDA?

Haim Avni

Argentina, ¿Tierra Prometida?

El barón de Hirsch y su proyecto de colonización judía

**Traducción del hebreo y control de texto:
Florinda F. Goldberg**

Colección UAI – Investigación

UAI EDITORIAL

teseo 

Avni, Haim

Argentina, ¿Tierra Prometida?: el barón de Hirsch y su proyecto de colonización judía / Haim Avni. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad Abierta Interamericana, 2018. 406 p.; 20 x 13 cm.

Traducción de: Florinda F. Goldberg.

ISBN 978-987-723-188-5

1. Judíos. 2. Colonias Agrícolas. 3. Argentina. I. Goldberg, Florinda F., trad. II. Título.

CDD 907.2

© UAI, Editorial, 2018

© Editorial Teseo, 2018

Teseo – UAI. Colección UAI – Investigación

Buenos Aires, Argentina

Editorial Teseo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a: **info@editorialteseo.com**

www.editorialteseo.com

ISBN: 9789877231885

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

Autoridades

Rector Emérito: Dr. Edgardo Néstor De Vincenzi

Rector: Dr. Rodolfo De Vincenzi

Vice-Rectora Académica: Dra. Ariana De Vincenzi

Vice-Rector de Gestión y Evaluación:

Dr. Marcelo De Vincenzi

Vice-Rector de Investigación: Dr. Mario Lattuada

Vice-Rector de Extensión Universitaria: Ing. Luis Franchi

Vice-Rector de Administración: Dr. Alfredo Fernández

Decano Facultad de Derecho y Ciencias Políticas:

Dr. Marcos Córdoba

Comité editorial

Lic. Juan Fernando ADROVER

Arq. Carlos BOZZOLI

Mg. Osvaldo BARSKY

Dr. Marcos CÓRDOBA

Mg. Roberto CHERJOVSKY

Dra. Ariana DE VINCENZI

Dr. Roberto FERNÁNDEZ

Dr. Fernando GROSSO

Dr. Mario LATTUADA

Dra. Claudia PONS

Los contenidos de los libros de esta colección cuentan con evaluación académica previa a su publicación.

Presentación

La Universidad Abierta Interamericana ha planteado desde su fundación en el año 1995 una filosofía institucional en la que la enseñanza de nivel superior se encuentra integrada estrechamente con actividades de extensión y compromiso con la comunidad, y con la generación de conocimientos que contribuyan al desarrollo de la sociedad, en un marco de apertura y pluralismo de ideas.

En este escenario, la Universidad ha decidido emprender junto a la editorial Teseo una política de publicación de libros con el fin de promover la difusión de los resultados de investigación de los trabajos realizados por sus docentes e investigadores y, a través de ellos, contribuir al debate académico y al tratamiento de problemas relevantes y actuales.

La *colección investigación TESEO* - UAI abarca las distintas áreas del conocimiento, acorde a la diversidad de carreras de grado y posgrado dictadas por la institución académica en sus diferentes sedes territoriales y a partir de sus líneas estratégicas de investigación, que se extiende desde las ciencias médicas y de la salud, pasando por la tecnología informática, hasta las ciencias sociales y humanidades.

El modelo o formato de publicación y difusión elegido para esta colección merece ser destacado por posibilitar un acceso universal a sus contenidos. Además de la modalidad tradicional impresa comercializada en librerías seleccionadas y por nuevos sistemas globales de impresión y envío pago por demanda en distintos continentes, la UAI adhiere a la red internacional de acceso abierto para el conocimiento científico y a lo dispuesto por la Ley n°: 26.899 sobre *Repositorios digitales*

institucionales de acceso abierto en ciencia y tecnología, sancionada por el Honorable Congreso de la Nación Argentina el 13 de noviembre de 2013, poniendo a disposición del público en forma libre y gratuita la versión digital de sus producciones en el sitio web de la Universidad.

Con esta iniciativa la Universidad Abierta Interamericana ratifica su compromiso con una educación superior que busca en forma constante mejorar su calidad y contribuir al desarrollo de la comunidad nacional e internacional en la que se encuentra inserta.

Dra. Ariadna Guaglianone
Secretaría de Investigación
Universidad Abierta Interamericana

Índice

Introducción	17
1. El barón Maurice de Hirsch y su proyecto	25
2. El “gran día” en la historia del proyecto	71
3. Continuidad y cambios	125
4. Las colonias de la JCA: los primeros años	161
5. Las nuevas colonias	229
6. Época de crisis	289
7. El proyecto del Barón: de la visión a la implementación ..	329
8. Los logros del proyecto	357
Epílogo	389
Fuentes documentales y bibliografía.....	393

A los miembros del equipo de voluntarios que, bajo la dirección de Moshé Goler y la coordinación de Teodoro Bar Shalom, ordenaron y clasificaron todas las colecciones de documentos sobre los judíos en América Latina conservadas en el Archivo Sionista Central y en el Archivo Central para la Historia del Pueblo Judío en Jerusalén.

La labor, el empeño y la eficiencia de los voluntarios hicieron por fin accesibles esos documentos a los investigadores de las comunidades e instituciones en esos países.

Introducción

Dos estructuras económicas y sociales, alejadas y diferentes entre sí, forman el trasfondo de este estudio: la de la República Argentina y la de la colectividad judía europea. Los eventos históricos que fueron forjando la imagen material y espiritual de cada una de ellas corrieron por cauces diferentes hasta su punto de encuentro en las postrimerías del siglo XIX. En este periodo, comenzó el contacto entre ambas estructuras, y el factor que generó ese encuentro fue el proyecto de colonización agrícola de cuya historia se ocupa este libro.

El último cuarto del siglo XIX europeo fue un periodo tormentoso y apremiante que determinó mucho de la historia judía hasta nuestros tiempos. El signo dominante de dicho periodo fue la hostilidad hacia los judíos. En la década previa a 1860, en Europa occidental y central, esa hostilidad pareció ceder ante procesos conducentes a una real aceptación de los judíos en términos igualitarios dentro de la sociedad general y de la economía. En Europa oriental, casi toda ubicada dentro de las fronteras del Imperio Ruso, los judíos tenían prohibido salir de la “Zona de Residencia” (las regiones occidentales, conquistadas de Polonia y Lituania a fines del siglo XVIII) y habitar en las áreas originales del Imperio, que hasta esa conquista no tenía población judía alguna. A comienzos de la década de 1860, esas limitaciones se aligeraron para grupos selectos de judíos “útiles”. Ello generó la esperanza de que el liberalismo estaba llegando también a Rusia y habría de derretir los

hielos del feudalismo tradicional. Pero esa aparente primavera resultó efímera y generó, por el contrario, una fuerte reacción, la que a su vez provocó corrientes y posiciones que se enfrentaban al régimen zarista. Ciertos grupos del poder estatal decidieron desviar hacia la población judía la amargura popular contra el gobierno, que alimentaba la actividad revolucionaria. La consecuencia fue una ola de violentos disturbios que, a comienzos de los años ochenta, se difundieron por muchas áreas de la “Zona de Residencia”. Les siguió, en el mes de mayo de 1882, una nueva ola de legislación antijudía.

Se calcula que a mediados del siglo XIX vivían en Rusia unos 2.350.000 judíos, población cuyo rápido crecimiento demográfico la llevó, según el censo oficial de 1897, a no menos de 5.215.805 personas.¹ Semejante incremento, en el marco de una continuada inestabilidad social que destruía sistemáticamente áreas de existencia y subsistencia sin crear otras nuevas, convirtió a las masas judías en “sobrantes” en sus regiones de residencia. La ausencia de un desarrollo industrial intensivo para esa población, que le ofreciera empleo y, junto con ello, la imposibilidad legal de emigrar a otras zonas del inmenso imperio zarista, colocaron a centenares de miles de judíos (artesanos, pequeños comerciantes y jornaleros) ante la alternativa de permanecer en una situación de total pobreza o emigrar a otros países. En consecuencia, a medida que se fueron profundizando en Rusia el odio a los judíos y la miseria de estos, fue creciendo el número de quienes cruzaban las fronteras imperiales en dirección a Occidente.

En varios países de Europa central y occidental, los judíos se habían beneficiado progresivamente en el siglo XIX con la así llamada “emancipación”, la obtención de plenos derechos

¹ JCA-Recueil (p. 24).

civiles. Sin embargo, en la década de 1880 resurgió el odio a los judíos, cuando también allí los antisemitas modernos decidieron utilizar —como instrumento en su juego político y sus luchas partidarias— la hostilidad arraigada en la conciencia colectiva, alimentando sus rescoldos hasta convertirla en una nueva llama. Este explosivo retorno del antiguo odio causó una profunda decepción a los judíos de Alemania y del Imperio Austrohúngaro, y también a los de Francia, decepción de hecho mayor que la experimentada por los judíos rusos, ya que aquellos estaban convencidos de que su estatus de ciudadanos igualitarios constituía un hecho irreversible.

Uno de los argumentos esgrimidos por los antisemitas en Alemania y en Austria-Hungría, ya a partir de 1880, era el peligro de una “invasión judía” desde Europa oriental, que incrementaría la presencia y el poder de las comunidades judías locales. Efectivamente, un número cada vez mayor de judíos provenientes de Europa oriental procuraba establecerse en los países de Europa occidental. En Prusia ese crecimiento llevó, ya en 1885, a la decisión de expulsarlos fuera de las fronteras del imperio, pero la inmigración se renovó y acrecentó tras la expulsión. A su vez, para los judíos en los países del centro y oeste de Europa, el arribo de los refugiados rusos se convirtió en un desafío multifacético. Por una parte, no podían desentenderse de sus hermanos; y las pautas éticas de la solidaridad y la ayuda mutua propia del judaísmo los comprometían a brindar apoyo a sus correligionarios perseguidos. Por la otra, temían que el creciente número de inmigrantes orientales minara las bases de su propia existencia. De este modo, el problema emigratorio de los judíos de Europa oriental se convirtió en un problema inmigratorio para los judíos de Europa occidental, que requería renovadas estrategias de organización y orientación.

En el último cuarto del siglo XIX, llegaron a su fin los procesos de consolidación estatal y territorial de la República Argentina. La Constitución, cuyo modesto comienzo se hallaba en la Declaración de la Independencia del 9 de julio de 1816 y cuyo formato se consolidó en mayo de 1853, se convirtió en la década de 1880 (tras la derrota de la rebelión de la Provincia de Buenos Aires) en la Constitución Nacional, y la ciudad de Buenos Aires fue declarada Capital Federal de la República. Paralelamente, desde fines de los años setenta hasta adentrados los ochenta, las campañas de “Conquista del Desierto” ampliaron el control efectivo del Estado sobre territorios que hasta ese momento solo habían figurado teóricamente dentro de sus fronteras. Todo el “océano de tierras” desde Tierra del Fuego hasta Chaco y Formosa estaba a disposición del gobierno federal y, en parte, también de los gobiernos provinciales. En la misma época, también dieron comienzo cambios fundamentales en la economía del país. El éxito de los primeros intentos de transportar carnes congeladas en buques provistos de frigoríficos, por una parte, reveló a los mercados europeos y particularmente al británico la existencia de un proveedor nuevo y barato; y por la otra, abrió ante los ganaderos argentinos un mercado casi ilimitado. Al mismo tiempo, se descubrió el enorme y hasta entonces desaprovechado potencial agrícola del país. El cultivo y la exportación de trigo, seguido de otros cereales, se fueron incrementando de manera vertiginosa. Este desarrollo fue posibilitado, en buena medida, por la construcción de la red ferroviaria en Argentina.

El desarrollo económico, sumado a la falta de población tanto en los nuevos territorios bajo control del Estado como, inclusive, en las provincias tradicionales, convencieron a los planificadores políticos argentinos de la urgente necesidad de poblar el país mediante el estímulo a la

inmigración. La Constitución de 1853, basada en los principios del liberalismo, ya había establecido explícitamente la libertad de cultos y había otorgado igualdad de derechos al inmigrante. A ello se sumó, en la década de 1870 y sobre todo en las de 1880 y 1890, el reconocimiento por parte de los propietarios de tierras del simple hecho de que, sin una mano de obra estable que las trabajara, el valor de las mismas no se acrecentaría. La urgente necesidad de nuevos trabajadores se unió a los existentes ensayos de estímulo a la inmigración, y en 1876, por iniciativa del presidente Nicolás Avellaneda, se aprobó la Ley 817 de Inmigración y Colonización. Dicha ley determinaba el establecimiento de un Departamento de Inmigración, cuya función incluía, por una parte, llevar a cabo en Europa actividades de propaganda en favor de la inmigración a Argentina, y, por la otra, ocuparse de los inmigrantes a su llegada. Este marco administrativo se convirtió rápidamente en el principal motor del incremento de la inmigración a la Argentina.

Los resultados de esa política intencional de inmigración se hicieron rápidamente visibles dentro de la población argentina. Con su ayuda, arribaron al país también grupos no católicos. En los campos, en las ciudades y principalmente en Buenos Aires se establecieron personas de distintas nacionalidades y culturas, y con ellas dio comienzo la formación de una nueva textura social, heterogénea y cosmopolita.

A comienzos de la década de 1880, la Argentina era pues un país joven, escasamente poblado y en desarrollo, cuya Constitución invitaba al inmigrante a integrarse en él y le prometía igualdad de derechos y tolerancia religiosa, en el seno de una sociedad en formación cuyos miembros variaban en origen y costumbres. Todo ello era sumamente nuevo en ese lugar y en ese momento, pero la era de crecimiento y el fortalecimiento económico en que había

ingresado la Argentina infundió en sus dirigentes la convicción de que por ese camino el país se convertiría, en muy poco tiempo, en uno de los más pujantes y exitosos del continente americano.

Si bien judíos individuales conocieron las condiciones de inmigración a la Argentina ya a mediados del siglo XIX y fueron arribando al país en forma privada, cada uno según sus circunstancias, la migración a Argentina no pasó a formar parte de la historia del pueblo judío hasta que el barón Maurice de Hirsch decidió encaminar hacia dicho país su proyecto de colonización agrícola. Tanto las voces de quienes apoyaban su elección de Argentina, como las de quienes advertían en contra de la misma, lograron en conjunto que el nombre y la realidad del país sudamericano se convirtieran en familiares para los judíos de Europa oriental y las instituciones judías de Europa occidental.

En el presente estudio, examinaremos muy detalladamente el desarrollo de las ideas y los programas del barón Hirsch destinados a solucionar los problemas de los judíos del Imperio Ruso, y veremos sus posibilidades de aceptabilidad por parte de la sociedad y el gobierno de la República Argentina. Acompañaremos en forma sistemática las primeras etapas de la colonización, su distribución geográfica en el país, la evolución del programa y los logros alcanzados hasta 1896, año del fallecimiento del Barón. En las conclusiones, evaluaremos el lugar que ocupa el proyecto en la historia de las migraciones judías a finales del siglo XIX, y la medida de su éxito en tanto conformación de un modelo de productivización de los judíos; es decir, del cambio en su desempeño económico y profesional mediante su transformación en agricultores arraigados a su tierra. Examinaremos, por una parte, el significado del proyecto en

el marco de la colonización estatal en Argentina, y, por la otra, su contribución a la consolidación de la colectividad judía en el país.

Dado que nuestro foco es el barón Hirsch en tanto fundador y conductor del proyecto, nos ocuparemos también de una pregunta relacionada con la filantropía en general: ¿en qué medida es capaz un individuo —poseedor de una gran fortuna y de una gran experiencia organizativa y financiera, dispuesto a consagrar la mayor parte de su capital y de su tiempo a un intento de crear y consolidar una solución válida a sus ojos para un problema que afecta masas enteras— de realmente influir en la historia de esas masas?

Este libro cumple con una deuda, que su autor venía postergando, con el público de idioma español y ante todo el argentino, y con el público judío en general. Mi libro *Argentina y las migraciones judías. De la Inquisición al Holocausto y después*, publicado en 1983 y reeditado en 2005, se basó para el periodo aquí tratado en las secciones correspondientes de un volumen publicado anteriormente en hebreo.² Gracias a la mediación de Iván Cherjovsky ante la Universidad Abierta Interamericana, y al presupuesto que puso a mi disposición la Universidad Hebrea de Jerusalén, puedo saldar ahora esa deuda y poner esta investigación en manos de su destinatario natural. La ventaja de la demora es que para la presente publicación pude realizar los cambios básicos y las actualizaciones exigidas por el tiempo transcurrido y el público al que me dirijo. En esto disfruté ante todo de la colaboración de Florinda

² Avni, 2005 (pp. 42-45, 65-71, 76-102).

F. Goldberg, quien además de traducir el texto me prestó sus “ojos argentinos” para las aclaraciones y los énfasis que resultaban necesarios.

La innovación de la presente versión reside en que se basa ante todo en el rico material documental sobre el barón Hirsch y la Jewish Colonization Association reunido primero en su centro de París y luego en Londres, y en los documentos de la oficina central de la JCA en Buenos Aires. A ellos se sumaron materiales importantes provenientes de otras fuentes. Por ello, recomiendo al lector comenzar por las aclaraciones que figuran bajo el título “Archivos citados”, donde se explican las fuentes y el estado actual de cada uno de los materiales.

Felicito a la conducción de la UAI y al editor por su iniciativa de publicar la serie sobre la historia de la colonización judía en Argentina, que incluía hasta el momento los libros de Iván Cherjovsky y Yehuda Levin, y a la que se suma el presente volumen. Reunidos, estos estudios conforman un digno monumento a la singularidad del judaísmo argentino, tanto dentro de la historia argentina como dentro de la historia del pueblo judío.

Mi profundo agradecimiento a Florinda F. Goldberg; a Iván Cherjovsky; a Yaacov Rubel, quien me ayudó a ubicar importantes materiales en Buenos Aires; a la directora del archivo del IWO en Buenos Aires, Silvia Hansman; a Denise Rein, coordinadora de la documentación latinoamericana en el Archivo Central de la Historia del Pueblo Judío en Jerusalén. Y a mi esposa Esther, paciente socia de mis tareas en esta investigación a lo largo de todos sus avatares y de tantas otras.

Haim Avni
Jerusalén, julio de 2018

El barón Maurice de Hirsch y su proyecto

En el cruce entre la Rue de l'Elysée y la Avenue Gabriel, en el Distrito VIII de París, se alzaba una espléndida mansión. Frente a ella, se extendían los jardines del Palacio del Elíseo; la rodeaban magníficos parques y avenidas mundialmente famosas por su belleza. Una verja estilizada circunvalaba la mansión; un artístico portón de hierro forjado se abría para permitir el acceso de los carruajes al ornamentado patio interior. De la puerta de entrada del edificio partía una amplia y espléndida escalinata, bordeada a ambos lados por esculturas de mármol. En lo alto de la escalinata, se erguía sobre la pared el torso de un ciervo de enorme cornamenta, emblema familiar de los dueños de casa: el barón Maurice de Hirsch y su esposa, la baronesa Clara Bischoffschein.³

Desde su despacho ubicado en el segundo piso, regía el Barón sus dos “imperios”, producto de los esfuerzos de toda su vida. Uno de ellos era el ramificado complejo comercial y financiero que incluía negocios bancarios y bursátiles, e inversiones en redes ferroviarias y otras empresas de avanzada, el cual abarcaba geográficamente la mayor parte de Europa y aun territorios fuera del continente. El segundo consistía en una red de emprendimientos filantrópicos, también extendida por casi toda

³ Véase *Monographie du palais...* El Hôtel de Hirsch es actualmente un anexo del Palacio del Elíseo que aloja oficinas de la presidencia de Francia.

Europa, pero cuyo principal foco se hallaba precisamente en otras regiones del mundo. El primer “imperio” hizo del Barón un objeto de frecuentes caricaturas que a menudo criticaban sin piedad sus grandes negocios. El segundo “imperio” difundió su solemne retrato, inconfundible por el gran bigote que le ocultaba los labios, en las paredes de las humildes viviendas de los judíos en Polonia, Rusia y el Imperio Austrohúngaro y, con el tiempo, también en Argentina.

Todos los días, el Barón pasaba largas horas en su despacho parisino dictando decenas de cartas, analizando y evaluando informes y documentos, y tomando importantes decisiones. Su trabajo continuaba también durante sus frecuentes viajes y sus estadías breves o prolongadas en sus otras residencias fuera de París, donde lo acompañaban a menudo sus asistentes y secretarios, cuya ayuda le permitía continuar sus contactos epistolares con personas e instituciones de todo tipo. De ese modo, los problemas financieros, las intrigas políticas y las complejas relaciones sociales de que se ocupó tuvieron expresión en innumerables documentos, tanto oficiales como personales, y particularmente en la enorme correspondencia en la que el Barón invirtió lo mejor de su energía. Ese material debería haber brindado al investigador de su biografía un cuadro sumamente fiel tanto de los detalles de su actividad como de su carácter y personalidad. Pero de esa rica documentación —con la excepción de la correspondencia relacionada con la Jewish Colonization Association (JCA), la institución que creó para concretar sus programas de emigración de judíos europeos y su asentamiento en Argentina— no se ha conservado casi nada.

En sus cartas, el Barón procuraba manifestar sus ideas y sus decisiones de la manera más exacta y clara posible. Era muy escrupuloso en cuestiones de estilo y redacción,

y exigía lo mismo de sus asistentes. Por ello, hay algo de irónico y aun trágico en el hecho de que quienes se ocupan de su vida en la actualidad, aun después de afanosas y agotadoras búsquedas de documentos originales, puedan solo presentar a sus lectores escasas piezas de ese rico mosaico, tomadas de fuentes ajenas.⁴

1. El magnate

El 13 de agosto de 1818, el abuelo de Maurice de Hirsch, Jacob Hirsch, vio realizado el más ambicioso de sus propósitos: el rey de Baviera, Maximiliano I, aceptaba su solicitud y le concedía un título de nobleza. A partir de ese momento, tenía derecho a agregar a su apellido el nombre de la propiedad que había adquirido tres años antes y llamarse Jacob Hirsch auf Gereuth. De ese modo, se convirtió en uno de los pocos judíos alemanes poseedores de un título nobiliario. Como emblema de su nuevo estatus, adoptó el blasón de una familia extinguida de la nobleza bávara.

Cuando nació Maurice, trece años después, el 9 de diciembre de 1831, los Hirsch ya habían consolidado su nueva posición social y se habían establecido en Munich. El banco familiar, todavía dirigido por el anciano abuelo, pasó gradualmente a manos de su hijo Joseph, al tiempo que su patrimonio continuaba acrecentándose. En cuanto al otro aspecto de la vida familiar, los valores judaicos, no desapareció con el título de nobleza. Tanto Jacob Hirsch como sus hijos Joel, quien vivía en Wirtzburg, y Joseph, el padre de Maurice, mantuvieron un estilo de vida judío

⁴ *El Moisés de las Américas*, de Dominique Frischer, constituye un ejemplo de esta carencia: entre sus numerosas y variadas fuentes, que incluyen documentos importantes de la baronesa Clara, casi no figuran escritos del Barón. Lo mismo vale para Grunwald, Adler-Rudel, Lee y Norman.

tradicional y se ocuparon de la educación judía de sus hijos, y lo mismo hizo la madre de Maurice, Caroline Wertheimer. Sin embargo, no hallamos huellas de esa influencia en la vida del joven Maurice, quien no mostraba interés en el cumplimiento de los preceptos judaicos. Pero, sin duda, la atmósfera familiar dejó huellas positivas en su personalidad, y en esa tradición podemos hallar una explicación, al menos parcial, de su orgullo judío y de su entrega a los asuntos judíos.

A los veinte años, Maurice estaba radicado en Bruselas, con un cargo en el importante Banco Bischoffsheim-Goldschmidt, del que eran socios los parientes de su madre, e involucrado en el especial círculo de los banqueros judíos que en esa época ocupaban un lugar destacado en la febril actividad financiera de Europa occidental. En 1851, ya poseía una sólida experiencia en inversiones comerciales y financieras, de las que se había comenzado a ocupar con alcances limitados desde los 17 años. Para su notable talento en esa compleja área, ese banco le ofrecía desafíos especiales. En esa época también estableció relación con la que sería su esposa, Clara, hija del principal socio del banco, Jonathan Raphael Bischoffsheim, con la que se casó en 1855. En Clara halló Maurice de Hirsch una compañera noble, refinada y sumamente instruida, quien además poseía, junto con cierta experiencia en el mundo bancario —adquirida en los tiempos en que acompañaba a su padre durante sus viajes—, una especial sensibilidad ante los proyectos filantrópicos judíos. A partir de su boda, Maurice contó no solo con los grandes recursos de su propia familia, sino también con los provenientes de la dote de su esposa; y sobre todo, con un estatus sumamente respetable que incluía numerosas y complejas relaciones sociales y comerciales.

Poco después de su casamiento, el joven Barón se involucró en la construcción de vías ferroviarias locales (rubro en el que ya poseía cierta experiencia) y, junto con su cuñado, Ferdinand Bischoffsheim, creó en Bruselas el Banco F. Bischoffsheim-De Hirsch. En los trece años siguientes, Maurice llevó a cabo una larga serie de operaciones financieras que acrecentaron aún más su fortuna y su reputación. Todo ello constituyó el antecedente del mayor emprendimiento comercial asociado con su nombre: la construcción del ferrocarril en la zona europea de Turquía.

En 1869, el Barón obtuvo la concesión para construir la red ferroviaria entre Constantinopla y Europa occidental, hecho que lo ubicó en uno de los principales focos de pugna entre las potencias europeas. Efectivamente, la conexión entre Turquía y Occidente interesaba particularmente a Austria, era apoyada por la Alemania de Bismarck y tal vez también, indirectamente, por Inglaterra. Pero por eso mismo, el proyecto irritaba a Rusia, y sus representantes no ahorraron esfuerzos para impedir su concreción. Todo ello provocó una serie de dificultades que el Barón tuvo que enfrentar a fin de evitar el fracaso del emprendimiento.⁵

No fue menor la lucha que lo esperaba en cuanto a la financiación del mismo. El trazado de unos 2.500 km de vías férreas en una zona desconocida como eran entonces los Balcanes, donde continuamente estallaban rebeliones y chocaban entre sí intereses nacionales y religiosos locales, aparecía a ojos de muchos inversores como un operativo osado y problemático. Otros desistieron de participar en la empresa porque al frente de la misma se hallaba una persona que no se contaba en la primera fila del mundo

⁵ Véase en Frischer (pp. 130-167) el relato detallado del episodio del ferrocarril oriental. Véase también Grunwald (pp. 28-62).

de los negocios europeos. Por ello, el Barón se vio forzado a establecer sociedades con diversos aliados, a fin de que los recursos reunidos fueran suficientes para solventar la inversión exigida del concesionario según el acuerdo firmado con Turquía.

En poco tiempo, estas operaciones financieras convirtieron al barón Maurice de Hirsch en uno de los potentados más famosos de Europa. La estridente propaganda de los bonos populares emitidos en Turquía para la financiación del proyecto, sus repercusiones en la opinión pública europea, los miles de compradores de los bonos, los principales magnates y políticos de Europa, todo ello incidió en el operativo, en cuyo centro estuvo ubicado el Barón durante muchos años.

En 1871, cuando se hallaban en su apogeo los trabajos de construcción de las vías férreas principales y secundarias, Turquía anunció sorpresivamente que se retiraba de su acuerdo con el Barón. Ello era consecuencia de las intrigas del conde Ignatiev, el embajador de Rusia, cuyos manejos produjeron la supresión del tramo básico del proyecto, la línea ferroviaria entre Constantinopla y Viena. En octubre de 1875, Turquía anunció la suspensión de pagos, y miles de propietarios de bonos, ante la pérdida de sus inversiones, dirigieron su mirada hacia el Barón e inclusive intentaron demandarlo.⁶

⁶ Grunwald (p. 38) menciona, a partir de una fuente indirecta, que el Barón habría afirmado que de la venta de los bonos obtuvo 254.545.454 francos; e indica que, según otro cálculo, la venta alcanzó entre 280 y 290 millones de francos.

2. El gentilhombre y el filántropo

En la era del imperialismo europeo, los títulos de nobleza y los recursos monetarios de los que dispuso el Barón ya al principio de su camino le otorgaban un estatus respetable dentro de uno de los estamentos inferiores de la “nobleza del dinero”. Pero sus ambiciones apuntaban más alto y, efectivamente, sus éxitos comerciales lo condujeron a los estratos más elevados de la sociedad europea, haciendo de él una encarnación del arquetipo ideal de la época industrial: la persona que prospera por sus propios medios.

Para reforzar su posición en la alta sociedad, y también para satisfacer su gusto por la buena vida, el Barón se dedicó a adquirir bienes suntuosos, de los cuales su palacio en la Rue de l’Elysée fue el principal, si bien no el único. En cada una de las mansiones que compró en distintos sitios de Europa, su estilo de vida exhibía tanto su riqueza como su inclinación hacia los placeres propios de su círculo social. En sus fincas rurales organizaba prolongadas cacerías a las que invitaba a personalidades importantes de toda Europa. Asimismo disfrutaba del deporte y las carreras de caballos. Todo ello le valió una posición sólida también en las altas esferas de la sociedad británica; el Príncipe de Gales (quien sería el rey Eduardo VII) era uno de sus amigos personales.⁷

Vale la pena destacar que su prodigalidad en los eventos sociales contrastaba notablemente con su tendencia a economizar en los gastos domésticos y a someter a sus asistentes a escrupulosas demandas en ese sentido, aun en cuestiones menores. Y también, que su condición de “ciudadano de Europa” —forjada mediante sus relaciones personales, así como en sus frecuentes viajes de París a

⁷ Véase Frischer (pp. 219-236).

Londres o a Cannes, y de allí a sus extensas propiedades en Moravia y Hungría— estaba acompañada por la carencia de una lealtad local definida.

Sobre el trasfondo de su cosmopolitismo y su arraigo a los estratos elevados de la sociedad europea, se destacaba el carácter peculiar de su actividad filantrópica. Sus donaciones en dinero en Europa y el Nuevo Mundo superaron las de los filántropos más famosos de su tiempo, con la peculiaridad de que el grueso de las mismas estuvo destinado a los judíos.

En un principio, en la década de 1870, su generosidad se orientó hacia las comunidades judías cuyo sufrimiento conoció durante sus estadias en las regiones balcánicas del Imperio Turco. Pero en 1887, los proyectos filantrópicos del Barón, siempre con el apoyo de la baronesa Clara, experimentaron un giro radical a consecuencia de un durísimo golpe que modificó su estilo de vida. Su único hijo, Lucien—quien, a diferencia de su padre, se dedicaba al arte—, murió de pulmonía a los 31 años. Los angustiados padres hallaron un desahogo a su dolor en proyectos filantrópicos. Aun cuando estos no llevaron el nombre del hijo perdido, todo indica que fueron impulsados por el deseo de preservar su memoria. En su respuesta a una carta de condolencia, escribió el Barón que el lugar de su heredero sería ahora ocupado por “la humanidad”. Efectivamente, a partir de ese momento comenzó a alejarse paulatinamente de los negocios, y al cabo de tres años ya dedicaba todo el tiempo que le dejaban libre sus compromisos sociales a la conducción de los fondos de beneficencia por él establecidos.

Si bien sus donaciones estuvieron también orientadas a instituciones de ayuda social y médica en el marco de la sociedad general—por ejemplo, hospitales en Londres—, las mismas, aun siendo muy importantes en cifras, no pueden compararse con su actuación en el área judía.

Los ataques antisemitas que tenían lugar en Europa oriental y el temor a su expansión —que figura explícitamente en sus escritos—, intensificaron su identificación y su sentido de responsabilidad para con los judíos. Esas fueron las circunstancias en que se conformaron sus amplios programas, cuya concreción había de probar no solo su generosidad material y la singularidad de sus métodos de beneficencia, sino también sus ideas y actitudes ante los problemas centrales en la historia del pueblo judío. Fue en este contexto que Argentina se convirtió en el objetivo central de su actividad filantrópica, frente al cual parecen disminuir todas las otras.

La persona que dirigió la atención del Barón hacia la República Argentina fue el Dr. Wilhelm Loewenthal.

3. Las propuestas de Wilhelm Loewenthal

Cuando el Barón lo conoció, el Dr. Wilhelm Loewenthal era un hombre de 40 años, elevada estatura y cuidada barba negra, con un estilo de vida muy matizado e interesante. Nacido en Rumania en 1850, cursó estudios de Medicina e Higiene en Berlín. Durante varios años, fue médico privado de príncipes rusos en el Cáucaso. Bajo la conducción de Robert Koch y otros especialistas, realizó investigaciones en bacteriología, y sostenía haber contribuido sustancialmente a la cura del cólera. También se ocupaba de cuestiones de higiene, sobre las cuales publicaba notas en periódicos, y hasta tomó parte en las luchas por la emancipación de la mujer. Como hombre de ciencia mantenía estrechas relaciones con investigadores, y como hombre público desarrollaba contactos con figuras prominentes en Berlín y París. Si bien nunca negó su origen judío, se había alejado de las costumbres de su pueblo; se declaraba

partidario de una “religión espiritual” y no de una “primitiva” religión de “letras muertas”. Su diario personal muestra que las grandes festividades judaicas (el Año Nuevo y el Día del Perdón) eran para él simples días de trabajo. En sus proyectos, consideraba la cría de cerdos por parte de judíos como una tarea normal. Por todo ello, muchos suponían que no había nacido judío o bien que se había convertido. Sin embargo, se sentía cercano a los asuntos judíos, mantenía estrechas relaciones con activistas judíos en Berlín y París, era amigo del escritor Max Nordau (que sería más tarde un destacado dirigente sionista), y por sobre todo se compadecía del sufrimiento de los judíos de Europa oriental, en cuyo idioma hablaba e inclusive pensaba.⁸

En julio de 1889, Loewenthal se hallaba ultimando los preparativos para un viaje de inspección a regiones de Argentina, invitado por la Cancillería de dicho país. Al parecer, dicha invitación se relacionaba con un ambicioso proyecto del gobierno argentino, que se proponía obtener de los mercados financieros de Europa grandes capitales e incrementar la inmigración de agricultores.

Según la Ley de Inmigración y Colonización de 1876, el gobierno estaba autorizado no solo a adoptar medidas administrativas que incentivaran y ampliaran la inmigración, sino también a llevar a cabo operativos de poblamiento, tanto estatales como de emprendedores privados. Los proyectos privados podían recibir concesiones sobre terrenos de 16 leguas cuadradas cada uno (40.000

⁸ Véase la biografía del Dr. Wilhelm Loewenthal en Winger (vol. IV); y véase Schallman, 1964[b] (p. 18). Sobre su actitud ante la religión, véase JCA/LON (302), carta N° 18 del Barón a Loewenthal, 22.10.1891.

hectáreas),⁹ a condición de que los mismos absorbieran por lo menos a 140 familias en parcelas de 50 hectáreas cada una. En regiones donde no se habían realizado aún mediciones de terrenos, la ley permitía que empresas privadas recibieran concesiones sobre extensiones dobles, es decir, 32 leguas cuadradas (80.000 hectáreas), a condición de que realizasen las mediciones requeridas y establecieran en cada unidad territorial a un mínimo de 250 familias. De acuerdo a esta ley, en las décadas de 1870 y 1880 se entregaron enormes extensiones territoriales a empresas privadas de poblamiento. El proceso culminó el 21 de septiembre de 1889 con un decreto del presidente Juárez Celman aprobado por unanimidad en la Cámara de Diputados, por el cual se ofreció en los mercados europeos la enorme superficie de 24.000 leguas cuadradas (60.000.000 de hectáreas) en los territorios nacionales en el sur y el norte del país. Los compradores podrían adquirir, según esa ley, unidades de hasta 300 leguas cuadradas, a condición de poblar cada unidad de 16 leguas con por lo menos 500 personas.¹⁰ El objetivo primario del gobierno argentino era recibir de esta operación 120 millones de pesos oro, pero su justificación oficial era la posibilidad de atraer al país a 700.000 inmigrantes.

Este fomento a la inmigración despertó en distintas capitales europeas una ola de indignación, debido al tratamiento vergonzoso que recibían muchos inmigrantes que ya habían llegado a Argentina. Los representantes de las

⁹ La legua cuadrada es una unidad de superficie de distintos valores en diferentes lugares, aun dentro de un mismo país. Aquí la utilizamos como legua kilométrica equivalente a 2.500 hectáreas. Sobre las condiciones requeridas para la colonización, véanse art. 98 y art. 104 de la Ley 817 de Inmigración y Colonización del 19.10.1876.

¹⁰ Véase el decreto de Juárez Celman (21.9.1889) y la Ley 2.641 (15.10.1889) en *Tierras, Colonias y Agricultura* (pp. 203, 205). El 12.7.1890 fue revocada la limitación de 30 leguas por comprador (ibídem, p. 212).

empresas comerciales de poblamiento y los distintos agentes oficiales de inmigración que actuaban en Europa contaban a los candidatos maravillas sobre “hacer la América”, pero al arribar al país los inmigrantes se encontraban sujetos a duros y vergonzosos abusos. Estos casos constituyeron un tema destacado de actividad diplomática y consular por parte de sus diversos países de origen, algunos de los cuales llegaron a adoptar medidas extremas. En febrero de 1889, el Ministerio de Asuntos Exteriores español protestó contra la estafa sufrida por inmigrantes establecidos en “centros agrícolas” en la provincia de Buenos Aires. En mayo de ese mismo año, el Ministerio del Interior francés publicó una circular con el objeto de detener la inmigración a Argentina. En octubre, Inglaterra abrió en Rosario una oficina cuyo objetivo era defender los derechos de sus inmigrantes. Estas protestas preocuparon, al parecer, al gobierno argentino, especialmente en una época en que se estaba organizando la gigantesca venta de las 24.000 leguas cuadradas. Posiblemente por ello, decidió recurrir a la opinión de un investigador externo, que examinara las condiciones reinantes en las distintas colonias ubicadas en las provincias y en las zonas más alejadas del centro del país. Así fue cómo se solicitó de Loewenthal que recorriera esas poblaciones, transmitiera sus impresiones al ministro de Relaciones Exteriores Estanislao E. Zeballos y presentara propuestas para remediar la situación.¹¹

¹¹ Véanse: Great Britain, Foreign Office... N° 172 (vol. 73, p. 150), informe del funcionario de migraciones británico en Rosario Hugh M. Mollet, sobre la apertura de su oficina y sus actividades; M.A.E. Madrid (Argentina Corr. Com. y Con. XB 1353), carta del ministro del Exterior al embajador español en Buenos Aires, López Quijano (12.2.1889), sobre la estafa a inmigrantes españoles; M.A.E. París (Argentina Corr. Pol., vol. 61, p. 175), informe del embajador francés en Buenos Aires (21.7.1889) sobre la reacción argentina a la prohibición francesa de emigrar al país.

Loewenthal llegó a Buenos Aires el 28 de agosto de 1889. En el Hotel de Inmigrantes se encontró con el gran grupo de judíos que habían llegado el 14 de agosto en el buque *Weser*. Se trataba de más de 800 personas, todas de la provincia rusa de Podolia, que habían adquirido en París parcelas de 25 a 100 hectáreas en la estancia Nueva Plata, perteneciente al hacendado Rafael Hernández, y habían pagado a su agente en Francia una seña de 400 francos por familia. Los gastos de viaje de la mayor parte de ellos fueron sufragados, como lo establecía la ley, por Pedro Saavedra Lamas, el director en Europa de la Oficina de Inmigración de la Argentina. Pero al llegar a Buenos Aires descubrieron que el dueño de las tierras se había retractado de la venta, y se encontraron atascados en el Hotel de Inmigrantes, sin saber qué hacer.¹²

El encuentro entre Loewenthal y dicho grupo no fue casual, ya que antes de su partida (y poco después de que el *Weser* zarpara del puerto de Bremen), Siegmund Simmel, un dirigente de la comunidad judía de Berlín que había intervenido en dicho operativo, le había pedido que se informara de la situación de esos inmigrantes y de la viabilidad de organizar grupos adicionales. Loewenthal conversó largamente con el líder del grupo, Eliezer Kaufman, supo por él lo ocurrido y se apresuró a advertir a Simmel que no continuara alentando ese tipo de viajes, al menos hasta que él (Loewenthal) lograra interiorizarse de las posibilidades reales de establecimiento en Argentina y ante todo de la absorción de los viajeros del *Weser*.¹³ Loewenthal partió hacia el interior del país; remontando el río Paraná, visitó diversos sitios en Entre Ríos y Corrientes, así como colonias ubicadas en Chaco, Formosa y Misiones.

¹² Avni, 2005 (pp. 90-102).

¹³ IWO (JCA/Arg. 1), carta sin firma a Siegmund Simmel desde Buenos Aires, 8.9.1889.

A continuación, se dirigió a Santa Fe, adonde se habían trasladado los inmigrantes del *Weser* tras firmar un contrato con el terrateniente Pedro Palacios. Su segundo encuentro con estos colonos aconteció el 23 de octubre de 1889, cincuenta y seis días después del primero.

Conmovero y perturbado ante el hambre, el abandono y las enfermedades que halló en la colonia que, en sus palabras, habían causado la muerte de por lo menos 61 niños y bebés, Loewenthal apresuró su regreso a Buenos Aires, donde enfrentó al dueño de los terrenos y le exigió el cumplimiento de los compromisos establecidos en el contrato y el envío inmediato de las herramientas y alimentos convenidos. Loewenthal manifestó su indignación por la situación en las colonias que había visitado, al ministro de Relaciones Exteriores, quien ordenó una inmediata investigación. En el informe que redactó antes de partir de Argentina, el 5 de noviembre de 1889, destacó Loewenthal varios de los graves defectos que había hallado en su visita: casos de maltrato a los colonos, limitación de su libertad de movimientos con excusas diversas, la imposición de comprar provisiones en la tienda local a cambio de los vales recibidos en lugar de sueldos en efectivo, etc. Todo ello exigía a su juicio la intervención inmediata del ministro, también en el “caso de los inmigrantes rusos”, que aparece al final de su listado de denuncias.¹⁴

Los resultados del encuentro de Loewenthal con los viajeros del *Weser* trascendieron ese momento y ese lugar. Loewenthal vio en el hecho de que permanecieran en sus tierras, pese a las adversidades, un signo de su auténtico vínculo con el trabajo agrícola y de su capacidad de resistir también en las condiciones más difíciles. Esta capa-

¹⁴ IWO (JCA/Arg. 1), memorándum de Loewenthal al ministro del Exterior (5.11.1889), acerca de las colonias Las Palmas en el Chaco, y Progreso, Tres de Abril y Bella Vista en Santa Fe, a orillas del Paraná.

cidad de resistencia justificaba, en su opinión, su previa tesis sobre las posibilidades de una colonización judía en Argentina. Si bien su informe estaba formalmente dirigido al Rabino Mayor del judaísmo francés, Zadok Kahn, y a la Alliance Israélite Universelle, su verdadero destinatario era el barón Maurice de Hirsch.

En ese largo documento de trece páginas se distinguen dos puntos principales: a) La propuesta de un proyecto filantrópico que llevase a la *productivización* —es decir, la transformación en productores activos— de muchos de los judíos rusos oprimidos y desdichados, lo que en su opinión podría implementarse en un país liberal abierto a la inmigración. La República Argentina, con sus enormes y deshabitadas extensiones de suelo fértil, su constitución liberal y la sincera voluntad de sus habitantes y gobernantes de estimular la inmigración, se presentaba como el país más apto para el asentamiento de judíos. b) Una propuesta de formas para implementar el proyecto, basadas en la noción de que para sanear la situación de numerosos judíos se necesitaba no un programa de caridad, sino un proyecto exitoso desde el punto de vista económico.

Loewenthal enumeraba tres condiciones básicas de las que, a su juicio, dependía el éxito del programa: 1) Un capital básico en dinero efectivo, sin el cual el proyecto era impensable, y cuyo inversor había de disfrutar de las ganancias correspondientes. 2) La busca de personas aptas para convertirse en colonos, físicamente capaces de soportar las dificultades materiales y espiritualmente deseosas de mejorar su situación mediante el trabajo de la tierra. 3) Una administración seria y eficiente, compuesta por funcionarios consagrados a su objetivo y capacitados para ese trabajo, que supiesen activar el gran capital que sería puesto a su disposición y conducir el proyecto hacia el éxito.

En su opinión, la ausencia de estos factores era la causa responsable del fracaso de los proyectos de colonización en Argentina.

Para llevar a la práctica esas tres condiciones, era necesario que el proyecto dispusiera de un fondo de 50 millones de francos —el cual rendiría, en su estimación, un interés de cinco millones por año—, con el que se podría establecer a 500 familias de diez miembros cada una, con una inversión de 10.000 francos por familia. Considerando que las familias podrían saldar esa deuda al cabo de seis o siete años, sería posible incrementar el ritmo de la colonización hasta 1.000 familias ya en el décimo año del proyecto. Loewenthal estaba persuadido de que se hallarían entre los judíos de Rusia candidatos apropiados para la colonización en Argentina. Aun conociendo las características negativas de esos judíos —que enumeraba detalladamente, en un tono no diferente del de los antisemitas—, consideraba que constituían un fenotipo derivado de las condiciones difíciles que les habían impuesto en sus países de residencia, mientras que el genotipo del judío de Europa oriental era sano y positivo. Prueba de ello encontraba en las perspectivas “biológicas” debidas a las cualidades “raciales” de las mujeres judías, y también en el caso de judíos de Polonia que habían logrado con sus propias fuerzas salir del “barro polaco”, llevar una vida sana y libre y desarrollar sus capacidades intelectuales y corporales.

La tercera condición, una administración eficiente, podría concretarse si él mismo fuese designado organizador y ejecutor del proyecto en las líneas de su programa. Eso es lo que Loewenthal insinuaba al mencionar su capacidad de poner a disposición del proyecto a todos los contactos personales que había establecido en Argentina con representantes del gobierno y la opinión pública, que considerarían su trabajo en el nuevo proyecto como

continuación de su primera misión en el país; esa conclusión resulta obvia cuando afirma su propia aptitud para formar un equipo adecuado y eficiente para la conducción del proyecto. Quienes recibían el informe podrían, por lo tanto, considerarlo no como una descripción teórica y de principios, sino como un programa concreto presentado por una persona cuyas capacidades y conocimientos fueron comprobados por los argentinos durante su misión, y que proponía su propia candidatura para llevarlo a cabo.¹⁵

4. Los estudios del terreno

La Alliance Israélite Universelle empleó más de un mes en estudiar las propuestas de Loewenthal. La subcomisión designada al efecto las consideró detalladamente, y finalmente concluyó que el programa no era factible e inclusive se contraponía al modo operativo y a los objetivos de la institución. Pero al mismo tiempo decidió transferir el informe, junto con su opinión negativa sobre el mismo, al barón Maurice de Hirsch, para ponerlo en su conocimiento y recabar su opinión.¹⁶ Poco tiempo después, supieron los miembros de la Alliance, para gran sorpresa de muchos, que el Barón había decidido adoptar las propuestas de Loewenthal y examinar las posibilidades de ponerlas en práctica. ¿Cuáles fueron sus razones para ello?

Una fue, seguramente, la novedad del país propuesto para ejecutar el programa, punto en que el testimonio de un experto —y como tal aparecía Loewenthal a ojos del Barón— se conjugaba con temas financieros y economi-

¹⁵ IWO (JCA/Arg. 1), Notes pour M. Le Grand Rabbin Zadok Kahn, concernant la colonisation de juifs polonais dans la République Argentine, 12.12.1889.

¹⁶ Véase AIU (Argentine: C2 Immigration), informe de la subcomisión que trataba la propuesta, 23.1.1890.

cos bien conocidos por este. Como experto en el área de los negocios y por su involucramiento en los asuntos del Banco Bischoffsheim-Goldschmidt, el Barón consideraba a América Latina en su totalidad como un objetivo para inversiones comerciales. En especial, le había llamado la atención el enorme desarrollo que tenía lugar en esos años en la República Argentina. En el marco de su proyecto de construcción del ferrocarril en Turquía, el Barón seguramente conocía bien las actividades de las empresas ferroviarias británicas que funcionaban en Argentina, y quizás también la actuación de las empresas privadas de colonización. Sin duda, estaba relacionado con los entes financieros que difundían en Europa, a un ritmo creciente, los bonos estatales de Argentina. También tenía contactos con el principal agente financiero del gobierno argentino en Europa, el banco Baring Brothers, como lo prueba el hecho que de él había adquirido su casa londinense en Piccadilly, Bath House. El Barón estaba aún más ligado al banco Murietta & Co., que era agente financiero del gobierno de la Provincia de Santa Fe y había recibido de este 1.600.000 hectáreas como pago de una deuda; esta empresa figuraría explícitamente en su correspondencia posterior.¹⁷ Por otra parte, en esas mismas semanas de fines de 1889 y comienzos de 1890, la ostentosa puesta en venta de las 24.000 leguas cuadradas dio gran visibilidad a las amplias posibilidades de hacer negocios en Argentina, hecho que sin duda no dejó de ser percibido por el Barón. Todo ello se unió al informe de Loewenthal y a su propuesta de establecer una empresa de colonización productiva en favor de los

¹⁷ Emden (p. 31, nota 2); Gallo, 1983 (pp. 143-203). En la correspondencia del Barón sobre Argentina, el banco Murietta aparece por primera vez en un telegrama enviado a Loewenthal y su delegación el 3.1.1891, con instrucciones de visitar también las tierras de esa empresa; véase AIU (Argentine: C2 Immigration), carta de Sonnenfeld al Barón, 3.1.1891.

judíos de Rusia. Tras su reunión personal con Loewenthal, el Barón anunció a la Alliance, el 29 de enero de 1890, su decisión de aceptar el programa de aquel y ocuparse de ponerlo en práctica.

Durante los primeros meses de 1890, el contacto entre Loewenthal y el Barón continuó por intermedio de Isidore Loeb, secretario general de la Alliance. En mayo, Loewenthal supo que era candidato a viajar a Sudamérica para realizar una investigación en el terreno, y sugirió al Barón varios nombres de personas que podrían integrar la delegación; pero el Barón no aceptó sus sugerencias y ninguno de sus recomendados fue invitado a participar. En cambio, el Barón incluyó en la delegación a Charles Edward Cullen, inglés nacido en Turquía, quien desde 1885 organizaba la colonización de alemanes oriundos de Rumania en regiones del noroeste de Canadá; al parecer, había sido recomendado al Barón por oficiales británicos que habían utilizado sus servicios en Bulgaria y Chipre en 1881-1888.¹⁸ Como tercer miembro de la delegación fue designado el coronel belga Ernest Van-Vinkeroy, aparentemente por recomendación de un amigo belga del Barón.

Mientras esto ocurría en Europa, en Argentina tenían lugar procesos dramáticos que influirían directamente en los planes de colonización.

La corriente de inversiones extranjeras que fluyó hacia la República Argentina, especialmente en la segunda mitad de la década de 1880, llevó a ampliar los recursos de pago interno mediante la emisión descontrolada de papel moneda, lo cual permitió la concesión de importantes créditos a todo postulante y amplió enormemente el número de involucrados en actividades financieras, incluidas

¹⁸ IWO (JCA/Arg. 1), recomendaciones sobre Cullen provenientes del periodo de su servicio en Bulgaria; carta de Cullen a Goldsmid, detallando sus actuaciones relativas a la colonización en Canadá.

personas que de hecho carecían de un capital propio. Esta participación masiva en la Bolsa llevó a su punto más alto la especulación en bienes inmuebles y en acciones. Pero el aparente desarrollo y la elevación del nivel de vida se basaban solo en parte en un crecimiento real de la producción, lo cual condujo al amargo despertar que se produjo ya en 1890. En ese año, el crédito fácil y barato desapareció con rapidez y el mercado se resintió por la falta de recursos, situación acompañada de una ola de bancarrotas. Los negocios en bienes inmuebles de 1889 se redujeron en 1890 a la mitad de su número y a la tercera parte de su valor. El índice cambiario de 100 pesos oro pasó de 219,50 pesos-moneda nacional a fines de enero de 1890, a 315 pesos en abril, y tras una baja temporaria volvió a los 303 pesos en julio.¹⁹ La crisis económica abrió el camino a la crisis política que estalló en julio de 1890. Los opositores del presidente Juárez Celman, que se habían unido ya a mediados de 1889, crearon en abril de 1890 un nuevo cuerpo político, la Unión Cívica, el cual, al no tener posibilidades de derrocar al régimen mediante elecciones democráticas, optó por organizar una asonada —la así llamada “Revolución del Parque”— el sábado 26 de julio de 1890. Juárez Celman se vio forzado a renunciar y transferir el poder al vicepresidente Carlos Pellegrini.²⁰

Las noticias de lo ocurrido en Argentina ya habían llegado a Europa cuando tuvo lugar la decisiva reunión del 20 de agosto de 1890 entre el barón Hirsch y el Dr. Loewenthal con Van-Vinkeroy y Charles Cullen. En ella, trataron el problema de los judíos de Rusia, las posibilidades de colonización en Argentina y otros países sudamericanos, y también el principio por el cual el emprendimiento colonizador

¹⁹ *La Bolsa de Comercio...* (pp. 193-195, 177-182).

²⁰ Academia Nacional de la Historia, *Historia...* (vol. I, pp. 360-369); Sommi (caps. 9-23).

debía sustentarse en una base comercial. Al final de la conversación, se acordó que la delegación saldría hacia Sudamérica en octubre y durante seis meses se dedicaría a buscar una región apta para la colonización. Se hablaba de una superficie de unas 10.000 leguas cuadradas (25 millones de hectáreas o 250.000 km²); la delegación debería realizar una “investigación profunda” sobre los modos operativos más convenientes y presentar al Barón programas detallados en cuanto a las condiciones del transporte, la organización de las colonias y la forma de su administración. También se establecieron los aspectos formales del trabajo del grupo: Loewenthal fue designado como jefe con capacidad de ejecución cuando fuera necesario, pero se estipulaba que todos los miembros de la delegación tendrían los mismos derechos y deberes, suscribirían en conjunto los informes y serían responsables por los gastos del fondo especial que el Barón ponía a su disposición.²¹

Mientras tanto, habían llegado a París noticias adicionales sobre la difícil situación en que se hallaban los primeros colonos asentados en las tierras de Palacios. Ello llevó al Barón a incluir en sus instrucciones que la delegación se ocuparía también de ellos. Los delegados partieron el 24 de octubre de 1890 y llegaron a Buenos Aires el 12 de noviembre.²²

Tres días después, el 15 de noviembre, el ámbito financiero inglés fue conmovido por la noticia de que la crisis argentina había afectado a la empresa Baring Brothers, agente oficial del gobierno argentino, la cual se hallaba al borde de la bancarrota. El representante del

²¹ JCA/LON (348), informe de la reunión del 20.8.1890 en la oficina del barón Hirsch.

²² IWO (JCA/Arg. 1), informe N° 4 de la delegación, 10.11.1890. Las actividades de la delegación que detallamos a continuación se basan en este informe y en los de las fechas 28.11.1890, 18.12.1890, 3.1.1891, 15.2.1891, 25.2.1891, 28.2.1891, que se hallan en IWO (JCA/Arg. 1), y el del 19.3.1891, en JCA/LON (305).

Bank of England y otros empresarios emprendieron un esfuerzo conjunto para evitar la caída de Baring Brothers, que habría repercutido en perjuicio de amplios círculos financieros. El episodio incrementó el deseo de muchos inversionistas, tanto en Inglaterra como en Argentina, de recuperar su capital en efectivo, aun si ello les producía pérdidas importantes. En consecuencia, parecía abrirse ante la delegación del Barón una especial oportunidad para adquirir grandes propiedades a precios ventajosos. Pero precisamente la presencia de la delegación en Argentina permitió prever que el interés del Barón en inversiones territoriales contribuiría a la recuperación del rubro, y ello impidió la caída de los precios.

Estas circunstancias dieron visibilidad pública a la visita de la delegación, y el periodismo local dedicó gran atención a sus planes de colonización. Al mismo tiempo, parte de la prensa expresó el temor de que la tendencia aislacionista de los judíos acarrearía la formación de un “estado dentro del estado”, y esta consecuencia negativa anularía todas las ventajas del proyecto. Pero las explicaciones ofrecidas por la delegación —aparentemente debidas a Loewenthal—, según las cuales las colonias estarían abiertas también a no judíos, convencieron a los responsables de la prensa, y la delegación pudo continuar su trabajo en una atmósfera muy estimulante.

La delegación visitó el norte de Santa Fe y la provincia de Santiago del Estero. Las tierras de Pedro Palacios y otros propietarios se hallaban en la zona que se extiende entre el Río Salado al norte y el Río Dulce al sur. La delegación llegó a la región el 14 de diciembre de 1890 y dos de sus integrantes, Cullen y Van-Vinkeroy, recorrieron a caballo durante tres días las tierras de Palacios y las de Agrelo (al norte de aquellas), una extensión de 57 leguas cuadradas (142.000 hectáreas) en la que examinaron y tomaron apuntes sobre

la composición del suelo, la existencia de aguas subterráneas, los pastos naturales, la calidad del agua potable y la accesibilidad a las vías de comunicación.

La delegación continuó su viaje por la provincia de Santa Fe, también a caballo, examinando las tierras que se extendían a ambos lados de la línea ferroviaria entre las estaciones Arrufó y Ceres, que pertenecían a la empresa Colonizadora Argentina y formaban parte de una extensión de centenares de leguas cuadradas. Al llegar a Ceres, la última estación provincial en el límite con Santiago del Estero, fueron informados por el jefe de la estación de que de allí hacia el norte escaseaba el agua potable, al punto de que la empresa de ferrocarriles transportaba en vagones especiales el agua necesaria para sus propios trabajadores. Un funcionario que se hallaba en el lugar confirmó la elevada salinidad de las aguas en la región. Por esa razón, la delegación desistió de visitar territorios adicionales, y se limitó a dejar constancia de su calidad basándose en lo que veían desde el tren en el que viajaron en dirección norte hacia Santiago del Estero.

En dicha provincia, tomaron nota de una oferta de venta de 200 leguas cuadradas, y luego siguieron viaje a la provincia de Córdoba, donde fueron recibidos por el gobernador y varios miembros del gobierno provincial. Los cordobeses les ofrecieron grandes extensiones en el sur de la provincia, a condición de que la compañía colonizadora del Barón construyera en ellos sistemas de riego, ya que la región carecía de agua. Los miembros de la delegación decidieron no visitar esas zonas áridas.

A comienzos de enero de 1891, retornaron a Buenos Aires y renovaron sus contactos con diversas agencias de bienes raíces. A sugerencia de una de ellas, decidieron realizar un largo viaje por la provincia de Mendoza. Partieron el 20 de enero y a su llegada fueron recibidos

con entusiasmo por las autoridades locales. Dado que el desarrollo agrícola de la provincia dependía totalmente del incremento de los sistemas de irrigación, el gobierno provincial les prometió toda la cantidad de agua que fuera necesaria en el territorio que se les proponía. Estimulados por esas promesas, los miembros de la delegación recorrieron a caballo durante 21 fatigosos días una región sumamente árida. En el informe respectivo, se menciona el examen de 922 leguas cuadradas (2.305.000 hectáreas), en su mayoría desérticas, y de las cuales solo 150 (375.000 hectáreas) eran tierras aptas para el cultivo intensivo mediante riego artificial.

Al volver a Buenos Aires a fines de febrero, y por motivos que no figuran en sus documentos, los delegados decidieron que era conveniente que uno de ellos informase personalmente al Barón sobre las actividades desarrolladas en su nombre y a sus expensas hasta ese momento. Así fue como Loewenthal partió de Buenos Aires el 5 de marzo de 1891 rumbo a Europa, mientras que Cullen y Van-Vinkeroy comenzaban los preparativos de un largo viaje al Chaco argentino. Pero el 31 de marzo, muy poco después de la llegada de Loewenthal a Francia, un telegrama del Barón ordenó a Van-Vinkeroy regresar a Europa. En consecuencia, el 1° de abril, a 140 días de su formación, la delegación del Barón dejó de hecho de existir.

¿Cuáles fueron los logros de la delegación y en qué medida se corresponden con los objetivos fijados en el memorándum de la reunión mantenida con el Barón el 20 de agosto de 1890?

En sus entrevistas con funcionarios gubernamentales, la delegación oyó repetidas expresiones de una disposición favorable por parte de las autoridades provinciales, en cuanto a colaborar con el Barón y facilitar la concreción de su proyecto. Pero de hecho ninguna de esas muestras

de buena voluntad alcanzó una etapa práctica con base en la cual fuera posible elaborar un programa de trabajo detallado. El examen directo de las tierras abarcó solo una parte de los territorios relevantes, y la información sobre la calidad de esas tierras provino sobre todo de partes interesadas en el proyecto. En función de esos datos, la delegación pudo presentar solamente dos propuestas concretas, cuyo alcance era mucho menor del previsto. Una de ellas se refería a tierras al norte de Monigotes, entre las estaciones ferroviarias de Arrufó y Ceres, sobre el límite noroeste de la provincia de Santa Fe. Esa zona, abierta a la colonización solo dos años antes, era, desde el punto de vista de las condiciones para la agricultura, una zona de frontera. Tras recorrerla, los delegados recomendaron al Barón adquirir inmediatamente algunos centenares de leguas mediante el contacto directo que ellos establecerían con sus propietarios. Pero el Barón no autorizó la operación y se conformó con tomar nota del informe. La segunda propuesta se refería a los terrenos examinados por la delegación en Mendoza, cuyos precios eran muy bajos pero cuya explotación exigía la instalación de sistemas de riego y de todos los componentes básicos para el cultivo intensivo. A pesar de que el informe sobre estas tierras parecía recomendar su adquisición, no había en él un programa completo de ejecución como el previsto por el Barón al establecer los términos de trabajo de la delegación. En cuanto a las tierras de Palacios y sus vecinas en la zona de Moisés Ville, el inconveniente se hallaba en su elevado precio, razón por la cual la delegación no recomendaba su compra.

Tras 140 días de investigaciones y un gasto de 47.380 francos (sin contar los sueldos de sus miembros),²³ la delegación había logrado ampliar el conocimiento sobre las

²³ AIU (Argentine: Emigration C2B), copia de la cuenta detallada que Isidore Loeb envió al Barón.

condiciones de colonización en Argentina, pero no proporcionar los materiales necesarios para un programa detallado de colonización judía.

Y, sin embargo, fue en Argentina donde el Barón decidió, en abril de 1891, de manera definitiva, erigir su gran empresa destinada a auxiliar a los judíos necesitados de Rusia.

5. El programa

El principal estímulo al desarrollo del proyecto concebido por el barón Hirsch era el deterioro de la situación de los judíos rusos. En 1890, el Ministerio del Interior de Rusia se hallaba programando una nueva ola de persecuciones legales contra ellos. Hacia mediados de ese año, llegaron a las comunidades judías rumores según los cuales el gobierno se aprestaba a anular las disposiciones adoptadas en la década anterior que permitían a artesanos judíos habitar fuera de la Zona de Residencia,²⁴ así como a reducir dicha zona para ampliar los territorios adyacentes a las fronteras occidentales del Imperio, donde los judíos tenían prohibido habitar. Asimismo, las duras leyes promulgadas en mayo de 1882 para los distritos rusos de la Zona de Residencia se aplicarían también en los distritos de Polonia que formaban parte del Imperio Ruso.

El llamado de auxilio de los judíos rusos halló amplio eco en la opinión pública occidental. Pese a los reiterados desmentidos del gobierno zarista, en el verano de 1890 se multiplicaron las noticias que confirmaban la inminencia de la catástrofe. La opinión pública inglesa se alarmó

²⁴ Región fronteriza occidental del Imperio Ruso en la que estaba permitida la presencia de judíos, fijada por Catalina la Grande en 1791, cuando estas regiones, con su población judía, fueron incorporadas al Imperio.

y se elevaron al respecto preguntas en el Parlamento. El 10 de diciembre de 1890, la protesta británica alcanzó su punto más alto en una manifestación multitudinaria en Londres, con la destacada participación de los jefes de la Iglesia Anglicana y parlamentarios de ambas cámaras, y encabezada por el alcalde de la ciudad, quien firmó un memorándum de enérgica protesta que fue enviado al Zar. Paralelamente, también hubo reacciones en los Estados Unidos, donde el Congreso exigió que el gobierno informara a la nación sobre lo que estaba ocurriendo en Rusia, ya que dicha situación podría incrementar el número de judíos que buscaran refugio en los Estados Unidos. Bajo la presión de la opinión pública, la delegación norteamericana en San Petersburgo llegó al borde de una intervención diplomática.²⁵

Los temores por el destino de los judíos rusos no se aplacaron en los primeros meses de 1891, y se convirtieron en pánico hacia fines de marzo, cuando las autoridades comenzaron a expulsar a una gran parte de los judíos de Moscú. En la noche del 29 de marzo (primer día de la Pascua judía), cosacos, policías y bomberos atacaron un barrio en el que se concentraba la mitad de los judíos moscovitas, entraron por la fuerza en sus casas, revisaron los documentos personales y encarcelaron a unos 700 individuos. Tras mantenerlos encerrados sin alimentos durante un día entero, los aherrojaron como criminales y los llevaron de prisión en prisión, tras lo cual la mayoría de ellos fueron expulsados de la ciudad. Esta acción siguió a dos edictos de redacción muy confusa publicados el 28 y 29 de marzo, y con ella llegaron a su fin los derechos de miles de artesanos judíos que vivían en Moscú desde que en 1865 se había

²⁵ Karady, 2000 (cap.2). Véanse el protocolo de la manifestación en Guildhall y el memorándum del alcalde de Londres al zar Alejandro III en Russian-Jewish Committee, *The Persecution...*

autorizado su radicación fuera de la Zona de Residencia. La abrupta y arbitraria revocación de una ley promulgada varias décadas atrás, la crueldad con la que fueron expulsados y las repeticiones del operativo a lo largo de muchas semanas socavaron la seguridad vital de las masas judías, tanto dentro como fuera de la Zona de Residencia. Por esa razón, y aun cuando los edictos afectaban solo a una parte reducida de la población judía total del Imperio (entre diez y veinte mil personas) y a un lugar ubicado fuera de la Zona de Residencia, la expulsión de Moscú convirtió a 1891 en un nuevo año culminante en la historia de las calamidades sufridas por los judíos de Rusia.

La ola de protestas se reiteró en la prensa general de los países occidentales. El calificativo de “Rusia oscurantista”, que se basaba en relatos de refugiados y en crónicas periodísticas, planteó la exigencia de una intervención exterior que asegurara los derechos y hasta la misma existencia física de los judíos rusos. Las negociaciones sobre un préstamo a favor del Imperio con la participación de Alphonse de Rothschild quedaron paralizadas cuando los Rothschild se retiraron de las mismas. Estados Unidos decidió enviar dos representantes para informarse de las condiciones reinantes en el país, que también los perjudicaban indirectamente al incrementar la inmigración rusa. Todas las reacciones partían de la suposición de que la presión y las críticas provenientes del exterior harían comprender al gobierno ruso —y ante todo al Zar— los perjuicios que acarrearía la persecución de los judíos y producirían un cambio en su política interna.²⁶

Pero no era eso lo que preveía el barón de Hirsch, cada vez más convencido de que las persecuciones tenían como único objetivo la expulsión de los judíos de Rusia.

²⁶ Baron (pp. 57-60).

Se trataba a su juicio de una aspiración irracional, por más que se la revistiera de argumentos religiosos, nacionales y económicos, y por lo tanto era imposible dialogar con ella o combatirla con argumentos. Lo único que podía hacerse era aceptar su existencia y actuar en consecuencia. Ese razonamiento lo llevó a la conclusión extrema de que, en esas circunstancias, un decreto del Zar que ordenase a los judíos abandonar Rusia en un plazo acotado no constituiría una catástrofe irreparable. Pero para él era obvio que semejante medida debería llevarse a la práctica en forma humanitaria, otorgando tanto a los expulsados como a quienes desearan acudir en su ayuda el tiempo necesario para organizar un operativo de salvataje y encontrarles lugares de asilo del otro lado del océano. El Barón manifestó su modo de ver en una entrevista con periodistas de la agencia de informaciones Reuters, la cual fue difundida en la prensa inglesa y norteamericana. En una carta al peor enemigo de los judíos en el régimen ruso, el director supremo del Santo Sínodo, Konstantin Pobedonostsev, no vaciló en hablar francamente sobre la necesidad de encontrar recursos mucho más efectivos, pero también más humanitarios, para alcanzar el objetivo que al parecer se había fijado el gobierno, es decir, alejar a los judíos de los territorios del Imperio.²⁷

El Barón no consideraba, pues, que una campaña contra Rusia en Europa y los EE. UU. fuera eficaz. Por ello, mientras que los activistas judíos en EE. UU. procuraban que representantes oficiales viajaran a Rusia para investigar la conducta del Estado con los judíos, e incluso lograron que el *New York Times* enviase a su corresponsal en Londres a recorrer las aldeas de la Zona de Residencia, el

²⁷ IWO (JCA/Arg. 1), carta del Barón a Arnold White, 9.6.1891; JCA/LON (308), carta de O. Strauss al Barón, 7.7.1891.

Barón se ocupaba de elaborar programas que ayudarían a millones de judíos rusos a emigrar y a establecerse en otros países.

Persuadido de que ninguna acción efectiva sería posible sin el consentimiento del gobierno ruso, decidió entrar en negociaciones con el enemigo para obtener su cooperación. Lo representaría ante el mismo Arnold White, periodista y parlamentario británico, destacado político del momento y además opositor a la inmigración a Inglaterra. Cuando el Barón se comunicó con él, White se hallaba en el centro de una controversia en la cual las instituciones judías lo tildaban de antisemita declarado, y es posible que precisamente por eso lo haya elegido el Barón: ya fuera para conquistar su corazón y convertirlo en un aliado de la causa, ya fuera porque consideró que su hostilidad hacia los judíos le ayudaría a encontrar un oído bien dispuesto entre los enemigos del pueblo de Israel en Rusia.²⁸

A fines de marzo de 1891, llegó a París el Dr. Loewenthal para informar al Barón sobre las actividades de la delegación en Argentina, y de hecho el encuentro entre ambos tuvo lugar durante los días de la expulsión de Moscú. Con el trasfondo de esas inquietantes noticias, el programa original, relativamente modesto, adquirió una importancia mayor, y su aplicación inmediata se volvió sumamente urgente. Aparentemente, debido a la presión de las circunstancias, el Barón halló que no tenía sentido continuar las investigaciones en Argentina y se dio por satisfecho con la información aportada por su enviado, sobre todo con sus optimistas estimaciones positivas respecto de las posibilidades de una gran colonización judía en aquel país. Tras numerosas conversaciones mantenidas

²⁸ *Jewish Chronicle*, 8.5.1891, p. 5, reacción polémica a la carta de White publicada en el *Times* del 5.5.1891, que lo acusa de ser el principal responsable de la incitación contra los judíos de Londres.

a lo largo del mes de abril, el Barón y sus asistentes acordaron con Loewenthal las formas de acción y, a principios de mayo, este partió hacia Buenos Aires como apoderado exclusivo del Barón.

Que el Barón enviara dos representaciones, una a San Petersburgo y otra a Buenos Aires, despertó gran eco en la prensa, tanto la general como la judía. El corresponsal de Reuters en París publicó el contenido de una entrevista que le concedió el Barón, en la que este volvió a presentar sus ideas de principio sobre la necesidad de organizar la salida de judíos de Rusia, y añadió que había facultado a su representante en Argentina para adquirir tierras en su nombre. Un mes después, el Barón redactó un texto titulado "Mis ideas sobre la filantropía", como respuesta a las preguntas de un mensuario norteamericano, que también publicó las opiniones de otros grandes filántropos. Ese texto, reproducido por varios periódicos del mundo, tuvo gran repercusión; por otra parte, constituye una de las escasas publicaciones nacidas directamente de su pluma. En la misma, tras exponer sus principios en cuanto al carácter productivo que debe poseer el socorro a los necesitados, destacaba el Barón que, aun cuando acostumbraba brindar su ayuda también a no judíos, consideraba que su deber es atender ante todo a sus hermanos de religión, y en especial a los judíos de Rusia, forzados a hallar nuevos hogares allende el océano. Su mayor aspiración era, por lo tanto, realizar un operativo a una escala mucho mayor y de carácter diferente de todas las que se habían realizado hasta ese momento: hallar países nuevos, en los que todos los habitantes poseen igualdad de derechos, donde los judíos podrían convertirse en ciudadanos útiles. El Barón afirmaba que, tras un cuidadoso examen, había arribado a la conclusión

de que la República Argentina, Canadá y Australia ofrecían las más sólidas garantías para el éxito del proyecto, y que se proponía comenzar por la República Argentina.²⁹

En consecuencia, en junio de 1891, el Barón estaba persuadido de que la imposibilidad de que los judíos obtuvieran derechos igualitarios en Rusia obligaba a trasladarlos a países que les ofrecían condiciones favorables. Pero, pese a sus convicciones respecto de la necesidad de la dispersión, aun si la misma produciría una inevitable pérdida de la identidad judía, cuatro meses después adoptó una posición diferente sobre ella.

Mientras tanto, Arnold White trabajaba en San Petersburgo en nombre del Barón. Al llegar allí en la segunda mitad de mayo, se entrevistó con Pobedonostsev y con los ministros del Exterior y del Interior, por quienes fue recibido con cordialidad y entusiasmo. En el Ministerio del Interior conversó con el viceministro Von Plehve, quien le dijo que respecto de los judíos el gobierno estaría dispuesto a pasar por alto la ley que prohíbe a los súbditos abandonar el país, pero solamente con la explícita condición de que no retornarían jamás. De sus conversaciones con Von Plehve y del memorándum que este le envió el 11 de junio de 1891, dedujo White que el gobierno ruso estaba dispuesto a cooperar con el proyecto del Barón, pero que no haría pública su posición hasta recibir detalles adicionales.

White invirtió la mayor parte del mes de junio en una misión adicional encargada por el Barón, a saber, el examen de la idiosincrasia de los judíos rusos y su aptitud para el trabajo agrícola. La comunidad judía en San Petersburgo le ayudó en esta misión y puso a su disposición, como guía y traductor, a uno de sus principales

²⁹ *Jewish Chronicle*, 29.5.1891. Véase Hirsch. Según el testimonio de O. Strauss, este artículo constituyó la base de sermones dominicales en muchas iglesias de los Estados Unidos. JCA/LON (308), carta de Strauss, 7.7.1891.

activistas, David Feinberg, de 51 años, persona de gran experiencia en cuestiones de la colectividad judía, a la que ya había representado en otras ocasiones ante organizaciones judías de Occidente. En su compañía salió White a recorrer las poblaciones de la Zona de Residencia, y pronto descubrió la falsedad de las nociones difundidas por los gobernantes rusos respecto de los judíos. Mientras Pobedonostsev le repetía lo que ya le había escrito al Barón, es decir que las medidas tomadas contra los judíos estaban destinadas a contrarrestar la ira del pueblo explotado por ellos y prevenir disturbios, White supo por el jefe de la policía en Berdichev que campesinos y judíos vivían en completa armonía y que los primeros se beneficiaban con la actividad económica de estos. Verdad que los 65.000 judíos de esa ciudad vivían en condiciones de terrible pobreza y que, de los 10.000 capaces de trabajar, por lo menos 3.000 se hallaban desempleados por falta de oportunidades, pero su carácter y su moralidad no estaban afectados por esas situaciones. A medida que White continuaba su recorrido, aumentaba su apreciación positiva respecto de los judíos de la Zona. Se convenció de que, aunque sus cuerpos mermados desfallecían de hambre, serían capaces en condiciones normales de constituir una base adecuada para un operativo de colonización. Este testimonio de un no judío —que además tenía fama de simpatizar con los que odiaban a los judíos— fue para el Barón la ratificación que esperaba en cuanto a la aptitud de los judíos rusos de llevar a cabo una vida productiva.³⁰

³⁰ Sobre las primeras negociaciones con Pobedonostsev, véase JCA/LON (308), carta de Pobedonostsev al Barón, 27.5.1891; IWO (JCA/Arg. 1), cartas de White al Barón, 1.6.1891 y 14.6.1891. Sobre la carta de Pobedonostsev, véase IWO (JCA/Arg. 1), carta de White al Barón desde Berdichev, 12.6.1891, y carta del 27.6.1891, que figura como apéndice en su libro: White (pp. 294-301). En este viaje, White pasó por Moscú y por distritos de la Zona de Residencia, deteniéndose en Homel, Minsky y Vilna.

Las propuestas concretas del Barón llegaron a manos de White a su retorno a San Petersburgo, donde se las presentó al ministro del Interior el 28 de junio de 1891. Las propuestas incluían cuatro solicitudes: a) permitir la erección de comités locales que organizarían la emigración, y un comité central que dirigiría sus actividades; b) autorizar la salida de los emigrantes judíos, eximiéndolos del servicio militar y del impuesto al pasaporte; c) trasladar gratuitamente a los emigrantes hasta la frontera rusa; d) autorizar la creación de escuelas agrícolas para la capacitación de los futuros emigrantes.

La primera reacción del ministro a estas propuestas llegó a White diez días después. El gobierno ruso estaba dispuesto a autorizar el establecimiento de los comités tras revisar sus plataformas, tal como lo había propuesto el Barón, pero a condición de que un delegado oficial formara parte del comité centralizador, y de que se adoptaran medidas para evitar que los comités locales se desviasen de los objetivos establecidos. Los permisos de salida, la exención del servicio militar y del impuesto al pasaporte, así como la cuestión del traslado, eran aceptados en principio, pero requerían de formulación y elaboración adicionales. Y en cuanto a la propuesta de creación de las escuelas agrícolas, el gobierno le dedicó un nuevo examen el 24 de julio y la rechazó por completo.³¹ En resumen, la cooperación con el gobierno ruso se veía confirmada en principio, y en las negociaciones que White condujo durante los largos meses que siguieron se ocupó de establecer los detalles correspondientes a la puesta en marcha del proyecto. En el marco de estos contactos, antes y después de aquella

³¹ JCA/LON (305), carta de White a "Su Excelencia" (sin mención de nombre), 8.7.1891, que resume una respuesta verbal, refrendada en el margen por la firma manuscrita de su interlocutor; carta del director del Departamento de Policía, 24.7.1891.

aprobación en principio, White destacó ante sus interlocutores que el proyecto del Barón sacaría de Rusia no menos de 3.250.000 judíos. Aunque esta cifra no figura en ninguno de los numerosos escritos del Barón, no cabe duda de que su plan era la emigración gradual de millones de judíos a lo largo de varios decenios.

Semejante proyecto migratorio no podía en modo alguno ser implementado solamente por el barón de Hirsch. Por esa razón, en julio de 1891, comenzó a buscar socios para su iniciativa, redactando una circular detallada en que resumía los primeros logros de White. En ella destacaba que los rusos se proponían librarse de sus residentes judíos y que las protestas no les harían desistir de su propósito. Por ello, urgía a las organizaciones judías a aprovechar la oportunidad creada por el consentimiento de las autoridades zaristas a colaborar en la implementación ordenada y humanitaria del éxodo judeo-ruso. El Barón exigía que los destinatarios de su convocatoria manifestaran su apoyo moral al proyecto mediante la adhesión pública, lo que demostraría ante todo el mundo, y en especial ante el gobierno ruso, que los judíos del mundo estaban unidos en su preocupación por el destino de sus hermanos y en su disposición a emprender una acción seria para solucionar sus problemas.

El Barón quería que el folleto fuera enviado por la Alliance Israélite Universelle a todas las organizaciones y comunidades en Europa, pero se encontró con que la institución ponía objeciones. La Comisión Directiva de la Alliance trató el tema el 19 de julio de 1891, luego de una radical modificación al texto original de acuerdo con sus propias perspectivas. El nuevo texto no incluía las estimaciones del Barón en cuanto al objetivo de los gobernantes rusos, no mencionaba la misión de White y sus logros, y tampoco presentaba a la emigración como solución com-

prehensiva y deseable al problema de los judíos rusos. Se hablaba en él de una emigración que ya se estaba produciendo espontáneamente, manejada de una manera que causaba un gran sufrimiento innecesario a sus sujetos. En la nueva versión, la iniciativa del Barón implicaba aparentemente solo una mejora en las condiciones materiales de los migrantes, y se pedía a los receptores de la circular que manifestaran su apoyo moral a la misma.³²

Las diferencias entre ambas formulaciones coincidían con la distancia entre las posiciones del Barón y de la Alliance respecto del problema judeo-ruso. Aunque el secretario de la Alliance difundió el anuncio modificado y recibió reacciones positivas de muchas comunidades importantes, el Barón comprendió que no podía sustentarse en dicha institución como aliado central de su proyecto.

En cambio, halló un socio diferente en el Comité Central Alemán para los Judíos Rusos (Deutsches Central Komitee für die Russischen Juden), establecido en Berlín el 28 de mayo de 1891 por activistas destacados de la comunidad local como consecuencia directa de las olas de emigrantes que comenzaron a llegar a la capital alemana y sus alrededores en su camino hacia occidente. Durante algunos meses, las comunidades locales asumieron la ayuda a los emigrantes carenciados, al tiempo que procuraban que se marchasen cuanto antes. El Comité Central Alemán tomó sobre sí la coordinación y efectividad de esas operaciones. Al poco tiempo de su fundación, comenzó a organizar los comités locales en una estructura ordenada que incluía comisiones de frontera, comisiones regionales y comisiones portuarias, que debían identificar a los emigrantes más necesitados, transportarlos hasta los puertos y

³² IWO (JCA/Arg. 1), borrador del volante redactado por el Barón junto con I. Loeb, como se desprende de la carta de Loeb al Barón, 30.7.1891, JCA/LON (551). *Ibidem*, el volante de la Alliance con observaciones de Loeb.

enviarlos a destinos del otro lado del océano. Para financiar esos operativos se crearon en toda Alemania comités locales, que debían recaudar fondos dentro de sus comunidades. El Barón participó de esos gastos con un aporte de medio millón de francos, y el Comité Central Alemán lo mantenía informado de sus balances y actividades.

A comienzos de agosto, el Barón se encontró con L. M. Goldberger y B. Breslauer, dirigentes del dicho Comité, y entre otros temas conversaron sobre la participación de un representante del mismo en las actividades de White en Rusia. Habiendo recibido información, en el sentido de que los ministerios rusos planeaban nuevas medidas respecto de los judíos, el Barón consideraba que la colaboración entre representantes del Comité de Berlín y su enviado personal en Rusia otorgaría a la acción de este una base pública más amplia e incrementaría su efectividad. Pero pese a sus insistentes mensajes al Comité durante los diez días siguientes, el Barón no obtuvo respuesta positiva, ya fuera porque los berlineses rechazaban la idea, ya fuera porque no la consideraban un asunto urgente.³³

Por lo tanto, White viajó solo a Rusia, donde se entrevistó con el ministro del Interior, a quien solicitó, en base al proyecto emigratorio del Barón, que el gobierno ruso suavizara su actitud para con los judíos. Pero esta misión fracasó: en palabras del Barón, el ministro se enfureció al oír el pedido, dio un puñetazo sobre la mesa y gritó que no descansaría mientras quedase en Rusia un solo judío. White no se dio por vencido y trató de aprovechar una visita del Zar a Copenhague para presentarle las propuestas del Barón. Pese a la ayuda que le brindó la esposa del duque de Wales, hija del rey de Dinamarca y cuñada del Zar, quien

³³ IWO (JCA/Arg. 1), carta del Barón al Comité de Berlín, 8.8.1891. El anuncio del Barón se publicó en *Jewish Chronicle*, 7.8.1891. JCA/LON (405), cartas del Barón enviadas desde Carlsbad al Comité de Berlín en agosto.

se hallaba en ese momento en la capital danesa, y pese a la actitud amistosa de la emperatriz, el Zar se reveló firme en sus decisiones y se negó a recibirlo. Al Barón no le quedaba, pues, sino concluir que el emperador estaba más decidido que nunca a rechazar toda concesión y continuar hasta el fin con su plan de opresión.³⁴

Esa conclusión estimuló al Barón a continuar elaborando los detalles de su gran proyecto aun ante la renuencia de las organizaciones judías, proyecto que terminó de consolidarse en agosto y septiembre de 1891.

En la intensa correspondencia entre el Barón y sus asesores durante el mes de agosto, se fue conformando la plataforma de la entidad filantrópica financiada por el mismo Barón, la *Jewish Colonization Association - JCA*. En cierto momento de ese diálogo, pidió a uno de sus abogados verificar la viabilidad de que la JCA, pese a ser una entidad filantrópica basada en un fondo aportado por él, pudiera recaudar un capital adicional mediante la emisión de bonos gananciales, cuyos ingresos se invertirían en la colonización de miles de familias; los bonos serían amortizados mediante cuotas abonadas por los colonos. De este modo, dejó entrever sus ideas respecto de cómo reunir el enorme capital necesario para sacar de Rusia a millares de judíos, y en las semanas siguientes planificó la forma en que procuraría despertar el interés del público judío y lograr su participación en el proyecto.

En su opinión, el punto de partida debía ser la convocatoria a una reunión de personalidades destacadas y de representantes de las principales comunidades de Europa y los Estados Unidos, para elaborar un programa consensuado en base a la unión de todas las fuerzas judías. El

³⁴ JCA/LON (302), diario del Barón del 10.9.1891. El Barón y Loewenthal llevaban "diarios" que se enviaban periódicamente y que contenían ampliaciones de los materiales que trataban en la correspondencia regular.

Barón se proponía convocar personalmente esa convención, y como base para los debates redactó una declaración de principios extensa y detallada que resumía sus ideas y proyectos, y que enviaría a los invitados con suficiente antelación.

El memorándum comenzaba exponiendo el problema de los judíos en Rusia y el grado de verosimilitud del argumento esgrimido por los antisemitas, a saber, que por su propia naturaleza los judíos aborrecen la agricultura. Por el contrario, el Barón afirmaba su convicción de que los judíos tienen capacidad para el trabajo agrícola. La solución al problema de los judíos era establecer para ellos una gran empresa colonizadora. ¿Cómo se financiaría el emprendimiento? ¿En base a voluntarismo y filantropía, o como proyecto comercial? En su perspectiva, pensar en sustentarse solamente en la filantropía constituía una ilusión fatal: para establecer una sólida base financiera que asegurase el éxito del emprendimiento, hacía falta considerarlo como un *negocio* que produce ganancias a quienes invierten en él (semejante al de la construcción de ferrocarriles). La compra a precios bajos, en una región de clima favorable, de terrenos fértiles cercanos a vías de transporte y su correcta administración garantizarían el éxito del proyecto.

Otro problema que debería tratar la convención era si concentrar la empresa colonizadora en un único país o repartirla entre varios. Si se optaba por dispersar las colonias en diversos países, los judíos constituirían solo una pequeña minoría dentro de las poblaciones locales y podrían hallarse sometidos a las mismas dificultades y humillaciones que sufrían en su ubicación actual. Pero también la concentración podría acarrear problemas serios: la llegada masiva de inmigrantes a un país determi-

nado podría generar sentimientos hostiles que pondrían en peligro el éxito de la empresa, e inclusive dificultarían a los colonos el logro de la anhelada calma.

¿Qué hacer entonces? ¿Existía una tercera vía que evitara esos inconvenientes? A ojos del Barón, la tercera vía era la compra de un gran territorio que respondiera a las condiciones adecuadas, en el cual los colonos se convertirían en propietarios indiscutibles. Esta idea constituiría —según leemos en una carta secreta que envió a su representante en Buenos Aires— el punto central en los debates de la convención: dónde y cómo hallar un país que permitiera la erección de una suerte de estado judío autónomo, en el cual “nuestros hermanos en la fe” vivirían a salvo de ataques antisemitas. ¿Existía semejante país? ¿Era posible semejante adquisición? ¿De qué manera podría ponerse en práctica? Todos estos temas habían de debatirse en la convención que representaría, como ninguna lo había hecho hasta entonces, a toda la diáspora judía en Europa y en los Estados Unidos.³⁵

El barón de Hirsch no difundió esta plataforma ni convocó esa reunión, postergándola hasta el momento en que le fuera posible probar la viabilidad de sus ideas mediante el comienzo exitoso de su propio operativo, para el que poseía recursos financieros suficientes.

Es cierto que el Barón encargó a Isidore Loeb que anunciase en la reunión convocada por el Comité Central en Berlín el 21 de octubre de 1891 —en la que participaron delegados de las comunidades y organizaciones judías de Europa occidental y Estados Unidos— su intención de organizar en enero de 1892, en París o en Londres, una convención más comprehensiva de dirigentes y personalidades judías. Pero fuera de este vago anuncio, ningún

³⁵ JCA/LON (302), carta secreta del Barón a Loewenthal, 2.10.1891.

detalle de sus planes fue revelado en ese momento. Al mismo tiempo, el Barón invertía todo su esfuerzo en las actividades de la JCA, en la que veía la piedra basal de la realización de su grandioso programa y un modelo personal para los destinatarios de su convocatoria.

6. La creación de la Jewish Colonization Association

El 24 de agosto de 1891, tras muchas semanas de correspondencia con sus dos asesores legales —el abogado francés Jules Dietz y su colega inglés Herbert Lousada—, el barón Hirsch fundó la Jewish Colonization Association – JCA, como sociedad anónima con un capital declarado de dos millones de libras esterlinas (cincuenta millones de francos). El 10 de septiembre de 1891, la JCA fue inscrita en el registro de empresas de Londres. Su objetivo, según el estatuto, era ayudar y promover la emigración de judíos de todas las regiones de Europa y Asia, y en particular de los países donde estaban sujetos a impuestos especiales, limitaciones políticas o discriminaciones de cualquier tipo, hacia otras regiones del mundo; y crear y establecer colonias en distintas zonas de América del Norte y del Sur y otros lugares, donde se desarrollarían sobre todo actividades agrícolas y comerciales.

El carácter filantrópico hallaba su expresión en el artículo que establecía que todos los ingresos de la JCA se reinvertirían en el logro de sus objetivos y que ninguna parte de los mismos se utilizaría, directa o directamente, en beneficio de sus accionistas. En un primer momento, el Barón se propuso asociar a la compañía a los presidentes o representantes de las comunidades judías de París, Londres, Viena, Berlín y Fráncfort del Meno. Pero esa intención

nunca se concretó, y el día de su fundación se contaron entre sus miembros solo los dirigentes judíos de Inglaterra y los representantes de la Alliance en Francia.³⁶

Debido al tamaño del capital, el modelo organizacional y el alcance declarado de los objetivos, la JCA constituía, sin duda, una completa novedad en la vida judía, y quizás también en la historia de la filantropía en general. Por esa razón, se supuso que la misma JCA, con su capital de base, sería el instrumento que llevaría a cabo la emigración masiva sobre la que conversaba White con el gobierno ruso. Reforzaba esa suposición el hecho de que la idea de una convención general judía tal como la concebía el Barón no era públicamente conocida.

El Barón supo desde el principio que ni el capital ni el aparato organizativo de JCA serían suficientes para el gran proyecto, y por ello se apresuró a indicarle al director general los límites y funciones de las actividades de la empresa. En una detallada carta del 2 de septiembre de 1891, especie de plataforma y base de operaciones, establecía el Barón que la JCA con su capital actual no tenía capacidad de ocuparse de otra emigración fuera de la destinada a la República Argentina; era necesario por ende descartar todo lo relacionado con un campo de acción más amplio. Para esta misión principal, debía la JCA apoyarse en el futuro comité central de San Petersburgo, en todo lo referente a la evaluación de los potenciales emigrantes y a su organización en Rusia; y en el Comité Central Alemán en pro de los Judíos Rusos que funcionaba en Berlín, para la cuestión del traslado de los emigrantes desde la frontera rusa hasta Argentina. La administración de la JCA

³⁶ IWO (JCA/Arg. 1), carta del Barón a Dietz, 11.8.1891; Reglamento de la JCA, arts. 3 y 6. Los firmantes de la declaración de objetivos de la empresa fueron los presidentes de las principales instituciones del judaísmo inglés y las autoridades de la Alliance Israélite Universelle.

no debía intervenir directamente en la ejecución de esas operaciones; solo debía dar las instrucciones adecuadas a Berlín y a Petersburgo y financiar los gastos involucrados. La principal función de la oficina de la JCA en París era colaborar cuanto fuera posible con la oficina en Buenos Aires y asegurar junto con esta el éxito del operativo en Argentina, en el que el Barón veía la vanguardia del proyecto en su totalidad.³⁷

El proyecto de la JCA debía hacer que cientos de miles de judíos abandonaran las duras condiciones en Rusia y se convirtieran en agricultores exitosos en Argentina, con lo que se demostraría al mundo entero la capacidad productiva del judío. Más aún: tras una información que le suministró su primer apoderado en Buenos Aires, según la cual las leyes argentinas autorizaban el gobierno local electivo de todo municipio de mil habitantes, mientras que todo territorio con 60.00 habitantes tenía derecho a constituirse en provincia, con cámara de diputados y gobierno propio, llegó el Barón a suponer que sus colonos en Argentina podrían alcanzar la autonomía provincial. Según parece, esa suposición era a sus ojos fundamental y constituía el objetivo final del proyecto encomendado a la JCA. La misma fue explicitada en julio de 1893, pasados ya dos años de la fundación de la empresa, cuando se ocupó del tema de la adquisición de tierras. El Barón estableció en ese momento que la JCA debía esforzarse en encontrar una concentración grande de tierras contiguas para un gran número de judíos rusos, a fin de asegurarles la medida de independencia provincial que la ley argentina otorgaba en casos semejantes.³⁸

³⁷ JCA/LON (297), carta del Barón a Sonenfeld, 2.9.1891.

³⁸ JCA/LON (302), cartas de Loewenthal al Barón, 15.10.1891 y 3.11.1891. CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/3), carta del Barón a la dirección de Buenos Aires, 12.7.1893.

A juicio del Barón, el éxito del proyecto en Argentina había de probar ante el público general no solo la eficiencia de la JCA, sino también la factibilidad de la solución que ofrecía a los problemas de los judíos de Rusia. El Barón estaba persuadido de que era posible conseguir el enorme capital necesario para una migración en gran escala, ya que —cuando quedara demostrada, a través de la iniciativa de la JCA, la posibilidad de la colonización— se incrementaría la confianza de todos los que desearan contribuir a su desarrollo y estos se unirían a la JCA. Por lo tanto, junto con la importancia de una acción independiente en pos del bienestar de las masas judías perseguidas, es evidente que el Barón, al fundar la JCA, consideró que su objetivo fundamental era constituir el detonador que había de activar poderosas fuerzas adicionales que se sumarían a ella.

Para asegurar el éxito de su proyecto, el Barón decidió tomar parte activa y directa en el trabajo de la JCA. El 14 de octubre de 1891 reunió la primera Asamblea General de la compañía, la cual aprobó los estatutos que definían las atribuciones del Consejo Directivo y los roles de los dirigentes de la empresa; también designó a Isidore Loeb, secretario general de la Alliance, y a Salomon H. Goldschmidt, presidente de la misma, como miembros junto con él mismo de dicho Consejo Directivo. Unas dos semanas después, y con base en los estatutos, los miembros del Consejo depositaron todas sus atribuciones en sus manos en tanto presidente de la JCA, y de ese modo el Barón asumió la conducción práctica de la empresa en forma exclusiva. Como director general nombró al periodista y maestro Dr. Sigismund Sonnenfeld, nacido en Hungría en 1847, quien durante un tiempo había sido redactor del importante

diario *Pester Lloyd* en Budapest. Pero sus atribuciones eran acotadas y durante la vida del Barón su actuación se limitó, de hecho, a la ejecución de las decisiones de este.³⁹

La consagración del barón de Hirsch al logro de una solución para el problema de los judíos de Rusia y el establecimiento de la JCA provocaron una ola de expectativas en distintos y variados sectores del público judío y también fuera de ese ámbito. Organizaciones e individuos se dirigieron al Barón para presentarle sus programas y propuestas y solicitar su apoyo. A todos ellos, contestaba el Barón que su actividad en Argentina le impedía atender sus pedidos, al tiempo que no negaba la importancia de esas iniciativas. Aunque no creía que los lugares sugeridos fueran preferibles a la Argentina, no rechazó esas propuestas, con la esperanza de que fueran planteadas ante la gran convención que se proponía reunir en enero de 1892 en París o Londres, destinada a decidir el objetivo u objetivos a los que se consagraría la actividad consensuada y centralizada que surgiría de dicha convención.

Pero antes de reunir la convención era necesario que su trabajo en Argentina rindiera sus primeros resultados, y para ello depositaba en el Dr. Loewenthal, su enviado en Buenos Aires, todas sus esperanzas sobre el futuro de su gran proyecto.

³⁹ IWO, JCA/Arg. 1, documento de apoyo a la JCA en sus conversaciones con el Tesoro británico sobre el impuesto a la herencia, que describe las etapas de formación de la empresa, destacando que de hecho es una entidad francesa. Véase *ibídem*, carta del Barón desde Carlsbad a Dietz, 13.8.1891, que detalla las atribuciones de Sonnenfeld.

El “gran día” en la historia del proyecto

1. La formación del aparato administrativo

En abril de 1891, el Barón y el Dr. Loewenthal mantuvieron en París deliberaciones que culminaron, el 28 de ese mes, en un acuerdo por el cual Loewenthal sería el director del proyecto en Argentina. Al día siguiente, el Barón le otorgó un poder oficial para negociar la adquisición de terrenos, con la condición de que el cierre de los acuerdos requeriría su consentimiento explícito; Loewenthal era responsable por inscribir debidamente cada operación en el Registro de la Propiedad en Argentina.

Una semana después, el 6 de mayo de 1891, Loewenthal partió hacia Buenos Aires como representante personal del Barón, provisto de sus instrucciones y favorecido por su entera confianza.

Un año y medio antes, en su memorando al rabino Zadok Kahn, Loewenthal escribió que un cuerpo administrativo eficiente y consagrado a su objetivo era condición imprescindible para el éxito del proyecto. Esa administración conduciría las negociaciones con el gobierno central y los gobiernos provinciales, supervisaría el cumplimiento de los acuerdos alcanzados, elegiría los terrenos adecuados para la colonización, se ocuparía de las necesidades materiales de los colonos hasta la primera cosecha, guiaría y educaría a aquellos que no estuvieran habituados a una disciplina de trabajo, llevaría a cabo experimentos

agrícolas, y además se preocuparía de mantener sólidas relaciones con la prensa y los círculos políticos. En otras palabras, estaría consagrado en cuerpo y alma a la gran tarea. Estas eran las múltiples funciones administrativas que Loewenthal estaba llamado a organizar y dirigir a su llegada a Buenos Aires, a principios de junio de 1891.

En sus dos misiones anteriores en Argentina, Loewenthal había logrado establecer buenas relaciones con la representación diplomática alemana en Buenos Aires y con los activistas de la Congregación Israelita de la República Argentina, la primera institución judía establecida en el país y la única que existía en ese momento. En esos vínculos se apoyó para organizar los grupos de trabajo que habían de ayudar a establecer la empresa según las instrucciones del Barón.

Tras instalar provisoriamente su oficina en la casa de uno de los dirigentes de la Congregación, Loewenthal convocó a catorce de sus conocidos a una reunión el 8 de junio de 1891 para consultarles acerca de la formación de un Comité de Patrocinio que se ocuparía tanto de los colonos e inmigrantes que ya se hallaban en Argentina como de aquellos que habrían de llegar en un futuro cercano, hasta que se estableciera en el país la empresa encargada del proyecto mayor. En esa reunión, fueron designados nueve miembros para dicho comité, entre ellos el director del Banco Alemán G. E. Maschwitz, el presidente de la Congregación Simón Kramer y Martín Meyer, cuñado del presidente de la República, Carlos Pellegrini. Loewenthal y otros tres miembros del comité tomaron a su cargo la redacción del reglamento de la "Comisión Barón de Hirsch para Protección de los Inmigrantes", basado en modelos de entidades similares que funcionaban en Argentina para otras nacionalidades. La diferencia estaba en que esta entidad no necesitaría de una campaña de recaudación de

fondos, ya que el Barón había puesto a su disposición la suma de 500.000 francos.⁴⁰ La comisión se formó finalmente el 25 de junio de 1891; dos de sus miembros —Simón Kramer, vicepresidente, y Charles Levy, tesorero— estaban autorizados a firmar los cheques de la institución.

En forma paralela, Loewenthal organizó también un Comité Asesor para la compra de tierras, que incluía a una parte de los miembros del primero: G. E. Maschwitz, Ernesto Kley (hijo del rabino de Hamburgo), Adolfo Roth (hermano de un amigo del Barón) y Martín Meyer. El comité comenzó sus actividades el 9 de julio de 1891.

En su reacción al informe de Loewenthal sobre la creación del Comité de Patrocinio, el Barón aclaró que su intención original había sido que el comité se ocupase solamente de los judíos ya arribados o a punto de arribar a Buenos Aires como refugiados, a los que se ayudaría fuera del marco del proyecto de colonización o inclusive serían enviados de regreso a Europa, ya que, en su opinión, no era necesario ocuparse de mendigos profesionales. Los refugiados que resultasen adecuados para la colonización habrían de ser incorporados a una de las colonias, y con ello saldrían del ámbito de acción de ese comité, el cual no debía en modo alguno estar ligado al proyecto mayor y colaboraría con el mismo solo de modo indirecto, al impedir que inmigrantes indeseables interfirieran en sus tareas. Por ello, le parecía al Barón que para este objetivo acotado resultaba excesiva la suma adjudicada a las actividades del comité (500.000 francos) y se inclinaba a reducirla.

⁴⁰ JCA/LON (302), carta de Loewenthal al Barón, 9.6.1891. Desde la década de 1880 existían en Buenos Aires organizaciones de ayuda a inmigrantes franceses, italianos y españoles que mantenían diversos servicios, incluidos los de salud y hospitales. Véase, por ejemplo, M.A.E. París (Argentine Corr. Con. y Com.), informe consular, 23.2.1888 (pp. 79-90).

Pero, a pesar de que Loewenthal había prometido al Barón mantener al Comité de Patrocinio separado del proyecto central, comprobamos que de hecho semejante separación existió solo a nivel teórico. La noticia sobre la limitación de sus funciones llevó a los miembros del Comité de Patrocinio a presentar la renuncia a mediados de septiembre de 1891 y depositar sus funciones en manos de la Congregación Israelita, aunque el rabino Henri Joseph sostenía que la congregación no era capaz de asumir las tareas que correspondían al Comité de Patrocinio.

Tampoco el Comité Asesor para la compra de tierras continuó por mucho tiempo: la atmósfera de corrupción, intrigas y acuerdos clandestinos que afectaba todos los negocios de bienes raíces en Buenos Aires hizo que Loewenthal, de hecho, trabajara todo el tiempo en forma totalmente aislada, solo con la asistencia de unas pocas personas en las que confiaba. De este modo, condujo una larga negociación sobre la compra de grandes terrenos de propiedad estatal sin revelárselo a ninguno de los miembros del comité, excepto a Martín Meyer, quien le ayudó en este operativo. Solamente cuando las tratativas culminaron con éxito y estaban por salir a la luz de todos modos, convocó Loewenthal a los miembros del comité y les informó al respecto.

En conclusión, Loewenthal no halló colaboradores para sus tareas en los comités que organizó, y abandonó la idea de crear otros nuevos cuando se libró de sus socios anteriores. Al tiempo que estaba cada vez más aislado, también era mayor cada día la carga que pesaba sobre sus espaldas. Sobre ello escribió a menudo, a veces en tonos altamente emotivos. Debido a que, en sus palabras, en Buenos Aires la corrupción estaba aun más difundida que en Turquía o Rumania, y siempre había que temer que los funcionarios fueran sobornados para filtrar información,

debía trabajar desde la mañana hasta después de medianoche, recibir él mismo decenas de telegramas, escribir personalmente la mayor parte de las cartas y los informes, ocuparse de los inmigrantes, examinar propuestas de agentes de bienes raíces, etc. Y, según afirmó, en las escasas horas que dedicaba al descanso soñaba con tierras o con los problemas de los colonos rusos.⁴¹ Por esa razón, solicitó una y otra vez que se le enviaran desde Europa ayudantes en quienes pudiera confiar y que podrían reemplazarlo durante sus ausencias de Buenos Aires.

Pese a todos los inconvenientes, Loewenthal consiguió organizar la primera oficina de la Empresa Colonizadora Barón Hirsch, de la que él mismo era “Presidente”, puesto que —según informó al Barón— en Argentina todo director de una empresa de colonización ostentaba ese título.⁴² De la estrecha oficina primera se mudó a una más amplia, a la que incorporó nuevos empleados: uno para la correspondencia en castellano, otro para tareas generales, varios encargados de las colonias, un experto en tierras, y más tarde también un gerente capaz, en su opinión, de actuar como su segundo y su representante.

Pero el aparato administrativo, que se fue armando lentamente, no le acarreó un alivio importante, pues no lo rescató de su aislamiento ni de la carga de sus funciones. Debido a ello, permanecía la mayor parte del tiempo en Buenos Aires y apenas si lograba liberarse para viajar a conocer los terrenos que se le ofrecían en venta o para visitar las colonias que iban surgiendo. En todo este periodo, salió de Buenos Aires solo en cuatro ocasiones, y en consecuencia dependía totalmente de las informaciones que le suministraban sus asistentes.

⁴¹ JCA/LON (302), carta N° 13 de Loewenthal al Barón, 27.9.1891 (p. 5).

⁴² JCA/LON (302), carta N° 19 de Loewenthal al Barón, 3.11.1891 (p. 19).

Loewenthal y su equipo se enfrentaban con dos conjuntos de tareas, diferentes entre sí en sus tiempos y alcances. Uno incluía la negociación con las autoridades, la adquisición de tierras y la realización de los programas relacionados con el proyecto grande; el otro, la atención de los colonos que ya se hallaban hacía tiempo en Argentina y los preparativos para recibir a nuevos inmigrantes: “*trabajos hacia el futuro*” y “*trabajos en el presente*”. El éxito en todos ellos debía constituir la base en que se sustentaría la concreción de los grandiosos proyectos del Barón. Pero Loewenthal no compartía totalmente la concepción del Barón respecto del “trabajo hacia el futuro”.

2. Discrepancias de criterios

El programa de colonización que Loewenthal presentó al rabino Zadok Kahn, tras su primera visita a Argentina, hablaba de una empresa relativamente reducida, que se encargaría de la absorción de unas 5.000 personas al año. Esa empresa —según su propuesta— no debía estar dedicada, en principio, solo a judíos, sino también a cierto número de cristianos. En su opinión, ello era deseable porque agricultores holandeses o suizos con experiencia constituirían un modelo y un desafío para los judíos rusos. De ese modo estos últimos aprenderían al mismo tiempo a trabajar en agricultura y a convivir en forma igualitaria con no judíos, como ciudadanos plenos en un país libre.

Al comienzo, estas ideas concordaron con las del Barón en cuanto al futuro deseable para los judíos de Europa oriental. Pero cuando las opiniones del Barón cambiaron y lo llevaron a buscar un territorio continuo y autónomo para los judíos de Rusia, ese mismo cambio no se produjo en las ideas de Loewenthal. Es así como lo

hallamos, ya en septiembre de 1891, en áspera disidencia con el rabino Henri Joseph, quien sostenía que la intención del Barón era mantener a los colonos en su fe y en su idiosincracia judía, y que ello era ciertamente un objetivo deseable. Loewenthal, por el contrario, sostenía que la desgracia de los judíos rusos se originaba precisamente en su aislamiento respecto de sus vecinos no judíos, y por lo tanto, si procurasen mantener ese aislamiento también en Argentina, habría de llegarse a una situación indeseable. Aun luego de enterarse de que las intenciones del Barón eran convertir su empresa de colonización en la piedra basal de un gran proyecto de autonomía, Loewenthal no abandonó sus convicciones y continuó creyendo que sería un error limitar la colonización a un marco religioso o nacional. Cuando el Barón le informó sobre la creación de la JCA, Loewenthal propuso que en Argentina el proyecto siguiera denominándose “Empresa Colonizadora Barón Hirsch” —es decir, que no figurara en su nombre la palabra “judío”—, arguyendo que la inclusión de colonos cristianos era de interés para el proyecto en su totalidad, aunque solo fuese como ejemplo para los colonos rusos y para que no fuera percibido como la creación de un “Estado judío”.⁴³

Un segundo criterio, ya insinuado en el memorando al rabino Zadok Kahn, consideraba que el proyecto debía ejecutarse precisamente en las provincias del norte argentino, cuyas condiciones naturales proporcionaban las mayores probabilidades de éxito. Loewenthal sostenía

⁴³ JCA/LON (302), p. 10; JCA/LON (305), carta de Loewenthal al Barón, diario administrativo, 15.9.1891 (p. 29). Al proponer al Comité de Compras criterios para sus actuaciones, Loewenthal determina que es preferible que las colonias estén dispersas, porque ello agrada a las autoridades y a la población general (JCA/LON 305, Loewenthal al Barón, informe N° 5, 5.6.1891, p. 2). Véase JCA/LON (302), resumen de las instrucciones de Loewenthal a Adolfo Roth con vistas a su encuentro con el Barón, anexos a la carta N° 15 de Loewenthal al Barón, 4.10. 1891.

que el trabajo agrícola en las regiones del norte, más cálidas, resultaría más fácil y daría frutos inmediatos; además, los judíos rusos, debido a sus características, se adaptarían mejor a lo que denominaba “labores parcialmente perezosas”. Inclusive estaba persuadido de que en el norte sería posible establecer el doble de habitantes sobre 1.000 leguas de tierra, en fincas dedicadas a ramos agrícolas diversos, mientras que en las regiones del centro del país, que fundamentalmente se ocupaban del cultivo de cereales y de pastoreo, cada colono necesitaría de un terreno grande y de mayores inversiones básicas, lo cual no permitiría el asentamiento de numerosos inmigrantes. También los gastos de mantenimiento de los colonos hasta su independencia económica serían mucho más reducidos en el norte que en las regiones cerealeras; en su opinión, en el Chaco bastaría con el 50% de las inversiones necesarias en la provincia de Buenos Aires.⁴⁴

3. Las “tierras del futuro”

Loewenthal estaba, pues, persuadido de que el futuro de la colonización masiva se hallaba solamente en el norte del país. El Barón aceptó ese supuesto y lo transformó en la piedra basal de sus consideraciones y de las instrucciones a sus funcionarios. En las que envió a la delegación de estudio integrada por Loewenthal, Cullen y Van-Vinkeroy a fines de 1890, el Barón mencionó un terreno de 10.000 leguas en esa zona, que debía examinarse para luego negociar su compra, y volvió a hablar de un terreno de esa magnitud también al año siguiente, en agosto de 1891.

⁴⁴ JCA/LON (302), diario administrativo de Loewenthal al Barón, 17.9.1891 (p. 44); también en el memorando al rabino Zadok Kahn, IWO (JCA/Arg. 1).

El intento de conseguir entre 5.000 y 10.000 leguas de terrenos estatales en concesión o compra mediante negociaciones directas, le parecía a Loewenthal inaplicable por motivos políticos. Al mismo tiempo, veía la posibilidad de aprovechar la coyuntura creada en el mercado de bienes raíces en Buenos Aires por la legislación económica que siguió a la Revolución del Parque de julio de 1890. Tras la suspensión de la gigantesca venta de 24.000 leguas en los mercados europeos, el gobierno comenzó a examinar en qué medida quienes ya habían obtenido concesiones sobre terrenos estatales habían cumplido con sus compromisos. Según la Ley 817 de inmigración y colonización de 1876, los dueños de concesiones estaban obligados a establecer a por lo menos 500 colonos cada 16 leguas; el decreto del 7 de diciembre de 1890 —que, según lo indicado en los contratos, obligaba a informar sobre el avance de la colonización— sorprendió a muchos de esos concesionarios y los colocó en una situación difícil. En ese momento el valor de los terrenos en el mercado de inmuebles sufría cierta caída, al tiempo que la crisis en el crédito impedía toda posibilidad de implementar un operativo apresurado de colonización. Finalmente, se emitió otro decreto, el 25 de enero de 1891, que anulaba las concesiones cuyos titulares no las habían anotado en el Registro Oficial, no habían pagado en los plazos previstos y no se habían ocupado de la medición de los terrenos. Ese decreto también abolía todas las concesiones superiores a las 32 leguas otorgadas a una única persona, así como los acuerdos de venta que no se hubiesen realizado en el marco de la ley. En consecuencia, el 14 de abril de 1891 se revocaron concesiones de terrenos por 1.200 leguas, y el 21 de mayo de 1891, poco antes del retorno de Loewenthal a Argentina, se suspendió toda entrega de terrenos hasta que se aprobara

una ley general de ventas.⁴⁵ Esta situación, sumada a la grave crisis del crédito que dominaba el mercado financiero argentino, fortaleció los planes de Loewenthal —quien disponía de grandes sumas en efectivo— para conseguir las “tierras del futuro”.

A solo tres meses de su retorno a Buenos Aires, el 1º de septiembre de 1891, Loewenthal se consideraba en condiciones de asegurar los terrenos necesarios para el proyecto mayor. En esa fecha, congratuló por escrito al Barón por la exitosa finalización de las conversaciones iniciales que, en sus palabras, prometían al proyecto “tierras del futuro” únicas en el mundo, tanto desde el punto de vista de su calidad como de su precio reducido. Según él, se trataba de por lo menos 2.468 leguas cuadradas de tierras, parte de ellas gratuitas y parte de ellas al precio de 2.000 pesos moneda nacional (2.500 francos) por legua o de un franco por hectárea.⁴⁶ Las explicaciones que seguían a sus optimistas previsiones nos muestran que la posibilidad de estas compras era el fruto de varios acuerdos complejos y sujetos a condiciones políticas, manejados por él en tres grupos de tratativas de los que se venía ocupando en ese momento.

El primer grupo de tratativas comprendía concesiones cuyos dueños se encontraban presionados por la exigencia gubernamental de poblar lo antes posible los terrenos obtenidos. A ellos les propuso Loewenthal que el Barón proporcionaría los pobladores exigidos y financiaría su

⁴⁵ El 19.8.1890, unas dos semanas después de la renuncia de Juárez Celman, Carlos Pellegrini y Julio A. Roca ordenaron suspender la gran venta en vista de su fracaso debido a la depresión económica en Europa y a la crisis en la economía argentina; además, habían surgido en el país numerosas críticas a dicha ley. La ordenanza fue ratificada por el Congreso el 27.6.1891. Véase Cárcamo, [1925] 1971 (vol. I, pp. 361-366); 1972 (vol. II, pp. 271-281). Los debates en torno a la aplicación del decreto se reflejan también en los informes de Loewenthal del 4.6.1891 y 19.7.1891 (JCA/LON 302).

⁴⁶ JCA/LON (302), carta N° 10 de Loewenthal al Barón, 1.9.1891.

establecimiento en las tierras de la concesión, a condición de recibir dos tercios de la superficie total, o sea 21 leguas de cada 32. Los concesionarios que deseaban conservar al menos parte de sus terrenos, pero ante todo necesitaban dinero en efectivo, recibirían del Barón un préstamo hipotecario de 8.000 francos, con un interés del 12% por un plazo de tres años, por cada una de las 11 leguas restantes. El préstamo daría al Barón el derecho a adquirir los otros predios pasados los tres años, por un precio convenido por adelantado de 25.000 francos la legua.

Este acuerdo surgió de las conversaciones de Loewenthal con un grupo de concesionarios en el Territorio Nacional de Formosa. De sus terrenos eligió dos, de 32 leguas cada uno, que se encontraban a unos 10 km del río Paraná y a 25 km de la ciudad de Formosa, en los cuales ya se había completado el trabajo de medición y por lo tanto, a su juicio, se hallaban listos para la colonización. A cambio de asentar allí a 2.000 colonos y proveer a su establecimiento según lo exigido por la ley, el Barón habría de recibir en el futuro 42 leguas de cada 64, y daría a los dueños de las concesiones 176.000 francos en préstamo, a cuenta de las 22 leguas que quedarían en poder de ellos. En opinión de Loewenthal, era posible ampliar el acuerdo también a concesiones adicionales, que poseían esas mismas personas, que alcanzaban las 392 leguas.

Un acuerdo semejante fue propuesto por él a los concesionarios de Candelaria y Santa Ana, regiones cercanas a la capital de Misiones, Posadas. En esos sitios se habían levantado en el pasado dos colonias estatales que fracasaron, dejando solo dos núcleos limitados de población agrícola. También hizo un ofrecimiento parecido al representante de la Sociedad Colonizadora del Chaco Central, propietaria de 128 leguas (es decir, cuatro concesiones de 32 leguas), la cual manifestó interés en la propuesta.

En total, pues, el Barón había de obtener “gratis” ocho unidades territoriales de 21 leguas (168 en total), a cambio de la financiación de la colonización y el establecimiento de 800 colonos.

El segundo grupo de tratativas tuvo lugar con quienes habían obtenido la concesión para construir el ferrocarril que habría de partir de San Cristóbal, en la provincia de Santa Fe, y continuar a lo largo del territorio del Chaco hasta la pequeña población de Presidencia Roca, a orillas del río Bermejo. Se trataba de los hermanos Hume y sus socios londinenses John Meiggs & Co., conocidos del Barón. La concesión incluía una amplia franja de tierras estatales que se extendían a ambos lados de las vías férreas previstas, además de unas 900 leguas que ya habían sido ofrecidas en venta anteriormente y que según Loewenthal eran terrenos de buena calidad.

El tercer grupo consistía en tratativas entabladas con el gobierno mismo. Los vínculos personales de Loewenthal con el gobernador del Territorio Nacional del Chubut, general Luis Jorge Fontana, le permitieron presentarle una oferta según la cual el Barón construiría una línea ferroviaria de trocha angosta a lo largo del río Chubut y recibiría a cambio 40 leguas de tierras estatales en los valles de ese y otros ríos. Al ser informado por el gobernador de que la propuesta había sido positivamente considerada en una reunión de su gabinete, Loewenthal la incluyó en la lista de terrenos que había conseguido poner a disposición del proyecto.

Paralelamente, Loewenthal utilizó la ayuda de Martín Meyer para establecer contactos directos con su cuñado, el presidente Carlos Pellegrini. El 23 de agosto de 1891, Loewenthal se encontró con Pellegrini en casa de Meyer para una primera conversación, y tres días después Meyer le trajo un poder presidencial que permitía a Loewenthal

examinar las listas de tierras estatales y las concesiones revocadas o a punto de revocarse. Meyer le dijo, en nombre del presidente, que debido a las dificultades monetarias por las que atravesaba su gobierno, este tenía interés en venderle terrenos al Barón. Loewenthal se apresuró a revisar los registros de tierras y al día siguiente, 27 de agosto, se entrevistó con Pellegrini, presentándole una serie de diversas propuestas. El presidente exigió que la compra abarcara unas 1.000 leguas, las que Loewenthal podría seleccionar entre los terrenos estatales. A su vez, Loewenthal planteó la exigencia de que el gobierno autorizara también los dos grupos de acuerdos precedentes; es decir, la transferencia de las concesiones de los titulares actuales al Barón y la plena propiedad de las tierras de Hume y Meiggs, una vez finalizadas las negociaciones con ellos. Cuando el presidente presionó a Loewenthal para que le dijera qué precio estaba dispuesto a pagar por las tierras estatales, Loewenthal indicó la suma de 2.000-2.500 francos por legua. En sus palabras, esa fue una gran osadía de su parte, ya que, para las 24.000 leguas que Argentina deseaba vender en Europa, el congreso había fijado en su momento el precio de 25.000 francos por legua, o sea diez veces más de lo que él estaba ofreciendo.

El 31 de agosto, el general Fontana le informó a Loewenthal que su propuesta había sido tratada en la reunión de gabinete de la que participaron él mismo y el director de la Oficina de Tierras y Colonias de la Nación, Nicasio Oroño, y que la propuesta había sido aprobada en principio. Sin embargo, Loewenthal sabía que tanto ese acuerdo como los dos anteriores debían ser sometidos al Congreso de la Nación, y que una legislación especial debería tanto aprobar la transferencia de las concesiones al Barón como autorizarle a disponer de más de una concesión y a establecer familias de inmigrantes en todo sitio

que hallara conveniente dentro de ese marco. Aun así, Loewenthal veía en el consentimiento de principio otorgado por el gobierno una razón suficiente para sentirse muy optimista. Además, confiaba en obtener la realización de nuevos acuerdos al mismo precio que había ofrecido por 1.000 leguas, a los que denominó —pasando por alto los compromisos del Barón respecto de los mismos— “acuerdos gratuitos”.⁴⁷

Confiado en el éxito de sus negociaciones, Loewenthal se apresuró a informar al Barón sobre las mismas como si fueran tratos ya cerrados. Presentó la adquisición de las 144 leguas que eligió entre los terrenos ofrecidos en Formosa como si su concreción dependiera solo de la autorización del Barón, quien por cierto se apresuró a concederla. Otra negociación que mantenía en ese momento con el dueño de la colonia Montelindo, a orillas del río Paraguay, fue presentada como ya concluida; lo mismo hizo respecto de los contactos que mantenía con diversos propietarios para adquirir la totalidad de sus terrenos. Loewenthal no destacó el hecho de que era necesario esperar la autorización del gobierno, la cual a su vez dependía de la aprobación del Congreso, sin la cual ninguna de esas negociaciones tenía valor alguno. El caso era que esa autorización tardaba en llegar. El gobierno argentino no aceptó separar el debate sobre la transferencia de las concesiones privadas del relativo a los acuerdos por las 1.000 leguas que deseaba venderle. Loewenthal se vio obligado a presionar al Barón para que satisficiera lo antes posible las demandas del gobierno.

⁴⁷ Las 2.468 leguas se sumaron, por lo tanto, a las 168 de los concesionarios privados, las 900 leguas de la concesión Hume-Meiggs, las 400 en Chubut y las 1.000 leguas de tierras estatales. Las concesiones de Hume-Meiggs de hecho abarcaban 928 leguas.

La posición del gobierno argentino no le pareció correcta al Barón, quien vio en ella un chantaje. Su furia se incrementó cuando se persuadió, tras los informes de Loewenthal, de que la única posibilidad de establecer inmediatamente a los numerosos inmigrantes que, como veremos más adelante, estaban llegando a las costas argentinas, dependía de la obtención de un permiso gubernamental a los acuerdos. Pronto resultó evidente que las cosas no eran sencillas y que la colonización de las “tierras del futuro” no podría realizarse a breve plazo. Al mismo tiempo, estaban disminuyendo también las ofertas de venta de concesiones. Al final, quedaron en poder de Loewenthal solamente dos programas concretos de compra: 27 leguas en la frontera entre la provincia de Corrientes y el territorio de Misiones, y más de 100.000 hectáreas en la zona del Alto Paraná.⁴⁸ Pero, finalmente, tampoco esas compras se concretaron.

El bajo precio por legua propuesto por Loewenthal le parecía a él mismo, como dijimos, una osadía. Efectivamente, pronto comprendió que el gobierno no estaba dispuesto a aceptar esa oferta. En una nueva reunión con el presidente, este le informó que el gobierno aceptaba todas las restantes condiciones, pero no podría transferir los terrenos por menos de 6.250 francos (250 libras esterlinas) por legua, es decir, un cuarto del precio fijado para las 24.000 leguas ofrecidas en venta en Europa. Loewenthal propuso entonces adquirir un total de 3.000 leguas, un tercio de ellas por el precio fijado por el gobierno y 2.000 por un precio menor, que abarataría el costo promedio de cada terreno. Cuando también esta propuesta fue rechazada, debido a que se trataba de una superficie muy grande, el

⁴⁸ JCA/LON (302), carta N° 19 de Loewenthal al Barón, 3.11.1891 (p. 7). El segundo terreno comprendía unas 58 leguas paraguayas (legua paraguaya = 1.800 hectáreas).

Barón mismo propuso, como última oferta, adquirir 1.300 leguas a 200 libras esterlinas cada una (5.000 francos). El presidente y sus colaboradores aceptaron esta oferta. Y nuevamente Loewenthal felicitó al Barón, en forma un tanto patética, por su triunfo en esa “batalla”⁴⁹

Loewenthal se apresuró a redactar el borrador del contrato, con la ayuda de Martín Meyer, para presentarlo lo antes posible. El documento estuvo listo el 5 de octubre de 1891, pero debió esperar a que el presidente regresara de sus vacaciones, y también que finalizara una crisis política que por un momento puso en duda la estabilidad del gobierno. El 17 de octubre de 1891 el contrato fue tratado en la reunión de gabinete, y el 20 de octubre por la tarde lo firmaron Loewenthal, como apoderado del Barón, y el ministro del Interior José V. Zapata como representante del gobierno argentino.

¿Cuáles eran los detalles del acuerdo logrado entre Loewenthal y el Presidente de la República?

En sus primeros artículos (1-8), el acuerdo establecía la venta de 1.300 leguas a 200 libras esterlinas cada una, que el comprador podría elegir de entre las tierras estatales en Chaco y Misiones. Los terrenos serían entregados al comprador, medidos y demarcados, y se destinarían exclusivamente a la colonización. El comprador no podría transferirlos hasta cumplidos diez años de su inscripción en el Registro de la Propiedad. El pago por toda la superficie (260.000 libras esterlinas) se realizaría el día de la firma del contrato definitivo. Hasta la obtención de los terrenos, el comprador gozaría de un interés del 5%, que sería pagado por el Estado sobre toda suma por la cual el comprador no

⁴⁹ JCA/LON (302), carta N° 15 de Loewenthal al Barón, 4.10.1891 (p. 1).

hubiese obtenido tierras. Al cabo de cuatro años, el vendedor devolvería al comprador el saldo que le correspondiera o prolongaría el plazo de la compra.

En los artículos siguientes (9-11), se establecían los privilegios legales especiales que el contrato otorgaba al comprador: una opción por cuatro años a la adquisición de todo terreno que el Estado pusiera a la venta en Chaco y Misiones; el Estado se comprometía a otorgarle las concesiones que desease adquirir de concesionarios privados; el comprador tendría el derecho de establecer a las 750 personas que la ley exigía asentar en cada concesión de 32 leguas, con la distribución que le pareciera conveniente, en toda la extensión de las 1.300 leguas.

A continuación (artículos 12-15), se detallaban los privilegios económicos y la política adoptada: se aseguraba al comprador, por diez años, todas las facilidades vigentes al momento de la firma para entidades colonizadoras y compañías constructoras de vías férreas; el traslado de los colonos desde el puerto de Buenos Aires al lugar de su asentamiento correría por cuenta del Estado; las colonias estarían exentas del impuesto directo durante diez años desde el día de su fundación. Los colonos se organizarían en cuerpos de guardia urbana para la autodefensa, bajo el comando de las autoridades nacionales, y el Estado los proveería de armas. Asimismo, los colonos gozarían de las leyes vigentes de autogobierno en lo referente a la elección de jueces de paz, etc.

Los tres artículos finales establecían que el contrato estaba sujeto a la aprobación de la Cámara de Diputados; que el comprador estaba exento del impuesto al papel sellado; y que el contrato quedaba desafectado de todas las reglamentaciones legales que contradecían su contenido.

Ahora, la autorización final del contrato dependía del Barón y del Congreso de la Nación. Al día siguiente, fue presentado ante este último, y lo que había sido tema de conversaciones secretas entre el gobierno y Loewenthal se convirtió en el centro de un debate público, que cobró importancia debido a las luchas políticas que tenían lugar en el país: desde que comenzaron a filtrarse las primeras noticias sobre el acuerdo, tanto la opinión pública como el Congreso reaccionaron con enojo ante las facilidades que iban a ser otorgadas a la empresa del barón Hirsch. A consecuencia de ello, Martín Meyer —que había participado en todas las etapas de preparación del contrato— se asustó, y a último momento se negó a firmarlo junto con Loewenthal.⁵⁰

Al conocerse públicamente los detalles del acuerdo, la reacción negativa de la prensa se intensificó. Varios artículos publicados en *El Diario* del 29 de octubre, y en *El Argentino*, *La Nación* y *La Prensa* al día siguiente, atacaron su contenido con diversos argumentos y también, personalmente, a sus redactores y a los firmantes por parte del Estado. Ante esta reacción de la opinión pública, Loewenthal perdió su seguridad en la ratificación del acuerdo. Dos semanas después de su presentación y tras el primer debate sobre el mismo, escribió al Barón que nadie podía saber cuál sería finalmente la decisión del Congreso y que todo dependía, ante todo, de si la mayoría con que contaba el gobierno en la Cámara de Diputados se mantendría unida cuando el contrato volviese de la comisión al plenario.⁵¹

⁵⁰ El 14.10.1891, una semana antes de la firma del convenio entre Loewenthal y el ministro del Interior, el diputado cordobés Castro mencionó, en un debate del Congreso, las tierras que se vendieron a los judíos: 1.000 leguas a su elección. República Argentina, *Libro de Sesiones...*, 14.10.1891. Véase en JCA/LON (302), en carta N° 17 de Loewenthal al Barón, 15.10.1891, el informe sobre la disputa entre Martín Meyer y el editor del *Deutsche Handelszeitung* en torno al convenio.

⁵¹ JCA/LON (302), carta N° 19 de Loewenthal al Barón, 3.11.1891.

Mientras tanto el Barón, llevado por las noticias y congratulaciones enviadas por Loewenthal el 4 de octubre, tras completar el acuerdo, y de su telegrama del 21 de octubre sobre la firma del mismo, entendía que todo lo que restaba por hacer era pagar y elegir los terrenos. Por lo cual depositó en el Banco Rothschild de Londres las 260.000 libras esterlinas que se pagarían a la orden del Ministerio de Hacienda de Argentina, según las instrucciones de Loewenthal, y comenzó a planear la puesta en práctica del contrato. Solo al recibir, el 18 de noviembre de 1891, una carta en que Loewenthal describía detalladamente todo lo que faltaba para la firma, comprendió el Barón que el acuerdo todavía no estaba cerrado y que su aprobación final dependía de un debate en la Cámara de Diputados. Si bien ya antes había tenido dudas sobre la disposición del gobierno argentino ante su proyecto, las noticias lo afectaron profundamente. Cuando se sumaron nuevas decepciones, basadas en otras cartas de Loewenthal que arribaron en el mismo paquete de correo, el Barón decidió retirarse totalmente del convenio. En el telegrama que envió a Loewenthal el 19 de noviembre, le informaba que no aceptaría el contrato con el gobierno y que pondría por carta arreglos diferentes. Loewenthal recibió el telegrama el mismo día en que se vio obligado a notificar al Barón que la Cámara de Diputados había postergado por tiempo indeterminado su decisión respecto de la venta de las 1.300 leguas.⁵²

La retirada simultánea de las dos partes significó la anulación del gran convenio que habría proporcionado a la empresa de colonización 3.250.000 hectáreas en los territorios del Chaco y Misiones, junto con los derechos a adquisiciones parciales de una superficie adicional

⁵² JCA/LON (302), carta N° 3 de Loewenthal, 20.11.1891, a la que se adjuntó el telegrama del Barón a Loewenthal del 18.11.1891.

semejante. De ese modo, desaparecía la base sobre la que Loewenthal había erigido toda la política de compra de las “tierras del futuro”.

Con todo, ambas partes dejaban abierta una posibilidad de retomar los contactos. En carta a Loewenthal, destinada al gobierno argentino, explicó el Barón que no tenía intención de abandonar la adquisición de terrenos estatales, pero que no le interesaba examinar opciones varias sino comprar en forma inmediata terrenos concretos, cuyo pago se efectuaría a cambio de títulos definitivos de propiedad. La Cámara de Diputados, en su reunión del 18 de noviembre, aprobó la propuesta del Senado según la cual se autorizaba al gobierno a vender 1.000 leguas en el Chaco y Misiones al precio de 1.000 pesos oro (200 libras esterlinas) por legua, pero sin mencionar, explícita o implícitamente, el convenio con el barón Hirsch.⁵³

El camino hacia la adquisición de vastos territorios en el norte del país no se había cerrado del todo, pero nuevas situaciones de emergencia en el área del “trabajo del presente” relegaron esas tareas a un nivel secundario.

4. La absorción de los primeros inmigrantes

En sus conversaciones en París, el Barón y Loewenthal acordaron que durante el primer año la oficina de Buenos Aires se concentraría en los preparativos requeridos para la absorción de inmigrantes, y solo después se comenzaría en Europa con el envío de los futuros colonos a Argentina. Pero la amenaza que significó para los judíos de Rusia

⁵³ JCA/LON (302), carta del Barón a Loewenthal, 19.11.1891. República Argentina, *Libro de Sesiones...*, 18.11.1891; se trata del art. 16 de la Ley 2.875, firmada por el Presidente de la República el 24.11.1891. Véase *Tierras, Colonias y Agricultura* (p. 302).

la expulsión de Moscú, junto con los rumores sobre los grandiosos planes del Barón, difundidos a raíz del viaje de Arnold White a San Petersburgo y a las poblaciones de la Zona de Residencia, impulsaron a miles de judíos a abandonar sus hogares en Rusia y encaminarse hacia el oeste. El Barón envió una circular a las comunidades judías de Rusia, advirtiéndoles que no debían dejar sus lugares de residencia mientras no estuviesen claras las posibilidades del proyecto en Argentina. Ecos de esa circular pueden hallarse en periódicos y publicaciones especiales en Rusia y Polonia, junto a las noticias sobre los planes del Barón. Pero todo ello no detuvo la creciente corriente migratoria en la primavera y verano de 1891. La presión que la misma ejercía sobre los comités de ayuda en Occidente, sobre todo en Alemania, los llevó a plantear la posibilidad de que una parte de esos migrantes hallara su lugar en Argentina a la brevedad. El 20 de junio de 1891, solo unos veinte días después del arribo de Loewenthal a Buenos Aires, el Barón le escribió preguntándole cuántos inmigrantes, entre ellos artesanos y jornaleros, podrían contar con condiciones temporarias de absorción antes de que se organizara su ubicación definitiva.

En ese año, Argentina atravesaba una difícil situación económica y laboral, por lo que Loewenthal consideró que sería imposible establecer inmigrantes judíos en la ciudad, ni siquiera en forma temporaria, y debía elaborarse un proyecto de absorción rural. Tras un breve debate en el Comité de Patrocinio, Loewenthal manifestó su disposición a absorber entre 1.000 y 2.000 inmigrantes en forma permanente de una de las siguientes maneras: a) su asentamiento en la colonia La Vitícola, que poseía 10 leguas listas para la colonización inmediata, a 15 km de la ciudad de Bahía Blanca. Esta colonia, destinada a campesinos irlandeses, había sido abandonada por estos (según

Loewenthal) debido a una administración inadecuada; b) su empleo como subarrendatarios en dicha colonia o en otras cuyas tierras Loewenthal estaba procurando adquirir; sus propietarios proporcionarían el terreno y las herramientas de trabajo a cambio de la mitad de la cosecha, y el Barón proveería al sustento de los colonos, los materiales necesarios para las tareas agrícolas y los gastos administrativos. Este procedimiento, además, serviría para comprobar la calidad de las tierras y evitar errores en compras apresuradas.

El Comité de Patrocinio hizo varias propuestas adicionales, a saber: el asentamiento de inmigrantes en lotes de tierra que se adquirirían en la zona de Moisés Ville o Monigotes; su organización en grupos por oficios de 15-20 familias en colonias veteranas y en centros campesinos no judíos; su empleo en industrias relacionadas con la agricultura (como el engorde de ganado y la fabricación de ladrillos y otros productos) en terrenos arrendados; o bien su asentamiento intensivo en “granjas de trabajo” (como la que existía en Sunchales), en la proximidad de centros urbanos.

La disposición de principio a ocuparse de los inmigrantes y las propuestas que la acompañaron se sustentaban en dos supuestos básicos: a) que la partida de los inmigrantes desde los puertos alemanes sería inmediatamente telegrafiada a Buenos Aires, lo que permitiría a Loewenthal y sus asistentes completar todo lo necesario para su absorción en las tres o cuatro semanas que duraba el viaje marítimo; b) que el Comité de Patrocinio tomaría a su cargo las responsabilidades y tareas involucradas, lo cual le permitiría a Loewenthal concentrarse en los preparativos relacionados con el proyecto central.⁵⁴

⁵⁴ JCA/LON (302), carta N° 4 de Loewenthal al Barón, 4.7.1891 (p. 1); informe N° 6, 8.7.1891 (pp. 2-3).

Desafortunadamente, muy pronto se evidenció que tanto esas posibilidades como los supuestos en los que Loewenthal había basado su consentimiento a recibir miles de inmigrantes carecían de verdadero fundamento. Se descubrió que en la colonia La Vitícola las condiciones del clima y del suelo no eran buenas, y esa había sido la causa principal de la deserción de sus pobladores, de modo que Loewenthal debió retractarse de su propuesta de compra pese a que el Barón se había apresurado a aprobarla. Las ventajas financieras previsibles de la concentración de los inmigrantes en terrenos arrendados que se comprarían posteriormente se revelaron como dudosas, sobre todo porque la colonización misma haría elevar sus precios. La adquisición a breve plazo de terrenos en la zona de Moisés Ville resultó impracticable debido a que se les fijó un precio excesivo. Algo semejante ocurrió con las propuestas de establecer a los artesanos en centros veteranos, en las industrias agrícolas o en la agricultura intensiva.

Al mismo tiempo, resultó que también la expectativa de Loewenthal en el sentido de que el Comité de Patrocinio se encargaría de las tareas relevantes carecía de fundamento real. De hecho, todo recaía sobre sus hombros, y ante la falta de alternativa debió dedicar la mayor parte de su tiempo a la busca de un terreno adecuado para la absorción de los inmigrantes que estaban por llegar. Ni siquiera su esperanza de recibir, con la debida anticipación, el anuncio de su partida de Europa se cumplió: el 28 de julio de 1891, al regresar a su oficina tras una exploración de terrenos en venta, recibió la noticia de que 48 personas acababan de llegar a Buenos Aires en el buque *Don Pedro*.⁵⁵ A esa noticia siguió la del inminente arribo de otros tres grupos, en los buques *Lisabon*, *Rosario* y *Río Negro*, por lo

⁵⁵ JCA/LON (302), informe N° 8 de Loewenthal al Barón, 29.7.2891 (p. 9), agregado del 1.8.1891.

cual la absorción inmediata de un total de 250 personas se convertía en un operativo de emergencia. Ello se hizo aún más urgente debido a la reacción negativa de las autoridades de inmigración ante la llegada del primer grupo. Loewenthal temía que una prolongada permanencia del mismo en el Hotel de Inmigrantes afectaría el prestigio del proyecto del Barón.

El 1º de agosto de 1891, Loewenthal envió un telegrama al Barón exigiendo detener por un tiempo la partida de los grupos siguientes. Mientras tanto, convocó a los comités de Compra y Patrocinio a una reunión de emergencia con el fin de hallar alguna solución para los inmigrantes que ya se hallaban en Buenos Aires. El cuadro presentado en la reunión fue ciertamente pesimista: pese a todas las búsquedas de tierras adecuadas para la colonización inmediata, Loewenthal solo pudo recomendar, sin gran convicción, un terreno contiguo a la estación ferroviaria La Cautiva, en el sur de la provincia de Córdoba. Pero incluso esta posibilidad se diluyó cuando el experto enviado a evaluar esas tierras dictaminó que no eran aptas.

El Comité de Patrocinio decidió solicitar a las autoridades una prolongación del permiso de estadía para quienes se hallaban alojados en el Hotel de Inmigrantes, más allá de los cinco días fijados por la ley. Mientras tanto, sus miembros recorrieron los alrededores de Buenos Aires y procuraron arrendar en uno de los suburbios un terreno apto para una finca mixta, en la que proyectaban establecer una colonia temporaria de producción de verduras. Hubo una propuesta de emplearlos en los hornos de cal de la colonia Hernandarias en la provincia de Entre Ríos, y también la de enviar a una parte de ellos, en forma experimental, a las plantaciones de caña de azúcar en Misiones. Pero esas propuestas no prosperaron. Mientras tanto, crecía el número de inmigrantes judíos llegados a Buenos

Aires: el 6 y 7 de agosto de 1891 arribaron dos buques, y el 15 de agosto Loewenthal fue informado de que hasta esa fecha ya habían sido enviadas a Argentina 775 personas y otras 4.000 estaban listas para partir, por lo cual se le solicitaba que informase cuándo y en qué número iba a poder absorberlos.

El Barón mismo ordenó a Loewenthal que dejara de lado los proyectos provisorios y concentrara sus esfuerzos en la compra de terrenos que permitieran un asentamiento inmediato y definitivo para todos los inmigrantes. Pero justamente entonces aumentaron las dificultades de semejante compra por un precio razonable, debido a que los vendedores, conocedores de los problemas que enfrentaba Loewenthal, querían aprovecharse de la situación y no se apresuraban a cerrar negocios con él.

En esas condiciones, transcurrió casi todo el mes de agosto, y solo a fines del mismo logró Loewenthal un primer acuerdo con Rómulo Franco, propietario de tierras en la provincia de Buenos Aires, sobre la compra de diez leguas junto a la estación ferroviaria de Carlos Casares, en el departamento Nueve de Julio. Loewenthal informó inmediatamente de ello al Barón como si se tratara de una compra cerrada, junto con sus felicitaciones por la fundación de la primera colonia, bautizada "Mauricio" en su homenaje. El 26 de agosto Loewenthal envió a Mauricio al primer grupo de colonos, al que se sumaron otros dos grupos los días 27 y 30. En total, se trataba de unas 700 personas.⁵⁶

Loewenthal continuó sus tratativas con Rómulo Franco, pero la presencia de centenares de inmigrantes en sus tierras le otorgaba a este una posición ventajosa para negociar. Varias veces condicionó su consentimiento a registrar

⁵⁶ JCA/LON (302), carta N° 10 de Loewenthal al Barón, 1.9.1891 (pp. 1-2).

el terreno bajo el nombre de sus nuevos dueños a nuevas formas de pago, que elevaban el precio muy por encima de los 625.000 pesos acordados al principio. De hecho, el registro de las tierras se efectuó solo en la primera mitad de octubre, pero todavía en enero de 1892 continuaban las negociaciones sobre la forma de saldar la hipoteca que pesaba sobre la propiedad. Tampoco ahí terminaron los problemas, porque a partir del 7 de julio de 1892 —y por más de cuatro años— la JCA debió enfrentar un largo y costoso juicio entablado contra ella por Franco, en nombre de los anteriores ocupantes de las tierras, debido a que cultivos realizados antes de la venta fueron cosechados ilegalmente por colonos de la JCA o dañados por ellos, juicio que finalmente Franco ganó.⁵⁷

Este operativo de compra, precipitado en su comienzo y demorado en su fin, hizo que se retrasaran los trabajos de medición y parcelación de esas tierras, y opacó la fundación de la primera colonia creada por la JCA en Argentina.

5. Dificultades en la práctica

El 17 de agosto de 1891, informado de que 775 refugiados ya estaban viajando hacia Argentina y otros 4.000 en Europa esperaban su partida, Loewenthal envió un telegrama en que pedía retener a los nuevos contingentes hasta fines de septiembre. Tras esa fecha, afirmaba, sería posible enviar grupos de 200-300 personas por semana. Este pedido colocó al Barón y a los comités de migraciones en

⁵⁷ La primera etapa del juicio concluyó el 28.8.1895; Franco obtuvo 89.783 pesos más intereses desde el 1.3.1892, y 20.000 pesos de honorarios para su abogado (*El Diario*, 28.8.1895). La apelación concluyó el 18.9.1896 con un pago de 100.000 de la JCA a Franco; JCA/LON (325), copia de la sentencia y recibo de Franco por la suma mencionada.

Alemania en una situación difícil, pero al mismo tiempo vieron en el mismo el compromiso explícito de Loewenthal de preparar hasta comienzos de octubre todo lo necesario para la absorción de 4.000 refugiados.

En Argentina, Loewenthal continuaba con sus intentos de compra inmediata de terrenos adicionales. En Europa, el Barón y los comités de ayuda a los emigrantes esperaban con impaciencia la renovación de los embarques hacia Argentina. Al principio, pareció que el proceso de compra y preparación de terrenos sería rápido. Muchos intermediarios, junto con los miembros del Comité de Compras, asediaron a vendedores que, debido a las presiones o a sus propias necesidades, estarían supuestamente dispuestos a vender terrenos a precios bajos. Pero en la segunda mitad de septiembre, cuando Loewenthal hizo el balance de las posibilidades de compra inmediata, debió reconocer que ninguna de las propuestas estaba madura, al tiempo que el arribo de nuevos inmigrantes era inminente. En la vecindad de Mauricio le ofrecieron 8.000 hectáreas, pero al precio de 100.000 pesos la legua, y el propietario no estaba apurado por vender ni dispuesto a bajar el precio. La propuesta de venta de 24 leguas en Entre Ríos resultó irrelevante; 40 leguas ofrecidas cerca de Monigotes no eran aptas para la colonización; las tierras de Palacios, junto a Moisés Ville, eran demasiado caras (50.000 pesos la legua); y 200 leguas de la empresa Colonizadora Argentina en la misma zona, si bien eran más baratas, requerían de seis a nueve meses de preparación para el asentamiento. Lo mismo ocurrió con otra propuesta en la zona de Mar Chiquita, en la provincia de Córdoba.

En esas circunstancias, Loewenthal decidió proponer al Barón un giro radical en los programas operativos y establecer a los inmigrantes que estaban por llegar en las que se habían definido como “tierras del futuro”.

Una de ellas, apta para la colonización según Loewenthal, era una concesión en la zona de Montelindo en Formosa, a orillas del río Paraguay. Loewenthal envió a tres de sus asistentes para que examinaran el lugar, y al recibir su respuesta positiva se propuso conversar con el presidente de la República para recibir su consentimiento a la transferencia de esa concesión. El lugar le parecía adecuado también porque su distancia de Buenos Aires dificultaría a colonos insatisfechos el regreso a la capital, donde los inmigrantes que habían abandonado las colonias procuraban mantenerse mediante la mendicidad, la venta de baratijas o “hasta cosas peores”, lo cual afectaba el buen nombre del proyecto en general.

Loewenthal se sintió alentado tanto por el consentimiento del Comité de Compras, como por un telegrama enviado por el Barón el 16 de septiembre, en el cual este, sin conocer sus proyectos, le recomendaba concentrar el grueso de sus esfuerzos en lograr un acuerdo con el gobierno respecto de las “tierras del futuro”. Mientras se realizaba el examen de suelos, Loewenthal comenzó negociaciones con uno de los concesionarios y también con el gobierno. En forma paralela, mantuvo conversaciones con el director del Departamento Nacional de Migraciones, Dr. Juan Alsina, y ambos acordaron que los nuevos inmigrantes serían directamente transferidos a un buque fluvial que los llevaría al lugar de su asentamiento. Loewenthal estaba seguro del éxito del operativo y le escribió al Barón, con optimismo excesivo, que pronto podría absorber a 10.000 o inclusive 15.000 refugiados.⁵⁸

Mientras tanto había expirado el plazo de demora en el envío de inmigrantes pedido por Loewenthal, y comenzaron a preguntarle desde París si estaba en condiciones

⁵⁸ JCA/LON (302), diario administrativo de Loewenthal al Barón, 1.10.1891.

de recibirlos. Esta vez pidió detener los contingentes hasta que el gobierno autorizara el traspaso de los derechos. Este pedido tomó por sorpresa al Barón, porque había considerado que el mensaje del 17 de agosto constituía el compromiso inequívoco de recibir inmigrantes a fines de septiembre, y en consecuencia había ordenado su partida.

De este modo, Loewenthal se vio frente al hecho de que la llegada de inmigrantes se renovarían a principios de octubre. Pese a que todavía no contaba con el consentimiento del gobierno, no perdió su convicción de que lo obtendría de una manera u otra aún antes de que llegase el primer contingente, y podría absorber adecuadamente a los 4.000 viajeros en grupos semanales de 300 personas.⁵⁹

Pero su calma no duró mucho. La delegación que revisó la concesión de Montelindo le informó el 15 de octubre que las tierras requerían mediciones y acondicionamientos que seguramente tomarían tres o cuatro meses, por lo que no sería posible trasladar inmediatamente hacia allí a los colonos. Al mismo tiempo, tuvo el disgusto de enterarse de que un primer grupo de 104 inmigrantes ya había llegado en el buque *Bahía*, sin el previo aviso de los comités alemanes. A ello se sumó, el 15 de octubre, el anuncio del Dr. Sonnenfeld sobre la urgencia de evacuar a 800 refugiados que habían sido detenidos en Estambul en su camino a Palestina, a quienes el Barón había decidido enviar a Argentina además de los 4.000 que se hallaban en Alemania, los cuales serían embarcados a razón de 300 personas por semana.

Por temor a una reacción negativa de la opinión pública argentina y para evitar escándalos innecesarios, Loewenthal decidió enviar a todos los inmigrantes a Mau-

⁵⁹ JCA/LON (302), carta de Loewenthal al Dr. Sonnenfeld, 27.9.1891 (p. 2), incluye el telegrama de Sonnenfeld del 25.9.1891; diario administrativo del Barón a Loewenthal, 22.9.1891 (p. 5).

ricio, estuviesen o no capacitados para el trabajo agrícola. Al mismo tiempo, y pese a sus fracasos, continuó con sus intentos de conseguir un terreno apto para la colonización inmediata. También informó al Barón y al Dr. Sonnenfeld que estaba dispuesto a recibir a los 800 refugiados de Estambul, pero esa afirmación optimista estaba acompañada de una observación melancólica, según la cual, aunque todavía no sabía dónde ubicar a esos 800, en el sitio en que se organizaran los 4.000 habría también lugar para ellos.⁶⁰

A partir de ese momento, la busca de tierras para colonización se convirtió en una carrera contra el tiempo: debía obtenerse la posesión de las mismas antes de que el buque anclara en el puerto de Buenos Aires. Pero, lamentablemente, la cantidad de terrenos relevantes disminuía. De las 28 leguas en Mar Chiquita (Córdoba), solo la mitad era apta para el cultivo de trigo, mientras que la otra mitad era boscosa y únicamente servía para pastura y para la cría de cerdos. Y aun cuando Loewenthal estuvo dispuesto a comprarlas en esas condiciones, el precio exigido resultó inaceptable. Santa Catalina —finca estatal entre las ciudades de La Plata y Buenos Aires, de 800 hectáreas, con viviendas permanentes para 2.000 personas o más— le pareció el lugar adecuado como estación de tránsito y de adiestramiento en agricultura intensiva para todos los inmigrantes. Los expertos que la examinaron indicaron que el precio razonable iba de 450.000 a 600.000 pesos, pero su propietario —el gobierno de la Provincia de Buenos Aires— no estaba interesado en venderla o arrendarla; además, el Barón se opuso a esta compra. Trece leguas en la zona de Carlos Casares, vecinas de la colonia Mauricio, fueron puestos en venta en ese momento, pero con un

⁶⁰ JCA/LON (302), carta N° 17 de Loewenthal al Barón, 15.10.1891 (p. 12).

precio muy elevado: al principio 100.000 y más tarde 85.000 pesos por legua, mientras que el Barón estaba dispuesto a pagar 60.000 por legua siempre que la colonia estuviese lista para el asentamiento.

Ante la falta de alternativa, Loewenthal volvió a revisar las primeras ofertas de venta que habían visto y debatido en varias ocasiones miembros de la delegación del Barón. Se trataba de tierras linderas con Moisés Ville y Monigotes. Pero, pese a las urgentes necesidades financieras de los propietarios, estos no consintieron en reducir sus exigencias en forma significativa y, en el aprieto en que se hallaba, Loewenthal se vio forzado a aceptarlas. Renovó su contacto con el Dr. Pedro Palacios, y luego de tratativas prolongadas ambos alcanzaron el siguiente acuerdo: Loewenthal compraría de Palacios dos leguas deshabitadas a 50.000 pesos la legua (o 20 pesos la hectárea) y, por el mismo precio, las dos leguas en las que ya se hallaban establecidos los veteranos habitantes de Moisés Ville llegados en el *Weser*, quienes se habían comprometido a pagar a Palacios 40 pesos por hectárea más un interés anual de 8% a 12%. En otras palabras, Loewenthal recibiría, a cambio de 200.000 pesos, dos leguas de tierras nuevas más las deudas de los colonos de Moisés Ville por un total de 230.000 pesos. De esta manera pensaba resolver los problemas de todas las partes: Palacios estaba interesado en un pago en efectivo; los habitantes de Moisés Ville gozarían de una reducción del interés por las deudas al 5% y se librarían de las amenazas de expulsión de Palacios; y Loewenthal recibiría compromisos financieros superiores a la suma abonada, además de 5.000 hectáreas de tierra. Ahora sería posible establecer, en la vecindad de una colonia judía ya existente, a por lo menos varios centenares de entre los inmigrantes que se hallaban en camino a Buenos Aires.

Loewenthal propuso agregar a esta compra la de otras 9 o aun 17 leguas, que podrían otorgar a Moisés Ville una superficie continua hasta las vías ferroviarias, lo que inclusive posibilitaría construir una estación de tren entre Palacios y Monigotes. En su opinión, la compra de esas áreas era obligatoria como reserva territorial en la zona de Moisés Ville y Mauricio para los hijos y familiares de los colonos que ya se hallaban en Argentina y para otros que se les sumarían.

Pero, para su gran sorpresa, el Barón se negó categóricamente a autorizar esas compras y también informó a Loewenthal, el 25 de octubre de 1891, que ya había ordenado interrumpir el envío de contingentes a Argentina, con lo que el problema de la absorción se limitaba a los que ya se habían embarcado en Hamburgo y a los 800 que venían de Estambul (en total, 1.268 personas según los cálculos de Loewenthal). El Barón también ordenaba interrumpir, hasta nuevo aviso, la compra de terrenos adicionales.

6. Las relaciones entre el Barón y el Dr. Loewenthal

Al comienzo, las relaciones entre el Barón y Loewenthal se caracterizaron por la confianza y el respeto mutuos. Ya en la época en que Loewenthal integró el grupo de exploración que viajó a Argentina, el Barón aceptaba sus consejos, valoraba su pericia, lo prefería entre sus compañeros y le brindaba beneficios materiales. La confianza no se alteró aun cuando personas allegadas al Barón insinuaron que Loewenthal “se creía inteligente”, y que no debería haberle confiado la conducción de los asuntos en Argentina. También hubo quienes lo acusaron de despilfarro en el desempeño de la mencionada delegación. El momento más alto y claro de esa confianza fue aquel en que el Barón puso a su

disposición un fondo de 200.000 libras esterlinas, autorizándolo a utilizarlo según las necesidades que surgieran en el proceso de sus funciones. Por cierto, el Barón le advirtió explícitamente que era la primera vez en la larga trayectoria de sus negocios que obraba de ese modo, y que estaba persuadido de que Loewenthal sabría responder a esa confianza del modo adecuado.⁶¹ Poco después le otorgó un poder para adquirir las “tierras del presente”, con el requisito de ser notificado de antemano, pero sin exigirle que aguardara su respuesta antes de completar la operación. Efectivamente, hallamos que el Barón le autorizó por vía telegráfica a adquirir 144 leguas según su propuesta, aun antes de saber dónde se encontraban esos terrenos.

Durante todo ese periodo, hasta comienzos de octubre de 1891, el Barón consideró a Loewenthal el responsable directo de todo lo que se hacía en Argentina, mientras que él mismo y la directiva de la JCA en París solo debían colaborar, aconsejar y supervisar, pero no interferir en los detalles de los operativos.

Mientras tanto, comenzaron a llegar a oídos del Barón algunas noticias preocupantes (y verdaderas) sobre lo que ocurría en Mauricio, y gradualmente el tono de confianza absoluta que caracterizaba sus cartas anteriores comenzó a modificarse. El estilo del Barón se volvió autoritario; por ejemplo, en una carta exigió de Loewenthal “meterse bien en la cabeza” los principios y objetivos de la empresa colonizadora. Y cuando lo exhortó, el 7 de octubre, a ocuparse menos de las operaciones de compra y concentrarse en las de colonización, acompañó esa orden con la observación de que con ello podría Loewenthal probar que realmente era el hombre cierto en el lugar cierto.

⁶¹ JCA/LON (302), carta del Barón a Loewenthal, 31.7.1891 (p. 7).

A partir de ese momento, las intervenciones del Barón en los detalles del trabajo de Loewenthal se hicieron más frecuentes, y hasta llegó a interesarse en la forma en que este distribuía su tiempo. Sin embargo, el 22 de octubre, al referirse a la compra de la hacienda estatal Santa Catalina —destinada a constituir un centro de capacitación y adaptación para miles de colonos—, a la que el Barón se había opuesto por cuestiones de principio, se manifestó dispuesto a retirar su opinión y a confiar en el juicio y la prudencia de Loewenthal.

Tres días después, el 25 de octubre, el Barón recibió de Argentina un portafolio con informes que hicieron vacilar su confianza en Loewenthal. Los mismos le revelaron que los habitantes de la primera colonia no solo no trabajaban con la disciplina militar que él esperaba de ellos, sino que no trabajaban del todo; que su asentamiento en el lugar era provisorio, que no ganaban su sustento ni aseguraban su futuro, y que se los subsidiaba de una manera que a sus ojos constituía un derroche injustificado. En amarga reacción, advirtió a Loewenthal que sus cartas e informes, recibidos ese mismo día, parecían una copia de las noticias que estaban llegando desde las colonias del barón Edmond de Rothschild en Palestina, en las cuales los colonos eran mantenidos completamente por su benefactor; y que él se valoraba demasiado a sí mismo y a su experiencia en los negocios como para aceptar que en su nombre se adoptase esa vía tan desdichada. En opinión del Barón, la culpa de haber alcanzado semejante situación era de Loewenthal, y no le ahorró su invectiva. Consideraba que Loewenthal no era suficientemente estricto con los colonos, que los malcriaba con beneficios prescindibles y hasta toleraba sus rebeliones, adoptando ante ellos una actitud paternalista y vacilando en adoptar las medidas drásticas necesarias; que desperdiciaba su tiempo ocupándose de

detalles y ampliando sin cesar su campo de actividades. A pesar de todo ello, el Barón afirmaba que no había perdido del todo su confianza en él, no deseaba desesperarlo ni ignoraba sus logros. Su objetivo era advertirle de la situación y exigirle que demostrase sus capacidades.⁶²

Pero la distancia entre esos reproches y una manifestación de total desconfianza no era muy grande. Varios de los informes adicionales de Loewenthal llegados a manos del Barón a principios del noviembre, cuando regresó a París desde su hacienda húngara de St. Johann, junto con testimonios de otras personas que le llegaron a mediados de ese mes, inclinaron la balanza y lo llevaron a pasar de la intervención directa y personal en los asuntos argentinos a la manifestación explícita de su falta de confianza en la capacidad personal de Loewenthal en tanto director del proyecto.

6.1. Las nuevas instrucciones del Barón

Como preámbulo a la serie de instrucciones dirigidas a Loewenthal, el Barón le aclaró que, si él mismo había obtenido algún éxito en sus negocios, ello se debía ante todo a su energía y su capacidad de decisiones rápidas, que siempre le llevaron a cambiar de rumbo (*couper court*, cortar por lo sano) en el momento en que sentía que no se hallaba en buen camino. La primera de esas instrucciones llegó a Loewenthal en un telegrama del 27 de octubre de 1891, que le ordenaba no comprar terrenos más allá de los necesarios para absorber a los inmigrantes que ya habían partido de Europa o estaban por hacerlo desde Estambul. El Barón le exigía organizar en los asentamientos un cuerpo de vigilancia eficiente con la mayor economía posible,

⁶² JCA/LON (302), carta secreta del Barón a Loewenthal, 25.10.1891.

privar de provisiones a los haraganes, alejar a los intrigantes, e imponer a los colonos una intensa jornada de trabajo y un régimen sencillo de alimentación.

A fin de poner en práctica esas normas, el Barón le aconsejaba designar para la colonia a un director enérgico, en lo posible un militar acostumbrado a ordenar y ser obedecido. Una vez nombrado, sería necesario limpiar la colonia de “malas hierbas” y dejar en ella solamente a las personas adecuadas y dóciles, aun si ello reducía el número de colonos a la mitad. Solo implementadas esas medidas, sostenía el Barón, sería posible pensar en la continuación del proyecto de inmigración y colonización. Por lo tanto, estaba exigiendo de Loewenthal que dejase de lado todas sus otras ocupaciones y se dedicara exclusivamente a reorganizar a Mauricio como colonia agrícola.

Persuadido de que sus instrucciones eran cumplidas, el Barón comenzó en noviembre a elaborar programas que se implementarían en Argentina más allá del periodo de organización. Pero los informes siguientes de Loewenthal, de los que dedujo que su primera intervención no había provocado cambio alguno en la situación de Mauricio, le impulsaron a enviar el 18 de noviembre un telegrama más tajante que el anterior, en el que detallaba en forma explícita sus órdenes: reemplazar al administrador de Mauricio, Garbel, por el experto en suelos Koenekamp; construir 600 viviendas y distribuir todo el terreno en parcelas familiares en el término de un mes; establecer un régimen militar de trabajo, y expulsar a los inmigrantes llegados a Argentina por propia iniciativa junto con todos los elementos dudosos.⁶³

⁶³ JCA/LON (302), telegrama del Barón del 2.10.1891, citado en carta N° 19 de Loewenthal al Barón, 3.11.1891; telegrama del Barón a Loewenthal, 18.11.1891, citado en carta N° 19 de Loewenthal a JCA, 20.11.1891.

Esas órdenes amargaron a Loewenthal y su respuesta fue dura: Koenekamp no estaba capacitado para ser director de Mauricio ni estaría dispuesto a ello; las casas no se podrían construir en un mes; y en cuanto a la ejecución de las medidas de “cribado”, obligarían a emplear medidas de fuerza contra centenares de inmigrantes y provocarían el derrumbe total del proyecto. En consecuencia, solicitaba saber si el Barón se mantenía firme en esas exigencias, pese al daño que habían de acarrear. En caso positivo, las ejecutaría sin asumir responsabilidad por las consecuencias. El Barón respondió que debía poner en práctica las instrucciones, pero de un modo que no perjudicase al proyecto, y Loewenthal continuó trabajando en Mauricio tal como lo venía haciendo hasta ese momento. El administrador Garbel fue destituido de su cargo pero en forma temporaria, y aun ello solo a fines de diciembre; el reparto de las tierras y la construcción de casas avanzaban con lentitud.

Mientras tanto, en Estambul y en Hamburgo se completaban los preparativos para el envío de más de 1.000 emigrantes, e inclusive algunos ya habían partido. Para evitar que la situación en Argentina se complicase, el Barón decidió frenar la ola de emigración o transferirla a otros puertos. Pero al menos un buque, el *Pampa*, estaba a punto de zarpar de Estambul con 817 refugiados judíos, y no era posible detenerlo, lo cual hacía ineludible la absorción de los mismos en Argentina.

El Barón se mantuvo en su idea de que Loewenthal debía reducir sus actividades de compra de terrenos y limitarlas a las necesidades inmediatas. En su opinión, la adquisición de cuatro leguas en la zona de Moisés Ville, sobre la que ya le había informado Loewenthal, bastaría para satisfacer esas necesidades. En esa superficie (de la que solo la mitad estaba desocupada) y en la zona no poblada de Mauricio sería posible ubicar a todos los

inmigrantes que se hallaban en camino a Argentina. En consecuencia, el 18 de noviembre ordenó suspender totalmente la compra de nuevos terrenos.

Pero esa orden se contraponía a los planes de Loewenthal, que en ese momento se hallaba negociando la adquisición de unas 11 leguas en la zona de Palacios y en la colonia Arrufo, al norte de aquella. Loewenthal le respondió al Barón que tanto la necesidad de conservar en Mauricio tierras para las familias de los “solteros” —hombres que habían llegado solos y aguardaban la venida de sus familiares— como la inconveniencia de instalar a los refugiados de Estambul en una colonia de habitantes desalentados, lo obligaban a comprar las tierras de Arrufo. Pero el Barón no cedió y desautorizó la adquisición. En cuanto a los “solteros” y su futuro en Mauricio, puso como condición un examen que verificara si esas personas eran aptas para la colonización. Si llegase a faltar lugar, precisó para estupor de Loewenthal, habría que buscar un arreglo temporario para los nuevos inmigrantes, por ejemplo, el arriendo de haciendas cuyos dueños estuviesen de acuerdo con el proyecto, y para ello sería necesario apelar a la ayuda de los miembros de la Congregación. De nada le sirvió a Loewenthal argüir que no se hallarían hacendados dispuestos a aceptar a inmigrantes recién llegados como arrendatarios, y que los miembros de la Congregación no tenían la menor posibilidad de ayudar en ese asunto. El Barón no cambió de idea y a Loewenthal solo le restó informar, en tono de humillación y amargura, que él suspendía sus iniciativas y se limitaría a la obediencia pasiva, desentendiéndose de toda responsabilidad.⁶⁴

⁶⁴ JCA/LON (302), telegrama de Loewenthal en su carta del 20.11.1891; telegrama del Barón e intercambio de telegramas en anexo a carta de Loewenthal al Barón del 26.11.1891.

El Barón propuso a Loewenthal que enviara a los nuevos al Hotel de Inmigrantes de la ciudad de Paraná, a fin de evitar su permanencia en Buenos Aires. La Congregación, a la que el Barón solicitó el 27 de noviembre que colaborase con Loewenthal en la absorción de los refugiados de Estambul, propuso a este algunas soluciones temporarias y pidió que los viajeros del *Pampa* no se alojaran en el Hotel de Inmigrantes de la capital, sino que fueran trasladados de inmediato al sitio que les estaba destinado. Pero Loewenthal decidió que, tras una breve estadía en dicho Hotel, la mayor parte sería alojada en un hotel aislado en la costa atlántica, cerca de la ciudad de Miramar.

El 15 de diciembre de 1891, llegaron a Buenos Aires los refugiados de Estambul, tras una larga y fatigosa travesía. Su fortaleza ante los percances sufridos suscitó la admiración del capitán del barco y tuvo ecos positivos en la prensa de Buenos Aires. En el puerto, los aguardaban el rabino Henri Joseph y otro miembro de la Congregación, quienes se asombraron al ver que los recién llegados eran trasladados al Hotel de Inmigrantes, sin la presencia de Loewenthal o alguno de sus asistentes. Ambos les explicaron que serían establecidos en forma provisoria, hasta que se fijase su residencia definitiva. La decepción de los viajeros se convirtió rápidamente en furia, y camino al Hotel de Inmigrantes decidieron rechazar el asentamiento provisorio, porque el mismo contradecía las promesas obtenidas al zarpar de Burdeos. Sus temores y su amargura aumentaron cuando un número de inmigrantes veteranos —algunos de ellos, elementos criminales y tratantes de blancas que, más tarde, la comunidad denominaría “los impuros”;⁶⁵ otros, desertores fracasados de Mauricio— lograron infiltrarse en el grupo y describir con colores

⁶⁵ Sobre los “impuros”, eufemismo con el que se denominaba a los judíos tratantes de blancas, véase Avni, 2014.

tétricos las desiertas llanuras argentinas adonde estaban por arrojarlos. Al tercer día, Loewenthal se presentó ante ellos en el Hotel de Inmigrantes, con un severo discurso sobre su obligación de trabajar y de obedecer a sus superiores. Muchos vieron en sus palabras una confirmación de lo que les habían descrito los infiltrados, y estalló una revuelta. La decisión unánime fue no abandonar el Hotel de Inmigrantes si no se cumplían las promesas recibidas en cuanto a su asentamiento definitivo en un sitio preparado especialmente para ellos.

La revuelta continuó por unas dos semanas, tras las cuales, y por mediación de miembros de la Congregación, los inmigrantes aceptaron suspender su huelga, a condición de que el Dr. Loewenthal declarara por escrito que los arreglos temporarios respondían a órdenes del Barón y que ese periodo transitorio no superaría los tres meses. Una vez depositado ese documento en la Congregación, salieron al camino. Unas 600 personas viajaron en cinco caravanas a su residencia temporaria, y las restantes se dirigieron a Moisés Ville.⁶⁶

⁶⁶ CIRA (Correo entrante, documento 13), carta del Barón del 27.11.1891. JCA/LON (299), carta de Henri Joseph a Cullen, 17.1.1892; carta de Roth a JCA, 17.1.1892. Sobre el viaje de los inmigrantes del *Pampa* a la Argentina escribieron los periódicos *Standard*, 19.12.1891, y *Argentinier Tageblatt*, 18.12.1891. La carta de Joseph a Cullen es un informe oficial sobre el episodio de la ubicación de los inmigrantes, informe según el cual una copia de la declaración de Loewenthal fue puesta en manos del director de Migraciones, Juan Alsina. Véase la versión de Loewenthal en JCA/LON (302), telegrama de Loewenthal al Barón, 20.12.1891 (anexo a carta de Loewenthal a JCA, 22.12.1891), y carta de Loewenthal a JCA, 3.1.1892. Aquí preferimos la versión de Joseph por las siguientes razones: a) su carácter oficial y el menor involucramiento de Joseph en comparación con Loewenthal; b) Loewenthal confirmó la ayuda prestada en este asunto por Joseph y el presidente de la Congregación; c) la carta de los viajeros del *Pampa* a la Congregación, 23.12.1891, en que agradecen su intervención, atestigua la confianza de estos en sus activistas (CIRA, Correo entrante, documento 1-2); d) la declaración de Loewenthal a los inmigrantes del *Pampa*, con fecha 28.12.1891, figura en el archivo de la CIRA (documento 24). Compárese con Schallman, 1971, que informa con extensión sobre el episodio y se inclina por la versión de Loewenthal.

6.2. La destitución de Loewenthal

Al tiempo que Loewenthal veía con amargura cómo el Barón rechazaba sus propuestas, este ya comenzaba a pensar en su reemplazo. Una primera alusión al respecto figura en su carta a Loewenthal del 19 de noviembre de 1891, enviada tras su severo telegrama del 18, con el objeto de explicarle las razones de las drásticas instrucciones. El Barón consideraba que, a fin de verificar que Loewenthal sabría adaptarse a sus programas, sería necesaria una conversación personal de ambos en París, una vez satisfechos sus requerimientos. Pero el Barón no esperó ese encuentro, y pocos días después, ese mismo mes, redactó la carta oficial de despido, la cual confió a principios de diciembre a Adolphe Roth y Édouard Cullen, designados como nuevos directores del proyecto.

¿Qué indujo al Barón a esa medida extrema? En la carta de despido menciona haber recogido, de tres fuentes distintas, información sobre la falta de capacidad organizativa y de tacto de Loewenthal, así como sobre su actitud ante los negocios. Esas fuentes eran: los informes del mismo Loewenthal, “otras fuentes”, y testimonios de distintas personas en Buenos Aires a las que se había dirigido para conocer su opinión acerca de las actuaciones de su representante. No existen datos que permitan identificar a esas “personas de Buenos Aires”, pero en cambio conocemos bien los informes de Loewenthal y los materiales en su contra que el Barón pudo haber deducido de ellos. También podemos señalar al menos algunas de las “otras fuentes”, que no eran sino los dos nuevos representantes del Barón en Argentina.

Adolphe Roth, quien trabajaba junto a Loewenthal en el Comité de Patrocinio y en el Comité de Compras, había sido recomendado en su momento por el mismo Barón, al parecer a pedido de su amigo y hermano de aquel,

Louis Roth. A principios de octubre, Adolphe Roth partió de Buenos Aires rumbo a Europa, tras haber recorrido Mauricio y estando al corriente de todos los manejos administrativos de Loewenthal y los problemas que enfrentaba. Loewenthal le había entregado una carta detallada y una guía de temas para que conversara en su nombre con el Barón; pero poco después se arrepintió de la confianza depositada en él, al enterarse de que —en oposición a los elogios que le había manifestado sobre la situación en Mauricio—, en conversaciones con otras personas, Roth había expresado su indignación ante la situación de la colonia; también supo que se había apresurado a transmitir al director del Banco Alemán detalles de sus negociaciones con el gobierno, que Loewenthal había compartido con él exigiéndole que los mantuviera en secreto.

Édouard Cullen, compañero de Loewenthal en la delegación exploradora de 1890, quien había completado su visita al Chaco y permanecido un tiempo en Buenos Aires antes de regresar a Europa, también conocía de cerca la situación de Loewenthal, ya que este se ocupó de explicarle en detalle todos sus problemas con la esperanza de que lo defendiera ante el Barón. Pero, de hecho, Loewenthal no valoraba en mucho la capacidad de Cullen de comprender la situación, y este percibió muy bien esa actitud altanera.⁶⁷

Por lo tanto, los dos nuevos enviados del Barón estaban provistos de información completa sobre lo que ocurría con el proyecto, y también llenos de resentimiento hacia Loewenthal. Sus testimonios acerca de Mauricio —a

⁶⁷ JCA/LON (305), carta de Loewenthal a Sonnenfeld, 27.9.1891 (pp. 1-2). Con todo, Loewenthal no pone en duda la honestidad de Cullen, e incluso recomienda su designación como inspector de las colonias, sujeta al consentimiento del Barón.

los que el Barón se refiere explícitamente en la carta de despido— completaron y confirmaron la impresión creada por los informes de aquel.

Poco antes de la salida de ambos enviados hacia Buenos Aires, el Barón descubrió otro defecto en las actuaciones de Loewenthal, que seguramente constituyó un último incentivo para su relevo: tanto el Barón como el Consejo de la JCA se enteraron con sorpresa de que Loewenthal había transferido los fondos puestos a su disposición a una cuenta personal en el Banco Alemán. Pese a su confianza declarada en la honestidad de Loewenthal, el hecho despertaba serias sospechas, y se le ordenó abrir inmediatamente una cuenta a nombre de la JCA y transferir a la misma dichos fondos. Loewenthal explicó por telegrama (y también en una carta que llegó a destino después de su despido) que se había visto obligado a hacerlo porque en ese momento la JCA no tenía personería jurídica en Argentina, e inclusive destacó que había solicitado varias veces —sobre todo a través de Adolphe Roth— que se acelerase el registro oficial de la empresa, cosa que no se había realizado. Pero la explicación no modificó la opinión del Barón, que vio en ello una cuestión de principios y un fracaso administrativo de Loewenthal.

El 4 de diciembre de 1891, partieron hacia la Argentina Roth y Cullen, los nuevos representantes del barón Hirsch, llevando la carta de despido del Dr. Loewenthal.

¿Temía el Barón que Loewenthal se rebelara ante su decisión? ¿Tomó en cuenta la posibilidad de un sabotaje al proyecto o de su negativa a transferir sus funciones? El modo en que fue llevada a cabo su destitución refuerza esas hipótesis, ya que presenta rasgos de un operativo militar que incluye maniobras de desorientación, asedio y sorpresa.

Tras los dos telegramas en los que el Barón manifestaba su falta de confianza en sus actuaciones (25 de octubre y 18 de noviembre de 1891), Loewenthal halló el primer indicio de las quejas en su contra en la mencionada carta del 19 de noviembre, llegada a sus manos el 21 de diciembre, en la que lo invitaba a viajar a París. En respuesta, Loewenthal escribió que estaba dispuesto a partir de Buenos Aires a fines de diciembre, pero se le respondió inmediatamente que debía esperar el arribo de Roth y Cullen, que llevaban “instrucciones” cuya naturaleza el Barón no aclaró ni en sus telegramas ni en la carta que le había enviado el 1º de diciembre, en la que escribía que confiaba en que se verían a la brevedad. Loewenthal oyó de boca de varios miembros de la Congregación la posibilidad de que aquellas instrucciones fuesen del estilo “A rey muerto, rey puesto”, pero no dio importancia a dichos rumores.

El 6 de enero de 1892, llegaron los enviados a Buenos Aires, y al día siguiente comenzaron a poner en práctica las explícitas instrucciones del Barón: por la mañana presentaron en el Banco Alemán sus acreditaciones y la orden del Barón de transferir a sus manos la cuenta bancaria de la JCA. Luego Cullen se apersonó ante Loewenthal en su despacho y para su total sorpresa le entregó la carta de despido. Loewenthal se sintió profundamente ofendido, pero ocultó su enojo y acordó con Cullen que más tarde viniera junto con Roth para recibir de sus manos la oficina. En el encuentro de los tres, Loewenthal no calló su furia contra Roth, al que consideraba el principal factor de su despido. Pero no pudo poner en duda la autorización que obraba en manos de sus sucesores, a la que ambos se habían ocupado de adjuntar una legalización notarial obtenida del cónsul argentino en Londres. Loewenthal no tuvo más remedio que entregarles las llaves. Los nuevos delegados informaron al personal de la oficina acerca de

las instrucciones emitidas por el Barón el 10 de diciembre, y desde ese momento se convirtieron de hecho en los directores del proyecto.⁶⁸

En los días que siguieron, mientras revisaban la documentación y realizaban los trámites para transferir a la JCA todos los bienes que estaban inscritos a nombre de Loewenthal, ambos delegados informaron en detalle al Barón sobre sus hallazgos; no ahorraron ni las dudas sobre acciones y descuidos de su predecesor, ni las sospechas sistemáticas contra su desempeño. Loewenthal llegó a Europa a fines de febrero, al parecer provisto de cuantos documentos logró salvar de su oficina, a fin de justificar sus actuaciones ante el Barón. Pero aun antes de su encuentro, ambas partes alcanzaron a aclarar sus posiciones por escrito.

El Barón, como presidente de la JCA, informó a Loewenthal, a través de la oficina de la empresa, que su despido había entrado en vigencia el 7 de enero de 1892 y que los arreglos financieros finales se harían de acuerdo con el contrato entre ambos, luego de recibidos los resultados de la investigación detallada sobre sus actuaciones que se estaba realizando en Buenos Aires. A esto respondió Loewenthal que no se consideraba empleado de la JCA, sino funcionario del Barón, quien lo había designado director del proyecto por cinco años, y según el contrato que obraba en su poder le correspondía una indemnización de 80.000 francos en caso de incumplimiento. El Barón no aceptó su argumento respecto de la JCA, pero reconoció que su demanda era legal, si bien demoraría el pago porque primeramente era necesario obrar por vía judicial para reparar el perjuicio que sus actuaciones

⁶⁸ JCA/LON (308), instrucciones del Barón a Cullen y Roth, 1.12.1891. JCA/LON (299), informe sobre ejecución de las instrucciones en la carta de Roth a JCA del 17.1.1892 y en la de Cullen, 21.1.1892.

habían causado a la empresa; proponía, por tanto, que Loewenthal llevase su demanda ante los tribunales y aportara pruebas de que había desempeñado su cargo con honestidad y lealtad.⁶⁹

Las estrechas relaciones entre el barón Maurice de Hirsch y el Dr. Wilhelm Loewenthal, iniciador del proyecto en Argentina, concluyeron en una vulgar demanda judicial de indemnización.

7. El final de las “tierras del futuro”

Unos meses antes, el 13 de septiembre de 1891, el Barón recibió un informe de Cullen sobre su expedición al Chaco, junto con la descripción detallada de las adversidades que lo acosaron a lo largo de los 1.342 kilómetros que recorrió. El informe contenía una evaluación positiva y entusiasta sobre la calidad de las tierras en la región. Cullen afirmaba “con total seguridad” que esa tierra era la más hermosa que había visto desde su llegada a Sudamérica; parte de los terrenos eran tan espléndidos y adecuados a la colonización que se inclinaba a pensar que incluso superaban a los mejores valles cerealeros del Canadá, que él conocía a fondo.

El Barón consideró que el informe era superficial, producto de un aficionado y no de un “hombre de negocios”, y en consecuencia propuso a Loewenthal que despidiera a Cullen.⁷⁰ Pero esa impresión se modificó totalmente después de su encuentro con Cullen a principios

⁶⁹ JCA/LON (302), carta del Barón a Loewenthal, 7.3.1892; carta de Loewenthal a JCA, 16.3.1892; carta del Barón a Loewenthal. 24.3.1892.

⁷⁰ JCA/LON (305), informe N° 23 de la delegación, firmado por Cullen, 12.7.1891 en Presidencia Roca (Chaco), y reacción al informe en diario administrativo del Barón a Loewenthal, 13.9.1891 (p. 15).

de noviembre en el que este le transmitió su informe de viva voz. Esta vez, el Barón quedó totalmente persuadido de la fertilidad de las tierras del Chaco y, debido a las dificultades que enfrentaba la adquisición de terrenos en zonas más pobladas, se inclinó a considerar que era el único territorio en la República Argentina en que se podría concentrar el proyecto de colonización. Basándose en la información de Cullen, según la cual el río Bermejo era navegable, elaboró un programa de compras que incluiría terrenos estatales, los de Meiggs y Hume y otros de concesionarios privados, los cuales, una vez reunidos, constituirían un territorio continuo a lo largo del Bermejo. La ejecución de su plan dependía de un examen de las condiciones de navegabilidad del río, tarea que le encomendó al ingeniero Herman Werren, quien trabajaba hacía mucho al servicio del Barón y contaba con su gran aprecio.

Al mismo tiempo, el Barón le pidió a Cullen que preparase un programa detallado para erigir la primera colonia experimental, cuya organización y conducción estaba dispuesto a poner en sus manos. Su idea era establecer tres colonias de ese tipo y confiarlas a tres administradores distintos que las manejarían cada uno a su manera, para de ese modo aprender de los resultados de sus experiencias cuál era el método que había de constituir la base del programa global de colonización. Cullen redactó su propuesta durante su residencia en la finca del Barón en St. Johann; el Barón la aprobó con entusiasmo, y poco después acordaron formalmente las condiciones de trabajo de Cullen como administrador de la primera colonia que se levantaría en el Chaco.⁷¹

⁷¹ JCA/LON (305), carta N° 13 del Barón a Loewenthal, 10.11.1891. El programa fue impreso en un cuadernillo de 19 páginas; véase Cullen. JCA/LON (305), carta del Barón, 1.12.1891: el acuerdo con Cullen le otorgaba 1.000 libras esterlinas por año en pagos mensuales a partir del 1.12.1891.

El 18 de noviembre, como ya se dijo, el acuerdo de la gran compra de tierras estatales fue revocado, pero el Barón no desesperó, y consideró que la adquisición de terrenos en el Chaco a 200 libras esterlinas la legua era una posibilidad razonable por la que convenía entrar en negociaciones. Mientras tanto, se comunicó con la empresa Meiggs & Hume a fin de comprar sus concesiones. A mediados de noviembre, condujo conversaciones con John Meiggs en Londres, y el 21 de ese mes ambas partes alcanzaron un acuerdo de principio en cuanto a la transferencia de la concesión de 928 leguas a manos del Barón, por el precio de 150.000 libras esterlinas, que incluía los gastos pertinentes a la obtención de la correspondiente autorización del gobierno argentino. La empresa Meiggs & Hume se ocuparía de obtener las facilidades legales que exigía el Barón, y el contrato final sería cerrado dos meses después. Pero el mismo día en que en Londres se alcanzaba ese acuerdo, en Argentina se anunciaron nuevas leyes que modificaban las condiciones para la transferencia de concesiones. La ley 2.875 del 21 de noviembre de 1891 establecía que los concesionarios tendrían derecho, mediante un pago al tesoro nacional, a convertirse en propietarios de esos bienes. En vista de la nueva situación, el Barón consintió en aumentar el precio de compra a 200 libras la legua (por un total de 185.600 libras), a condición de que el registro de las propiedades a su nombre fuera inmediato y sin gastos adicionales, fuera del costo de las mediciones que efectuaría John Meiggs por 12.000 pesos en una concesión de 32 leguas. Loewenthal recibió la orden de verificar la estimación de ese costo, y el Barón le informó que cuando se firmara el contrato con Meiggs se pagaría al tesoro nacional la retribución exigida. Loewenthal le aconsejó al Barón apresurarse y aprovechar la nueva ley para comprar otras concesiones privadas y estatales, y así

obtener un terreno continuo de 2.400 leguas a lo largo del Bermejo. Pero el Barón rechazó la propuesta aduciendo que hasta no conocer las condiciones de navegabilidad del río no compraría en el Chaco otras tierras fuera de las de Meiggs & Hume.

A mediados de diciembre de 1891, llegó a Buenos Aires el ingeniero Herman Werren. El 28 de diciembre el Barón, a punto de completar el contrato de compra de las 928 leguas de Meiggs, le telegrafió pidiéndole una primera estimación de la calidad de los terrenos. Werren se hallaba en el Chaco y Loewenthal respondió en su lugar diciendo que, en opinión de Werren, Cullen había escrito sus informes bajo influencia de los propietarios de las tierras pero que, aun así, todo indicaba que también la evaluación de Werren sería positiva. Ante la falta de una opinión clara, el Barón decidió postergar todo lo posible el fin de la negociación con Meiggs hasta obtener el informe de Werren.

Mientras tanto, llegaron a oídos del Barón serias críticas a la confiabilidad de Cullen y sus informes, a las que se sumaron las dudas que él mismo había experimentado al conversar con él. En la última semana de enero de 1892, para estupor del Barón, se confirmaron sus peores sospechas. Dos telegramas de Werren del 21 y 23 de enero revelaban que entre los informes optimistas de Cullen y la realidad del Chaco no existía la menor correlación. El Barón se enfureció. Describió su dolor ante la situación a sus enviados de Buenos Aires y, fiel a su principio de *couper court* cuando la realidad lo exigía, decidió inmediatamente que era preciso abandonar todos los planes basados en el Chaco, entre ellos, obviamente, los acuerdos respecto de las tierras de Meiggs & Hume.⁷²

⁷² JCA/LON (358), carta N° 9 del Barón a la directiva de la JCA en Buenos Aires, 3.2.1892.

Ese fue el final, por el momento, de los planes acerca de las “tierras del futuro”.

8. El ocaso del “gran día”

El Barón se había propuesto realizar en enero de 1892 una “reunión cumbre” judía con el fin de presentar y debatir su gran proyecto. Confiaba en poder mostrar los primeros logros positivos de su empresa. Pero, para su desazón, justamente ese mes llegaron a su fin muchas de sus esperanzas y expectativas.

El exagerado optimismo de Loewenthal en cuanto a una rápida compra y preparación de las tierras para la colonización hizo que la emigración organizada hacia la Argentina comenzara antes de que nada estuviera listo para recibirla. A este problema fundamental se sumó el carácter heterogéneo y en parte negativo de las personas que inmigraron bajo los auspicios de la JCA. Por lo tanto, no era posible todavía considerar a Mauricio, el primer asentamiento de la empresa, como colonia agrícola: sus habitantes dependían totalmente de la JCA para su subsistencia, y no podían hacer nada para independizarse. En la misma situación se hallaban los otros inmigrantes de la JCA, arribados en el buque *Pampa*, que ni siquiera habían llegado a los terrenos de su asentamiento, sencillamente porque no habían sido adquiridos todavía.

La confusión en los proyectos de compra dejaba en manos de la JCA, al final de este periodo, solo 14 leguas en dos provincias alejadas entre sí. La adquisición de uno de los terrenos, de 10 leguas, acarreó además un prolongado conflicto judicial. La compra de los otros cuatro en Moisés Ville, si bien liberó a los colonos —llegados en el *Weser* antes de la creación de la JCA— de los abusos del

propietario original, no resolvió sus restantes problemas, por lo cual también ellos seguían dependiendo de los subsidios de la empresa. Pese al carácter “cooperativo” que Loewenthal le atribuía en sus informes, la producción agrícola de Moisés Ville no aumentó y sus colonos estaban muy lejos de hallarse arraigados en el lugar.

La única región de Argentina donde en este periodo se pensó en adquirir grandes territorios fue el Chaco. Loewenthal confiaba en hallar allí lo que quería el Barón, a saber, tierras fértiles y clima benigno, abundancia de agua potable y fácil acceso a vías de comunicación cómodas. Pero las condiciones climáticas de la zona no se correspondían en absoluto con las expectativas del Barón. El calor, la humedad y los vientos del Chaco y Formosa se cuentan entre los más intensos del país, especialmente en la parte occidental. En el Chaco, la diferencia entre las estaciones es muy marcada y son numerosas las noches de helada. La parte oriental del Chaco es boscosa y en ella era explotado el árbol del quebracho para la extracción del tanino utilizado en la industria del cuero, por lo cual, hasta que no se completara la tala de los bosques, el terreno libre para la agricultura era muy escaso. Del lado occidental, la tierra era pobre y las condiciones climáticas, como ya indicamos, dificultaban la agricultura. A ello se sumaba el peligro de los ataques de los indios, que hacia finales del siglo XIX convirtieron a la región en una zona de frontera. En teoría, el Bermejo podría haber servido de vía de transporte en los territorios que el Barón estaba por comprar, pero su corriente no es uniforme a lo largo del año, y durante varios meses la erosión y restos de árboles obstaculizan su cauce

con bancos de arena y otros escollos, por lo que habrían hecho falta enormes inversiones para volverlo realmente navegable.⁷³

De hecho, gran parte de la información general sobre el Chaco se hallaba en libros de viajeros e investigadores. Los informes oficiales del equipo enviado a estudiar la región en 1876 y de la delegación científica que acompañó a la conquista de la misma en 1884, daban cuenta, por ejemplo, de la limitada fertilidad de la zona de Encrucijada, en los territorios de Hume, en oposición a los elogios prodigados por Cullen.⁷⁴ Loewenthal no pudo ignorar la existencia de esos informes, pero en la amplia documentación por él redactada no incluyó referencia alguna a ellos. Cullen, por intereses personales, no los mencionó para nada en los suyos: ambos prefirieron destacar sus propias impresiones y los testimonios de los lugareños. Loewenthal visitó el norte argentino en septiembre y octubre de 1889 y recorrió la zona oriental a lo largo del Alto Paraná y el Paraguay, pero no se internó en los territorios de Chaco, Formosa y Misiones. Cullen pasó por el centro del Chaco en los meses de mayo a julio. Ninguno de los dos conoció esas regiones en la estación de máximo calor,

⁷³ Miranda, 1961 (pp. 49-63); Miranda, 1955 (p. 198.) En 1891, cuando el ejército fue evacuado del Chaco tras la revuelta de julio de 1890, los indios regresaron a amplias extensiones que habían estado bajo control del gobierno. Tostado, pueblo fundado en esa época en el extremo occidental de Santa Fe, todavía estaba expuesto a ataques de los indios. Cullen necesitó de escolta militar en su viaje a Reconquista, al norte de la provincia de Santa Fe; véase JCA/LON (305), informe N° 21 de la delegación a Loeb, 6.5.1891. En 1894, el control de todo el Chaco volvió a quedar en manos del gobierno central. Véase Gómez (pp. 113-115; 109). Sobre la navegación del Bermejo entre 1911 y 1941, véase Miranda 1961 (p. 79).

⁷⁴ Véanse Seelstrang y Donegani. Loewenthal se basó, al parecer, también en el informe del experto en suelos Gustav Niederlein, en que se hablaba de la colonización en el norte, publicado en Buenos Aires en 1892 con referencia explícita al barón Hirsch. Sin embargo, Loewenthal no menciona ese informe.

y sus opiniones fueron finalmente invalidadas por la del ingeniero Werren, quien estuvo en la zona en diciembre, en pleno verano.

El proyecto del Chaco fue totalmente anulado y con él toda idea de dirigir la colonización judía hacia el norte del país. En adelante, sería necesario buscar las “tierras del futuro” en otras regiones de la Argentina.

El balance negativo al cabo del primer año de actividades era muy distinto de lo que el Barón imaginaba cuando redactó la plataforma de la reunión cumbre. En enero de 1892, se vio forzado a admitir que la “piedra basal” de su gran proyecto todavía no era firme, y ese fue uno de los motivos por los que decidió postergar ese encuentro internacional, al menos por un tiempo. La culpa fue atribuida ante todo al Dr. Wilhelm Loewenthal, impulsor y director del proyecto en su “gran día”.

Loewenthal no solo fue destituido de su cargo, sino también calumniado por sus sucesores en la conducción del proyecto, y anatematizado por el Barón y la directiva de la JCA en París. Durante largos meses, se realizó en Buenos Aires una investigación sobre sus actuaciones, y pese a comprobarse que en todas ellas, incluso en las equivocadas, había procedido con rectitud y sinceridad,⁷⁵ el Barón

⁷⁵ Cuando se le exigió a Roth que presentara pruebas judiciales sobre las estafas de Loewenthal, demoró su respuesta. El 19.3.1892, lo justificó diciendo que Loewenthal se había llevado consigo todo el material cuando se marchó de Argentina, y que de todos modos podría aducir que actuó según su mejor saber y entender y, por lo tanto, no podría ser culpado; véase JCA/LON (299), carta de Roth al Barón, 19.3.1892. La evidente contradicción entre esta afirmación y su primer informe sobre el descubrimiento de las estafas en documentos hallados en la oficina, así como la intervención del hermano de Roth, quien participó de uno de los encuentros entre Loewenthal y el Barón y pidió por telegrama el envío inmediato de esos documentos con autenticación notarial, no hicieron avanzar la cuestión. Un funcionario especial, Alexander Charlamb, enviado a investigar las actuaciones de Loewenthal (y de Roth), eximió a Loewenthal de toda acción deshonestas: véase JCA/LON (304), cartas de Charlamb a JCA París, 26.6.92 y 30.7.1892.

no modificó su actitud negativa hacia él. La total confianza, sin precedentes en la historia de sus negocios, que había depositado en Loewenthal al principio, y la profunda decepción que sufrió al final, imposibilitaron al Barón una actitud ecuánime hacia él. La verdad es que Loewenthal fue un hombre honesto y un visionario que se preocupaba por los problemas de su pueblo, pero al mismo tiempo era orgulloso y altanero, por lo cual asumió atribuciones directivas que no se correspondían con sus capacidades ni con sus posibilidades de realización.

El Wilhelm Loewenthal que retornó a su vida anterior era un hombre vencido y destrozado. Murió en Berlín el 24 de abril de 1894, a los 44 años, antes de que terminara el examen judicial de sus demandas de indemnización contra el barón Hirsch.⁷⁶

⁷⁶ Véanse en *Jewish Chronicle*, 10.1.1897 y 15.10.1897, las cartas de Max Nordau, destacado autor y dirigente judío, amigo cercano de Loewenthal, en que afirma que negoció personalmente con el abogado del Barón a fin de llegar a un acuerdo en la demanda judicial de Loewenthal.

Continuidad y cambios

1. Tres compromisos del Barón

Las decepciones sufridas en el primer año no afectaron el interés del Barón en el proyecto argentino ni lo disuadieron de continuarlo. A su juicio, lo ocurrido había sido consecuencia de la elección de la persona inadecuada, error que se volvía trágico en vistas de la grave situación de los judíos en Rusia. Estaba persuadido de que Loewenthal era el único responsable de la frustración de sus expectativas, y por lo tanto no había razones para pensar en un fracaso del proyecto en sí. Aun cuando debió postergar la realización de la reunión cumbre de los dirigentes judíos, continuó trabajando en sus planes en tres frentes, a la vez distintos y traslapados entre sí, que revestían gran importancia tanto para su prestigio como para el futuro de su patrimonio: el estatus legal y la reestructuración administrativa del proyecto en Argentina; la organización y formalización de las actividades en Rusia; la conducción de la Jewish Colonization Association y sus actuaciones en ambos países.

Ante todo, el Barón se propuso consolidar los marcos legales necesarios para la implementación de su programa en Argentina. El trámite destinado a obtener la personería jurídica y el reconocimiento oficial de la JCA había comenzado en tiempos de Loewenthal y culminó el 17 de enero de 1892, al publicarse el correspondiente decreto firmado por el Presidente de la República. En sus considerandos, el

decreto mencionaba que los objetivos de la empresa colonizadora servían a las necesidades del país. A partir de ese momento, la Jewish Colonization Association reemplazó a la Empresa Colonizadora Barón Hirsch, que hasta ese momento representaba al Barón en Argentina.⁷⁷

Su segundo frente se hallaba en Rusia, donde su delegado, Arnold White, no cejaba en sus esfuerzos por obtener un permiso oficial para sus actividades. El 20 de mayo de 1892 (8 de mayo según el calendario juliano), el Zar aprobó la resolución del Consejo de Ministros según la cual no hallaba inconveniente en autorizar la actividad de la JCA relacionada con la emigración de judíos del Imperio Ruso. La decisión del gobierno le permitió al Barón establecer los marcos necesarios para sus actividades. Ahora la JCA podía designar un comité central en San Petersburgo y comités locales en otras ciudades con el fin de organizar la emigración. Los miembros del Comité Central serían designados por el Barón con la aprobación del ministro del Interior, quien se reservaba el derecho de supervisar sus actividades y obtener un informe anual de las mismas. A su vez, los gobernadores de las provincias supervisarían a los comités locales, que informarían de sus decisiones al Ministerio del Interior, el cual podría revocarlas si lo juzgaba necesario. A fin de colaborar con la JCA, el gobierno ruso eximía a los emigrantes judíos del impuesto al pasaporte y también del servicio militar obligatorio (sin que los exentos tuvieran que hallar un reemplazante judío, como lo fijaba la ley). Por el mismo acuerdo, el Barón se comprometía a depositar en el Banco Estatal de Rusia la suma de 100.000 rublos, como garantía de que los judíos que salieran de Rusia en el marco de su proyecto no retornarían al país. De

⁷⁷ República Argentina, Departamento del Interior, *Registro Nacional* (vol. I, 1902, p. 267); Mirelman 1971.

esa suma se deducirían los gastos provocados por quienes decidieran regresar, y el Barón se comprometía a renovar el depósito cada vez que el mismo bajara a 25.000 rublos.

Dadas las limitaciones legales vigentes en el Imperio para las organizaciones no religiosas de judíos, esta nueva situación resultaba excepcional. El Consejo de Ministros tomó en cuenta, además del carácter filantrópico de la JCA y de sus recursos financieros, las actividades realizadas hasta ese momento y sus proyectos futuros. En ese sentido, se destacó el hecho de que el Barón ya había establecido a judíos rusos en 25.000 hectáreas en la provincia de Buenos Aires, y había adquirido —según informara su representante Arnold White— otras 360.000 hectáreas en Formosa y 3.250.000 hectáreas en Chaco y Misiones. El Consejo de Ministros también declaró, basándose siempre en la información suministrada por White, que la JCA se proponía sacar de Rusia en el término de 25 años a no menos de 3.250.000 judíos, operativo que comenzaría en ese año de 1892 con la emigración de 25.000 personas.

Como ya se dijo en el capítulo anterior, cuando el gobierno ruso publicó su resolución, ya habían sido anulados los proyectos de compra de las “tierras del futuro” en el norte argentino. Además, a principios de 1892, el Barón tenía claro que no podría organizar una emigración de Rusia del alcance mencionado. No obstante, no se retiró de las negociaciones con el gobierno zarista, aun cuando con ello estaba arriesgando su prestigio. Tampoco lo disuadió la posibilidad de que la autorización fuera revocada por el Ministerio del Interior si al cabo de dos años la JCA no hubiese cumplido sus compromisos. A fines de diciembre

de 1892, el Barón depositó los 100.000 rublos en el Banco Estatal de Rusia, pese a que en todo ese año ningún nuevo emigrante había sido incorporado al proyecto.⁷⁸

Cuando se desataron los disturbios antijudíos en Rusia a comienzos de la década de 1880, los principales dirigentes de la colectividad, en reuniones mantenidas en San Petersburgo en septiembre de 1881 y abril de 1882, se pronunciaron en contra de la emigración como solución al problema. Diez años después, el Barón se dirigió al grupo más fuerte de opositores para elegir de entre sus miembros a los candidatos para el Comité Central de su proyecto. El agravamiento de la situación y de las persecuciones legales en Rusia, junto con el éxito del Barón en obtener un acuerdo con el gobierno, atenuaron las reservas de muchos. Ante ellos se planteaba una alternativa incómoda: colaborar con un proyecto en el que no creían o luchar contra él y perjudicar la existencia de una institución excepcional en la que muchos judíos depositaban sus esperanzas. El primero que se decidió a colaborar con el proyecto fue el barón Horace Günzburg, que se había opuesto a la organización y el estímulo de la emigración en los años ochenta, y ahora aceptó la presidencia del Comité de San Petersburgo. Ello le facilitó a David Feinberg —designado por el Barón como secretario general del Comité— el contacto

⁷⁸ La publicación en el diario oficial de Rusia (11.6.1892), traducida en el periódico hebreo *Hatzfirah*, 14.6.1892, y el reglamento de la JCA, de 27 artículos, publicado en el diario oficial en fecha posterior y también traducido al hebreo en *Hatzfirah*, 165, 7.8.1892, llevaron esos detalles al conocimiento de multitudes de judíos en Rusia y fuera de ella, incrementando las expectativas de prontas y decisivas actuaciones. Véase JCA/LON (Rusia 1A), protocolo de la reunión del comité de San Petersburgo, en el que figura el depósito de 100.000 rublos el 23.12.1892.

con otras personalidades que estarían dispuestas a participar en el proyecto, en tanto apertura de una oportunidad para una actividad judía en un marco nuevo.⁷⁹

Pero todo ello no significaba que el entusiasmo del Barón por la idea de la gran emigración se contagiaba necesariamente a sus nuevos colaboradores. El mismo David Feinberg, su mano derecha en San Petersburgo, no aceptaba la idea de que la salida masiva de judíos fuera posible o aun deseable, e inclusive publicó un artículo en el que declaraba que el objetivo del proyecto no consistía en la emigración de judíos, que contradecía el vínculo patriótico de estos con Rusia, sino en la demostración de su capacidad para el trabajo agrícola.

Los contactos del Barón con los dirigentes judíos rusos continuaron durante varios meses también después de la autorización oficial. El Comité Central fue establecido en San Petersburgo en enero de 1893. Este marco de cooperación, de enorme importancia para el proyecto del Barón, se convertiría con el tiempo en una de las instituciones fundamentales en la vida del judaísmo ruso.

El tercer y más decisivo compromiso del Barón fue el que estableció con la misma JCA el 26 de agosto de 1892, cuando depositó en manos de esta la mayor parte de su fortuna a fin de que la institución la utilizara, tras su muerte, en el beneficio de los judíos rusos en general, y en especial para que estimulase su emigración hacia diversas zonas del continente americano y otros países fuera de Europa; reasentamiento que se realizaría, preferentemente, como colonización agrícola. El capital transferido a la JCA incluía: bonos de diversas clases, por un valor de 5.340.000 libras esterlinas, 10.000.000 de marcos y

⁷⁹ JCA/LON (Rusia 1), carta de Feinberg, 28.6.1892, con un listado de intelectuales y personas pudientes de San Petersburgo y sus primeras reacciones ante el proyecto.

37.000.000 de francos; acciones de bancos estatales en Bélgica (200), en Austria-Hungría (200) y en Alemania (400); 3.000 acciones de la Empresa Ferroviaria Holandesa, y 750 de la Empresa Minera Austríaca. El acuerdo estipulaba que el Barón podía seguir administrando ese capital mediante órdenes de compra, venta e inversiones, y la JCA se comprometía a respetar su voluntad y seguir sus instrucciones. También se reservó el derecho vitalicio de disfrutar de las rentas derivadas de los bonos, que de hecho constituían amortizaciones del fondo original. La JCA se comprometía a administrar los fondos y a invertir las ganancias en la realización de los objetivos fijados por el Barón, que eran de hecho idénticos a los de la empresa según los había definido su acta de fundación el año anterior. De ese modo, ligaba el Barón la mayor parte de su fortuna a los proyectos de la JCA, nexo que no podría anularse fácilmente.

Si bien el acuerdo no cambió de inmediato el estado financiero de la JCA, puso de manifiesto la completa fe de su presidente y conductor en el éxito de sus objetivos. Pese a las dificultades surgidas en ese año, el Barón no dejó de creer en la empresa. Cuando dos años después, en octubre de 1894, consideró, junto con sus asesores, la posibilidad de registrar a la JCA en otro país, a fin de evadir las numerosas restricciones en las nuevas leyes de herencia promulgadas en Inglaterra, no planteó siquiera la posibilidad de modificar los objetivos del fondo.⁸⁰

En conjunto, los tres acuerdos realizados en 1892 vinculaban el prestigio y la fortuna del Barón con la empresa de colonización judía en Argentina.

⁸⁰ JCA/LON (308). En nombre de JCA, firmaron el acuerdo con el Barón los miembros de su Consejo, S. H. Goldschmidt (presidente de la Alliance Israélite Universelle) y Herbert Lousada. Grunwald (p. 73) afirma que el valor de todos estos bienes alcanzaba los 8.000.000 de libras esterlinas. Véase IWO (JCA/Arg. 1), carta del Barón al abogado Joly, 24.10.1894, y debate en torno a los cambios derivados de las nuevas leyes de herencia en Inglaterra.

La opinión pública judía mundial aguardaba con impaciencia las actuaciones de la JCA en Argentina; la prensa judía, y con ella parte de la prensa general, seguían de cerca el desarrollo de los acontecimientos. Los cambios personales en la conducción, los informes y evaluaciones de activistas y visitantes, así como las cartas personales de los colonos, eran ampliamente publicados y comentados en periódicos judíos de Rusia y Europa occidental. En la Zona de Residencia surgió una profusión de folletos en ídish, destinados a las masas que no leían hebreo ni ruso, en los que se proporcionaba información sobre la Argentina y se daba cuenta de lo que ocurría en sus colonias judías.

El panorama que describían las cartas de los colonos publicadas en la prensa judía rusa, y también el sugerido en los folletos, era a menudo muy grave y hasta inquietante. Las difíciles condiciones en que se hallaron los primeros colonos, junto con la imposibilidad de los editores de verificar la información, aumentaron la confusión y produjeron un aluvión de noticias que se contradecían entre sí. En la prensa judía en Rusia abundaban las denostaciones, frente a unos pocos informes positivos, y tanto las unas como los otros alegaban basarse en testigos presenciales de los hechos, pero es posible percibir que a menudo las diferentes posiciones de los testigos coincidían con las que los distintos diarios habían ya asumido ante el tema de la colonización en Argentina. En cuanto a Europa occidental, el público recibía una información continua basada en fuentes no judías, en parte argentinas, y también allí los testimonios provenían de diversos actores cuyas posiciones diferían entre sí. Debido a las dificultades que enfrentaba el proyecto, a menudo también se difundían rumores en el sentido de que el Barón estaba por retirarse del mismo. En este contexto, se destaca la inalterada adhesión del

Barón a sus objetivos: su involucramiento en la conducción de la JCA se incrementó, y sus cartas a funcionarios evidencian de modo inequívoco que continuaba viendo en ella el instrumento que modificaría la vida de cientos de miles de judíos, “masas oprimidas” a las que el proyecto ayudaría en gran medida.⁸¹

Esa gigantesca tarea dependía, a juicio del Barón, de un progreso significativo en varias áreas principales. La primera y principal era el establecimiento en Buenos Aires de un cuerpo administrativo eficiente, imbuido de su visión y consagrado a implementar los fundamentos del proyecto bajo su conducción personal. Pero la realización de esta fundamental condición tardó mucho en concretarse.

2. La directiva en Buenos Aires

La reorganización de la oficina de la JCA en Buenos Aires incluyó una nueva estructura en su cúpula directiva, diferente de la que había existido en tiempos de Loewenthal. Según la misma, a su frente se hallarían dos apoderados del Barón, definidos como “Representante” y “Gerente”. El primero estaría autorizado a representar a la empresa ante las autoridades, negociar con ellas respecto de la compra de terrenos estatales, dirigir al personal y supervisar lo que ocurría en las colonias. El gerente estaría autorizado a ocuparse de la compra de tierras privadas, adquirir los equipos y suministros necesarios y participar en la supervisión de las colonias. Todas las operaciones implementadas por el representante deberían contar con el consentimiento y

⁸¹ El 26.10.1892, el *Times* londinense informa sobre rumores acerca del derrumbe del proyecto y el desmentido de los mismos. JCA/LON (307), carta del Barón a Cullen, 11.3.1893; carta del Barón a Hirsch/Cazès, 26.9.1893.

la firma del gerente y con la autorización del Barón; toda adquisición de tierras realizada por el gerente y toda compra particularmente grande de suministros estaría sujeta al consentimiento y la firma del representante, así como a la autorización de París. La separación de las áreas de responsabilidad, junto con la necesidad del trabajo conjunto de ambos funcionarios y de ellos con el Barón, fueron los principios sobre los que este deseaba consolidar el funcionamiento de la oficina de Buenos Aires. Los mismos se basaban en el supuesto de que los directores trabajarían en forma armónica, honesta y consagrada a los objetivos del proyecto, supuesto que pronto se revelaría como no realista.

2.1. Los días de Adolfo Roth

Adolfo Roth —quien se describía a sí mismo como persona de conciencia recta y empeñosa— era a ojos del Barón un hábil hombre de negocios que además conocía la Argentina, razón por la cual lo nombró gerente de la oficina de Buenos Aires. Hasta que se designara un representante, colocó a su lado en forma provisoria a Cullen, quien había de dirigir una colonia modelo en el Chaco. Pero los conflictos y disputas que surgieron entre Roth y Cullen cuando ambos regresaron a Argentina, así como la revelación de las mistificaciones incluidas en los informes de este último sobre el Chaco, hicieron que ya el 7 de febrero de 1892 el Barón decidiera destituirlo. Cullen recibió la notificación de despido, junto con una invitación a viajar a París, mientras estaba reponiéndose de un accidente sufrido en Entre Ríos, y por esa razón continuó residiendo en

su cuarto, en el mismo edificio donde se hallaba la oficina de la JCA, desde donde informaba sobre las negligencias de su excolega.⁸²

Roth se convirtió de hecho en el único directivo de la empresa y el único autorizado a firmar en su nombre, durante los 90 días que transcurrieron desde su llegada a Buenos Aires el 6 de enero de 1892 como gerente de la JCA, hasta la llegada del nuevo representante, el coronel Albert Goldsmid. Según constaba en la autorización que obraba en su poder, Roth debía, entre otras cosas, adquirir unas 40 leguas en la provincia de Entre Ríos, construir allí una colonia y administrarla. Efectivamente, apenas arribado a Buenos Aires, Roth se ocupó de la compra, y en poco tiempo puso en poder de la JCA 38 leguas en tres terrenos diferentes, junto con sus edificios y un abundante equipo; pero, en cambio, no se apresuró a reorganizar la colonia existente.

Al poco tiempo, el Barón comenzó a recibir rumores sobre la personalidad de Roth y sobre sus manejos. Un familiar que se hallaba en contacto directo con financistas argentinos le contó que en Buenos Aires se rumoreaba que Roth se había asociado con el vendedor de las tierras, Dr. Bunge, quien era también el abogado de la JCA, para aumentar el precio de las mismas en 5.000 pesos la legua y compartir con él esa diferencia. El Barón se negó al principio a dar crédito a esos rumores. Pero su funcionario Alexander Char lamb, enviado a investigar los negocios de la JCA en Buenos Aires, tras estudiar los documentos de la empresa y conversar largamente con el mismo Roth y otras

⁸² Cullen esperaba, al parecer, la llegada del coronel Goldsmid, que había sido nombrado representante del Barón, con quien se escribía regularmente. Pero ese contacto no le valió cargo alguno en la empresa. En julio de 1893, recibió del Barón una indemnización de 600 libras esterlinas y una carta que afirmaba que su despido se debía exclusivamente a la anulación del proyecto en el Chaco. JCA/LON (302), carta del Barón a Cullen, 21.7.1893, y recibo por las 600 libras.

personas, descubrió que por lo menos diecisiete negocios cerrados por Roth resultaban sospechosos. Entre ellos destacaba la gran compra de tierras de la empresa Agricultura, tratativas que habían finalizado aun antes de que Roth viajase a Europa para encontrarse con el Barón, y que habían sido el principal objetivo de su viaje.

El Barón comenzó a desconfiar de Roth ya con las primeras informaciones sobre sus irregularidades, y no lo convencieron las garantías ofrecidas por el hermano de este, Louis Roth, quien como ya dijimos era uno de sus allegados. El 8 de abril de 1892, aún sin disponer de todas las confirmaciones, el Barón preparó un telegrama para Goldsmid, recién llegado a Buenos Aires, en que le advertía que los hechos probaban que Roth era peor que Loewenthal y que había que tener muchísimo cuidado con él; agregaba que estaba dispuesto a ampliar las prerrogativas de Goldsmid cuando este lo solicitara. Pero temiendo que el cable llegara a manos de Roth antes que a las del coronel, prefirió esperar una semana y envió otro, más moderado, en que aconsejaba a Goldsmid aguardar unos días y “afirmarse en la montura” antes de decidir el futuro de Roth.⁸³ A fines de mayo, Roth fue destituido y el coronel Albert Goldsmid pasó a ser director general de la JCA.

El Barón ordenó a la oficina de Buenos Aires la preparación de pruebas judiciales contra Roth. Este no fue menos firme y exigió de la JCA 1.500 libras esterlinas en concepto de sueldo e indemnización, más 10.000 pesos como devolución de gastos. Roth debió quedarse en Buenos Aires por orden del Barón durante varios meses, hasta la conclusión de los trámites por los terrenos que había comprado, y partió hacia Europa el 3 de septiembre con

⁸³ JCA/LON (358), carta del Barón a Goldsmid, 18.4.1892; carta secreta del Barón a Goldsmid N° 1, 27.4.1892; JCA/LON (304), cartas de Charlabamb a JCA París, 26.6.1892; 20.7.1892; 24.8.1892.

la intención de reclamar los pagos solicitados. En ese momento se descubrió que, pese a su gravedad, los informes de Charlab no bastaban para abrir juicio contra Roth. Debido a ello, y tras dirigirse personalmente a todos los miembros influyentes de la comisión directiva de la Alliance Israélite Universelle, Roth consiguió convencer al asesor jurídico de la JCA de que era necesario atender sus reclamos. Por orden del Barón, Roth recibió una indemnización de 25.000 francos (1.000 libras esterlinas), y a cambio de ello desistió de las restantes demandas. Ese arreglo, en el que Roth no era acusado explícitamente de nada, no lo alejó de la actividad de la JCA. Con la ayuda de sus conocidos y amigos, tras su retorno a Argentina continuó intrigando contra la empresa —de lo que el coronel Goldsmid se quejó con frecuencia—, pero los rumores acerca de las razones de su despido afectaron su reputación en los círculos comerciales argentinos. Siete años después, renovó su demanda contra la JCA por la indemnización que según él continuaban adeudándole. Nueve años más tarde —y, según una versión, tras haberse convertido al cristianismo—, Roth se suicidó el Día del Perdón (Yom Kipur) de 1909.⁸⁴

2.2. Los doce meses del coronel Goldsmid

El nombramiento del teniente coronel Albert Edward Williamson Goldsmid como representante del barón Hirsch en Argentina fue, aparentemente, resultado de la

⁸⁴ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/Caja 2), carta de Sonnenfeld a Goldsmid, 12.11.1892, N° 87, con el recibo de Roth del 16.11.1892; carta del Louis Roth al Barón, adjunta a carta del Barón a Goldsmid N° 138, 13.4.1893; Louis Roth escribe que su hermano está arruinado, solo posee 2.000 francos, y pretende solamente tranquilidad y rehabilitación de su nombre. En el folleto que publicó en Buenos Aires, Adolfo Roth incluyó sus cartas a Narcisse Leven, 9.4.1899, 14.8.1899, 30.10.1900 (JCA/LON 299). Véase JCA, *Séances d'Ad.*, 1899 (p. 132); sobre su muerte, véase Alpersohn, 1992 (p. 82).

amistad entre este y el Príncipe de Gales Eduardo, heredero de la corona británica. Nacido en la India en 1846, Goldsmid era hijo de un importante funcionario de la administración inglesa en el subcontinente. Hasta que conoció al Barón, a los 45 años, había pasado la mayor parte de su vida en el ejército de Su Majestad y alcanzado el máximo grado militar obtenido por un judío declarado. Por su rango y el estatus de su familia, pertenecía a la élite militar de Inglaterra y compartía su estilo de vida. Por otra parte, descendiente de conversos, Goldsmid había retornado al judaísmo a los 24 años y asumido al respecto una postura nacional antes que religiosa. Ya a principios de la década de 1880, se hizo conocer como miembro entusiasta de los Amantes de Sion, precursores del Movimiento Sionista.

Tanto su experiencia militar como su devoción por las causas judías fue lo que llevó al Barón a ofrecerle el cargo de representante en la Argentina. Al principio el coronel vaciló; el Barón lo presionó prometiéndole libertad de acción y ello, sumado a la posibilidad de actuar a favor de “miles de nuestros hermanos de fe”, lo convencieron de aceptar el cargo, para lo cual solicitó una licencia de un año en el ejército británico.

El acuerdo entre ambos se cerró el 22 de diciembre de 1891,⁸⁵ y a mediados de abril de 1892 el coronel Goldsmid llegó a la oficina en Buenos Aires, tras verse obligado a aguardar en el barco, durante dos semanas, el fin de la cuarentena debida a la epidemia de cólera que azotaba a Europa en ese momento.

⁸⁵ Acerca de su padre y su carrera militar, véase *The Jewish Encyclopaedia*, “Henry Edward Goldsmid” y “Albert E. W. Goldsmid”. Henry Goldsmid llegó a ser primer secretario del gobernador británico en India. Véase Emden (p. 146). Sobre el acuerdo con el Barón, JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 22.12.1892.

Su elevado estatus social en Inglaterra le facilitó una rápida aproximación a los más altos rangos gubernamentales de Argentina. El presidente electo Luis Sáenz Peña y su familia lo favorecieron con su amistad. El presidente anterior, Carlos Pellegrini, lo invitó al desfile militar del 9 de Julio y más tarde a su palco en la ópera. El exclusivo Círculo de Armas lo recibió como miembro de honor y Goldsmid manifestó allí, en nombre del Barón, su voluntad de participar en actividades filantrópicas. Como cabía a un miembro de la clase alta, el coronel organizaba de tanto en tanto recepciones para sus amistades, y también pudo continuar con su interés en las carreras hípicas, no menos difundidas en Argentina de lo que lo eran en Inglaterra.

Goldsmid armó su equipo de colaboradores con conocidos viejos y nuevos. En manos del inglés B. Borgen depositó todas las áreas de ejecución: ingeniería, construcción y aprovisionamiento. En las de Munroe, hijo de un militar que fungía de cónsul británico en Montevideo, puso el funcionamiento de las oficinas, incluidos los asesores y supervisores. Estos y otros nombramientos, entre ellos el de su secretario privado, tenían en común que se trataba de personas no judías. Lo mismo ocurrió con los empleados de rango menor, debido a lo cual se hizo necesario emplear traductores para los contactos con la población de las colonias.

Las comunicaciones a los colonos se organizaron mediante “ordenanzas generales” enviadas a los funcionarios de la administración local, que habían de transmitir su contenido a los colonos, o mediante “panfletos” en ídish directamente dirigidos a estos. Los primeros estaban redactados en estilo cuasimilitar, y en los panfletos

predominaba un emotivo tono judío.⁸⁶ Pese al enfoque autoritario, era evidente que quien conducía todas las actividades era una persona de sentimientos sinceros, preocupado por el destino de los colonos. También su actitud para con sus asistentes era de respeto y evidente nobleza.

El Barón alentaba grandes esperanzas respecto de Goldsmid. Las prolongadas conversaciones entre ambos lo persuadieron de que el coronel había comprendido sus objetivos y lo esencial de sus ideas respecto del proyecto y su ejecución. La total independencia en sus actuaciones y la amplia responsabilidad personal que le otorgó muestran su convicción de que por fin tendría en Argentina a un general en jefe talentoso que ejecutaría sus planes con lealtad y autonomía. Por su parte, el coronel Goldsmid ciertamente concordaba con las principales ideas del Barón, pero al parecer se proponía mantener su derecho a disentir con él cuando las circunstancias lo justificaran.

El primer punto en que difirieron las posturas de ambos fue el firme empeño de Goldsmid en cuanto a su derecho de nombrar por sí mismo a sus funcionarios, inclusive cuando el Barón manifestaba su oposición. Goldsmid consideraba que la empresa argentina debía ser conducida desde Buenos Aires y no desde París, donde era imposible manejar eficientemente los problemas suscitados por la realidad local. El coronel manifestó su posición ante el Barón, al principio con delicadeza y pronto con un tono enojado, y en determinado momento, cuando consideró que el Barón estaba por adoptar decisiones equivocadas, llegó a proponerle que viniera personalmente a Buenos Aires para medirse con los problemas en el lugar.

⁸⁶ JCA/LON (317), colección de sus instrucciones sobre cuestiones administrativas y agrícolas (roturación de la tierra, etc.); y panfletos ("Para los colonos de Clara", 19.1.1893, etc.). Véase el panfleto difundido en sus primeros días en Buenos Aires: "Mijael de los hijos de Israel", en Adler-Rudel (p. 55).

Estas disidencias en cuanto a los límites de la “mano libre” prometida al coronel no tardaron en agravarse. El Barón insistía en que la dirección en París tenía derecho a exigir que en Argentina se siguieran los lineamientos especificados de antemano en sus conversaciones, y no veía que ello contradijera la autonomía prometida a Goldsmid. A comienzos de agosto de 1892, cuando el Barón creyó percibir que las actividades se desviaban notoriamente del camino que le parecía deseable, protestó amargamente a oídos de su representante. A sus ojos, le escribió, su situación se parecía a la de una persona que había encargado a un arquitecto la construcción de una vivienda rural; pero por un error de interpretación, el arquitecto había construido una casa en la ciudad, y le pedía a su cliente que modificara su estilo de vida estableciéndose en ella. Con todo, el Barón seguía manteniendo un tono educado en sus negociaciones con el coronel. Por ejemplo, cuando en cierta ocasión lo acusó de mostrar cobardía en su trato con los colonos, se apresuró a manifestar su esperanza de que Goldsmid no viera en su observación sino una muestra de su preocupación por el objetivo común.⁸⁷

Este cuidado por respetar al coronel se destaca particularmente frente a la dureza con que había tratado a sus representantes anteriores. Pero ello no le impidió al Barón actuar en forma directa en el momento en que le pareció que no era posible concertar las opiniones de ambos. Con ese fin, decidió superar su total dependencia de las estimaciones y consideraciones de Goldsmid, y para ello envió a la Argentina una delegación especial que le informaría sobre la marcha de los asuntos.

⁸⁷ JCA/LON (358), carta del Barón a Goldsmid, 19.8.1892, N° 60. El Barón mantuvo ese estilo amable también cuando ya estaba tomando medidas contra el coronel e inclusive después de que este abandonó su cargo.

2.3. La delegación

El 2 de septiembre de 1892, Goldsmid aceptó recibir una delegación enviada por el comité central de la JCA para examinar el estado del proyecto, con dos condiciones: que sus miembros no tuvieran poder de decisión y que, si alguno de ellos se comportara al estilo de Adolfo Roth, tendría derecho a despedirlo. El Barón le prometió que la delegación no haría nada sin su autorización, pero pronto fue evidente que a sus ojos el propósito de la misma no se limitaba a transmitir información y colaborar en las tareas del coronel.

¿Cómo pensaba el Barón cumplir su explícita promesa de respetar las prerrogativas de Goldsmid, cuando la delegación poseía esas mismas prerrogativas? La respuesta está en su carta a los delegados del 19 de diciembre, tras su enfrentamiento con el coronel, cuando estos ya se encontraban en Argentina. El Barón describía en la misma sus funciones: primero debían viajar a las colonias, interiorizarse de su situación, verificar las medidas implementadas y sus consecuencias buenas o malas, y enviarle un informe secreto al respecto. Luego, habrían de encontrarse con Goldsmid, demostrarle que la información recogida por ellos era correcta, y convencerlo de poner en práctica sus recomendaciones. Sus propuestas solo serían aplicadas una vez que obtuvieran la autorización de Goldsmid y los poderes necesarios. En el caso de que el coronel Goldsmid no aceptase los cambios sugeridos ni las recomendaciones, deberían telegrafiar al Barón y solicitar su posible intervención.⁸⁸ En otras palabras, la autonomía de la delegación residía en sus vínculos personales y secretos con el

⁸⁸ JCA/LON (307), carta del Barón a Goldsmid, 3.9.1892, N° 66, p. 7; carta del Barón a la delegación, 19.12.1892, escrita tras el enfrentamiento con Goldsmid; en ella el Barón critica a sus enviados por haber actuado contra las instrucciones que habían recibido de él y especifica las suyas propias.

Barón, mientras que su relación con Goldsmid consistía en que debían persuadirlo de que la información recogida en las colonias era confiable y de la conveniencia de actuar según sus indicaciones. Este arreglo devolvía al Barón el poder de decisión final, el mismo que, según Goldsmid, no le correspondía por el hecho de no hallarse físicamente en la Argentina y no conocer de primera mano lo que ocurría en las colonias.

Para que este delicado equilibrio de atribuciones y relaciones funcionara, era imprescindible que los miembros de la delegación poseyeran ciertas capacidades personales. El Barón había comenzado a seleccionarlos ya a mediados de agosto y, tras numerosas consideraciones, su elección recayó en el ingeniero Maxim Kogan como jefe del grupo, en Abraham Birkenheim y en Emil Korkus. Kogan le había sido recomendado por David Feinberg, su representante en Rusia, como ingeniero versado en agricultura, experto en el manejo de bienes inmuebles y, por encima de todo, persona consagrada con toda su alma a las causas judías. Otra recomendación no menos entusiasta le llegó al Barón desde una persona muy cercana a él, su amigo Sir Ernest Cassell, conocido hombre de finanzas londinense y accionista de la JCA, quien inclusive mantuvo con Kogan largas conversaciones acerca de las funciones que le esperaban en Argentina. Kogan viajó a Londres y luego a París, donde se encontró con el Dr. Sonnenfeld y con el Barón. Este quedó bien impresionado por él, lo nombró jefe de la delegación, le otorgó un poder para distribuir las tareas dentro de la misma y puso en sus manos instrucciones escritas, al tiempo que se reservaba el derecho de modificarlas cuando fuera necesario.⁸⁹

⁸⁹ JCA/LON (308), correspondencia de Sonnenfeld con Kogan y Korkus antes de su nombramiento oficial, septiembre 1892. El Barón recibió una buena impresión de Kogan y consideró que había entendido cómo actuar y cómo manejar sus

Emil Korkus se había incorporado un año antes a la oficina en París y gozaba de la confianza del Barón. Abraham Birkenheim, doctor en química por la Universidad de Moscú, fue recomendado por Kogan como hombre recto, modesto y serio, con experiencia en asuntos judíos. Este nombramiento fue por cierto apresurado, antes de que el Barón lo conociera personalmente.

A mediados de octubre de 1892, el Barón despidió a la delegación, en la seguridad de que en solo pocos días el coronel se convencería de la gran utilidad que, bajo sus órdenes, acarrearía a la empresa, y comprendería que mediante su intervención sería posible organizar las colonias de una manera que liberaría a la empresa de todas sus preocupaciones.

Kogan y sus compañeros llegaron a la Argentina el 13 de noviembre de 1892. Cuatro días después ya habían alcanzado a manifestarse en términos muy severos acerca de lo que ocurría en las oficinas de la empresa, y también acerca de la personalidad y el carácter del coronel Goldsmid, sus capacidades y su prestigio en Argentina. Kogan no se proponía influir en la marcha del proyecto mediante consejos a Goldsmid, sino utilizar las prerrogativas concedidas por el Barón, que colocaban a la delegación en pie de igualdad con el coronel y aun en una posición más fuerte, dado que eran tres frente a uno.

Goldsmid se manejó con prudencia respecto de los delegados. Sus amigos ingleses le habían hablado muy bien de Kogan, y estaba real y sinceramente dispuesto a beneficiarse de la cooperación de los tres cuando llegara el momento. Pero mientras tanto los veía un tanto “verdes”, carentes de conocimientos y experiencias locales,

relaciones con Goldsmid. En un memorándum oficial, anotó la posibilidad de emplearlo en la JCA cuando finalizara la labor de la delegación. JCA/LON (305), carta del Barón a Kogan, 27.9.1892.

necesitados de aprender cuáles eran los problemas concretos, y estaba dispuesto a escuchar sus propuestas siempre que la autoridad permaneciera en sus manos. Era por lo tanto inevitable que sus relaciones desembocaran en un enfrentamiento.⁹⁰

El pretexto fue la decisión del coronel, ya aprobada por el Barón, de reducir drásticamente o incluso liquidar la colonia de Moisés Ville. Cuando los delegados arribaron a Buenos Aires, Goldsmid había llegado a la conclusión de que la escasa producción prevista en esa colonia no justificaba los gastos necesarios para la cosecha. Los miembros de la delegación apelaron dicha decisión aún antes de conocer Moisés Ville, hacia la que se trasladaron, con el consentimiento de Goldsmid, el 19 de noviembre. Cuatro días después, el 23 de noviembre, Kogan le escribió al coronel que todo lo que había visto y oído en ella, de fuentes muy fidedignas, sobre la eficiencia de la administración y el buen funcionamiento de la colonia desde sus primeros días, superaba todo lo que había imaginado antes de conocerla. Los judíos rusos trabajaban duramente y el menos dotado de ellos, en su opinión, valía más que todos los administradores juntos.⁹¹

Goldsmid se indignó y les ordenó regresar inmediatamente a Buenos Aires. Cuando se negaron, les informó que hasta recibir órdenes explícitas de París tenían prohibida la entrada a las colonias, y que todo perjuicio que resultara de sus actuaciones sería de su entera responsabilidad. También expuso su enojo ante el Barón, y le informó de que en las circunstancias generadas por la delegación no podría continuar desempeñando sus funciones. Dado

⁹⁰ JCA/LON (307), carta del Barón a la delegación, N° 1, 1.11.1892. JCA/LON (304), carta de Kogan al Barón, 17.11.1892, N° 2.

⁹¹ JCA/LON (307), cartas de Kogan y la delegación a Goldsmid, 24.11.1892 y 28.11.1892.

que, de todos modos, su contrato vencía el 9 de marzo de 1893, solicitaba del Barón instrucciones telegráficas sobre los arreglos necesarios para su reemplazo.

Esas noticias sorprendieron al Barón. Al principio creyó que se trataba de un exceso de sensibilidad de Goldsmid y trató de aplacarlo recordándole que los delegados pertenecían a un estrato social inferior al suyo. Al mismo tiempo, presionó a ambas partes para que alcanzaran una solución: al coronel le propuso dejar a Moisés Ville bajo la responsabilidad exclusiva de Kogan y sus compañeros, y a estos últimos les ordenó que no hicieran nada en contra de la voluntad de Goldsmid, regresaran a Buenos Aires y conversasen con él para obtener un poder amplio en lo que tuviera que ver con Moisés Ville.

Sus instrucciones dieron resultado y el 17 de diciembre, tras dos semanas de negativas, los miembros de la delegación aceptaron volver a Buenos Aires. Kogan y el coronel mantuvieron largas conversaciones, a cuyo término este último informó al Barón que Kogan respetaba sus órdenes, y por consiguiente él colocaba en manos de la delegación la organización de Moisés Ville con atribuciones especiales, según el pedido del Barón.⁹²

Y entonces, precisamente cuando en Buenos Aires parecían resolverse las tensiones, comenzó el Barón a albergar dudas respecto de sus delegados. El 31 de diciembre de 1892 manifestó su decepción ante su desempeño, y le pidió a su amigo Ernest Kassel que reprendiera a Kogan

⁹² JCA/LON (358), carta personal del Barón a Goldsmid, 1.12.1892; carta del Barón a Goldsmid, 3.12.1892: "los miembros de la Delegación no son 'gente de mundo', y ello introduce un matiz que es necesario tomar en cuenta". JCA/LON (309), telegrama de Goldsmid, 23.12.1892.

sobre su forma de actuar en Argentina. El jefe de la delegación recibió fuertes críticas, tanto del Barón como de Kassel, y sobre todo de este último.⁹³

Mientras tanto, llegaron al Barón las cartas que Goldsmid había escrito en el clímax del conflicto, donde indicaba que estaba dispuesto a dejar sus funciones. Ello colocaba al Barón ante la alternativa de permitir que el coronel se marchara de Buenos Aires en un momento muy inadecuado, u ordenar el regreso de la delegación a Europa. La primera opción —un nuevo cambio de director en poco tiempo— habría sido muy perjudicial para el buen nombre de la empresa. Para evitarlo le prometió al coronel, en carta del 13 de enero de 1893, que estaba autorizado a decidir sobre el futuro de los delegados cuando estos terminaran su trabajo en Moisés Ville. Pero temiendo que ello no bastara para frenar su renuncia, dos días después envió a la delegación un poder que la habilitaba para dirigir temporariamente los asuntos de la JCA en la República Argentina durante la ausencia del coronel Goldsmid y, si esas fueran las circunstancias, también hasta la llegada de un nuevo director en su reemplazo. De este modo, justamente cuando aumentaban sus dudas sobre la capacidad y lealtad de la delegación, el Barón se vio forzado a otorgarle plenas atribuciones.

Mientras tanto, los delegados se ocupaban activamente de la reorganización de Moisés Ville. En sus relaciones con Goldsmid, y a pesar de que no lo valoraban positivamente, se manejaban con respeto a su autoridad, y

⁹³ JCA/LON (304), carta del Barón a la delegación, 11.1.1893, y carta del Barón, 13.1.1893. Las dudas del Barón sobre la delegación no solo se originaron en sus afirmaciones mezquinas contra Goldsmid, sino también en sus ilimitados elogios a los colonos, que le parecían no menos sospechosos. *Ibidem*, carta del Barón a la Delegación, 18.1.1893. N° 8. JCA (309), telegrama del Barón a Goldsmid, 13.1.1893. JCA (304), poder otorgado a la delegación el 15.1.1893, con ligeras correcciones manuscritas, sin firma.

también el coronel era correcto en su trato con ellos, aunque no se consideraba responsable de lo que hacían y no aceptaba que, a sus espaldas, informaran al Barón sobre sus actuaciones y negligencias. Pero, al mismo tiempo, no escatimaba el reconocimiento a sus logros; cuando visitó Moisés Ville y conoció de cerca los resultados de su trabajo, elogió su talento, su adaptación a las circunstancias y su capacidad de resolver problemas.⁹⁴

Sin embargo, fue justamente cuando Goldsmid expresó su satisfacción por el trabajo de la delegación que esta llegó al fin de su existencia. El 26 de febrero de 1893, tras un intercambio secreto de cartas con Emil Korkus, Goldsmid informó al Barón que, para su confusión y sorpresa, existían disensiones entre los delegados mismos y el grupo se hallaba en proceso de disolución. El Barón no se extrañó. Tanto él como el Dr. Sonnenfeld habían mantenido todo el tiempo correspondencia con Korkus, quien les informaba sobre las actuaciones de Kogan. Por él supieron que, apenas llegados a Argentina, la intransigencia de este hacia el coronel y hacia sus codelegados los habían colocado, a él y el Dr. Birkenheim, ante la alternativa de renunciar, o callar y ser pasivamente responsables de lo que ocurriera. Por el bien del proyecto y para evitar un escándalo, ambos eligieron la segunda vía. Según Korkus, Kogan decidía todo por sí mismo, y si toda la autoridad fuera a parar a sus manos, a él, personalmente, le habría sido imposible continuar en el grupo.

Es así como, cuatro meses después del arribo de la delegación a Buenos Aires, el Barón se hallaba ante el mismo problema del comienzo, a saber: organizar en Argentina una administración que fuese capaz de poner en práctica la colonización judía según sus principios. Disuelta la

⁹⁴ JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 27.1.1893, N° 67.

delegación, se hacía urgente hallar un reemplazante, aunque fuera provisional, del coronel Goldsmid, quien, si bien había desistido de renunciar y hasta obtenido una prórroga de su licencia en el ejército, insistía en que le era necesaria una conversación personal con el Barón antes de tomar una decisión definitiva.

En el intercambio de correspondencia, el Barón sugirió que Korkus y otros dos funcionarios se hicieran cargo de la conducción temporaria de la oficina de Buenos Aires. Al coronel no le gustó el nombramiento de Korkus; en un telegrama al Barón sostuvo que Kogan poseía el doble de inteligencia y aplicación que Korkus, y proponía designar a su antiguo contrincante como director de la oficina, en una especie de “comité provisorio” con dos de sus principales asistentes.⁹⁵

El apoyo del coronel y la negativa de Korkus a trabajar junto con Kogan otorgaron a este último el primer rango dentro de la oficina de Buenos Aires, y el Barón estipuló que todas las comunicaciones emitidas por la JCA requerirían en adelante su firma.

El 11 de mayo, Goldsmid y su familia partieron hacia Europa. Tras un año de desempeño, marchaba hacia un encuentro con el Barón, decisivo en cuanto a su continuación dentro del proyecto de colonización en Argentina. El coronel deseaba esa continuación, y así lo evidencian los arreglos que hizo en Buenos Aires antes de viajar. Pero al mismo tiempo no estaba dispuesto a ello si el Barón no aceptaba sus principios. También el Barón, en sus cartas a Goldsmid, se refería a ese viaje como a unas vacaciones, suponiendo que terminarían entendiéndose en la mayor parte de las cuestiones. Sin embargo, el examen de la correspondencia entre ambos muestra que las

⁹⁵ JCA/LON (309), telegrama de Goldsmid al Barón, 10.3.1893.

posibilidades de superar sus diferencias eran muy escasas. El encuentro en junio de 1893 devino en un enfrentamiento entre caballeros y una despedida honorable. Goldsmid retornó a su carrera militar y a su activismo en el movimiento Amantes de Sion. Los colonos recordarían su sorpresa ante ese “viaje secreto, sin despedirse [...] sin que nadie le augurase buen viaje.”⁹⁶

2.4. Los seis meses de Maxim Kogan

Al día siguiente de la partida de Goldsmid, Kogan solicitó del Barón que definiera claramente cuáles eran sus atribuciones. El 13 de mayo este escribió al comité provisorio de Buenos Aires que, contra las instrucciones del coronel, Kogan debía firmar todos los cheques y cartas; ningún empleado sería contratado o despedido sin su autorización explícita, y lo mismo regía en cuanto a adquisiciones y trabajos de construcción.⁹⁷ Un mes después, los otros dos miembros del comité provisorio, viendo reducidas sus funciones, presentaron sus renunciaciones al Barón.

La “dirección temporaria” de la JCA en Argentina a cargo del ingeniero Maxim Kogan comenzó el 13 de mayo de 1893 y finalizó en octubre del mismo año, al mes y medio del arribo a Buenos Aires de dos nuevos directivos. Fue la única oportunidad en que al frente de la empresa se halló un judío ruso, cuya visión de mundo era la de los judíos ilustrados e integrados en la cultura rusa de ese momento.

A sus 50 años, Kogan veía su función en Argentina como una misión destinada a ayudar a los judíos de Rusia, y consideraba que el fracaso de la administración

⁹⁶ Véase Alpersohn, 1992 (pp. 135-138), sobre el recuerdo que Goldsmid dejó entre los colonos.

⁹⁷ JCA/LON (307), telegrama secreto de Kogan al Barón, 12.5.1893; JCA/LON (309), telegrama del Barón a Buenos Aires, 13.5.1893.

de Goldsmid era el fracaso de ingleses que pretendieron ocuparse de problemas que no comprendían. Se sentía como el responsable en Argentina no solo ante la JCA y su presidente, sino ante todo el judaísmo ruso, y en el ejercicio de su cargo se evidenció a menudo un *pathos* idealista. Pese a que hizo las cosas lo mejor que pudo, no creía realmente que el proyecto de colonización fuera a resolver el problema de las masas judeo-rusas, ni que la emigración y la colonización fuesen soluciones factibles. En la empresa argentina veía ante todo un marco en el cual los judíos rusos podrían demostrar a ojos del mundo su capacidad de convertirse en un factor productivo, al tiempo que se despojaban de su fanatismo religioso. Más allá de estas nociones (comunes a todos los judíos ilustrados), caracterizaban a Kogan su carácter enérgico y altanero y su gran confianza en sí mismo, que provenía de su experiencia en la conducción de negocios independientes. Todas esas características influyeron en sus relaciones con sus empleados y con sus superiores.

Al contrario de lo que había ocurrido con los nombramientos anteriores, generalmente acompañados por el optimismo del Barón, el de Kogan adoleció de temores y reparos explícitos desde el primer momento. El Barón no dudaba de que Kogan fuese un hombre honesto con real interés en el proyecto, pero tenía claras las diferencias entre sus propias ideas y las opiniones de su funcionario. En gran medida, veía en ese nombramiento el menor de los males, y confiaba en que Kogan se adaptaría a las instrucciones explicitadas en una carta enviada en marzo de 1893, que preveían un plazo determinado para su implementación. Si, por una parte, le concedió prerrogativas ilimitadas, por la otra, le informó claramente de que las mismas eran temporarias y le solicitaba utilizarlas con medida y prudencia.

Las esperanzas del Barón no se cumplieron. Kogan estaba persuadido, aun más que el coronel Goldsmid, que desde Francia era imposible dictar y ni siquiera programar actividades en la Argentina, y su rígida personalidad le impidió aceptar instrucciones contrarias a sus propias opiniones.

El primer choque entre Kogan y el Barón tuvo lugar cuando este quiso nombrar a un hombre de su confianza para dirigir según sus indicaciones la colonia Mauricio. Se trataba del maestro David Haim, quien había llegado a Argentina todavía en los tiempos de Adolfo Roth con el fin de establecer escuelas de la Alliance Israélite Universelle en las colonias. Apenas arribado a Buenos Aires, Haim comenzó a informar a Isidore Loeb, secretario de la Alliance, sobre todo lo que veía y oía. Copias de sus informes llegaron al Dr. Sonnenfeld y al Barón y, a pedido de este, en abril de 1892 Sonnenfeld le instó a comunicarse en forma directa con la presidencia de la JCA, prometiéndole que sus informes se mantendrían en total secreto. A partir de ese momento, las cartas y evaluaciones de David Haim constituyeron una de las fuentes extraoficiales de información del Barón respecto de lo que ocurría en Argentina bajo las conducciones de Roth y de Goldsmid.⁹⁸

Cuando Kogan asumió la conducción de la oficina de Buenos Aires en mayo de 1893, David Haim se hallaba en París, adonde había llegado en abril. Sus explicaciones y sugerencias hicieron fuerte impresión en el Barón, y en base a las mismas este estuvo dispuesto a modificar en parte el presupuesto programado y a poner en sus

⁹⁸ Véase su primera carta, del 23.2.1892, en JCA/LON (305). En sus primeros meses en Argentina envió no menos de ocho largas cartas, de seis y siete carillas. En carta del 4.4.1892, Sonnenfeld lo elogió por su gran dedicación al proyecto y por su descripción clara y objetiva de los hechos. Véase Alpersohn, 1992 (pp. 171-172), sobre el método con el que acostumbraba reunir información en Mauricio, que le ganó los apodos de “el jesuita blanco” y “el espía francés”.

manos la tarea de reorganización de Mauricio. Oficialmente, el Barón sometió su nombramiento a la aprobación de Kogan, pero cuando este le informó que David Haim se ocuparía solo de las escuelas, el Barón decidió por su cuenta que su cargo sería administrativo y no meramente pedagógico. El Barón conversó largamente con David Haim en París sobre la reorganización de la colonia y las relaciones con sus habitantes, y quedó persuadido de que su interlocutor había entendido sus intenciones y propósitos e informaría de ellos a Kogan en Buenos Aires. Para que este no se sintiera afectado por un nombramiento que lo pasaba por alto, el Barón empleó un lenguaje a la vez sucinto y persuasivo. Aun así, Kogan reaccionó en forma áspera y burlesca a las ideas de reorganización, y finalmente nombró a Haim solo como asistente de Burkenheim, el miembro de la delegación que, por acuerdo entre el coronel Goldsmid y Kogan, era el administrador de Mauricio. El Barón no quedó satisfecho, pero debió conformarse con expresar su esperanza de que Kogan se arrepintiese de no haber hecho mejor uso de las capacidades de David Haim.

Como veremos más adelante, el enfrentamiento más violento del Barón con su representante en Buenos Aires se suscitó en torno a los planes para la nueva colonización. Kogan se oponía a la propuesta de los colonos de formar poblaciones concentradas de unas 50 familias cada una. Insistía en que la colonización se realizara mediante fincas dispersas y que cada colono residiera en su parcela. Este enfrentamiento, y en especial la actitud provocativa mantenida por Kogan, tendrían serias consecuencias para la historia de la nueva colonización. Y aun peor fue el enfrentamiento de ambos en torno a la conducción permanente de la oficina en Buenos Aires.

Ya en su misiva del 13 de mayo de 1893, poco después de haber depositado en él la dirección de la JCA, aclaró el Barón que, si bien no ponía en duda la dedicación y el amor de Kogan por el proyecto, no estaba dispuesto a dejarlo solo en la conducción del mismo. La experiencia pasada le había enseñado que era imposible basar toda la actividad de la JCA en un único hombre. Por lo tanto, decidía establecer en Buenos Aires un “Consejo Directivo” de tres miembros, del que además de Kogan y de otra persona que sería designada más adelante, participaría Samuel Hirsch, exdirector de Mikveh Israel, la primera escuela agrícola judía en Palestina, fundada y mantenida por la Alliance Israélite Universelle. Kogan rechazó con firmeza la idea, arguyendo que no podría someterse a la voluntad de personas que entendían del tema menos que él y que más adelante le cargarían con alguna responsabilidad por los resultados. Kogan advertía a la administración central de la JCA que no podrían contar con su colaboración en el marco de la conducción colectiva y que debían encontrar a otra persona en su lugar. Cuando se enteró de que, además de Samuel Hirsch, el Barón había nombrado también a David Cazès, exdirector de las escuelas de la Alliance en Túnez, se negó a colaborar con ellos y anunció que ya poseía suficiente experiencia como para creer en los milagros de “ese tipo de Sanedrín”. Tras esa áspera crítica, el enfrentamiento se hizo inevitable.⁹⁹

Samuel Hirsch llegó a Buenos Aires el 2 de septiembre de 1893, y pese a la moderación que evidenció al principio, las cosas comenzaron a cambiar muy rápido. Tras el arribo de David Cazès, el 22 de septiembre, estallaron disputas

⁹⁹ JCA/LON (304), carta personal de Kogan al Barón, 14.6.1893, N° 3; carta personal de Kogan al Barón, 15.5.1893, N° 1, sobre sus reservas acerca de la candidatura del maestro Haim como organizador de Mauricio; carta secreta, 27.7.1893, N° 9, con su negativa a colaborar.

entre ambos y Kogan, y tuvieron lugar, según Hirsch, escenas que no condecían ni con sus gustos ni con su educación. Kogan propuso al Barón que ordenara a los “tres practicantes” (incluía también a David Haim) que hicieran las maletas y regresaran a Europa. Pero la decisión del Barón fue otra. El 30 de septiembre informó mediante un telegrama a Hirsch y Cazès que les otorgaba un poder total para actuar en su nombre, y dado que eran mayoría, el control de la empresa en Argentina quedaba en las manos de ambos. A Kogan le exigía que actuase de manera colegiada o abandonase la JCA luego de transferir ordenadamente todos los asuntos de la oficina.¹⁰⁰

2.5. La estabilización administrativa: Samuel Hirsch y David Cazés

David Cazès y Samuel Hirsch llegaron a la Argentina directamente desde sus cargos docentes en el marco de la Alliance Israélite Universelle. Cazès, de 42 años, había comenzado como maestro y planificador pedagógico, y en 1878 fue designado director de las escuelas de la Alliance en Túnez, donde destacó también su labor en la creación de la organización comunitaria oficial de los judíos en el protectorado francés. También había publicado investigaciones históricas sobre los judíos tunecinos y su literatura. Todo ello le había valido reconocimiento público y títulos honoríficos. Samuel Hirsch, de 48 años, comenzó a desempeñarse en 1867 como maestro en la escuela de la Alliance en Tánger, y a partir de 1881 dirigió durante diez años, como ya indicamos, la escuela agrícola Mikveh Israel en Palestina.

¹⁰⁰ JCA/LON (304), carta de Kogan al Barón, 28.9.1893, N° 12; JCA/LON (307), carta de Hirsch al Barón, 28.9.1893. CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/1), telegrama del Barón a Buenos Aires, 30.9.1893.

Cazès poseía experiencia en la docencia, la administración escolar y la organización comunitaria; Hirsch poseía también experiencia en administración económica. Cazès había trabajado con judíos orientales y sefardíes, mientras que Hirsch, como representante primero de la Alliance y luego del barón Rothschild, había tenido contactos con los inmigrantes llegados a Palestina desde Rusia y Rumania, y conocido los problemas surgidos en los proyectos de asentamiento destinados a los mismos. Pero ello no hacía de él un experto en agricultura, ni modificaba el sentimiento de extranjería que experimentaba respecto de los inmigrantes y colonos del Este europeo. Aunque su cargo era más elevado que el de Cazès, la diferencia no llegaba a establecer un rango jerárquico entre ambos. En consecuencia, ambos actuaron en equipo al frente de la empresa.

En sus posiciones ante el proyecto de colonización, Hirsch y Cazès se identificaban más con los principios sustentados por Kogan que con los del Barón. Estaban de acuerdo con el establecimiento de muchos miles de judíos en nuevos países, pero se oponían a que centenares de miles fuesen ubicados en un territorio continuo de millones de hectáreas, como lo pretendía el Barón. También disentían de este en cuanto al modo de implementar la colonización y, nuevamente, en esto sus visiones se parecían a las de sus predecesores. De modo que cabía esperar enfrentamientos entre ambos directores de Buenos Aires y el amo de París, situación que vino a remediar paradójicamente el mismo Kogan, ya que su esfuerzo por perjudicarlos contribuyó a consolidar sus posiciones.

Pese a las cartas que Kogan continuaba enviándole y de cuyo contenido disentía totalmente, el Barón alentaba a Hirsch y Cazès y les prometía que se haría todo para no afectar sus prerrogativas y prestigio. Mientras tanto, Kogan

arribó a París, donde se encontró con el Dr. Sonnenfeld y los miembros de la directiva central, y a comienzos de diciembre viajó a Hungría para encontrarse con el Barón en su finca. Los resultados de ese encuentro fueron la primera puesta a prueba de las relaciones entre el Barón y sus nuevos funcionarios.

El 8 de diciembre, Hirsch y Cazès recibieron un telegrama donde el Barón les informaba acerca de su encuentro con Kogan, y también les ordenaba interrumpir la “limpieza” de las colonias existentes, así como proceder con cuidado, e incluso con cierta desconfianza, en sus contactos con los representantes de los nuevos colonos que (como veremos) mientras tanto habían llegado a Argentina. Aunque ya habían preparado programas detallados para la nueva colonización, ambos funcionarios debieron reorientar las etapas previstas para mantener dichos programas sin dejar de obedecer al Barón. Poco después recibieron la orden expresa de suspender una buena parte de los preparativos ya concretados y aguardar instrucciones expresas para la continuación de los trabajos. El telegrama mencionaba una razón de “fuerza mayor” no especificada, y suscitó las sospechas de ambos, sobre todo porque estaban persuadidos de que en todo ello andaba la mano de Kogan. Por esa razón respondieron con amargura que, si el Barón lo pedía en forma oficial, ellos ordenarían en su nombre suspender los trabajos y se desentenderían de toda responsabilidad; y en caso de que Kogan siguiera ejerciendo su influencia destructiva sobre el proyecto, se verían obligados a solicitar el relevo de sus funciones.

Al verse ante otra probable crisis de la conducción en Argentina, el Barón se apresuró a tranquilizarlos, asegurándoles que gozaban de toda su confianza. Muy poco después, en una carta detallada les escribió que en modo

alguno le interesaba el suicidio que habría significado permitir que una influencia negativa estorbara sus actividades.¹⁰¹

Mientras tanto, también el Comité Central de San Petersburgo había comenzado a enfrentarse con Kogan, y por influencia de todos esos factores decidió el Barón alejarlo del proyecto; inclusive prohibió a los funcionarios de la JCA en Argentina transmitirle información alguna. Kogan reclamó de la empresa el resto de su sueldo y la indemnización que, a su juicio, le correspondía por la suspensión de su asesoría antes del plazo estipulado en su contrato. También pidió una compensación determinada por su trabajo como director de la oficina de Buenos Aires, aun cuando oficialmente su cargo era solo el de jefe de la delegación. Cuando el Barón rechazó sus exigencias, Kogan presentó una demanda judicial contra la JCA, cuyos procedimientos se prolongarían durante mucho tiempo.¹⁰²

Hirsch y Cazès eran ahora los directores de la empresa en Argentina, y el Barón no volvió a intentar cambios. En una carta a ambos destacó que su propia función era ayudarles en todo sin causarles dificultades, y todo indica que esa afirmación se convirtió en el principio básico sobre el que a partir de ese momento se asentaron sus actitudes ante la administración de Buenos Aires. En una ocasión, ese principio fue justificado con el argumento de que Hirsch y Cazès estaban en el lugar y conocían la situación mejor que él mismo y la directiva en París. Este enfoque se manifestó también en el estilo verbal que el Barón utilizó

¹⁰¹ JCA/LON (309), telegramas del Barón y de Hirsch y Cazès de diciembre 1893 y enero 1894; JCA/LON (362), carta secreta del Barón a Buenos Aires, 14.1.1894.

¹⁰² Véase IWO (JCA/Arg. 1), demanda presentada por Kogan a la Corte Suprema, 26.10.1894. Reclamaba 5.511 libras esterlinas además de la indemnización por despido. JCA/LON (362), carta del Barón a Hirsch y Cazès, 12.12.1894, en que les pide que reúnan documentos que prueben las negligencias de Kogan, para ser utilizados en el juicio.

al dirigirse a ellos y en las prerrogativas que les concedió. Cada vez que deseaba hacer una crítica o sugerir una corrección, se apresuraba a agregar una nota que se volvió reiterada en sus mensajes: que no se trataba de una orden oficial de su parte, sino solamente de una “observación”.

La visible ampliación de las atribuciones de la oficina de Buenos Aires, así como el cambio de estilo en los mensajes del Barón, podrían tal vez considerarse una manifestación de su indiferencia o de su cansancio ante el proyecto. Pero sus cartas demuestran que nada más lejos de él que un desinterés por su emprendimiento. De hecho, tanto sus cartas como las de la dirección central en París exigían todo el tiempo recibir información continua sobre lo que ocurría en Argentina. Esa información llegaba al Barón, entre otras fuentes, mediante resúmenes estadísticos cuyo modelo se había fijado en la época de Kogan, pero que solo comenzaron a enviarse regularmente bajo la conducción de Hirsch y Cazès. La exigencia del Barón de saber todo lo que acontecía en sus colonias —en algunos casos, inclusive día a día— había existido también en los tiempos de Loewenthal, Goldsmid y Kogan, pero solo se satisfizo en forma creciente mediante los buenos servicios de Hirsch y Cazès, lo cual aparentemente influyó en buena medida en las relaciones cordiales que se fueron estableciendo entre el Barón y sus dos representantes.

Tras un primer periodo de aprendizaje, Hirsch y Cazès reforzaron su posición, y mediante sus especiales relaciones con el Barón se convirtieron rápidamente en factores centrales en la conformación del proyecto en Argentina.

3. El final de los altibajos

Las tempestuosas relaciones entre el Barón y sus representantes se aplacaron en el periodo de Hirsch y Cazès. Por primera vez desde el comienzo del proyecto, desaparecieron las tensiones entre París y Buenos Aires, con lo que se cumplía la primera de las condiciones estipuladas por el Barón y se abría la posibilidad de ampliar el emprendimiento.

La primera razón para el cambio tuvo que ver, sin duda, con la personalidad de los nuevos delegados. El Dr. Wilhelm Loewenthal era un científico y un aventurero; Adolfo Roth, un astuto comerciante; el coronel Albert Goldsmid era militar; y Maxim Kogan, un contratista e ingeniero independiente. En cambio, Samuel Hirsch y David Cazès eran funcionarios y educadores, para quienes recibir órdenes, interpretarlas según su propio criterio y ponerlas en práctica ya formaba parte de sus hábitos de trabajo antes de conocer al Barón. Como funcionarios, conocían su puesto en la jerarquía social y no estaban expuestos, como algunos de sus predecesores, a aspiraciones excesivas e inevitables decepciones. Su cultura francesa se manifestaba en un estilo de vida y un modo de proceder que les facilitaron adaptarse a los proyectos y concepciones del Barón. Además, se esmeraban en satisfacer sus exigencias: le enviaban informes continuos sobre lo que ocurría; eran prudentes al tomar decisiones, aunque no involucraran cuestiones de principio, y se apresuraban a allanar dificultades y atenuar cuestiones que pudieran llevar a disidencias con su patrón.

El segundo factor de la convivencia armónica residió, por supuesto, en el mismo Barón: tras una serie de decepciones con sus representantes anteriores y la obvia imposibilidad de “corregirlos”, se volvió cauto y prudente ante

cada situación que pudiera llevarlo a un enfrentamiento con sus funcionarios y arriesgar la estabilidad de la empresa. Cuando por primera vez tuvo lugar un choque con Hirsch y Cazès, el Barón moderó su posición o incluso la modificó completamente, aun cuando esos mismos problemas lo habían llevado a enfrentamientos con sus predecesores. Hirsch y Cazès ya no tuvieron que aducir, como estos, que existía una disparidad entre las concepciones del Barón y la realidad fáctica en la Argentina.

La tercera razón residió, sin duda, en el progreso que había tenido lugar en el proyecto bajo los otros directores, quienes habían resuelto buena parte de los problemas de fondo cuando Hirsch y Cazès asumieron sus cargos.

Estas tres razones reunidas hicieron que el estilo cordial y generoso que el Barón había utilizado en su correspondencia con el Dr. Loewenthal, Adolfo Roth y el coronel Goldsmid al principio de sus desempeños, se mantuviera a lo largo de toda la actuación de Hirsch y Cazès.

Las colonias de la JCA: los primeros años

1. Los postulados del Barón

En la segunda mitad del mes de octubre de 1891 el Barón ordenó suspender el envío de emigrantes adicionales a la Argentina —incluidos los familiares de quienes ya se encontraban allí— hasta que las primeras colonias fuesen reorganizadas. En sus numerosas cartas a sus representantes sobre el tema, se refirió reiteradamente a las maneras de efectuar dicha reorganización, que a su juicio debía incluir cuatro procedimientos fundamentales.

“Cribado” de elementos indeseables. El Barón llegó a la conclusión de que la mayoría de los colonos llegados en los tiempos de Loewenthal eran una masa de vagabundos indignos de las inversiones y el trabajo que se les dedicó. Su presencia en Argentina era consecuencia de la negligencia de los activistas de los comités de emigración en Alemania, que no los habían evaluado de acuerdo con sus instrucciones. La solución que proponía era radical: liquidar las colonias existentes y trasladar a sus habitantes a los Estados Unidos u otros países, para posibilitar un nuevo comienzo en Argentina con nuevos contingentes.¹⁰³ Pero dado que ni el coronel Goldsmid ni los otros directores aceptaron el procedimiento, no quedaba otra

¹⁰³ JCA/LON (358), carta secreta del Barón a Goldsmid, 19.5.1892; carta privada del Barón, 4.8 1892, N° 55.

posibilidad que efectuar una “limpieza profunda”, un cribado mediante el cual se alejaría de las colonias a los elementos indeseables, tanto los que manifestaban una personalidad negativa como quienes no estaban capacitados para el trabajo agrícola por razones de cualquier tipo.

Régie o control administrativo. Esta noción, que en sentido estricto designa a una autoridad que financia y supervisa la realización de tareas, era utilizada por el Barón para denominar el régimen con que se habían administrado las colonias en una primera etapa: la empresa empleaba a los colonos en diversas labores, al tiempo que se ocupaba de su alojamiento, alimentación y demás necesidades. El Barón estaba en desacuerdo con dicho régimen, y sostenía que la JCA, pese a sus objetivos filantrópicos, no debía erigirse en una “divina providencia” para los colonos, quienes tenían que acostumbrarse a mantenerse por sí mismos. Suponía que después del “cribado” quedarían en las colonias solo individuos de probada capacidad para el trabajo agrícola o con posibilidades de adaptarse al mismo; por ello, no se justificaba el establecimiento de servicios de entrenamiento laboral para esos trabajadores.¹⁰⁴

Administración simple. Era la antítesis deseable de la *régie*, una simplificación de las funciones administrativas de la empresa en las colonias, que acarrearía una reducción en el número de sus empleados. Según este sistema, la oficina local se encargaría solamente de supervisar el trabajo de los colonos, y para ello bastaría con que en cada colonia se hallaran un agrónomo y un encargado de la contabilidad. Sobre la base de esta noción, el Barón solicitó a sus diversos representantes en Argentina que redujeran en

¹⁰⁴ JCA/LON (358), carta del Barón a Goldsmid, 2.6.1892, N° 41. Todavía un año después, manifestó que no deseaba comenzar el proyecto con inexpertos que la JCA debiera instruir; JCA/LON (307), carta del Barón a Kogan, 12.5.1893, N° 15.

forma drástica el personal de la oficina de Buenos Aires y de las colonias, y transfirieran el grueso de sus funciones a los mismos colonos.

Autogobierno. Participación de los colonos en la administración de la empresa. A juicio del Barón, el autogobierno debería constituir la base organizativa de las futuras colonias, pero no desechaba la posibilidad de aplicarlo a las ya existentes luego de la “limpieza”.

Estas cuatro nociones constituyeron sin duda factores decisivos en el desarrollo del proyecto, pero no fueron los únicos. Junto a ellos actuaron, por una parte, las posiciones adoptadas por los directivos en Buenos Aires, los administradores de las colonias y agentes locales, y por la otra, las condiciones geográficas, económicas y humanas en cada una de las colonias.

2. Moisés Ville, la primera colonia judía en Argentina

En 1891, existían en la región de Moisés Ville tres núcleos de pobladores judíos: Moisés Ville, comuna autónoma que contaba con el apoyo de un préstamo del Barón; Aharón Ville, colonia de jornaleros en Sunchales, totalmente mantenida por la JCA; y Monigotes, poblado independiente que no contaba con apoyo financiero alguno.

En su visita de febrero-marzo de 1891 como miembro de la delegación, Loewenthal estableció en Moisés Ville las bases de una cooperativa. Carecemos de información sobre la reacción de los colonos cuando se les propuso ese programa, que incluía un préstamo de consolidación, libre de interés por tres años. Los informes posteriores de Loewenthal al Barón describían un cuadro muy optimista, según el cual todo ese año la colonia estuvo impulsada por un espíritu creativo que condujo a buenos logros agrícolas,

la pacificación de los problemas internos y una organización eficiente que constituía un modelo para todos los habitantes de la región.¹⁰⁵

Los informes de Loewenthal sobre la marcha del trabajo en Aharón Ville —que siempre denominaba “hacienda de trabajo” (*Arbeitsheim*), sin mencionar su nombre— mostraron al principio una situación satisfactoria. Las quince familias establecidas en una superficie de 202 hectáreas residían provisoriamente en carpas y se ocupaban tanto de la construcción de sus casas como de la preparación del terreno para la siembra de papa y cebolla; poseían bestias de carga, vacas y otros animales. Pero los informes posteriores revelan cambios negativos. En noviembre de 1891, cuando se disponía a recorrer los tres emplazamientos, Loewenthal tendió a ignorar la existencia de Aharón Ville, y durante su visita tomó medidas para liquidarla. Los buenos colonos fueron sumados a los de Moisés Ville, y a los “malos” les aconsejó buscar trabajo en las haciendas de la zona, abandonándolos a su suerte. Las 202 hectáreas de la colonia se ofrecieron en venta o arrendamiento, y las herramientas de trabajo fueron enviadas a Moisés Ville. Aharón Ville, la primera colonia destinada al cultivo intensivo bajo la conducción de la JCA, desapareció antes de completar su primer año de existencia.¹⁰⁶

A diferencia de Aharón Ville, la pequeña concentración de agricultores judíos en Monigotes era totalmente independiente. Desde su fundación en lo que constituía, en ese entonces, el límite de la zona poblada del país, ese

¹⁰⁵ IWO (JCA/Arg.1), informe N° 17 de la delegación, 28.2.1891; JCA/LON (305), informe N° 19 de la delegación con firma de Cullen, 19.3.1891.

¹⁰⁶ JCA/LON (302), informe de Loewenthal al Barón, 4.6.1891. Informe N° 1 (p. 1). De las 15 familias, 13 habían llegado en el *Weser* y dos estaban formadas por refugiados que originalmente habían emigrado a Brasil y de allí pasaron a Moisés Ville. JCA/LON (302), carta de Loewenthal a JCA, 20.11.1891, N° 3 (p. 4); carta N° 4, 26.11.1891 (p. 1).

puñado de judíos se enfrentó a dificultades naturales y peligros inesperados. Las noticias sobre una posible ayuda por parte de los miembros de la misión exploratoria del Barón fueron vistas como una nueva posibilidad de fortalecer su proyecto. La plaga de langostas que en la segunda mitad de febrero de 1891 destruyó todas las cosechas de la zona golpeó duramente también a los colonos de Monigotes, por lo cual solicitaron a Loewenthal y a Cullen que los auxiliaran como lo habían hecho con Moisés Ville. En esa ocasión, Cullen fue invitado a visitar la colonia, donde se impresionó vivamente del empeño y el esfuerzo de sus habitantes y recomendó al Barón concederles un préstamo de consolidación de unos 14.000 pesos, destinado a la compra de semillas de trigo. Más adelante, Loewenthal continuó con sus esfuerzos para liberar a los colonos de sus deudas, lo cual se hizo más urgente debido a los reclamos del banco que les había prestado el dinero para su establecimiento en el lugar.

Loewenthal procuró apaciguar los conflictos internos que, según informó, habían surgido entre los colonos. También planificó la aplicación del préstamo de consolidación, pese a que creía que el mismo no sería muy útil, ya que el monocultivo del trigo agotaría la fertilidad de los campos antes de que los colonos terminaran de saldar sus deudas, y al final se verían obligados a malvenderlos. Aun así, opinaba que el esfuerzo valía la pena, ya que sus habitantes constituirían “agricultores modelo” para alguna futura colonia de la JCA.¹⁰⁷

¹⁰⁷ El enfrentamiento con las vastedades deshabitadas y con las catástrofes naturales, así como los peligros propios de una región de frontera, fueron descritos por Schallman, 1964[a] (pp. 28-30) y Schallman, 1989 (pp. 19-23). Según el testimonio de Cociovich, 1987 (pp. 93-94), había en la colonia unas cuarenta viviendas y una sinagoga, un baño ritual y un cementerio. Según Loewenthal, un colono dominaba la colonia y amenazaba expulsar a quienes no le obedecieran; JCA/

Moisés Ville, “madre de las colonias judías”, y sus “hijas” aparecen en los primeros informes de Loewenthal como la concreción de los principios del Barón: tanto la cooperativa autónoma que constituiría la base para la absorción de nuevos inmigrantes como el trabajo de colonos independientes no ligados a la JCA en Monigotes y Palacios satisfacían los principios del autogobierno y la administración simple. Pero este cuadro de perfección que Loewenthal, al parecer, presentó en sus conversaciones con el Barón a principios de abril de 1891, se diluye completamente al leer los informes de los distintos supervisores que visitaron Moisés Ville en ese mismo periodo.

Cullen, asociado con Roth en la directiva en Buenos Aires, visitó la colonia a fines de enero de 1892 —año que sería crucial para ella— e informó que la cooperativa se había disuelto todavía en tiempos de Loewenthal, poco después de la adquisición de las tierras de la colonia, y la administración se hallaba en manos de Sebastián Jancovich, un joven funcionario judeo-rumano. Según Cullen, junto con los exsocios de la cooperativa, los evacuados de Aharón Ville y los antiguos arrendatarios de Moisés Ville y sus alrededores —todos ellos inmigrantes llegados en el *Weser*—, se encontraban en la colonia también algunos centenares de los pasajeros del buque *Pampa*, en total unas 225 familias. Pocos de los habitantes más antiguos habían obtenido parcelas, y los demás no habían progresado en su incorporación a la colonia. El ingeniero Herman Werren, enviado por el Barón para explorar el Chaco, visitó Moisés Ville en la segunda mitad de febrero de 1892 y describió con colores sombríos las condiciones en que vivían sus habitantes: los veteranos se alojaban en deficientes

LON 302, carta de Loewenthal al Barón, 11.7.1891. Al aproximarse la época de la cosecha, se produjo un conflicto interno y algunos de los colonos fueron encarcelados; JCA/LON 302, carta de Loewenthal a JCA París, 26.11.1891 (p. 4).

ranchos de barro; los llegados en el *Pampa*, en carpas. La administración, compuesta de cuatro empleados, ocupaba un rancho carente de piso y techo, y manejaba los asuntos de la colonia sin libros contables; no se desarrollaba actividad agrícola alguna, ya que el escaso equipo había sido en parte embargado y en parte robado. Borgen, asistente del coronel Goldsmid, visitó la colonia a fines de abril de ese año y añadió al triste cuadro una pesimista previsión de las posibilidades de desarrollar su agricultura, ya que gran parte de las tierras estaban inundadas debido a lluvias torrenciales. La primera cosecha, unas 1.000 bolsas de granos recogidos en unas 500 hectáreas cultivadas por los socios de la cooperativa, estaba almacenada en un gigantesco granero en mal estado, construido en un terreno que no pertenecía a la JCA. El coronel Goldsmid, tras su visita en la segunda mitad de mayo, atestiguó también la indigencia de Moisés Ville, y en sus cartas al Barón destacó explícitamente lo ya transmitido por sus predecesores: si bien la influencia de los elementos nocivos sobre parte de los colonos había tenido cierta importancia, la misma no hizo sino reforzar una atmósfera depresiva creada por la imposibilidad de trabajar.¹⁰⁸

Estos informes internos de funcionarios de la JCA hallaron su ratificación en un informe externo de principios de junio de 1892. Frederic Wagner, funcionario del Ministerio de Tierras, Agricultura e Inmigración, viajó a Moisés Ville para examinar la situación por órdenes del director de su ministerio y del ministro del Interior, debido

¹⁰⁸ JCA/LON (307), carta secreta de Goldsmid al Barón, 19.5.1892, N° 6. Un número de asesinatos de colonos judíos a manos de gauchos, que acontecieron en la colonia en 1891 y 1892, intensificaron la atmósfera de desesperación y desidia. Véase Hacohe Sinay (pp. 69-78). Su nieto Javier los menciona en su obra; véase Sinay (pp. 84-85). Alberto Gerchunoff, cuyo padre fue apuñalado en Moisés Ville por un borracho, ficcionalizó el suceso en el cuento "La muerte de Rabi Abraham", en su libro *Los gauchos judíos*; <https://bit.ly/2NGvGYe>.

a una queja presentada contra la JCA por un judío de Buenos Aires, según la cual la empresa deliberadamente no entregaba las parcelas a los agricultores.

Wagner entrevistó a decenas de colonos, y su informe a sus superiores describía un cuadro sombrío: más de 300 familias, la colonia más populosa de Santa Fe, residían en 10.000 hectáreas propiedad de la JCA. En su mayor parte, el suelo era de mala calidad, y la tierra bastaba para no más de una décima parte de la población, por lo que muchos colonos eran improductivos y su futuro no estaba asegurado en modo alguno. Se mantenían mediante el subsidio mensual en dinero efectivo que se les acordaba según el tamaño de la familia, y que apenas si cubría sus necesidades básicas. Al mismo tiempo, pese a las malas condiciones de las viviendas, y contra ciertos rumores sobre un elevado índice de mortalidad entre ellos, su estado de salud no era malo; el personal administrativo incluía un médico y un farmacéutico. La principal demanda de los colonos era establecerse inmediatamente en sus fincas.¹⁰⁹

A principios de 1892, lo que caracterizaba a Moisés Ville no era pues ni la organización cooperativa, ni el autogobierno, ni la administración reducida y la supresión del subsidio, sino la pobreza y el sufrimiento, formas elementales de subsistencia y un desempleo forzoso y deliberado, que impedían la realización de los proyectos del Barón.

El comienzo de la reorganización de Moisés Ville tuvo que ver con la breve visita del coronel Goldsmid en la segunda mitad de mayo de 1892. El administrador de la

¹⁰⁹ JCA/LON (100). El informe de Wagner (Santa Fe, 8.6.1892) estaba destinado al director del ministerio, Nicasio Oroño. Wagner indica que la población es de 300 familias (unas 2.000 almas), pero el listado de los cinco grupos con cuyos representantes se encontró llega a 325 familias. En cuanto al cuerpo administrativo, el informe menciona al administrador, un contador, un cajero, dos médicos, un traductor, un farmacéutico, una partera y otros. En ambos aspectos, el informe no parece especialmente exacto.

colonia telegrafió a Goldsmid que, ante el peligro de agresiones por parte de los colonos, la oficina se había trasladado a la estación Palacios. Goldsmid viajó a Palacios y, pese a las advertencias de su administrador, llegó esa misma noche a Moisés Ville y pudo ver con sus propios ojos las penurias del lugar. Conmovero por el espectáculo de las pobres gentes alojadas en carpas podridas y los niños acostados en el suelo en semejante frío, y ante los justos reclamos de los colonos, decidió allí mismo solucionar el problema de Moisés Ville mediante el traslado de la mayoría de sus habitantes a Entre Ríos y la reducción drástica del tamaño de la colonia. Ello era necesario, a su juicio, por varias razones: la baja calidad de las tierras; el permanente peligro de inundaciones; los ataques de langostas y otras plagas; su distancia del ferrocarril; y la existencia de terrenos que no pertenecían a la JCA y podrían ser ocupados por elementos sociales nocivos. Sin duda, el dueño de esos terrenos, Dr. Pedro Palacios, sabedor de que el desarrollo de la colonia dependía de su disposición a venderlos a la JCA, aprovecharía esa coyuntura y aumentaría el precio de las mismas. Tras una larga noche en que los colonos le expusieron sus argumentos, el coronel les comunicó su decisión: quienes quisieran permanecer en Moisés Ville podrían hacerlo, en el marco de una colonia reducida; los demás serían enviados a las colonias en Entre Ríos. Goldsmid informó de ello al Barón y obtuvo su aprobación.¹¹⁰

En los meses siguientes, se fueron implementando en Moisés Ville, al mismo tiempo, la disminución poblacional y la consolidación. Por una parte, grupos de familias se fueron trasladando a la colonia Clara en Entre Ríos; por la otra, en Moisés Ville se fueron construyendo casas baratas y se realizaron otras tareas ligadas a su estabilización. A

¹¹⁰ JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 2.6.1892.

comienzos de noviembre de 1892, la reorganización estaba teóricamente cumplida: con la partida del último grupo hacia Clara, quedaban en Moisés Ville solo unas 120 familias. Pero en ese momento descubrió el coronel que los problemas no se habían terminado: para organizar correctamente la colonia, debía reformar el programa de parcelación preparado por los propietarios anteriores y autorizado por el gobierno provincial. Sin ese cambio no sería posible asegurar un reparto justo de las tierras de mejor y menor calidad y la distribución de las zonas de cultivo y de pastoreo, ni tampoco planificar en forma racional la ubicación geográfica de las distintas fincas y las vías de comunicación entre ellas. Esta situación, junto con una nueva estimación que confirmaba que las tierras de la colonia eran poco fértiles y expuestas a las inundaciones, llevaron al coronel a proponer una solución radical: reubicar en Entre Ríos también a las 120 familias que aún quedaban en Moisés Ville.

El Barón aceptó entusiasmado la propuesta, porque ya desde agosto venía exigiendo reducir el involucramiento de la JCA en Moisés Ville, limitar su ayuda a los colonos a una única subvención y establecer la autonomía de la colonia. En otras palabras, había aceptado la propuesta de Goldsmid inclusive antes de recibirla. A fines de noviembre de 1892, por ende, Goldsmid consideró que la decisión de dismantelar Moisés Ville era irrevocable y, por consejo de su asesor agrícola, decidió no cosechar el trigo allí sembrado, ya que después del ataque de langosta a comienzos de octubre las plantaciones no se habían recuperado y carecía de sentido invertir dinero en recoger una cosecha empobrecida.

En ese momento, cuando ya habían sido tomadas todas las decisiones, llegó a la Argentina la delegación encabezada por el ingeniero Kogan, la cual produjo un vuelco total en la situación. La primera decisión que adop-

taron los recién llegados fue cosechar el trigo de Moisés Ville, aunque su rendimiento fuese magro, por el significado moral de dicha operación. El coronel aceptó, y él mismo le describió al Barón, tras la cosecha, el entusiasmo con que los colonos realizaron el trabajo. La segunda decisión de Kogan y los suyos fue no liquidar la colonia sino reorganizarla; el consentimiento del Barón a este nuevo intento marcó el camino para la salvación de Moisés Ville.

Cuando la delegación arribó a la colonia, en diciembre de 1892, residían allí 124 familias establecidas por la JCA, un total de 552 personas. Noventa familias (406 personas) habitaban en el poblado de Moisés Ville; 10 familias (41 personas), en la aldea recientemente construida al noroeste de la colonia; 21 familias (90 personas) residían en otra aldea al noreste, y tres familias (15 personas), en fincas fuera de las aldeas. Además de los colonos de la JCA, y mezcladas con ellos, vivían en el poblado principal algunas otras familias judías: propietarios de tiendas, de casas de comidas, etc. La delegación descubrió, según su propio relato, que las tareas de asentamiento se habían realizado a menudo en forma negligente e incorrecta. No se había fijado el tamaño de la familia con derecho a recibir una finca, ni las ventajas que correspondían a familias con muchos hijos en cuanto a equipo, terreno y apoyo financiero. Un 75% de los colonos, a decir de Kogan, no podían empezar a trabajar porque solo habían recibido una vivienda, pero no las herramientas necesarias ni ganado alguno; no se había sembrado alfalfa para alimentar a las escasas bestias, lo cual podría haberse hecho con facilidad y habría ahorrado mucho dinero en forraje; no se había efectuado un inventario de los equipos ni existía control alguno de ellos; las casas nuevas estaban construidas de forma deficiente y en sitios inadecuados en relación a los terrenos de cultivo, y su distribución no planificada obligaba a

sus habitantes a esfuerzos innecesarios: algunos colonos vivían a seis kilómetros de sus parcelas. No se había hecho nada para introducir variedad en la producción mediante cultivos diversos y para librar a los colonos de su dependencia del monocultivo del trigo.¹¹¹

Los delegados recibieron la autorización del coronel y comenzaron con sus tareas de reestructuración. El primer esfuerzo, tras despachar a la administración anterior, fue orientar la nueva parcelación y crear unidades permanentes de producción. Parte de los colonos se opusieron firmemente a esa reforma, y cuando enfrentaron la alternativa de aceptarla o marcharse, hubo quienes prefirieron regresar a Europa, entre ellos también agricultores capacitados. Otros fueron eliminados de la colonia mediante una buena indemnización. Aunque al principio la delegación se opuso a las tareas de cribado social realizadas por el coronel, debió finalmente exigir el reenvío a Europa de unas 100 personas; pero tampoco eso fue el final de la limpieza, ni faltaban entre quienes seguían en la colonia elementos negativos, chismosos e intrigantes. Según un informe de Kogan, quedaban en ella 77 familias; pero un informe recibido más tarde por el Barón indicaba que el total de fincas era de 49. David Cazès, que visitó Moisés Ville en diciembre de 1893, halló en ella 52 unidades con un total de solamente 4.350 hectáreas.

La segunda tarea de la delegación fue distribuir el equipo agrícola, una vez realizado el inventario de los depósitos. El tiempo invertido en el mismo, sumado al insumido por los desacuerdos con el coronel y por la organización de las fincas, produjo un atraso considerable en las tareas de preparación de las nuevas siembras. A consecuencia de ello, quedaron sin cultivar unas 1.700 de las

¹¹¹ Estas y otras negligencias figuran en JCA/LON (308), carta de la delegación al Barón, 24.12.1892.

4.350 hectáreas repartidas, y ocho de los colonos no pudieron arar sus tierras a tiempo porque recibieron el equipo demasiado tarde.

La delegación procuró reorganizar también el sistema de apoyo financiero que se otorgaba a los agricultores. Según el aplicado hasta entonces, el subsidio dependía del número de miembros de la familia, y los colonos tenían que acudir mes a mes a la oficina para solicitar las limosnas del Barón. Kogan decidió que los colonos veteranos cuyos ingresos de la cosecha llegaban (según cálculos de un miembro de la delegación) a unos 7.000 pesos, recibirían una suma adicional que les permitiría mantenerse hasta la cosecha siguiente; en cuanto a los colonos nuevos, decidió otorgarles un subsidio en función del número de hectáreas que trabajaran. El apoyo se interrumpió en febrero de 1893, lo cual provocó disturbios por parte de los colonos e inclusive un ataque personal contra Kogan. Ante las amenazas, Kogan decidió pagar el subsidio y lo incluyó en el presupuesto que había presentado al Barón, confiando en que este lo autorizaría.

La delegación procuró depositar las funciones administrativas en los representantes de los colonos, que habían sido elegidos poco antes de su arribo a Argentina. Kogan conversó con ellos acerca de sus planes y se proponía transferirles la responsabilidad de organizar el depósito de provisiones y la carnicería pública, que se sustentarían con subsidios de la JCA, con lo que se completaría el apoyo financiero otorgado a la colonia. En sus cálculos financieros, incluyó también sueldos parciales para los representantes, en cuyas tareas veía una forma de suplementar la actividad del funcionario de la JCA en la colonia.¹¹²

¹¹² La idea de la elección de un comité representativo fue aceptada por la mayoría, pero rechazada por una importante minoría. La votación se realizó a principios de diciembre, y fueron elegidos cuatro colonos; véase Cociovich, 1987, p. 127. En

El Barón no aceptó los cálculos de Kogan y presentó una propuesta alternativa: una suma global de 6.000 libras esterlinas sería puesta a disposición de los colonos, que deberían conformarse con ella; si esa decisión no fuera aplicable, la colonia sería dejada a su suerte aun si ello acarrearase su abandono. Nuevamente, Moisés Ville corría el riesgo de desaparecer. Pero en ese momento, dos personas decidieron abogar por su permanencia. Uno fue el coronel Goldsmid, quien, pese a que no creía en su futuro, apoyó las estimaciones financieras de Kogan y le hizo saber al Barón que, aunque se oponía a su existencia, no había que desesperar de Moisés Ville y abandonarla, puesto que la decisión anterior del Barón de apoyar a la colonia había convertido a esta en una cuestión de prestigio para la JCA. El otro fue Kogan, que aparentó aceptar el dictamen financiero del Barón, pero de hecho actuó según su propia voluntad: no desistió de las reformas programadas y continuó con el desarrollo de la colonia según sus planes.

El otoño-invierno de 1893 habría cambiado positivamente la historia de Moisés Ville, de no haber caído sobre ella adversidades provenientes de la situación política en la provincia. Una rebelión contra el gobierno de Santa Fe, estallada a comienzos del año en varias colonias pobladas por inmigrantes, se convirtió en guerra civil en septiembre de 1893: una lucha armada entre suizos, italianos y otros colonos, por una parte, y las autoridades provinciales por la otra. Aunque Moisés Ville estaba físicamente alejada de la arena de esos combates (que tenían lugar en torno a la capital de la provincia), no se libró de las consecuencias de los disturbios, que derivaron en una especie de guerra

sus cálculos presupuestarios, Kogan incluyó un salario parcial de 100 pesos para los miembros del comité, con quienes mantenía relaciones cordiales (el sueldo de un empleado de la JCA era de 200 pesos). Véase JCA/LON (304), carta de Emil Korkus a Sonnenfeld, 8.9.1893.

entre gauchos y nativos contra inmigrantes y colonos europeos.¹¹³ Todas esas luces y sombras se reflejaron en el informe presentado por el nuevo director de la oficina de Buenos Aires, David Cazès, tras su primera visita a Moisés Ville en diciembre de 1893.

El informe de Cazès era detallado y también poseía sobretonos emocionales: había encontrado en Moisés Ville a verdaderos campesinos, atareados en preparativos para la cosecha; a judíos curados de los hábitos de la pereza, que se levantaban con el alba para trabajar y cuyas conversaciones los sábados en la sinagoga giraban en torno a cuestiones de agricultura. Pero la colonia estaba parcialmente vacía: frente a las 52 familias propietarias de fincas, había otras 52 parcelas desocupadas (31 de 100 hectáreas y 21 de 50 hectáreas cada una). Las dos aldeas que se hallaban en las afueras estaban vacías: una no había vuelto a ser poblada tras las reformas de Kogan; las seis familias que habían quedado en la otra habían huido al poblado central ante la amenaza de los gauchos, que tras la guerra civil santafesina de 1893 continuaron con los desmanes y se entregaban al robo y al saqueo. Hasta ese momento, los colonos se sustentaban con el subsidio que seguían recibiendo mensualmente del administrador; pero las 1.476 hectáreas de trigo listas para la cosecha y las 175 hectáreas de lino maduro apuntaban al final del régimen de subsidio. La conclusión de Cazès fue que era necesario reforzar la colonia mediante nuevos pobladores.

Para mayor sorpresa del Barón ante esta propuesta, que contradecía su decisión de mantener a la colonia en sus dimensiones reducidas y a las tierras sobrantes como reserva futura para los pobladores existentes, los directivos de Buenos Aires (Hirsch y Cazès) redactaron un informe

¹¹³ Véase Gallo, 2007.

minucioso destinado a refutar la oposición al desarrollo de Moisés Ville. En sus palabras, Santa Fe en general y la región donde se hallaba Moisés Ville en especial constituían una zona destinada a la colonización, tal como lo demostraba la cantidad de poblaciones y de vías ferroviarias existentes en la misma. Si bien la tierra era pobre, las napas de agua a escasa profundidad hacían posible sembrar forraje también en años de sequía; el peligro de la langosta no era mayor que en Entre Ríos. El deliberado mantenimiento de terrenos improductivos acarrearía una pérdida financiera, ya que según la situación actual los colonos no necesitarían de ellos en los próximos veinte años. Para ambos directivos, los defectos de Moisés Ville eran consecuencia de una mala administración y no de las condiciones locales, y una vez que la misma había sido superada mediante la reorganización, correspondía ampliar la colonia existente agregándole 40 nuevas familias con experiencia en agricultura.

Persuadido por estos argumentos, el Barón abandonó su posición anterior y autorizó a sus representantes la confección de un nuevo programa para Moisés Ville. Al mismo tiempo, ordenó a sus funcionarios en Rusia reclutar un grupo de colonos potenciales tan homogéneo como fuera posible, y enviar a la brevedad representantes del mismo a Argentina, a fin de que cooperaran en los preparativos de absorción. La fecha fijada para la ejecución de este nuevo proyecto fue septiembre de 1894; debido a dificultades en la organización de la salida de Rusia, la misma fue postergada para el mes de noviembre.

En la segunda mitad de 1894, en Moisés Ville comenzaba un febril programa de construcción, y en Grodno (Lituania) comenzaba a formarse un nuevo grupo de colonos. El Barón autorizó ambas operaciones, a pesar de la inversión financiera que requerían y a pesar de su anterior

oposición al repoblamiento de Moisés Ville. Además, los preparativos para la nueva colonización estaban a cargo de la administración local, aun cuando la misma supuestamente ya no existía, y aun cuando algunos de los veteranos habían obtenido una cosecha escasa y sería necesario otorgarles un nuevo año de subsidios.¹¹⁴

Mientras tanto, en Moisés Ville se preparaban las cuentas de los colonos con vistas a la firma de los contratos con la JCA. El inspector Alexander Charlamb se hallaba con ese fin en la colonia desde mayo de 1894. Los colonos quedaron satisfechos con su trabajo y compusieron un poema en hebreo en honor del Barón.

El 26 de octubre de 1894, llegó a Moisés Ville Noé Cociovich, el primer representante del nuevo grupo de colonos, y se encontró allí con David Cazès, quien visitaba la colonia por segunda vez. Estos dos judíos, que hablaban entre ellos en hebreo, pusieron por escrito sus impresiones. Cazès veía una enorme mejora desde su primera visita a fines de 1893: nuevas casas de ladrillos se alzaban junto a los ranchos, que ahora se utilizaban como depósitos; en muchos sitios se habían realizado nuevos cultivos y crecían árboles frutales; las fincas estaban alambradas; casi todas las familias criaban animales; y el trigo, aunque azotado por la langosta a principios de octubre, se había recuperado y prometía una buena cosecha. Noé Cociovich recordaría de ese primer encuentro con Moisés Ville los pequeños ranchos carentes de flores o plantas, y también que los colonos debían comprarle al vendedor italiano las verduras y los pollos que no producían por sí mismos. Ambos

¹¹⁴ JCA/LON (320), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 1.6.1894, N° 380; Hirsch y Cazès informan que en 1894-95 será necesario continuar con un subsidio a los colonos de 600 pesos mensuales, contra los 3.400 pagados hasta ese momento.

autores destacaron el bajo nivel de la educación y la escasa vida social. Pese a ello, ambos sentían que la colonia se hallaba al borde de un cambio radical en su historia.

Un mes y medio después, llegaron a Moisés Ville los nuevos inmigrantes, un grupo homogéneo de judíos provenientes de Grodno. Traían consigo varios rollos de la Torá y el grupo incluía un matarife ritual y dos maestros, uno de los cuales, rabí Rubén Hacoheh Sinay, se convirtió rápidamente en su líder espiritual.¹¹⁵ A diferencia de los colonos veteranos, los nuevos no debieron pasar por grandes dificultades: les esperaban viviendas de material preparadas de antemano, y al poco tiempo recibieron todo el equipo necesario para el trabajo. Esas diferencias entre ambos grupos, sumadas a las de sus respectivas costumbres, traídas de los lugares de origen (los veteranos procedían de Besarabia), generaron tensiones que no desaparecerían con rapidez.

Otra colonización judía en la zona, la de Monigotes, atravesó etapas diferentes en su desarrollo. Fundada en tierras del Banco Colonizador, a comienzos de 1892, como ya señalamos, se halló nuevamente en peligro de liquidación, debido a que sus pobladores no conseguían pagar la cuota anual al banco. Los directores de la JCA en Buenos Aires, Adolfo Roth y luego Goldsmid y Kogan, solicitaron del Barón —cada uno en su momento— que interviniera a su favor. Roth sostuvo que Monigotes era la única colonia digna de ese nombre; el coronel ratificó esa opinión y describió extensamente el esfuerzo desplegado por los colonos y sus éxitos notables a pesar de las dificultades que enfrentaban; Kogan y los miembros de su delegación confirmaron

¹¹⁵ JCA/LON (322), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 22.11.1894; véase lo que al respecto escribe Cociovich, 1987 (pp. 104-106, 109-111, 135-135). Véase también Hacoheh Sinay, 1945 (pp. 171-186).

esas evaluaciones. El Barón aceptó evacuar a los habitantes de Monigotes hacia tierras adquiridas en Entre Ríos, y el coronel Goldsmid cumplió con sus instrucciones.

A comienzos de 1893, solo nueve familias aferradas a sus tierras permanecían en Monigotes. La cosecha de 1893-1894 fue la primera que les procuró un ingreso respetable, pero también los llevó a reflexionar sobre su futuro. Los directivos de la JCA plantearon al pequeño grupo tres alternativas: mudarse a Moisés Ville u otra colonia de la JCA; abandonar Monigotes y entregar todas sus posesiones a la JCA en pago de sus deudas; permanecer en el lugar y firmar un contrato formal de compromiso con la empresa. Los colonos se convencieron de la inutilidad de su lucha, y a comienzos de 1894 se trasladaron en su mayoría a las colonias de la JCA en Entre Ríos.

De este modo, mientras Moisés Ville comenzaba a evolucionar con el aporte de una nueva población, la existencia de Monigotes parecía llegar a su fin. Al llegar allí, los inmigrantes de Grodno solo hallaron a una familia judía, los Rotman, que no dependía de la JCA.¹¹⁶ El administrador, Miguel Meshulam Cohen, realizaba en ese momento negociaciones con propietarios de la zona para intercambiar parcelas de la JCA en Monigotes por otras en los límites de las tierras de Moisés Ville.

3. Mauricio, la primera colonia de la JCA

El 30 de agosto de 1891, llegó a las tierras de Rómulo Franco, en la provincia de Buenos Aires, el tercer grupo de inmigrantes, con lo que el número de colonos potenciales

¹¹⁶ Cociovich, 1987 (p. 96).

se acercó a 700. Pero, ya al día siguiente de su arribo, Loewenthal informó sobre las dificultades que habían surgido con ellos. ¿Cuál fue la causa de esas dificultades?

Disponemos de los testimonios de dos personas, ubicadas en lados opuestos del espectro, que relataron lo ocurrido en los primeros días de la primera colonia del Barón. Marcos/Mordejái Alpersohn, uno de los viajeros del *Tijuca* que llegaron a Mauricio el 30 de agosto de 1891 (y uno de los pocos hombres de pluma entre los inmigrantes), refleja en sus memorias la versión de los colonos, o al menos de algunos de ellos. Por su parte, los informes de Loewenthal, basados sobre todo en los de los funcionarios locales y también en sus experiencias personales, reflejan la evolución de los hechos desde el punto de vista de los organizadores. Ambas versiones se complementan, y contamos además con el testimonio del médico de la colonia, Yosef Yafe, que estaba del lado de los colonos. Esas fuentes nos ayudan a conocer a los dos actores fundamentales de esta historia y sus reacciones ante las condiciones peculiares del asentamiento en Mauricio.

La primera característica de los centenares de inmigrantes que llegaron a Mauricio era su heterogeneidad en varios aspectos: su origen (provenían de casi todas las regiones de la Zona de Residencia en Rusia); su situación familiar (había familias completas, pero también hombres solos a quienes se había prometido el pronto arribo de las suyas); sus posesiones (algunos habían logrado traer su equipaje, mientras que otros llegaron casi sin nada, ya que el comité de Hamburgo les ordenó dejar sus bártulos en el puerto con la promesa de enviarlos en otro buque. Tras semanas de inútil espera se les dijo que, debido a diversas negligencias administrativas, los equipajes se habían perdido); su postura religioso-cultural (había observantes de distintas corrientes judaicas y también liberales que no

respetaban las normas religiosas básicas); su nivel moral (junto a honestas familias deseosas de trabajar y prosperar, había individuos de dudosa moralidad cuya influencia perjudicaba a los demás).¹¹⁷

Obviamente, esa mezcla humana no podía cohesionarse fácilmente en una comunidad capaz de autoadministrarse. Tampoco les era posible unirse en torno a un liderazgo estable, capacitado para negociar con factores externos, como lo eran los funcionarios que dirigían la colonia; a duras penas consiguieron elegir a los representantes que conversarían con Loewenthal cuando este vino para informarse de sus problemas y necesidades.

En esas condiciones, la erección, consolidación y conducción de la colonia recaían sobre los funcionarios de Loewenthal, y lo mismo ocurría con el tratamiento de la situación individual de los colonos y sus necesidades primarias. Cabe preguntarse en qué medida ese personal estaba capacitado para semejante tarea.

La actitud de Loewenthal ante los judíos rusos era, como ya se dijo, ambivalente. Si bien, tal como era previsible, procuró proceder con mano dura, no logró permanecer insensible a su sufrimiento, y aun en el caso de personas que, a sus ojos, encarnaban lo negativo del judío ruso, asumió una actitud tolerante y paternalista. Así lo percibieron los colonos, entre ellos quien sería su vocero, Marcos

¹¹⁷ Véase Alpersohn, 1992 (pp. 35-36, 50, 97; sobre el diverso origen geográfico de los colonos, p. 56). Acerca de los equipajes que quedaron en Alemania, véase JCA/LON (302), carta de Loewenthal al Barón, diario administrativo, 8.10.1891 (p. 80). Sobre las costumbres religiosas y culturales, véase ibídem, carta de Loewenthal al Barón, 12.9.1891 (p. 16), donde informa que de los 230 viajeros del buque *Petrópolis* solo seis comen *kasher*; esta afirmación no parece muy confiable. Sobre los pedigueños profesionales e insinuaciones acerca de los "impuros", véase Alpersohn, 1992 (p. 61). Los testimonios de Loewenthal figuran, entre otros, en JCA/LON (305), carta de Loewenthal al Barón, diario administrativo, 12.9.1891 (p. 19); carta, 15.10.1891, N° 17.

Alpersohn, en cuyas memorias Loewenthal aparece como un patriarca generoso que influía en los colonos y al mismo tiempo se dejaba influir por ellos.

Loewenthal nombró como directores de Mauricio a dos exmilitares: Lucien Gerbel, nacido en Yassi (Rumania) y exoficial de húsares en el ejército austríaco, como administrador y gerente; y al ingeniero agrónomo Augusto Terracini, judío genovés que había sido artillero en el ejército italiano, como responsable del aprovisionamiento. De ahí en más, el éxito de la colonia dependía de la capacidad de estos de implementar los preparativos infraestructurales necesarios, organizar a los colonos y solucionar sus problemas económicos y sociales. Pero ambos eran demasiado jóvenes y además carecían de la personalidad exigida por tan complejo objetivo. El administrador Gerbel se rodeó de un grupo de adeptos al que utilizó como grupo de presión para asegurarse su puesto y su autoridad, y a causa de ellos inclusive algunas de sus buenas intenciones habían de malograrse. En cuanto a Terracini, el exartillero no halló un lenguaje común con los colonos, y además su afición a la bebida le privaba de la energía necesaria para impulsar un rápido progreso en la colonia. En esas condiciones, no pudieron enfrentar las dificultades objetivas y mucho menos las que acarrea la diversidad de la población.¹¹⁸

¹¹⁸ Alpersohn, 1992 (pp. 53, 56, 62), presenta a Garbel como un oficial alemán converso que sabía ser amable y procuraba en vano poner orden y justicia en la distribución del trabajo, ya que lo respaldaba solo un sector de los colonos. Loewenthal concluyó, tras varios meses de tenerlo a su servicio, que Garbel no era adecuado para sus funciones por su falta de firmeza en sus contactos con los colonos; JCA/LON (302), carta de Loewenthal a JCA París, 15.11.1891, N° 2 (p. 16). Véase también Alpersohn, 1992 (pp. 51, 59, 105).

Por un lado, pues, un grupo humano heterogéneo; por el otro, un director general autoritario y compasivo asistido por una administración sumamente débil: ese era el panorama humano de Mauricio en sus primeros días.

En realidad, las dificultades básicas de Mauricio habían comenzado ya en Buenos Aires, cuando los inmigrantes de sucesivas olas se encontraron con el “problema judío” de la ciudad: los “impuros”. Como ocurriera en su momento con los pasajeros del *Weser*, también los recién llegados tuvieron contacto con esos otros oriundos de Europa oriental en el Hotel de Inmigrantes, y supieron por ellos de los “espantos” de la colonización agrícola, las “pérdidas” que les esperaban e, indirectamente, de otras posibilidades “comerciales” que les ofrecía un país de modalidades machistas y de extranjeros sin familia. Era imprescindible limitar o eliminar del todo semejantes contactos, para lo cual Loewenthal se apresuró a enviar a los primeros inmigrantes directamente a Mauricio, método que continuó aplicando con los siguientes grupos, tanto en los casos en que supo de antemano su llegada como cuando no fue avisado de la misma.¹¹⁹

Los inmigrantes arribaban a Mauricio con una mezcla de temores y esperanzas. Los primeros llegaron en medio de una fuerte tormenta pampeana y copiosas lluvias. No se había hecho preparativo alguno para ellos; todo que había en la colonia era una pequeña construcción para los administradores y un gran cobertizo que anteriormente había servido de porqueriza. Durante dos semanas, estuvieron abandonados a su suerte en casuchas provisionarias,

¹¹⁹ *Ibíd*em (pp. 27-34). JCA/LON (302), carta de Loewenthal al Barón, diario administrativo, 2.10.1891 (p. 58), sobre los contactos de los “impuros” con los viajeros del buque *Porto Alegre*; carta de Loewenthal a Sonnenfeld, 22.9.1891 (p. 1), sobre la decisión de enviar inmediatamente a Mauricio a los viajeros del *Haparica*, llegados sin previo aviso. Véase Avni, 2014 (p. 155).

alimentándose de galletas traídas desde Buenos Aires y carne de vacas sacrificadas diariamente para ellos. Al cabo de algunas semanas, se trajeron carpas con las que se establecieron dos campamentos, a unos tres kilómetros uno de otro, denominados Alice y Algarrobo. Más tarde, se levantaron también un almacén de provisiones y dos hornos para pan. Mauricio se convirtió en un campamento de caridad, las necesidades de cuyos habitantes eran provistas por los administradores.

Durante el primer tiempo no se hablaba de un asentamiento definitivo, porque la adquisición de la tierra no se había completado. Las veintitrés familias cristianas que arrendaban las parcelas se hallaban todavía instaladas en ellas. De esas tierras, 1.700 hectáreas estaban sembradas con trigo, y otras 1.500 habían sido aradas para sembrar maíz. Los inmigrantes se emplearon en esos cultivos y en otras labores públicas como la construcción de hornos para pan, la excavación de pozos de agua y la apertura de una ruta hacia la estación ferroviaria de Carlos Casares, pero las mismas ocupaban solo a una parte de ellos, y todas juntas no posibilitaban que una población heterogénea y mantenida desde afuera se encaminara hacia la productividad. El administrador Gerbel repartió libretas de trabajo, para asegurar una distribución justa de las tareas. Dicha distribución y la supervisión de los trabajos fueron confiadas a algunos de los recién llegados, pero al parecer los elegidos eran justamente elementos de escasa probidad. El sistema de las libretas permanecería en la memoria de los colonos —o al menos en la de Alpersohn— como un régimen de trabajo parcial manejado mediante sobornos

realizados a espaldas del director de la colonia, régimen que contribuyó a crear la imagen de que los colonos eran perezosos.¹²⁰

El 13 de septiembre de 1981, Loewenthal informó sobre la primera “revuelta” estallada en Mauricio: los colonos, amargados por la demora en el reparto de tierras, atacaron el edificio de la administración. Gerbel llamó en su auxilio a la policía de Carlos Casares y solo tras difíciles discusiones se aplacaron los ánimos. El 6 de octubre, Loewenthal visitó por primera vez la colonia, donde permaneció tres días; un mes después, el 7 de noviembre, realizó otra breve y última visita. En ambas pudo verificar personalmente la deprimente situación que reinaba en la misma.

Ya en la primera ocasión comprobó que no todas las quejas de los colonos carecían de fundamento: muchos de los que protestaban eran aquellos que habían sido separados de sus familias por los comités alemanes, y estaban persuadidos de que era un engaño la promesa de que las mismas no tardarían en llegar. Otros aguardaban impacientes los equipajes que habían quedado en el puerto de partida (y Loewenthal estaba seguro de que esa espera era vana). Con sus propios ojos vio el pésimo estado de las carpas, empapadas por la lluvia que había caído sin pausa durante semanas. En su segunda visita, percibió que Gerbel no era el administrador adecuado y decidió sustituirlo, pero una revuelta de sus partidarios —que irrumpieron en mitad de la noche con amenazas de violencia— le reveló que ello no sería fácil, de modo que no se apresuró a sacar a Gerbel de la colonia, inclusive después de haber enviado un nuevo administrador.

¹²⁰ Alpersohn, 1992 (pp. 39-42), narra el asentamiento, el 30.8.1891, de los inmigrantes llegados en el buque *Tijuca*, y su situación en los primeros días (pp. 59-61); sobre los policías y capataces, véase *ibidem* (p. 60-63).

El establecimiento permanente de los colonos en sus parcelas y la consiguiente firma de contratos se revelaron utópicos, debido a la lentitud con que se realizaban las mediciones del terreno y a la demora por parte del Barón en ratificar los acuerdos propuestos por Loewenthal. Este también descubrió que no era fácil expulsar a los elementos indeseables de la población. Estas razones lo llevaron a pensar en nuevos métodos de conducción de la colonia, en tres sentidos: cambiar al administrador; establecer a los colonos en unidades de terreno en función de la mano de obra disponible en cada familia; crear una guardia civil compuesta de colonos leales que pudiera imponer orden y disciplina e hiciera cumplir las órdenes de la administración. El programa de reformas de Loewenthal no llegó siquiera a ser debatido, ya que con las primeras noticias que llegaron de Mauricio, el Barón decidió establecer por sí mismo la política que en adelante había de seguirse en el proceso de colonización.¹²¹

Mauricio era, pues, una colonia mantenida con recursos filantrópicos, y a ella sobre todo se refirió el Barón cuando exigió reformas en el programa. Inclusive los defensores de los colonos comprendieron que el arraigo y organización de los elementos positivos hacía necesario limpiar la colonia de quienes estorbaban su progreso. Pero la mala suerte quiso que Mauricio careciera por un largo periodo de una administración capaz de encaminarla mediante reformas perdurables.

¹²¹ JCA/LON (302), carta de Loewenthal a JCA, N° 2, 15.11.1891. JCA/LON (305), carta de Loewenthal al Barón, diario administrativo, 6-8.10.1891; y la ordenanza número 3, 15.11.1891, sobre la organización de la guardia civil. Sobre la impresión que la misma dejó en la memoria de los colonos, véase Alpersohn, 1992 (pp. 71-73).

Al sustituir a Loewenthal en la conducción del proyecto, Adolfo Roth, que sistemáticamente anulaba las medidas tomadas por su antecesor, repuso a Gerbel como administrador; con él trabajaba un funcionario llamado Pfeiffer, católico alemán. Ambos se encargaban de comprar los suministros para la colonia, y la corrupción alcanzó con ellos dimensiones gigantescas. Por otra parte, Roth no hizo nada para “limpiar” la colonia, y quienes se marchaban lo hacían voluntariamente, hartos de la inercia provocada por la administración. Quince familias retornaron a Europa, y algunas otras se dispersaron por las poblaciones vecinas. Tampoco se hizo mucho para estimular el arraigo de los colonos en sus fincas; si bien se completaron las mediciones y se firmó un contrato para la construcción de las casas (por un precio exorbitante), al finalizar el periodo de Roth los trabajos se hallaban apenas en sus comienzos.

En el otoño de 1892, cuando el coronel Goldsmid se hizo cargo de la oficina de Buenos Aires, para gran parte de los habitantes de Mauricio se cumplían diez meses de inactividad. Dos de ellos se presentaron ante el Dr. Sonnenfeld en París, con un poder escrito que los nombraba representantes de todos los colonos, y le describieron la deplorable situación. Aunque el Barón no quiso creer todo lo que dijeron y prefirió ayudarles a volver a Rusia para que no se convirtieran en un estorbo en Argentina, no pudo sino concluir que realmente la situación en Mauricio era muy grave y no siempre por culpa de los inmigrantes. En una larga carta al coronel Goldsmid le solicitó que comenzara inmediatamente con la reorganización de la colonia.¹²²

¹²² CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/caja 1), informe de su conversación “con quienes aducen ser los representantes de los colonos”. En carta adjunta (JCA/LON [358]) el Barón los critica, pero el 27.4.1892 escribe a Goldsmid sobre lo que le parece aceptable en su testimonio.

El 2 de mayo de 1892, el coronel realizó su primera visita a Mauricio. Un grupo de jóvenes jinetes salió a recibirlo en el camino desde Carlos Casares; algunos colonos desengancharon los caballos de su carro y ellos mismos tiraron de él durante un trecho. En la colonia se reunieron todos los habitantes y le brindaron una entusiasta bienvenida, ansiosos de verlo y de oír sus palabras.

En ese momento, la población de Mauricio era de 1.330 personas: 1.086 en 277 familias, 164 hombres cuyas familias habían quedado en Rusia y 80 solteros. Solo unas 30 familias ya residían en sus parcelas; la gran mayoría habitaba en pobres chozas de chapa alrededor de la casa de la administración. En sus conversaciones, que comenzaron inmediatamente, Goldsmid oyó primero las demandas de los “solteros forzosos”, que exigían la llegada de sus familias. Los demás reclamaban acelerar el reparto de las parcelas, pero también manifestaron su voluntad de establecerse en aldeas grandes y no en grupos de siete u ocho fincas, como lo determinaba el programa vigente. Tras recorrer los campos de la colonia (y comprobar que el trabajo realizado era escaso y de baja calidad), Goldsmid informó a los colonos sobre sus decisiones: la reunión de las familias sería posible solo después del asentamiento en las tierras; el campamento que rodeaba la administración sería inmediatamente desmantelado y sus habitantes serían ubicados en sus respectivas parcelas, aun cuando no existieran todavía viviendas en las mismas; el sistema de los grupos de siete u ocho familias continuaría vigente.

Las esperanzas que muchos de los colonos habían depositado en la breve visita del coronel quedaron en la nada, y la consecuencia fue que unas 300 personas (familias y hombres solos) se registraron para abandonar la Argentina y dirigirse a Europa o a los Estados Unidos. Gran parte de ellos eran precisamente buenos colonos, ganados

por la desesperación. Otra consecuencia de la visita del coronel fue el asentamiento forzoso y acelerado: el campamento de latón fue desarmado y sus habitantes enviados a sus respectivos terrenos, fijados por sorteo. A eso se limitó el operativo de arraigo, que a continuación se halló frente a algunos obstáculos decisivos.

El primero fue el contrato para la construcción de 300 casas de ladrillo, firmado por Adolfo Roth, al excesivo precio de 600 pesos por vivienda, y el compromiso adicional de la JCA de proveer los animales de carga necesarios para la construcción. Tras largas y agotadoras negociaciones, el coronel se vio forzado a anular el convenio y pagar una indemnización al contratista, con lo que inevitablemente se perdió muchísimo tiempo. La administración estableció contacto con un nuevo contratista, quien puso a disposición de la JCA pequeñas casillas de material barato sin puertas ni ventanas, por lo que fue necesario contratar a otro equipo de obreros para completarlas. Este complicado y lento sistema hizo que a fines de septiembre de 1892 solo 66 casillas estuvieran a disposición de los habitantes.

Otro obstáculo era la falta de bestias de trabajo, bueyes y caballos. También las herramientas suministradas a los colonos eran escasas, con la consecuencia de que los meses de 1892 en que debía ararse la tierra fueron desperdiciados. En ese momento, la dirección de Buenos Aires descubrió que los trabajos de medición —a cargo del ingeniero Terraccini, colega de Gerbel— no habían sido hechos correctamente, y fue necesario rehacer la parcelación y mover a varios colonos de sus sitios. En resumen, en todo este tiempo la mayor parte de los habitantes de Mauricio se hallaban alojados en sus parcelas en improvisadas casillas de latón o material, sin otra tarea agrícola que arar porciones limitadas de tierra, y recibiendo sus provisiones de los depósitos de la administración.

Solo a mediados de julio de 1892 admitió el coronel que la "limpieza de los corrales" debía incluir también a los administradores. El número de los empleados por la dirección de Mauricio era en ese momento de no menos de 333, en su mayoría colonos que recibían sueldo de la JCA por un total de 16.500 pesos por mes. El coronel decidió despedir a 131 de ellos, y de ese modo logró reducir el rubro sueldos a 5.891 pesos por mes. Pero esos despidos no pusieron fin al despilfarro y a la corrupción por parte de los administradores. Un examen de los depósitos de equipos y máquinas reveló que se había descuidado totalmente su mantenimiento. Los colonos lo sabían y se quejaron de ello a menudo, pero nadie les prestaba atención y esa situación continuó durante largo tiempo. También las formas en que se realizaban las compras resultaban muy dudosas.¹²³

El objetivo de los despidos masivos que entraron en vigor en agosto de 1892 era, entre otras cosas, reemplazar el apoyo a los colonos en especie (alimentos y vestimenta) por un subsidio en dinero. A cada colono se le fijó una suma según el tamaño de la familia y, a partir del 20 de agosto de 1892, los empleados de la colonia dejaron de proporcionarles provisiones. Ese sistema otorgó a los colonos una sensación de autonomía en la distribución de sus recursos, pero no los libró de su dependencia de la

¹²³ Según Goldsmid, los despidos no carecieron de inconvenientes. Terracini, el más veterano de los funcionarios de la JCA en Mauricio, se llevó parte del equipo que estaba a su disposición, y más tarde se puso al servicio del propietario anterior de las tierras y de sus campesinos en el juicio de estos contra la JCA; otros empleados despedidos se unieron a los ladrones de ganado que robaban bienes de la JCA. Véase JCA/LON (304), carta de Goldsmid al Barón, 28.3.1893, N° 78. Véanse también Alpersohn, 1992 (pp. 67-69) y Wechsler (pp. 25-27). Estos hechos son confirmados en buena medida por los informes detallados de Charlamb, el supervisor económico que controlaba lo que ocurría en la colonia, ratificados por la firma de Goldsmid. Véase JCA/LON (304), cartas de Charlamb, 30.9.1892, N° 45, y 5.11.1892, N° 64.

administración y del control de esta. Los principales problemas —la obtención de la tierra, la reunión de las familias— no habían sido solucionados.

En diciembre de 1892, vivían en Mauricio 981 personas, cuya manutención le costaba a la JCA 9.190 pesos por mes; los gastos de administración, incluidos los sueldos de los constructores de las casillas, alcanzaban 5.618 pesos. Ese año se trabajaron no más de 300 hectáreas de trigo, que fue cosechado por la administración y le proporcionó un ingreso de 15.000 pesos, lo que a duras penas alcanzó a cubrir los costos de la recolección y la trilla.

En la segunda mitad de 1893, el Dr. Abraham Birkenheim, miembro de la delegación encabezada por Kogan, llevó a cabo la esperada limpieza. Birkenheim se estableció en Mauricio en el mes de junio y el 1º de julio asumió el cargo de administrador. Se ocupó en forma sistemática de conocer personalmente a cada uno de los colonos y con base en ello dictaminó si el mismo permanecería o no en la colonia. Por un lado, se manejaba con amabilidad, dando explicaciones y procurando convencer a sus interlocutores; por el otro, no dudaba en aplicar mano dura cuando le parecía necesario, y su exceso de severidad despertaba rencor en los colonos. Birkenheim provocó el alejamiento de unas 100 familias y redujo la población de Mauricio; en octubre de 1893 quedaban solamente 711 personas: 128 familias y 67 hombres solos que esperaban desde hacía dos años la llegada de las suyas.¹²⁴

Birkenheim se ocupó también de reducir el número de funcionarios administrativos y los gastos corrientes: de los centenares de empleados en 1892, en octubre de 1893

¹²⁴ Sobre la "limpieza", véanse Alpersohn, 1992 (pp. 183-184); JCA/LON (305), carta de David Haim, 10.8.1893.

quedaban solamente 40, incluidos el médico, los maestros y el personal de maestranza de la oficina. El salario mensual de todos ellos se redujo en ese momento a 3.461 pesos.

Hacia finales de 1893, parecía que la colonia había alcanzado su estabilidad: la población estaba constituida por personas seriamente dedicadas a la agricultura, instaladas en sus fincas; aunque todos los colonos seguían percibiendo una ayuda mensual —que en octubre alcanzó los 6.000 pesos—, se sembraron no menos de 3.250 hectáreas de trigo y la cosecha prometía ser abundante. También habían progresado los preparativos para la reunión de las familias de los “solteros”, con lo que estaba desapareciendo uno de los motivos principales de las tensiones. Pero todavía no se había alcanzado la posibilidad de un autogobierno, y tampoco reinaban relaciones cordiales entre colonos y administradores.

Uno de los factores que provocaron fricciones fue un episodio que tuvo lugar en torno a la cosecha 1893-1894. La dirección de Buenos Aires estableció un acuerdo con un comerciante en granos de La Plata, al cual se le vendería toda la producción de la colonia en cantidad, calidad y fechas establecidas de antemano. Este operativo comercial terminó en un gran fracaso, porque la administración no logró satisfacer las condiciones del acuerdo. El comprador exigió indemnización por incumplimiento de contrato, y un tribunal condenó a la JCA a un pago de 5.000 pesos. Los administradores echaron la culpa a las lluvias que habían arruinado parte de la cosecha y a la lentitud de los colonos, aún inexpertos en tareas agrícolas. No destacaron el hecho de que parte del atraso se debía a ellos mismos, por no haber adquirido repuestos para las cosechadoras. Al final, la producción fue vendida a intermediarios en Buenos Aires con una comisión muy elevada, lo cual produjo perjuicios a los colonos. Estos, enfurecidos, protestaron por

la intervención de la empresa en dicha venta, y al menos algunos de ellos mantendrían una prolongada hostilidad hacia la administración.¹²⁵

Otro factor permanente de tensión entre administradores y colonos era la limitación impuesta a los intentos de estos últimos de concretar el principio del autogobierno. El 19 de abril de 1894, mientras el supervisor Alexander Charlamb elaboraba la contabilidad de los colonos, la administración convocó a una asamblea general en la que se les propuso que eligieran una comisión representativa que se ocupara de los asuntos públicos. En la votación que se efectuó en ese mismo momento bajo la supervisión del administrador, fueron elegidas cinco personas y se les adjudicó una oficina. Pero al poco tiempo surgieron divergencias entre esos delegados y la administración, en cuanto a las prerrogativas que les correspondían. Los delegados veían en su elección el comienzo del fin de la conducción externa y un paso hacia la independencia parcial de la colonia, mientras que los funcionarios consideraban que los representantes electos debían limitarse a manejar determinados servicios públicos: atención médica, educación y asuntos religiosos, incluido el matarife *kasher*. Los representantes insistieron en su derecho a participar en el cálculo de las deudas de los colonos; a influir en el índice del subsidio que, debido a los bajos ingresos de la cosecha, se pagaría también en 1894/1895; a organizar el depósito de las máquinas agrícolas cuyos precios eran cargados en la cuenta de los colonos, etc. Entre otras cosas, reclamaban también el derecho a otorgar permisos a comerciantes interesados en abrir tiendas en la colonia, de los que esperaba obtener dinero para parte de los gastos públicos.

¹²⁵ Alpersohn, 1992 (pp. 197-198, 201-203).

El administrador David Haim, que sucedió a Birkenheim, les negó atribuciones para tomar decisiones en todos esos asuntos. Respecto de la apertura de comercios en la colonia, tenía sus propios planes y sus propios candidatos. Estaba interesado en establecer un acuerdo con uno de esos comerciantes, según el cual, a cambio del monopolio en el lugar, aceptaría entregar a los colonos mercancías contra vales de la JCA que cobraría a fin de cada mes en Buenos Aires. Ese arreglo le parecía fundamental, debido al riesgo que significaba guardar sumas grandes de dinero en la caja de la administración, e instó a sus superiores en la capital para que aceptasen su propuesta. Al parecer, Hirsch y Cazès percibieron el peligro de semejante método, y comprendieron que con el sistema de vales los campesinos estarían sometidos a un monopolio comercial. Por ello condicionaron la aceptación de la propuesta al consentimiento de los colonos. Fuera por este tema o por divergencias en otras cuestiones, David Haim logró, en las últimas semanas de su desempeño como administrador de Mauricio, provocar la renuncia de los representantes, lo que le dejaba el camino libre para concretar sus planes y también para nombrar una nueva comisión con colonos que le fueran leales.¹²⁶

Pero estos nombramientos no modificaron la voluntad de la mayoría. Unos dos meses después de la renuncia de la comisión electa, 172 colonos presentaron una petición a la oficina de Buenos Aires, exigiendo la reposición

¹²⁶ Sobre las exigencias de los colonos, véase Wechsler (p. 36). El episodio de la tienda comercial se comenta en la carta de Haim a Hirsch y Cazès del 7.5.1894. El 18.6.1894, el contador Adolfo Bernheim, que administraba la colonia tras la partida de Haim, informa que había sido elegida una nueva comisión “impuesta por el señor Haim”; CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/Mauricio 1). Los miembros de esta comisión (que se autodenominó “Representación de los colonos de Mauricio”) eran, según David Haim, Yaacov Starikoff, Hirsch Gottlieb, Moses Girstel y Lazar Nissensohn; *ibídem*, carta de Haim, 6.5.1894.

de la comisión y elevando una propuesta de reglamento para las actividades y prerrogativas de sus delegados; según dicha propuesta, la comisión no solo se ocuparía de organizar los servicios públicos, sino también representaría a los colonos ante la administración en todos los asuntos. Además del derecho a opinar en toda cuestión importante para la población en general o para un individuo determinado, exigieron el derecho a presentar en forma directa sus divergencias con la administración local ante los directivos de Buenos Aires. Según el reglamento propuesto, el administrador debía hallarse en fechas establecidas a disposición de los representantes, quienes presentarían un informe a la asamblea general que se reuniría una vez al mes.

El administrador A. Bernheim, que había sucedido en el cargo a David Haim, transmitió el borrador del reglamento a Buenos Aires, acompañado de su oposición a él, e inclusive de una crítica burlona. La conducción de Buenos Aires rechazó la propuesta. Ninguno de los niveles de la administración estaba, pues, dispuesto a aceptar forma alguna de autogobierno en la colonia.

El 15 de mayo de 1894, la representación de los colonos envió una larga carta al Barón, en que le agradecía su generosidad y explicaba el modo en que entendía su propia función. El grupo afirmaba su disposición a cumplir con las exigencias de la empresa y a demostrar su independencia, y solicitaban permiso para, en casos determinados, comunicarse con él en forma directa, ya que, a pesar de su buena voluntad, la oficina de Buenos Aires no se hallaba libre de errores y no conseguía representar a los colonos en forma adecuada. En su respuesta del 10 de julio, el Barón manifestó su satisfacción ante las actividades de los delegados, les deseó un fructífero trabajo, y les recomendó dirigirse en todos los casos a las personas de su confianza

en Buenos Aires, los señores Hirsch y Cazès. Si bien aceptaba que en casos especiales los colonos se dirigieran a la directiva de la JCA, debían hacerlo no directamente sino a través de la oficina de Buenos Aires. En el mensaje que envió al mismo tiempo a Hirsch y Cazès, aclaraba que si bien había rechazado la propuesta de los colonos —ya que un contacto directo con la JCA los habría puesto en pie de igualdad con la oficina de Buenos Aires—, no les negaba el derecho a dirigirse directamente a los niveles superiores de la empresa, siempre que lo hicieran a través de ellos. También manifestó su gran satisfacción ante el hecho de que en Mauricio se hubiese alcanzado el autogobierno, y pedía ser informado en detalle sobre cómo se había establecido la representación de los colonos y sobre el progreso de sus actuaciones, ya que, como Hirsch y Cazès bien sabían, el autogobierno era una de las cuestiones que más le importaban.

Pero en lugar del informe y el consentimiento que esperaba, lo que recibió fue una retórica carta que describía la propuesta de los colonos como un mero percance en la vida cotidiana de la colonia, un intento de independizarse de la administración local por parte de unos cuantos individuos que quisieron sentirse importantes. Hirsch y Cazès aseguraban que se trataba de asuntos menores, que con un poco de tacto, determinación y buena voluntad lograrían resolver en el lugar sin necesidad de molestar al Barón.¹²⁷

¹²⁷ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/Mauricio 1), carta de Bernheim y la petición del comité a Hirsch y Cazès, 31.8.1894, N° 716. *Ibidem*, carta de Bernheim, 9.10.1894, N° 793, con el adjunto "Programa de la Representación de colonos de Mauricio - Proyecto". Los autores se basaban en el mandato recibido en la asamblea del 19.4.1894. Bernheim informa que el reglamento fue formulado según el consejo del Dr. Wechsler. Véase el retrato de Bernheim según Alpersohn, 1992 (pp. 217-218). Véase la carta del Barón a Hirsch y Cazès, sobre este tema, 10.7.1894, N° 288, JCA/LON (362); y también CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/4), carta de los representantes de los colonos al Barón (redactada por Dr.

En resumen, la conducción local suprimió el intento de autonomía que habría reducido la dependencia de los colonos y establecido positivas relaciones mutuas con ellos. En lugar de ayudar al desarrollo de una forma de autogobierno, los funcionarios se empeñaron en destruir toda posibilidad del mismo.

Aun así, a fines de 1894, Mauricio aparecía como una colonia consolidada. En abril comenzaron a llegar los familiares de muchos de los primeros colonos, tras tres años de separación. La administración se redujo a 17 empleados —incluidos tres maestros, cuatro supervisores de la trilla, dos policías, un médico y un farmacéutico— y su costo descendió a 1.500 pesos por mes. También se redujeron los subsidios a unos 2.700 pesos mensuales, mientras en los campos maduraba el trigo con la promesa de una buena cosecha y miles de hectáreas adicionales eran preparadas para la siembra del maíz. Este cuadro de una reorganización exitosa y una realidad libre de problemas era el que figuraba en los informes que enviaban al Barón los directores Hirsch y Cazès, y de hecho ellos mismos creían en él.

Wechsler), 15.5.1894, y la respuesta del Barón, 10.7.1894. Véase también JCA/LON (321), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 15.8.1894, N° 416, en que ambos informan que el administrador local se excedió de sus atribuciones al permitir que la asamblea eligiera representantes, lo que a su criterio constituía una “reforma prematura”. La cuestión se solucionó cuando, debido a un conflicto interno, los representantes renunciaron y el administrador designó una nueva comisión de cuatro colonos “que se desempeña a satisfacción de todos”. La carta fue enviada antes de que los colonos volvieran a exigir el reconocimiento de la primera comisión.

4. San Antonio y Clara, las primeras colonias en Entre Ríos

Las 38 leguas que Roth compró en Entre Ríos comprendían tres lotes separados. En dos de ellos, se establecieron un tiempo después las colonias Lucienville y Clara (así bautizadas en homenaje al hijo y a la esposa del Barón); por allí pasaba el ferrocarril que iba de Concepción del Uruguay a Villaguay, y tres de sus estaciones se hallaban en terrenos de la JCA. En el tercer lote, en el distrito Colón, alejado de los otros dos y carente de toda línea de transporte, se estableció la colonia San Antonio. Mientras que Moisés Ville y Mauricio se hallaban en la llanura pampeana, San Antonio estaba ubicada en las cuchillas entrerrianas, colinas de suave ondulación atravesadas por numerosas corrientes de agua, tanto perennes como estacionales. En las cuchillas la calidad de la tierra varía de zona en zona, y las napas de agua se encuentran a una profundidad mayor que las de la llanura.

Los primeros colonos de la JCA en Entre Ríos fueron los arribados en el buque *Pampa*: 600 personas que, hasta que se completó la compra de los terrenos, residieron aislados en un hotel de veraneo en la costa del Atlántico, cerca de Miramar. Parte del grupo vivía en el edificio del hotel y otros en casillas endeble, alimentados por una cocina pública establecida para ellos y sin ocupación alguna. Una tormenta que inundó el terreno y arrasó las casillas los obligó a vivir amontonados en el edificio, lo cual provocó una epidemia de tifus y el establecimiento de un cementerio judío en las cercanías. Para la mayoría fue un periodo de sufrimiento físico y moral y de falta de confianza en el futuro; las bodas y demás fiestas familiares que se realizaron en el lugar no bastaban para aliviar la situación.

Hartos de la incertidumbre, los inmigrantes enviaron una delegación a Buenos Aires, que regresó con la buena nueva de un inminente traslado.

A finales de febrero de 1892, partió la primera caravana con 80 familias. Tras un largo viaje en carretas, trenes y barcos fluviales, los futuros colonos llegaron a Concepción del Uruguay, y de allí emprendieron una fatigosa travesía hasta el distrito de Colón, donde erigieron la primera colonia judía entrerriana, San Antonio. A su llegada hallaron un solo edificio de material, vivienda del propietario anterior, y un gran cobertizo para ganado. En el edificio se instaló el administrador y en el cobertizo, sucio como estaba, se alojaron los colonos. No había herramientas de trabajo ni equipo alguno, y al principio tampoco contaban con un matarife que les posibilitara comer carne *kasher*. Los colonos pasaron esos primeros días abandonados a su suerte sobre una tierra virgen cubierta de arbustos del alto de un hombre. La desagradable actitud del administrador, un inglés de nombre Kenyon que no entendía la lengua de los inmigrantes, hizo que al cabo de algunas semanas dos de ellos se fugaran para informar a Buenos Aires del estado de las cosas. Una segunda caravana —que había partido un mes después y había oído de otros judíos en Buenos Aires que lo que les esperaba no era colonización sino esclavitud—se encontró con los fugitivos, quienes les confirmaron sus aprensiones.

Esa segunda caravana, tras un viaje agitado en un buque fluvial y una prolongada espera en Concepción, llegó en la víspera de Pésaj (Pascua hebrea) a la zona de

colonización junto a las estaciones ferroviarias Domínguez, Primero de Mayo y Basavilbaso. Allí debieron apretujarse, por el momento, en enormes graneros y galpones.¹²⁸

En sus operativos de asentamiento, Roth actuó según las prerrogativas e instrucciones recibidas del Barón. Este suponía que en una tierra nueva, que le había sido descrita como de superior calidad, podría llevarse a cabo una colonización modelo y además mucho más barata que la de Mauricio. El Barón se había basado en las estimaciones presupuestarias de Roth, y de ahí su indignación al recibir de este nuevos cálculos totalmente distintos sobre el costo del establecimiento de cada familia, por lo que le ordenó que suspendiera inmediatamente el operativo hasta que el presupuesto fuese debidamente aclarado. Para su estupor, Roth le respondió que ello no era posible porque las familias ya habían sido instaladas en los terrenos.

Al principio, el Barón se negó a aceptar los hechos consumados, y en sus cartas e instrucciones al coronel Goldsmid exigió que los colonos fueran sacados de las parcelas y que el equipo adquirido fuera almacenado en depósitos hasta el comienzo del asentamiento programado; solo después de la evacuación estaría dispuesto a establecer en parte de los terrenos a aquellos de entre los pasajeros del *Pampa* que lograsen organizarse en grupos autónomos. Pero el coronel no aceptó esas exigencias, y no solamente no redujo el alcance de la colonización en Entre Ríos, sino que presionó al Barón para que autorizara su ampliación

¹²⁸ Los datos se basan en las memorias de tres viajeros del *Pampa* que se establecieron en Entre Ríos: Israel David Fingerman, quien brindó su testimonio en una serie de notas en el diario porteño *Di Ídiche Tzeitung* desde el 18.5.1927 en adelante; se radicó en Clara, al lado de Domínguez; M. Chertkoff, quien se estableció primero en San Antonio y luego en Clara, publicó sus memorias en *Ídisher Colonist* en 1911 (ediciones 17-21) y en *Di Presse* en 1929 (sobre todo a partir del 18.8.1929); y las memorias de Dickmann, publicadas en 1948. Schallman, 1989, narra detalladamente el episodio de los “pampistas”; Lieberman (p. 32) lo resume en tono patético. Véase también Hochman (pp. 16-20).

incorporando a los colonos trasladados desde Moisés Ville. También la demanda del Barón de suprimir dos de las tres nuevas colonias, concentrar a todos sus habitantes en una sola y compensarlos por los perjuicios materiales, fue satisfecha solo en parte. Goldsmid transfirió a las 40 familias que se hallaban en Basavilbaso a la zona vecina de Domínguez pero, en cambio, mantuvo la hacienda en San Antonio, porque parte de los campos ya habían sido cultivados. De este modo, en Entre Ríos se fundaron dos colonias separadas: San Antonio y Clara.

La presencia concentrada de los colonos en esos lugares no constituía todavía su colonización. Roth había acordado con un contratista la construcción de 300 viviendas, estableció un almacén de aprovisionamiento y lo arrendó a un comerciante judío, y hasta planeó sembrar trigo en unas mil hectáreas ya aradas, pero todos esos preparativos fueron anulados por Goldsmid y sus asistentes, por temor a que esos contratos no estuvieran libres de corrupción. También decidieron cambiar a los administradores ingleses designados por Roth, pero ese relevo no corrigió las distorsiones ya existentes. Los colonos de Clara tuvieron que arar la tierra con bueyes no entrenados o viejos, y los de San Antonio debieron seguir viviendo en chozas en mal estado aportadas por el administrador.

El proceso de colonización no progresaba. La forzosa desocupación y la heterogeneidad de la población aumentaron la influencia de los intrigantes y los perezosos, que no dejaban trabajar a quienes deseaban desarrollar la colonia. La incomunicación idiomática y la falta de confianza entre administradores y colonos hizo que solo unos pocos entre estos últimos se empeñaran en construir sus viviendas; los demás prefirieron aguardar. Mientras tanto, se sustentaban mediante las provisiones suministradas por la JCA, y más

tarde con el subsidio mensual por familia. Todo ello hizo que los colonos de Entre Ríos perdieran la temporada de siembra de 1892.

En septiembre de 1892, Goldsmid viajó a Clara por primera vez. Junto con el administrador visitó a los colonos destacados y se impresionó mucho ante las viviendas construidas por ellos mismos y ante sus huertas, y también por el (escaso) terreno ya preparado para la siembra de maíz. Goldsmid consultó a los colonos acerca de los nombres adecuados para las aldeas en la zona de Clara, y la elección expresó los vínculos de los habitantes y el director general con el sionismo. Así fue cómo en el mapa de la JCA en Argentina aparecieron nombres asociados con Tierra Santa, como Kiriát Arba (el nombre bíblico de Hebrón), Even Haroshá y Rosh Piná (“piedra angular”), y otros como Barón Hirsch, Raquel y Carmel (los nombres de las hijas del coronel, que lo acompañaban en ese viaje) y Miguel (por Mijael, el nombre hebreo del coronel).

Desde Clara viajaron a San Antonio, donde también Goldsmid visitó las casas de los colonos y evaluó sus progresos. En ambas colonias tomó partido por los administradores, y en Clara inclusive expulsó a cuatro familias disconformes y no se desdijo pese a las súplicas de muchos de sus vecinos. Pero no realizó una limpieza sistemática, como se lo exigía el Barón, porque en su opinión estaban abiertas las posibilidades de éxito ante todos los colonos y ellos mismos deberían demostrar sus posibilidades de prosperidad.

Pero, lamentablemente, la visita de Goldsmid no modificó el ritmo del progreso de ambas colonias. Una manga de langostas destruyó la escasa siembra de maíz y retrasó otras tareas agrícolas. En diciembre de 1892, la población de las colonias entrerrianas era de 1.400 personas (1.020 en Clara y 380 en San Antonio), y los subsi-

dios mensuales pagados por la JCA alcanzaban los 13.534 pesos. Cuando Goldsmid se marchó de la Argentina, en mayo de 1893, debió reconocer que para estabilizar económicamente a las colonias entrerrianas era necesario efectuar una limpieza entre sus habitantes, rehacer el reparto de las tierras, construir depósitos para el equipo y la cosecha, cavar pozos de agua adicionales y otras tareas.¹²⁹

Maxim Kogan comenzó sus intervenciones en Entre Ríos introduciendo cambios en el personal administrativo. Unas semanas antes de la partida de Goldsmid, supo que habían llegado inmigrantes rusos dueños de importantes recursos financieros, y buscó entre ellos a los candidatos para la conducción de las colonias. A comienzos de 1893, envió a San Antonio a Berschoedzki, judío oriundo de Odessa de 50 años (que el coronel no había aceptado pese a las recomendaciones), junto con Meshulam/Miguel Cohen, joven ruso que había intentado establecerse, junto con otros siete inmigrantes judíos, en una colonia privada, y sería más adelante administrador de Moisés Ville. A ambos encomendó estudiar la situación en San Antonio y establecer sus necesidades y problemas. Un tiempo después viajó a la colonia, despidió al administrador y depositó la conducción en manos de Berschoedzki y Cohen. En Clara, Kogan nombró director a Alexander Salzberg, que había llegado de Rusia ocho años antes y poseía viñedos en la provincia de Mendoza.

¹²⁹ Sobre la visita a Entre Ríos, véase el artículo de E. S. Wollman, amigo de Goldsmid que lo acompañó, en *Jewish Chronicle*, 28.10.1892. El relato incluye un gráfico de las colonias, y describe un panorama muy optimista que concuerda en gran medida con los informes de Goldsmid; véase JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 5.10.1892, N° 43. Véase el informe de Charlamb sobre Entre Ríos en JCA/LON (304), 27.1.1893, carta N° 101; y las instrucciones de Goldsmid a la administración provisional, mayo de 1893, en JCA/LON (307).

La segunda intervención de Kogan fue el cribado de los colonos. Siguiendo las expectativas de Berschoedzki y Cohen, clasificó a los habitantes de San Antonio con los criterios que habían empleado él en Moisés Ville y Birkenheim en Mauricio. Los primeros despedidos fueron los indeseables desde el punto de vista moral. Les siguieron aquellos cuyas familias no poseían bastantes miembros en edad de trabajar y por ende tenían pocas posibilidades de cultivar exitosamente sus terrenos. En esta limpieza fueron echadas de San Antonio 36 personas, que habrían de ser enviadas a los Estados Unidos. En Clara designó una comisión de cuatro judíos rusos, casi todos de fuera de la colonia, y les dio facultades para evaluar la capacidad agrícola, cualidades personales y estructura familiar de cada uno de los colonos, y decidir si eran o no aptos para quedarse.¹³⁰

Las restantes actuaciones de Kogan se centraron en aspectos económicos. En San Antonio reconfiguró los criterios para el reparto de tierras, ya que la conducción anterior no había dejado suficientes áreas de pastura, y ordenó la reparación de las viviendas y los pozos de agua. También en Clara modificó la parcelación, lo cual implicó mudanzas para muchos colonos, y ordenó adquirir equipo agrícola nuevo, reparar los alambrados y excavar nuevos pozos de agua. Kogan hizo concentrar el ganado adquirido en tiempos de Roth en una sola área, y con ello liberó a los colonos de las tareas de vigilancia de los sembradíos por los que vagaban los animales. Una vez impartidas

¹³⁰ JCA/LON (304), carta personal de Kogan al Barón, 14.6.1893, N° 3. Kogan reconoce que entre los que fueron desalojados de la colonia había colonos buenos, pero esas familias no contaban con suficientes trabajadores. Según el informe de Charlamb (citado en nota 27), la situación en Entre Ríos en mayo de 1893 (es decir, antes de la reorganización) era la siguiente: en Clara, sobre 278 familias, 227 contaban con un solo trabajador y 16 con tres trabajadores; en San Antonio, sobre 102 familias, 90 contaban con un solo trabajador y 4 con tres trabajadores. JCA/LON (307), carta de Kogan, 29.8.1893, N° 201.

sus instrucciones, retornó a Buenos Aires con la esperanza de que sus hombres completaran sin inconvenientes las tareas de reorganización.

Pero esas esperanzas no se cumplieron. Salzberg abandonó Clara al poco tiempo; en su lugar fue designado Abraham Magasanik, que compró con su propio dinero una parcela adjunta a las tierras de la colonia y la trabajó con campesinos asalariados. Al principio, Kogan lo había designado coordinador del comité de evaluación de los colonos; al ser nombrado administrador, esa tarea quedó en manos de los otros tres miembros del comité, que eran jóvenes carentes de experiencia. En palabras del agrónomo Lapin (que visitó las colonias de Entre Ríos después de la época de Logan), realizaron el cribado en forma casi indignante, ya que junto con los elementos indeseables expulsaron también a personas de buenas cualidades, mientras que quedaron en la colonia muchos que deberían haber sido echados. También hubo una limpieza en San Antonio, realizada, según Lapin, con “muchas injusticias”, aunque no tantas como en Clara. Y todavía quedaba sin solución, aún después de la época de Kogan, el problema de los campos de pastura y el de la reparación de viviendas y pozos en ambas colonias. Por otra parte, la calidad del equipo a disposición de los colonos mejoró y ello dio a cada uno la posibilidad de trabajar su tierra; pero estas mejoras llevaron largo tiempo y muchos perdieron la temporada de siembra de 1893, quedando sin posibilidades de obtener cosecha alguna. No les quedaba más remedio que sustentarse por un año más mediante los subsidios de la JCA.

Samuel Hirsch y David Cazès, que recorrieron Entre Ríos a comienzos de 1894, hallaron a muchos de los colonos de Clara todavía alojados en chozas pequeñas en mal estado, y comprobaron que no existían aún soluciones para los campos de pastura y el almacenamiento del

equipo y la cosecha. Sus cálculos revelaron que en San Antonio solo 26 de las 54 familias podían mantenerse de su producción agrícola; de las 241 familias en Clara, podían hacerlo solamente 154. Pronto se reveló que también ese cálculo era demasiado optimista y alejado de la realidad. Pese a esas difíciles condiciones, los nuevos directores no se apresuraron a tomar medidas que las corrigieran. Varios meses después de su visita, nada se había hecho para reparar las viviendas, fijar las áreas de pastura, construir graneros, etc. Toda la atención se concentraba en corregir el aspecto administrativo de las colonias, especialmente en Clara: Magasanik fue dimitido; su lugar fue ocupado por David Haim, que trabajaba en Mauricio, donde se había guiado por la noción de que los colonos debían ser obedientes, disciplinados y sumisos ante las directivas de la administración.¹³¹

Junto con esta “estabilización”, en la primera mitad de 1894 se realizó otra tarea de conjunto a nivel administrativo. A comienzos de junio, llegó a Clara el contador Charlamb, y durante cuatro meses se dedicó a poner en orden la contabilidad de los colonos; luego hizo lo mismo durante dos meses en San Antonio. Con ello se abría, al parecer, el camino a preparar los contratos entre la JCA y los colonos y normalizar definitivamente la situación de los veteranos de Entre Ríos. Aunque los informes enviados desde Buenos Aires no mencionan siquiera el autogobierno de las colonias o las vías para lograrlo, de los informes contables podía el Barón concluir que en Clara y San Antonio la situación era totalmente estable y que era previsible una buena cosecha, sobre todo en las miles

¹³¹ JCA/LON (317), informe de Lapin, febrero 1894 (pp. 55-64). JCA/LON (320), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 1.4.1894, N° 345, que informa sobre la visita de Cazès en marzo de 1894 y menciona la visita anterior de Hirsch a fines de diciembre de 1893.

de hectáreas sembradas en 1894. Ante estas perspectivas, era posible esperar no solo la cesación de los subsidios a los colonos, sino inclusive el comienzo de la devolución de sus deudas.

5. Los servicios públicos en las colonias

En los tres años de cambios administrativos y luchas por la estabilidad económica, Moisés Ville, Mauricio, Clara y San Antonio experimentaron decisivos cambios en las áreas de los servicios religiosos, la educación y la atención médica. La organización de dichos servicios era imprescindible porque los diversos grupos de inmigrantes habían traído con ellos sus propias convenciones respecto de sus necesidades sociales y culturales, y la satisfacción de esas necesidades dependía tanto de ellos mismos como de la institución colonizadora.

5.1. Religión

Estos servicios incluían la construcción y el funcionamiento de sinagogas y baños rituales (*mikvaot*) —estos últimos indispensables para los preparativos del *Shabat* y las fiestas, así como para la purificación mensual de las mujeres—, provisión de carne *kasher*, etc. La posición del Barón al respecto se manifestó en las distintas oportunidades en que reaccionó ante acontecimientos puntuales. En octubre de 1891, tras la llegada de los primeros inmigrantes-colonos, el rabino de la Congregación Israelita de la República Argentina, Henri Joseph se quejó ante el rabino jefe de la comunidad judía de Inglaterra, Nathan Adler, de que no se les proporcionaba carne *kasher*. En esa ocasión, el Barón le advirtió a Loewenthal que había que cuidarse de no incurrir en el enojo de los judíos ingleses porque estos,

llegado el momento, podrían brindar ayuda a la empresa, también financiera; le aconsejaba, por lo tanto, alentar esos aspectos rituales, aunque personalmente le parecían superfluos. Tras algunos días volvió al tema, agregando que era una política inteligente mostrar que la empresa no desdeñaba las costumbres judías.¹³²

Esta “política inteligente”, en la que los intereses se combinaban con la tolerancia liberal, se tradujo a nivel organizativo en la exigencia por parte del Barón de que la conducción de la vida religiosa quedase en manos de los colonos. Al presentar a Goldsmid los fundamentos del autogobierno de los veteranos, el Barón indicó que la JCA no debía inmiscuirse en asuntos religiosos, salvo cuando los colonos solicitaran su ayuda. En ese espíritu, la JCA otorgó ayuda financiera parcial para la erección de las sinagogas de Clara y San Antonio, y para la construcción del baño ritual iniciada por los colonos de Mauricio. Por instrucciones del Barón, se adjudicaron parcelas y viviendas al matarife ritual y a los maestros que habían de arribar a Moisés Ville junto con el nuevo contingente, a condición de que el traslado y los sueldos de los mismos estuvieran a cargo de los colonos.

Cuando la administración suprimió la provisión de alimentos a las colonias, se suprimió también el subsidio a los matarifes, y la participación de la JCA en el área de los servicios religiosos pasó a ser ocasional. Ello no impidió, por supuesto, el temprano establecimiento de instituciones religiosas en las colonias. Las mismas fueron organizadas por aquellos inmigrantes que habían sido en Rusia bedeles y activistas comunitarios, quienes procuraron reproducir en la colonia argentina la atmósfera

¹³² JCA/LON (302), diario administrativo del Barón, 20.10.1891, 25.10.1891. Esos textos fueron escritos, por supuesto, cuando el Barón proyectaba la gran conferencia internacional de los dirigentes y potentados judíos.

religiosa de sus aldeas. En los pocos casos en que los contingentes incluían a un rabino o un matarife acreditados, los mismos se convirtieron en líderes locales y desarrollaron los servicios religiosos. Ello ocurrió por ejemplo en Moisés Ville, donde el rabino Aharón Goldman dirigía la comunidad oriunda de Besarabia, la más antigua, y el rabino Rubén Hacoheh Sinay, la comunidad lituana. Pero ello no ocurrió en Mauricio, que además de su falta de cohesión social carecía de autoridades religiosas. Aun así, en todas las colonias el limitado apoyo de la JCA permitió la existencia de servicios religiosos, en algunos casos en condiciones muy elementales.

5.2. Educación

Los judíos, observantes y laicos por igual, siempre se han preocupado por la educación de sus hijos, y estos servicios no podían ser dejados al azar. Desde los comienzos de la empresa, existió una diferencia entre la posición del Barón y la de sus funcionarios en Buenos Aires en todo lo atinente a la organización de una red educacional en las colonias, diferencia que solo desaparecería al final del periodo del que nos ocupamos.

El 7 de agosto de 1891, Loewenthal, que se estaba ocupando de la absorción de los primeros inmigrantes, planteó la necesidad de que fuese designado un maestro de habla castellana por cada cien niños. Ese maestro habría de ocuparse también de las actividades culturales de la colonia; y una vez obtenida la ciudadanía argentina, desempeñaría la función de Juez de Paz local. Este punto le parecía muy importante y para ponerlo en práctica comenzó, al cabo de un tiempo, negociaciones con el director del Departamento de Migraciones, Juan Alsina, a quien pidió entre veinte y cuarenta becas de estudios en la escuela normal, que capacitarían a hijos de colonos para las tareas

pedagógicas en las escuelas estatales de las colonias.¹³³ Un año después, el coronel Goldsmid destacó que la situación reinante exigía la rápida construcción de escuelas y la organización de la enseñanza, y que se preparaba para tomar medidas en ese sentido. En ese mismo momento, también Kogan incluyó la creación de escuelas en su programa de rehabilitación de Moisés Ville, y además propuso organizar el transporte diario de los niños que vivían lejos de ellas. En diciembre de 1893 Cazès destacó, tras su primera visita a Moisés Ville, que el problema de la educación esperaba todavía una respuesta en esa y otras colonias. Informes semejantes llegaron de todas las colonias durante la primera mitad de 1894. Cada uno de los representantes del Barón procuró implementar una actividad intensiva a favor de la educación, y cada uno de ellos se enfrentó con la postura preestablecida del Barón, en cuanto a quién debería ocuparse de ella.

El Barón le respondió al Dr. Loewenthal que el problema de la educación no era tan urgente como él sostenía y que la JCA debía concentrarse exclusivamente en las tareas de colonización, dejando las restantes —como la construcción de escuelas y la confección del programa de estudios— a cargo de instituciones como la Alliance Israélite Universelle. Al memorándum del coronel Goldsmid, respondió que reconocía la importancia de la cuestión, pero que, dado que el proyecto general se hallaba en sus inicios, era forzoso ocuparse ante todo de ubicar a todos los colonos en sus parcelas y urgirlos a trabajar con la ayuda de sus esposas e hijos, así como ayudarlos a lograr su propia estructura comunitaria, que incluiría el tema de la educación. En cuanto a las sugerencias de Kogan sobre la organización de la escolaridad en Moisés Ville y el transporte

¹³³ JCA/LON (302), carta de de Loewenthal a Sonnenfeld, 7.8.1891; diario administrativo de Loewenthal, 1.10.1891.

de los alumnos, estas provocaron su enojo, ya que en su opinión semejante arreglo era un lujo prescindible, y si los niños vivían lejos de la escuela era preferible que se quedasen en sus casas sin estudiar. Poco después, volvió a recalcar que a su juicio la escolaridad resultaba en ese momento un lujo superfluo.¹³⁴

Su obstinación en el tema hizo que durante los primeros tres años de existencia de las colonias judías en Argentina no se desarrollara en ellas una estructura escolar ordenada. Hirsch y Cazès, tras su recorrido por las colonias a fines de 1893 y comienzos de 1894, informaron sobre el total descuido en que se hallaba la educación, particularmente la secular, ya que si bien en algunas colonias había *melamdim* (maestros de religión) que conducían *jadarim* ("habitaciones", escuelas pequeñas de instrucción religiosa básica) a los que asistían algunos niños, en la mayoría no había maestros capaces de brindar enseñanza en temas generales.

Hirsch y Cazès venían de una prolongada carrera pedagógica en el marco de la Alliance, y no podían permitirse no modificar esa situación irregular. Dudaban de que los colonos pudieran organizar por sí solos una estructura educacional, y también desconfiaban del carácter de la enseñanza que serían capaces de impartir. En sus informes al Barón insistieron en la necesidad de establecer escuelas en las colonias, precisamente con maestros de la Alliance, y comenzaron a poner en práctica su proyecto sin aguardar

¹³⁴ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/2), carta del Barón a Kogan, 18.5.1893, N° 150. *Ibidem*, el 27.1.1893 el Barón explicó a Goldsmid que no le interesaba abrir una nueva etapa de *régie* en su proyecto y por ello no aceptaba la erección de escuelas por cuenta de la empresa. Dado que las colonias necesitaban organizarse de manera autónoma, el problema de la educación debía quedar a cargo de las entidades comunitarias que se formarían en ellas; la JCA estaría dispuesta a ayudar en la busca de maestros, a poner edificios de su propiedad a disposición de los colonos, y ella o la Alliance podrían proporcionar un cierto subsidio anual.

la respuesta del Barón. Se dirigieron a su antiguo colega el director de la escuela de la Alliance en Tánger, y le pidieron ubicar, entre los maestros o egresados de la misma, candidatos aptos para la enseñanza en Argentina.

Esta vez la demanda de los directores de Buenos Aires obtuvo una respuesta positiva del Barón. Tanto por influencia del informe de estos como por la intervención del barón Günzburg, presidente del Comité Central de la JCA en San Petersburgo, y de su amigo personal el abogado Julius Plotke, quienes insistieron en la urgencia de organizar la educación de la joven generación de las colonias, el 23 de junio de 1894 el Barón envió su consentimiento a Buenos Aires. Hirsch y Cazès recibieron un poder para seleccionar maestros entre los colonos y recibir docentes enviados por la Alliance. También ordenó que diversas construcciones fuesen destinadas a escuelas y que se mantuviera un control sobre las actividades pedagógicas, manifestando su propia opinión sobre los contenidos de la enseñanza: comenzar por los conocimientos más básicos, y utilizar exclusivamente el castellano para los estudios prácticos y el hebreo para los de religión.¹³⁵

Poco después, el Barón conversó largamente en París con Samuel Hirsch sobre el tema y le concedió plenas atribuciones para la elección de maestros. Pero pronto se desdijo de ese permiso, tras leer el detallado memorándum de Hirsch y Cazès sobre la organización de la red educacional. Los contenidos y la estructura escolar mencionados en el memorándum coincidían con sus propias opiniones, así como la propuesta de que los maestros hebreos fueran elegidos por los mismos colonos. Pero lo que suscitó su oposición fue precisamente el aspecto financiero de la propuesta, que preveía un salario de 120 pesos al mes

¹³⁵ JCA/LON (362), carta del Barón a Hirsch y Cazès, 23.6.1894, N° 283.

para cada maestro del programa de estudios generales. El Barón arguyó que en Tánger se disponía de muchos “maestros fantasmas” que no encontraban trabajo, y en Estambul, Esmirna y Salónica había otros tantos egresados de la Alliance, todos los cuales, según él, “hablaban español” (cuando de hecho su idioma era el ladino o judeoespañol de los sefardíes), y estarían dispuestos a dar clases por un franco al día; por lo tanto, no entendía por qué el proyecto de Hirsch y Cazès preveía un sueldo semejante. Tampoco aprobaba que existiera un director de escuela en cada colonia, y mucho menos que su salario llegase a 4.000 o 5.000 francos al año.¹³⁶ En suma, el Barón no autorizó el proyecto y solicitó de su oficina de París el envío de una circular a los directores de las escuelas de la Alliance en Turquía, solicitando candidatos a maestros para las colonias argentinas. Cuando Cazès objetó que esos maestros hablaban ladino y no español, respondió que podrían perfeccionar su idioma mediante cursos especiales. Ante la distancia entre su propia posición y la de sus representantes, el Barón decidió retirarles el tratamiento de la cuestión y depositarlo en manos de la Alliance. El Barón sabía que los fuertes lazos entre Hirsch y Cazès con dicha institución dispararían todo disgusto ante su decisión, y la JCA se beneficiaría de la organización eficiente y más barata de una red escolar basada en los recursos humanos y la amplia experiencia de la Alliance.

El Barón se dirigió a la Alliance solicitándole que se hiciera cargo de las escuelas en las colonias y que aplicara en ellas las normas empleadas en las escuelas de Medio Oriente, prometiendo compensar los gastos que ello originara. La Alliance designó una comisión especial para el estudio de la situación e inmediatamente comunicó a

¹³⁶ CAHJP, JC Argentina... (Buenos Aires/1), carta de Barón desde Eichhorn, 6.9.1894, N° 75.

Hirsch y a Cazès que no existía la intención de afectar sus atribuciones, sino que, por el contrario, se contaba con su ayuda. Los candidatos sugeridos por el director en Tánger serían enviados a una de las filiales de la Alliance en París, a fin de verificar su capacidad de inculcar una rígida moral y una justa disciplina a los niños judíos de Rusia, quienes (a juicio de la institución) eran difíciles y de inteligencia limitada. Hirsch y Cazès debían llevar a cabo un censo de los alumnos y revisar la legislación argentina sobre la formación de maestros y los programas de estudio, y transmitir toda esa información a París.¹³⁷

Por ende, solo hacia fines del periodo del que nos estamos ocupando, a más de tres años de la fundación de la empresa colonizadora en Argentina, comenzó a organizarse su red educacional, con contenidos y estructura fijados por la Alliance Israélite Universelle en consulta con el Barón y sus representantes. En este arreglo les cabía a los colonos mismos solamente el derecho de proponer maestros para la enseñanza religiosa, sin intervención alguna en la educación general y sus docentes. Los estudios generales estarían en manos de maestros elegidos con base en la supuesta inferioridad de los judíos de Europa oriental. Aun así, se trataba del fin del vacío educacional en las colonias, y los hijos de los inmigrantes recibirían de ahí en adelante una educación básica “integral”: general y judía.

5.3. Salud

La concentración de gran número de inmigrantes hacía imprescindible la inmediata organización de servicios de salud, con un nivel no inferior al existente en sus lugares de origen. En los comienzos de la empresa, Loewenthal

¹³⁷ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/caja 2), carta de Alliance Israélite Universelle a Hirsch y Cazès, 3.12.1894, N° 4952.

solicitó agregar un médico a cada contingente grande de colonos, y el Barón no rechazó la idea, pero insistió con firmeza en que el presupuesto de servicios médicos debía reducirse al mínimo. Más tarde, al diseñar su plan de autogobierno de las colonias, estableció que estas serían responsables de los servicios de salud, y definió cuál sería el alcance de estos servicios hasta tanto se alcanzara la autonomía: según él, los colonos enfermos no tenían por qué disfrutar de un tratamiento mejor que cualquier otro agricultor argentino, y él esperaba que sus delegados actuaran según ese criterio.¹³⁸

Los directivos de Buenos Aires se atuvieron a dichas instrucciones y las derivaron a los administradores locales y especialmente a los médicos. El coronel Goldsmid quiso poner en práctica la exigencia del Barón de que los gastos de salud corrieran por cuenta de los colonos y los incluyó en el presupuesto general de apoyo financiero. Hirsch y Cazès, en sus tratativas con los médicos, destacaron con firmeza las instrucciones del Barón acerca de los costos, la función del hospital de la colonia y las internaciones en hospitales de la capital, recordándoles que esas expensas serían cargadas a la cuenta de los colonos, cuyos ingresos eran más que limitados.

La imposición de estas normas llevó al establecimiento de servicios médicos locales, limitados a un hospital provisorio y primitivo en un centro aldeano, y junto a él una farmacia; también hubo acuerdos para la internación en hospitales de la capital. El principal eslabón en esta estructura era, por supuesto, el médico local.

¹³⁸ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/2), carta del Barón a Goldsmid, 29.4.1893, N° 144. Henri Joseph y la Asociación de Mujeres de la Congregación se ocuparon, a pedido de la JCA, de visitar a los colonos internados en el Hospital Francés y otros nosocomios. Véase la carta de Cazès a Joseph, 19.12.1893, sobre servicios religiosos a los internados en el Hospital San Roque (JCA/LON, 319).

La conscripción de médicos adecuados fue un tema importante ya en los comienzos del proyecto. Según las instrucciones del Barón, habría que elegir en Rusia a médicos judíos jóvenes, que pudieran también desempeñar otras actividades importantes en las colonias. Esta solución, de haberse implementado, habría contribuido al avance de todo el proyecto y no solo a los servicios de salud.

Efectivamente, en el periodo del que nos ocupamos, tres médicos jóvenes intentaron actuar de ese modo integrado, pero dos de ellos fracasaron y debieron abandonar sus puestos; solo uno se mantuvo, incluso por más tiempo que los administradores con quienes trabajaba.

El primer médico nombrado según esas pautas fue el Dr. Yosef Yafe, quien llegó a Mauricio a fines de febrero de 1892 e inmediatamente se destacó por la calidad de su trabajo. Sobre él escribió Marcos Alpersohn en sus memorias, con gratitud y afecto, que fue un “amigo entrañable”, que curaba a los enfermos con amor y lealtad y les brindaba fortaleza y aliento en sus aflicciones. La correspondencia de la JCA y el propio testimonio del Dr. Yafe muestran que no se limitaba a ejercer su profesión: defendía a los colonos ante la administración, no temía enemistarse por ellos con el comisario de policía, procuraba satisfacer sus necesidades religiosas y convocaba a reuniones generales en la sinagoga para tratar los problemas colectivos. Incluso transmitía directamente al Barón sus críticas sobre lo que ocurría en Mauricio.

Adolfo Roth y el coronel Goldsmid se refirieron a este aspecto de las actividades de Yafe tildándolo de “fanático ilustrado”. Roth lo calificó de “nihilista”, y Goldsmid indicó que quizás “no estaba del todo en sus cabales”. El Barón, que al principio consideró a Yafe “digno de confianza”, aceptó finalmente las críticas de sus delegados y lo hizo

despedir. El Dr. Yafe debió abandonar su cargo en Mauricio y no le quedó sino descargar su furia sobre la empresa y sus directivos en una serie de artículos en el periódico hebreo *Hamelitz*, publicado en San Petersburgo y vastamente difundido en toda Europa oriental.¹³⁹

El segundo médico que procuró integrar cuestiones comunitarias en su trabajo profesional fue el Dr. Théophile Wechsler, nacido en Rumania y egresado de la Universidad de Berlín. Al terminar sus estudios se empleó como médico de barco y se especializó también en farmacología. Comenzó a trabajar en Mauricio a los 26 años, en marzo de 1894. Los colonos lo acogieron con entusiasmo, y no solo porque se libraban de la deficiente atención que les brindaba un médico externo que visitaba la colonia dos veces por semana. Wechsler introdujo mejoras en los servicios de salud: procuró ampliar el hospital utilizando el edificio de la cárcel y las viviendas contiguas de los policías, creó una sección especial para enfermedades contagiosas y una morgue, se ocupó del aprovisionamiento regular de medicinas y estableció reglas para el envío de enfermos a hospitales de la capital. Al mismo tiempo, en tanto judío europeo y partidario entusiasta de la idea de la colonización, se ocupaba también de asuntos comunitarios. Entre otras cosas, redactó un libro para la enseñanza de la lengua castellana, destinado a facilitar a los colonos el aprendizaje de la misma. Pero esas mismas actuaciones públicas le produjeron enfrentamientos directos o solapados con la

¹³⁹ Véase en JCA/LON (302), diario administrativo del Barón, 7.10.1891, su propuesta para la cuestión de los médicos. Acerca del Dr. Yafe, véase Alpersohn, 1992 (pp. 77-83), donde también figura el testimonio detallado sobre su actividad en la organización comunitaria, el registro de nacimientos, etc. David Haim testimonia su intervención ante el comisario de policía en favor de un colono que fue golpeado. Ese testimonio coincide totalmente, también en la fecha, con lo escrito por Dr. Yafe en el periódico *Hamelitz*, N° 249, 23.11.1892. Y véanse: JCA/LON (299), carta de Roth al Barón, 5.4.1892; sobre Yafe, JCA/LON (307), carta secreta de Goldsmid al Barón, 22.5.1892.

administración local e inclusive con la dirección en Buenos Aires. Wechsler acusó al administrador René Brandeis de ligereza en el tratamiento de los problemas de los colonos, de incesantes fracasos y hasta de deshonestidad; a Hirsch y a Cazès los criticó por haber puesto a toda la población de Mauricio en manos de semejante persona, sin haberse molestado en visitar la colonia más que una vez desde que él estaba allí. Aunque les agradecía personalmente por la forma considerada en que lo trataban a él, les reprochaba su desdén por los que consideraban “rusos pedigüeños” y por manejar la empresa como si los colonos fueran niños de escuela. Finalmente, les informaba que como protesta había decidido presentar su renuncia.

Hirsch y Cazès se asombraron ante la severa carta del médico, quien había enviado copia de la misma a la directiva de París. El Barón indicó que suponía que, en sus desacuerdos con el administrador, el Dr. Wechsler no siempre carecía de razón, pero no lamentó su renuncia, debido a lo que consideró sus exageraciones respecto del tratamiento médico que debía brindarse en las colonias. Tal como lo había hecho el Dr. Yafe, dos años después también el Dr. Wechsler difundió su crítica sobre lo que acontecía en las empresas de la JCA, y también él depositó todo el peso de la culpa en la administración.¹⁴⁰

El tercer médico que se consagró a los problemas generales de sus pacientes fue el Dr. Noé Yarcho, quien se desempeñaba en todas las colonias de la JCA en Entre Ríos. Yarcho nació en la ciudad de Slutsk en Belarus, sede de una destacada comunidad judía, estudió en Kiev y trabajó durante algunos años en un hospital de esa ciudad y en

¹⁴⁰ Alpersohn, 1992 (p. 217-218). JCA (362), carta de Barón a Hirsch y Cazès, 12.8.1895, N° 360. El médico permaneció en su cargo hasta el 7 de octubre de 1895. Más tarde abandonó el ejercicio de la medicina y se dedicó a la lingüística; véase Wechsler 1918.

remotas aldeas rusas. Tras una estadía en Inglaterra, a los 30 años llegó con su joven esposa a la colonia Clara, el 17 de abril de 1893. Al principio, se concentró en organizar y mejorar los servicios de salud, pero tanto él como su esposa se ocupaban también de otros asuntos de alcance más amplio, como la administración del hospital y de las clínicas y el establecimiento de una cocina para los enfermos. En cuanto a la vida pública de las colonias, consideraba su contribución a la misma como una ampliación de su servicio profesional. No se ocupó de solucionar los problemas administrativos de la población, sino de estimular su capacidad de resistencia moral ante las adversidades mediante el fortalecimiento de sus recursos sociales y espirituales. Este apoyo moral a sanos y enfermos no le acarreo fricciones con la administración, como había ocurrido con Yafe y Wechsler. Aunque también Yarcho, cuando se lo pedían, intervenía a favor de los colonos en problemas formales, ello no llegó a provocar una crisis con las autoridades locales. Pero no ocurrió lo mismo con los directivos de Buenos Aires, quienes, fieles a la línea establecida por el Barón en cuanto a reducir todo lo posible las expensas del servicio médico, llevaron a Yarcho a una situación insostenible a fines de 1894 y comienzos de 1895.

En noviembre de 1894 —tras varios meses de combate contra la epidemia de tifus provocada por el arribo de nuevos inmigrantes, en los que apeló a la ayuda parcial del médico de la vecina Villaguay—, el Dr. Yarcho pidió a la dirección un aumento de sueldo, aduciendo que la población había aumentado de 200 a 500 familias y que nuevas zonas se habían sumado al área de sus servicios. No indicaba una suma determinada, y dejaba a Hirsch y Cazès esa decisión. También solicitaba que la dirección cumpliera su promesa del año anterior y construyera una nueva barraca para ampliar el ya insuficiente hospital. Hirsch y Cazès

rechazaron su pedido de aumento, y, en cuanto a agrandar el hospital, insinuaron que si era necesario podía internar a los enfermos en su propia casa. Semejante desprecio por el médico y su trabajo se agravó con la reacción de la oficina de Buenos Aires ante su informe financiero de diciembre de 1894. Hirsch y Cazès señalaron “ciertas desviaciones” en el manejo financiero de los servicios, y para evitar que siguiera el despilfarro decidieron designar a un funcionario especial que administraría el hospital y la farmacia, que además limitaría el derecho a internación a casos de real peligro y reduciría su duración.

Semejante acusación, tras dos años de trabajo y de una entrega que sobrepasaba todas sus obligaciones y le había hecho descuidar sus asuntos privados y familiares, colocó al Dr. Yarcho en una encrucijada, uno de cuyos caminos conducía hacia afuera de la colonia y de la empresa del Barón. Pero Yarcho decidió quedarse. En una carta sarcástica a Hirsch y Cazès, en la que comenzaba diciendo que lamentaba no dominar el castellano para responderles como hubiese querido, les “agradecía” a ambos que los hubiesen liberado a él y a su mujer de tareas que no pertenecían al área de la medicina, rechazaba las acusaciones de despilfarro y declaraba con firmeza que continuaría decidiendo la internación de sus pacientes según criterios exclusivamente médicos y no según dictámenes financieros.

El doctor Yarcho no abandonó su puesto. La conciencia de su misión en el marco de las colonias judías y sus vínculos personales con los habitantes de la región habían echado profundas raíces en su alma y no le permitieron hacerlo. Continuó ejerciendo sus funciones médicas

y comunitarias casi hasta el día de su muerte en 1912. Sus actos y su devoción hicieron de él una leyenda viva en Entre Ríos.¹⁴¹

Estos tres médicos y activistas comunitarios dejaron sus huellas en la historia de la colonización judía en Argentina. Pero hubo por supuesto médicos de otro estilo, a algunos de los cuales la JCA advirtió por anticipado que no se ocuparan sino de cuestiones de salud.

En los lapsos entre un nombramiento y otro, y tal como ocurría en Moisés Ville casi todo el tiempo, atendían a los enfermos de la JCA médicos no judíos, que acudían a la colonia solo algunos días a la semana. Parte de ellos provenía de las elites locales, y todos veían en su trabajo, en primer lugar, una fuente de muy buenos ingresos. La JCA pagaba sus salarios, pero los cargaba a las cuentas de los colonos, esperando el día en que se redactarían los contratos definitivos y estos habrían de saldar sus cuentas con la empresa.

6. La aplicación de los postulados del Barón en las primeras colonias

Tres años habían transcurrido desde la primera vez que el Barón exigió de sus funcionarios en Buenos Aires la reorganización del proyecto según sus criterios y en el menor tiempo posible. Interesa comprobar en qué medida al filo de 1895, cuando la misma parecía completa, la nueva situación en las colonias se correspondía con los postulados originales del Barón, y cuáles habían sido los cambios implementados.

¹⁴¹ JCA/LON (323), carta de de Yarcho a Hirsch y Cazès, 23.1.1895. Se lo apodaba "el médico milagroso". Alberto Gerchunoff lo presenta en el cuento de ese título en *Los gauchos judíos*. Véase también: Comisión de Homenaje al Dr. Noaj Yarcho.

Cribado de la población. La exigencia original del Barón de limpiar las colonias de elementos indeseables en un solo operativo y con la ayuda de la policía, se volvió de hecho un proceso prolongado y lleno de complicaciones. Fue justamente a Kogan y a sus colegas rusos a quienes se encomendó el alejamiento de cientos de habitantes. Pero en su ejecución, que tuvo alcance limitado y se realizó de forma gradual, surgieron numerosos obstáculos, el principal de los cuales fue el problema de la reubicación de quienes eran devueltos a Europa. Al principio, los comités judíos en Alemania no querían ocuparse de ellos; cuando el Barón logró convencerlos, una ordenanza por parte de las autoridades alemanas prohibió su eventual desembarco.

Estas dificultades llevaron al Barón a proponer a sus funcionarios en Buenos Aires que se ocuparan ellos mismos de los excluidos y procuraran establecerlos en ciudades argentinas, a condición de que ello no aumentara el número de indigentes judíos en Buenos Aires y estimulara el latente antisemitismo. Pero los problemas que se suscitaban en Argentina eran mayores que los surgidos en Europa. El coronel Goldsmid en 1892 y Kogan al año siguiente fueron acosados más de una vez por furiosos colonos expulsados, cuyas manifestaciones frente a las oficinas de la JCA terminaron con la intervención de la policía y la detención de decenas de ellos, incluidos mujeres y niños. La prensa dio amplia difusión a esos escándalos, provocando una oposición pública al proyecto en sí.¹⁴²

¹⁴² JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 14.7.1892, N° 48; narra el incidente en el cual diez familias expulsadas de Entre Ríos osaron agredir físicamente al coronel. El 26 de julio de 1893, inmigrantes que iban a ser devueltos a Europa irrumpieron en las oficinas de la JCA. El incidente tuvo gran difusión en la prensa, especialmente en *El Diario*. Véase CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/

Hacia fines de 1893, sin embargo, el Barón consideró que la tarea —que había costado mucho dinero a la oficina de Buenos Aires— había sido completada: en diciembre de ese año, Kogan por una parte y Hirsch y Cazès por la otra lo convencieron de que no era necesaria una limpieza adicional; las instrucciones que envió a sus funcionarios en 1894 se basaron en la suposición de que todos los indeseables habían sido alejados de las colonias.

Régie - Control Administrativo. La voluntad del Barón de suprimir el apoyo de la JCA a las necesidades cotidianas de los colonos logró implementarse ya en las primeras etapas. Los grandes almacenes de provisiones que existían en Mauricio fueron vendidos y sus pequeñas sucursales en Entre Ríos fueron cerradas. El suministro de productos básicos se transfirió a contratistas privados, que actuaban en forma de monopolio completo en Mauricio y monopolio parcial en Moisés Ville y Entre Ríos. La provisión de carne quedó en manos de matarifes rituales y de carniceros, quienes teóricamente se hallaban bajo la supervisión de representantes de los colonos y cuyos ingresos provenían directamente de sus clientes. El subsidio mensual distribuido en todas las colonias proporcionaba a sus habitantes la posibilidad de comprar por sí mismos los productos necesarios para su vida cotidiana y también ahorrar algo para adquirir nuevos equipos de trabajo. En Entre Ríos incluso fueron restauradas algunas viviendas con el dinero de los colonos, y la JCA completó las sumas necesarias en forma de préstamos.

copiador interno), carta de Kogan al editor del mismo y al director del Departamento de Policía. Sobre las expensas, véanse JCA/LON (304), informe de Charlamb, 27.1.1893, N° 101.

Administración simple. Al ser suprimidos el sistema de aprovisionamiento centralizado y el empleo de colonos en trabajos públicos, muchos asalariados de la JCA fueron despedidos. ¿Significó ello una simplificación del cuerpo administrativo, según lo exigía el Barón?

La comparación entre las planillas de sueldos en la oficina central de Buenos Aires correspondientes a enero de 1892 y febrero de 1895 revela un aumento notable en el número de empleados (de 8 a 25), en el número de cargos de jerarquía (de 4 a 9) y en el monto de los sueldos más elevados (de 500 a 666 pesos). Aun así, un examen detallado de los gastos administrativos podía resultar satisfactorio para el Barón, porque la mayor parte de los mismos correspondía al departamento de contaduría que se ocupaba de redactar las cuentas personales de los colonos, y ese era un trabajo transitorio que se terminaría en poco tiempo. Además, tanto la atención a las necesidades de los inmigrantes como el mapeo de los terrenos estaban en 1895 a cargo de empleados de la JCA, mientras que en 1892 se habían ocupado de ellas contratistas privados, los cuales, si bien recibían altísimos pagos, no estaban incluidos en las planillas de empleados. Dado el aumento en el número de colonias —las de Entre Ríos no habían figurado en el mapa de la JCA en enero de 1892— y dados los informes detallados que debían realizar sus empleados, podía considerar el Barón que ese incremento era un fenómeno razonable que se reduciría en el futuro.

Efectivamente, la comparación entre los gastos por la administración de las colonias en enero de 1892 y febrero de 1895 muestra un brusco descenso. Por ejemplo, en el caso de Mauricio, las expensas por sueldos disminuyeron en un 25%; y las administrativas, en un 50%; los trabajos públicos se terminaron y la provisión de productos básicos desapareció o se redujo drásticamente. Además, varios de

los nuevos cargos que aparecen en las planillas de 1895 no correspondían a la administración en sí misma, sino a servicios públicos que la JCA brindaba a los colonos. En conclusión, si el tamaño de la oficina central en Buenos Aires no respondía aún a las expectativas del Barón, las oficinas locales no se hallaban lejos de ellas.

Autogobierno. La realidad en esta área, al finalizar el año 1894, distaba mucho de la visión del Barón según la cual los colonos habían de manejar sus asuntos de manera autónoma, ayudados por la administración, que además se encargaría de cobrarles la devolución de sus deudas. En Moisés Ville, existía un comité de colonos que participaba de la conducción y llegó a cobrar un sueldo parcial por esta labor, pero justamente a fines de este periodo se fortaleció allí el rol del director Miguel Cohen, quien se ocupaba de la ampliación de la colonia. En Mauricio, funcionaba una delegación de colonos, pero su representatividad efectiva se hallaba limitada por la oficina local de la JCA, que no estaba dispuesta a cederle parte de sus atribuciones. En Entre Ríos, no llegó a existir una forma de autogobierno, fuera del derecho a elegir a los capataces concedido a los colonos de Clara por el coronel Goldsmid, y de los comités *ad hoc* que se formaban de vez en cuando en torno a alguna necesidad o problema específico.

Sin embargo, pese a esta contradicción entre la situación real y las expectativas del Barón, no hallamos en sus cartas de los últimos meses de 1894 objeciones o cuestionamientos. Ello destaca especialmente frente a los cambios en su actitud ante la representación de los colonos en Mauricio y en sus decisiones sobre los servicios públicos.

Cuando los habitantes de Mauricio se dirigieron al Barón el 15 de mayo de 1894, este vio en ello, como ya mencionamos, un signo de la concreción de sus ideas sobre el gobierno autónomo, e informó a sus funcionarios que no

debían impedir que esos representantes se comunicaran con la oficina central de la JCA en París. Aunque les exigía hacerlo por intermedio de la oficina de Buenos Aires, de hecho los puso al mismo nivel y hasta consintió, mediante su silencio, a sus pretensiones en cuanto al carácter y alcance de su autogobierno. Pero Hirsch y Cazès actuaron en contra de las posiciones del Barón, y sus decisiones en el episodio de los delegados de Mauricio las contradijeron explícitamente. Pese a ello, el Barón no procuró insistir en su postura y toda su reacción a ese problema básico se redujo a un mensaje lacónico, según el cual la cuestión de los delegados había sido resuelta mediante las aclaraciones intercambiadas entre él y sus funcionarios.

Junto con esta retirada del programa original de autonomía, hubo otra en el ámbito de los servicios públicos. Este era a ojos del Barón el espacio prototípico de autoadministración, y en ello se basó durante años, como vimos, su negativa a ocuparse de la red educacional en las colonias. Pero cuando finalmente se persuadió de que no había que postergar el establecimiento de escuelas, el Barón, tal como ya dijimos, quitó a los colonos la atribución de organizar dicha red y solo les dejó el derecho a proponer los maestros para las asignaturas hebreas. Lo mismo ocurrió en el área de los servicios de salud: los colonos no participaban de la contratación de médicos ni de la planificación del servicio, y por lo mismo no pudo desarrollarse la actividad de los médicos que deseaban intervenir en la esfera pública. Dado que los colonos no pagaban por su cuenta los gastos de salud, estos servicios fueron manejados por la administración, que actuó según su propia percepción de las necesidades y posibilidades de los “pobres”.

De este modo, lo único que quedó a cargo de los colonos fue la esfera relacionada con la religión, sin ninguna posibilidad de desarrollar un autogobierno más amplio tal como se lo había propuesto el Barón.

En conclusión, a fines de 1894, ninguno de los cuatro postulados del Barón —cribado, *régie*, administración simple y autogobierno— habían sido implementados en las colonias veteranas en su sentido original. Pero debido a los cambios en sus expectativas, el Barón no parecía decepcionado por ello. El cuadro que le presentaban los informes de sus funcionarios contenía nuevos desarrollos potenciales en las colonias veteranas que tendrían lugar con el tiempo. En cuanto al retraso y la lentitud en la implementación de sus postulados, los atribuía al punto de partida (negativo a su juicio) de todo el proceso. Estaba persuadido de que cambios en el método de selección de los colonos en su país de origen, así como en su organización y su asentamiento, aumentarían las posibilidades de éxito de su programa. Por esa razón, depositaba sus esperanzas en la nueva colonización que estaba comenzando en ese momento.

Las nuevas colonias

Ideas, planes, realidades

1. Los programas del Barón

La colonización judía tal como existía en ese momento en la Argentina, fruto de la casualidad y no planificada, le parecía al Barón un error y un obstáculo para su propio proyecto. En cambio, la nueva colonización por él concebida había de constituir la infraestructura y el propulsor del proyecto mayor, y su éxito dependía de la implementación de sus ideas. Esas ideas se basaban en dos principios: a) era necesario establecer en Argentina una población homogénea de colonos con experiencia en agricultura y capaz de financiar por sí mismo parte de los gastos de su traslado; b) los colonos se organizarían de manera autónoma, primero para planificar su asentamiento y luego para concretarlo y administrarlo. Desde el primer momento, el Barón estuvo persuadido de que no le sería difícil reclutar los candidatos adecuados de entre los agricultores judíos del sur de Rusia, mediante una selección cuidadosa y adecuada.

En la nutrida correspondencia que mantuvo con sus representantes en Rusia y Argentina a lo largo de 1892, estas ideas se fueron consolidando hasta convertirse en un programa detallado de colonización independiente. Según ese programa, una vez seleccionados y reunidos en grupos,

los colonos elegirían de entre ellos a cinco personas confiables dotadas de experiencia y conocimientos agrícolas, las cuales serían enviadas a Argentina para examinar las condiciones locales, los gastos previsibles, los precios de los productos agrícolas, los medios de transporte, etc., y en dos meses planificarían el asentamiento en todos sus detalles. A continuación, presentarían sus programas junto con una detallada estimación financiera, que serían estudiados por la dirección de la JCA en Buenos Aires y sometidos a la aprobación del Barón. Si dichos delegados demostraban en esa etapa su capacidad práctica, comenzaría la etapa de implementación. Los grupos de candidatos a colonos otorgarían a sus representantes un poder legal que los autorizaría a elegir las tierras apropiadas, recibir el presupuesto necesario y comenzar con las tareas preparatorias del asentamiento, a saber: medición de terrenos y parcelas, construcción de viviendas y adquisición de herramientas y equipos. Los delegados firmarían en nombre de sus representantes un contrato colectivo con la JCA, y emprenderían sus tareas con la ayuda de un funcionario puesto a su disposición por la oficina de la JCA en Buenos Aires; esta también supervisaría la ejecución de las obras, controlaría que el dinero se utilizara solamente para los fines establecidos, y también registraría los equipos y herramientas de trabajo como propiedad de la JCA y marcados con su marbete, para garantizar que los colonos pagaran su deuda. La dirección en Argentina seguiría de cerca el proceso, pero sin intervenir en los asuntos cotidianos, excepto en caso de irregularidades. Una vez erigidos los poblados y establecidos los colonos, estos organizarían su propia administración autónoma, que en cada grupo estaría a cargo de tres representantes elegidos antes de la partida de Rusia por un término de tres años; los mismos solo serían reemplazados antes de dicho término si una mayoría absoluta de colonos

los declaraba ineptos para sus funciones. Estos representantes, junto con un contador contratado, constituirían la “oficina rural”, encargada de recolectar los pagos anuales de los colonos y de remitirlos a la dirección de la JCA. La oficina rural también se ocuparía de los servicios religiosos, educacionales y de salud; supervisaría los almacenes de aprovisionamiento y los graneros; controlaría el orden público mediante una policía rural; y aplicaría multas y penalidades a los deudores recalcitrantes y a los perturbadores del orden. Para cada cinco oficinas rurales, la JCA designaría un “inspector”, que sería a la vez instructor agrícola y coordinador de los encargados del orden público. El inspector estaría en contacto permanente con la oficina de Buenos Aires, a la que informaría sobre todo lo que ocurriera en las colonias y cuyas órdenes pondría en práctica, con la salvedad de que los servicios públicos estarían exclusivamente a cargo de las oficinas rurales.¹⁴³

En otras palabras, el Barón veía en las futuras colonias comunidades soberanas y democráticas en cuanto a su vida interna, y sometidas en las áreas económicas a la supervisión y conducción de un representante de la oficina de Buenos Aires, quien sería también su asesor en cuestiones de seguridad y orden público.

Esta concepción, elaborada por David Feinberg en Rusia, fue duramente criticada por los funcionarios del Barón en Argentina. Adolfo Roth le escribió que la idea de que la dirección de los grupos estuviera en manos de sus representantes era inaplicable, y agregó que la idiosincrasia del judío polaco-ruso, que no respeta la autoridad, descartaba de hecho la posibilidad de una autoadministración. Charlamb se sumó a esa opinión, explicando que

¹⁴³ JCA/LON Rusia 1, propuesta de David Feinberg en su carta del 14.7.1892, N° 18. El Barón la aceptó con ligeras modificaciones: CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/caja 2), carta del Barón, 22.8.1892, N° 16.

el judío ruso —al que, por serlo él mismo, conocía bien— siempre se había hallado a merced de los caprichos de cualquier policía o funcionario y por ello era muy desconfiado, también (y sobre todo) de otro judío; a su juicio, no existía forma alguna de cambiar esa situación.¹⁴⁴

También el coronel Goldsmid señaló que la desconfianza mutua caracterizaba a los judíos rusos. Por otra parte, se oponía al plan del Barón asimismo por motivos locales: sería imposible establecer un cuerpo de policía o una milicia en las colonias, porque ningún país aceptaría que otro estado organizara algo semejante en su territorio. También era dudosa, a su juicio, la validez de un contrato colectivo firmado por los representantes del grupo.¹⁴⁵ El abogado Lucio López, cuya opinión jurídica al respecto había solicitado, declaró que la idea era totalmente inaplicable, y otros expertos consultados opinaron lo mismo. Goldsmid afirmó también que, por correctos y confiables que fueran esos representantes, les sería imposible comprar el ganado y las herramientas sin ser terriblemente estafados, dado que ignoraban la lengua y las costumbres del país. Con esta opinión coincidió también Kogan, quien puso en duda que los representantes de los colonos estuvieran capacitados para llevar a cabo las funciones que se les asignaba.

Junto con todas estas críticas, al poco tiempo un hecho objetivo obligó al Barón a abandonar sus primeras esperanzas en cuanto al método de colonización: la disolución de los dos primeros contingentes de colonos potenciales, en los que había depositado su total confianza.

¹⁴⁴ JCA/LON (299), carta de Roth al Barón, 5.4.1892; JCA/LON (304), carta de Char-lamb, 4.8.1892.

¹⁴⁵ JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 28.7.1892. Goldsmid le cuenta que los escasos colonos de Monigotes le enviaron una delegación de doce personas, porque no lograron ponerse de acuerdo en elegir a dos.

Se trataba de dos grupos de judíos de Kishinev y sus alrededores, en la provincia de Besarabia, organizados por iniciativa propia ya en el verano de 1891 y conocidos en la región como “el círculo argentino”. Estos grupos se conectaron con el Dr. Sonnenfeld y le manifestaron su voluntad de establecerse en Argentina. Tras responder a un detallado cuestionario enviado por este, en septiembre de 1891, dos delegados de los grupos se presentaron ante Sonnenfeld en París y solicitaron en nombre de 200 familias la ayuda de la JCA para la colonización autónoma en Argentina. Sonnenfeld envió al Barón una evaluación positiva del pedido, acompañada de fotografías de algunos de los candidatos que poseían experiencia en el cultivo de tabaco. Los dos emisarios fueron derivados al Dr. Loewenthal con una cálida recomendación y el pedido de ayudarles a establecerse en Argentina. En diciembre de 1891, llegaron a Buenos Aires; Lowenthal los presentó al director del Departamento de Inmigración, solicitando que se les ayudara a escoger el sitio adecuado para su asentamiento, y se apresuró a comunicar al Barón su impresión positiva de ambos.

En los meses siguientes, los emisarios visitaron distintos terrenos que estaban en venta, y por recomendación de Cullen viajaron también al Chaco. Tras estudiar con detenimiento zonas en Entre Ríos, decidieron solicitar del Barón la compra de los terrenos de Balvanera en la colonia Clara. También elaboraron un detallado presupuesto de los gastos de establecimiento, y al cabo de unos seis meses retornaron a Europa y mantuvieron un encuentro con el Barón, quien acordó con ellos las condiciones de los contratos que firmarían a su regreso a Buenos Aires.¹⁴⁶

¹⁴⁶ Loewenthal dijo que si quienes los enviaban se parecían a los representantes, la noción de “colono judío” se volvería un título de honor. Cullen aspiraba a comprobar en su recorrida las posibilidades agrícolas potenciales del Chaco e inclu-

Pero en ese momento, cuando el Barón creía establecidas las bases para la implementación de sus ideas, recibió de David Feinberg una opinión totalmente negativa sobre ambos emisarios, junto con detalles respecto de la composición heterogénea de sus grupos. De ese informe concluyó el Barón que, en el mejor de los casos, había que ver en ellos a representantes de grupos que ya no los apoyaban,¹⁴⁷ y con gran pesar debió anunciar a Goldsmid la revocación del proyecto. Pero luego de que ambos emisarios reiteraron su voluntad de establecerse como colonos privados, los autorizó a regresar a Buenos Aires, dejando en manos de Goldsmid la decisión de ayudarlos o no. El coronel consintió en facilitarles terrenos de la JCA para su asentamiento e inclusive su autorganización, pero al mismo tiempo se apresuró a destacar ante el Barón que el episodio de esos grupos confirmaba totalmente la inaplicabilidad de su programa.

Sin embargo, el Barón no abandonó sus ideas, e incluso a partir de mediados de 1892 vio en ellas la única garantía para la concreción de su proyecto. En una carta a Goldsmid aclaró que estaba persuadido de que el futuro de la JCA dependía del éxito de ese método, porque reduciría el número de funcionarios y pondría fin a las complicaciones. Si bien estaba dispuesto a renunciar a algunos detalles, como el tema de la policía rural, afirmaba que, de llegarse a la conclusión de que no era posible organizar comuni-

sive invalidaría el testimonio de Warren sobre la falta de adecuación del clima para agricultores europeos. Roth pidió que entre los veteranos de Moisés Ville se eligieran 16 personas que empezarían la siembra en Entre Ríos (tarea que, como dijimos, no llegó a concretarse). Véanse las memorias del hijo de uno de los representantes en Rapoport (pp. 19-26).

¹⁴⁷ JCA/LON (Rusia 1A), cartas de Feinberg a París del 5, 7, y 10 de junio de 1892, a las que se adjuntaron los testimonios de personalidades destacadas de Kishinev y Odesa. Todas esas fuentes coinciden al menos en un punto: en mayo de 1892, los dos representantes ya no gozaban del apoyo y la confianza de sus compañeros.

dades autónomas de colonos sometidas a una supervisión simple de la JCA, sería necesario renunciar total y definitivamente al proyecto en Argentina. El Barón dio expresión pública a esas mismas ideas en el primer informe anual de la JCA publicado en la prensa judía.¹⁴⁸

El coronel y Kogan volvieron a advertir al Barón que la supervisión de los representantes de los grupos exigiría un cuerpo administrativo no menos amplio que la administración directa. Pero el Barón rechazó esta advertencia, debido a su total confianza en la eficiente selección de los contingentes rusos y de sus representantes. Transcurrieron muchos meses y el Barón continuaba creyendo que esa selección aportaría a la colonización argentina colonos de un nuevo tipo, libres y limpios de los conflictos y disputas que tanto le disgustaron en las primeras colonias.

Por ende, era en la composición adecuada de los contingentes y en su capacidad para enfrentar el tipo de colonización que les aguardaba donde el Barón depositaba toda su esperanza para la realización de su gran proyecto.

2. Los grupos y la delegación de representantes

El 20 de mayo de 1892, el gobierno ruso autorizó la creación del Comité Central de la JCA en San Petersburgo y de sus filiales en las provincias, para lograr lo que a sus ojos era una importante evacuación de judíos del Imperio. Unos dos meses después, a comienzos de agosto, David Feinberg, el secretario general del Comité Central, partió hacia los distritos del sur para reclutar los primeros grupos.

¹⁴⁸ JCA/LON (359), carta del Barón a Goldsmid, 25.8.1892, N° 65; 17.11.1892, N° 81. Véase la noticia respecto al primer informe anual de la JCA en *Jewish Chronicle*, 23.12.1892.

Tras una breve estadía en Odesa, donde estableció el comité local, viajó hacia su primer destino importante, Kishinev, capital de Besarabia.

Feinberg se presentó ante el gobernador de la provincia y recibió su consentimiento a las actividades que se proponía llevar a cabo, descritas como meramente preliminares. Reunió a los principales de la comunidad judía en una gran asamblea, y se ocupó de aclararles las limitaciones y los principios establecidos por el Barón para la selección de los candidatos a colonos.

El procedimiento utilizado por Feinberg en Kishinev se convirtió en el principal método para la selección. En sus informes al Barón lo describió del siguiente modo: la primera iniciativa de reclutamiento de candidatos quedaba en manos de activistas comunitarios locales, mientras que la selección final y su autorización estaban a cargo de él mismo y sus asistentes, entre los que se destacaba Gregory Rapoport, judío de 55 años de Mohilev que había trabajado muchos años como agricultor y posteriormente dirigido fincas en Podolia y Besarabia. Los asistentes, en tanto expertos en agricultura, examinaban la capacidad de los candidatos en dicha área. Cuando se formaba un grupo de colonos potenciales, Feinberg y su personal se trasladaban al lugar para examinarlos. Los padres de familia y los hijos en edad de trabajar pasaban por una prueba práctica de trabajo agrícola y eran clasificados en cinco niveles. Los candidatos reprobados eran reemplazados por otros no incluidos en la primera lista. Tras la "selección profesional" venía la "selección moral", para la cual Feinberg los entrevistaba personalmente y también recababa información sobre ellos entre los activistas comunitarios y los restantes candidatos. Al mismo tiempo, efectuaba una "selección económica", que dejaba en la lista solo a quienes se comprometían a pagar por lo menos 500 rublos a cuenta

de los gastos del viaje a Argentina. Finalizado el proceso, Feinberg reunía en asambleas a los candidatos aprobados y les exponía la importancia histórica del proyecto y su rol de pioneros llamados a salvar a los judíos rusos, depositando en sus hombros la responsabilidad por el éxito de la empresa. Luego les leía un borrador del contrato y solicitaba sus observaciones. A continuación, el grupo elegía a sus representantes y todos los jefes de familia firmaban un poder a favor de ellos; los representantes electos firmaban el borrador del contrato. La asamblea concluía, según el mismo Feinberg, con la recomendación de que por el momento se olvidaran de Argentina y retornaran a sus labores de siempre, ya que los miembros del grupo debían aún ser aprobados por la JCA y por las autoridades del país; por otra parte, les advertía que cualquier candidato podía ser rechazado, incluso a último momento, en el caso de recibirse algún informe negativo sobre él.¹⁴⁹

Con este procedimiento, reunió Feinberg hasta fines de 1892 nueve grupos, pero durante el proceso le quedó claro que la perfección que pretendía el Barón era inalcanzable. En algunos casos, quienes poseían experiencia agrícola carecían de medios para pagar los gastos del viaje. La idea de que cada contingente tuviera un origen geográfico homogéneo obligó a veces a formar unidades con varias familias pequeñas (según Feinberg, emparentadas entre sí) que no podrían encargarse de una finca separada. La homogeneidad geográfica tampoco coincidía con la capacidad financiera, por lo que Feinberg debió hacer acuerdos individuales para fijar el modo de pago según la situación de cada familia. Ante esos forzosos compromisos, Feinberg definió a los grupos como homogéneos, en el sentido de que sus miembros eran personas de intachable moralidad,

¹⁴⁹ JCA/LON (Rusia 1A), carta de Feinberg desde Kishinev, 25.10.1892, N° 22.

con mayor o menor experiencia en agricultura y ciertamente capaces de alcanzar un nivel de total autonomía, pero no de inmediato sino en el transcurso del tiempo. En otras palabras, la evaluación del contingente era optimista en cuanto a las cualidades personales de sus miembros, junto con ciertas reservas acerca de su preparación para enfrentarse con las tareas que les aguardaban.¹⁵⁰

Esta necesaria flexibilidad se hizo aun más evidente en la elección de los representantes. Feinberg consideraba que ese rol correspondía a personas con probada experiencia en agricultura, pero dejaba la decisión en manos de los grupos mismos, reservándose el derecho a aceptarla o rechazarla. Pero ya con los primeros grupos comprobó que no siempre los expertos en agricultura disfrutaban de la confianza de sus compañeros. Ello lo llevó a un importante cambio en su programa original: los representantes no se ocuparían en forma independiente de la planificación y preparación de cada asentamiento, sino que todos los representantes de todos los grupos conformarían una delegación conjunta de programación y ejecución, dirigida por un no colono, y solo después de recibidas las estimaciones financieras y programáticas para toda la colonización, podría cada representante ocuparse de los asuntos de su grupo individual. El director de la delegación debía conducir sus debates, asesorarla, actuar como intermediario entre ella y la JCA, supervisar sus gastos e implementar en las futuras colonias la reglamentación de la autonomía y los arreglos administrativos correspondientes. Para ese cargo recomendaba a su asistente Gregory Rapoport, a quien describió como persona recta y afable, que conocía el carácter de los representantes y sería recibido por los

¹⁵⁰ JCA/LON (Rusia 1A), carta de Feinberg desde Odesa, 25.11.1892, N° 23. Ya el 18.9.1892, Feinberg había informado al Barón que los grupos no respondían totalmente al "ideal", pero eran personas buenas y trabajadoras.

colonos como uno de ellos. La JCA, a su juicio, podía depositar su entera confianza en la lealtad de Rapoport al proyecto y en su comprensión de los objetivos del mismo.

El Barón aceptó de buen grado las propuestas de Feinberg. Concluidos los procedimientos de selección, se formó una delegación de 16 individuos que representaban a ocho contingentes, dirigida por Gregory Rapoport, todos ellos provistos de un poder otorgado por los grupos, que habían de viajar a Argentina por cuenta de estos para negociar con la JCA y firmar los contratos, elegir los terrenos de las colonias y acordar su compra, adquirir equipos, construir viviendas y administrar las colonias según lo estipularía el reglamento de autonomía que sería redactado por la JCA.¹⁵¹

Feinberg invirtió seis meses en la organización de los contingentes, y en enero de 1893 notificó al Barón que su tarea había concluido. El 17 de febrero de 1893 se trasladó a Kovno, donde residía el rabino Isaac Eljanán Spector, excelso talmudista, y recibió su bendición para el proyecto. Allí se reunió con los representantes de los grupos y unos días después viajó con ellos a Londres para entrevistarse con el Barón.

3. Primeros pasos

El 1º de marzo de 1893 Feinberg, Rapoport y los representantes de los grupos arribaron a Londres y ese mismo día fueron recibidos por el Barón, con la presencia de Nathan Adler, rabino jefe de los judíos ingleses; Arnold White, emisario del Barón en Rusia; Herbert Lousada, abogado de la

¹⁵¹ JCA/LON (Rusia 1A), traducción del poder firmado por los miembros de cada grupo.

JCA; y Frederick D. Mocatta, miembro del Russian-Jewish Committee, la organización británica de ayuda a los judíos rusos. En esta ocasión y en conversaciones posteriores, se trataron los detalles del programa elaborado por el Barón y por Feinberg.

La impresión que recibieron el Barón y los notables presentes sobre la capacidad y personalidad de los representantes fue positiva y entusiasta. El Barón comunicó al coronel Goldsmid que esta vez habían encontrado el método adecuado y las personas aptas para llevar a la práctica el primer intento serio de colonización. El Barón dejó explícitamente en manos de los representantes la planificación del asentamiento de sus grupos, y pidió al coronel que pusiera a su disposición dos asistentes experimentados y conocedores de la realidad argentina —no necesariamente funcionarios de la administración—, para que los guiaran en sus visitas a Entre Ríos. Inclusive destacó ante la oficina de Buenos Aires que la delegación autofinanciaba su viaje, y que se había abierto una cuenta especial de 5.000 pesos destinados exclusivamente a los casos especiales de ayuda para los representantes de los grupos más pobres.¹⁵²

Los delegados llegaron a Buenos Aires a comienzos de abril de 1893 y poco después viajaron a Entre Ríos. Recorrieron los terrenos adquiridos por la JCA, visitaron las poblaciones de colonos alemanes y de otras nacionali-

¹⁵² CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/6), carta del Barón a Goldsmid, 1.3.1893, N° 118; véase en *Jewish Chronicle*, 3.3.1893 (p. 7), un informe acerca del encuentro. Como plataforma para el trabajo de los representantes, Feinberg elaboró un programa detallado de actividades; a su vez, el Barón redactó un programa general, según el cual, una vez aprobados sus cálculos, los representantes se abocarían al asentamiento de un único grupo, y solo después prepararían el de grupos adicionales, uno por uno. Las observaciones detalladas de la directiva de Buenos Aires a ambos programas no fueron tomadas en cuenta en el debate, porque las mismas —que en general expresaban reservas— fueron escritas el 12.3.1893 y llegaron al Barón cuando los representantes ya se hallaban en Argentina.

dades en esa provincia y en la de Santa Fe, y el 8 de mayo de 1893 redactaron un informe para el Barón. Los terrenos que se les ofrecía en Entre Ríos no les parecían adecuados: la tierra era dura y difícil de cultivar; la vegetación de pastura era mala; las fuentes de agua, demasiado escasas; los cultivos habituales en la zona (maíz, trigo y lino) estaban expuestos a frecuentes ataques de mangas de langosta. De todo ello y de sus visitas a las colonias no judías, habían alcanzado una serie de conclusiones, de las que las principales eran: 1) los grupos deberían colonizarse mediante su concentración en poblados; 2) se pediría a la JCA la compra de otros terrenos, más cercanos a vías ferroviarias o a ríos; 3) la parcela unitaria debería ser más grande de lo que se había previsto, a saber, 70 hectáreas y no 50; 4) la devolución de las deudas comenzaría solamente en el segundo año del asentamiento.

Junto con estas conclusiones, presentaron también propuestas detalladas sobre la necesidad de construir casas de ladrillos cocidos (y no secados al sol, como se acostumbraba en la provincia); traer arados de Europa, que eran mejores que los locales; alambrar las zonas de pastura, etc. Además de todo ello, aportaron también una lista minuciosa del equipo que les parecía indispensable, y una estimación detallada de los gastos de establecimiento para cada unidad familiar.

Al final de su informe, los representantes pedían permiso para que dos de ellos viajasen a París, a fin de recibir respuestas autorizadas a cada uno de sus planteos, y especialmente para fijar dos puntos: el precio que sus representados se comprometerían a pagar por los terrenos, y las condiciones del contrato que habrían de firmar. Concedido ese permiso, el 12 de mayo de 1893 —un día después de que el coronel Goldsmid abandonara Buenos Aires—, tres de ellos partieron hacia Europa y los restantes

se dispersaron en diversas provincias para buscar proveedores de bueyes, volver a examinar la tierra de Entre Ríos y también verificar si sería posible desarrollar en las futuras colonias la vitivinicultura que tanto éxito tenía en la provincia de Mendoza.¹⁵³

La oficina de la JCA en Buenos Aires asumió ante la delegación una actitud reservada pero correcta: pese a la oposición de Goldsmid a la idea misma de los grupos y su explícita objeción a la visita (para él prematura) de la delegación, puso a su disposición la ayuda técnica necesaria para sus recorridos y no interfirió en sus tareas de exploración. Su actitud quizás se debió en parte a la atmósfera de transición que reinó en la empresa desde abril hasta mediados de mayo; pero en la segunda mitad de ese mes, cuando Kogan asumió todas las responsabilidades, la situación cambió. Si el coronel suponía que los programas de Feinberg eran en parte impracticables y en parte contrarios a la ley, Kogan lo superó con su propia apreciación negativa de Feinberg, de sus planes y de sus delegados, y dio expresión pública a esas evaluaciones.

Kogan escribió al Barón en una carta de tono muy sarcástico que las nociones de David Feinberg, ese “mesías prematuro”, sobre la Argentina y los grupos podían parecer aceptables en París, pero a los ojos de quienes se hallaban en Argentina resultaban ridículas. Admitía que estaba procurando, directamente a través de su correspondencia, pero también “de muchas otras maneras”, desbaratar la actuación de David Feinberg.¹⁵⁴ Esa actitud negativa había de tener grandes consecuencias sobre las actividades de Rapoport y sus colegas.

¹⁵³ JCA/LON (308), informe de los representantes.

¹⁵⁴ JCA (304), carta secreta de Kogan al Barón, 21.6.1893, N° 5.

El primer problema ante el cual chocaron Kogan y los delegados fue la fecha del comienzo de la colonización. En telegrama del 25 de mayo de 1893, el Barón pedía que Kogan y los representantes fijasen una fecha lo más temprana posible para el envío de los grupos. Kogan respondió que no se podía pensar en traerlos antes de diciembre de 1893. Dado que para entonces ya habría pasado la temporada de siembra 1893-1894, lo lógico era postergar su llegada a julio de 1894, para evitar el tener que mantenerlos durante un año por cuenta de la JCA.

Por el contrario, los representantes consideraban que, si recibían las tierras lo antes posible y si la administración en Entre Ríos los ayudaba, podrían absorber a los contingentes ya en noviembre de 1893 y prepararles lo necesario para la siembra y la cosecha de 1894. Los representantes aducían que tenían la posibilidad de resolver de un solo golpe tres problemas básicos de los asentamientos: la medición de los terrenos, la construcción de las viviendas y la provisión de bueyes. En su opinión, mientras que los funcionarios de la JCA no tenían prisa en cumplir con su trabajo, los representantes estarían construyendo sus propias casas y con esa motivación podrían lograr más en menos tiempo. Pero dado que su éxito dependía de la cooperación de la oficina de la JCA en Buenos Aires, quedaban a la espera de las instrucciones correspondientes para esa cooperación, que Kogan recibiría del Barón.

En apariencia, Kogan y los representantes estaban en desacuerdo solamente en cuestiones de plazos, pero pronto se reveló que las disensiones eran mucho más profundas. Junto a su actitud negativa respecto del proyecto de colonización autónoma y respecto de Feinberg, Kogan también se oponía al sistema de asentamiento que sería puesto en práctica en la nueva colonización.

4. ¿Chacras aisladas o poblados?

La fuente del desacuerdo sobre el método deseable de asentamiento residía en el tamaño del terreno que cada colono debería trabajar, según el sistema de cultivos extensivos vigente en la Argentina. El problema surgió por primera vez ya en 1892, cuando el coronel Goldsmid comenzó a organizar la colonia Mauricio. Los colonos exigían establecer poblados grandes de 32, 50 o aun 100 unidades familiares. El coronel se opuso y se atuvo al plan original de Loewenthal, según el cual los poblados abarcarían ocho chacras cada uno, ubicadas en el centro de ocho cuadrados, de forma que las ocho familias se hallasen próximas entre sí al tiempo que cada una residía en su finca. Los argumentos aducidos por ambas partes a favor de chacras aisladas o agrupadas en poblados, aún antes de la llegada de los representantes de los contingentes, no eran distintos de los esgrimidos en el debate entre estos últimos y Kogan. Pero con la llegada de los representantes el enfrentamiento se agudizó: estos, partidarios del sistema de poblados grandes, se apoyaban en el derecho que les otorgaba la futura autonomía y en las promesas explícitas que les había hecho el Barón antes de partir a la Argentina; pero frente a ellos se hallaba una persona mucho más firme y tajante en sus opiniones que el coronel Goldsmid.

El punto de partida de los delegados era el deseo de satisfacer las necesidades sociales y religiosas de sus representados. Gregory Rapoport lo enunció de manera clara: tras numerosas consideraciones se había convencido de que les sería imposible vivir aislados, especialmente siendo judíos. La educación de los hijos, los valores religiosos, la autonomía en la conducción de sus asuntos y hasta la

responsabilidad mutua especificada en el contrato: todos esos aspectos de la vida en común resultarían imposibles de realizar en el sistema de chacras aisladas.¹⁵⁵

El punto de partida de Kogan residía en los requerimientos del trabajo agrícola. Según él, la residencia en la chacra posibilitaría al agricultor hallarse siempre próximo a sus terrenos, mientras que si residiera en un poblado, los terrenos se hallarían lejos de su vivienda, lo cual le exigiría caminatas agotadoras de ida y vuelta y provocaría una gran pérdida de tiempo.

La principal diferencia en la actitud de ambos bandos era que, mientras que los delegados aceptaban los justificados argumentos prácticos de sus contrincantes y procuraban hallarles una solución sin afectar las necesidades sociales y religiosas de los colonos, Kogan rechazaba el hecho mismo de que fuera necesario tomar en cuenta esas necesidades, y sustentaba una parte de su entusiasmo por el sistema de las chacras separadas precisamente en ese rechazo: para él, el fanatismo religioso de los colonos constituiría un freno en el camino a la productividad, y desaparecería por sí mismo en el sistema que proponía, porque las personas se aferran a la religión solo cuando viven todas juntas y se preocupan por el qué dirán. Esto en cuanto a las necesidades religiosas de los colonos; en cuanto a sus necesidades sociales, los argumentos de Kogan eran todavía más graves, ya que no creía en los principios de la autonomía para cuya aplicación se solicitaba la concentración en poblados, la cual a su juicio no acarrearía sino consecuencias negativas. En chacras separadas, sostenía, no existen grupos políticos ni murmuraciones que quitan

¹⁵⁵ JCA/LON (308), carta de Rapoport a Feinberg, 28.6.1893, N° 5.

tiempo al trabajo, no hay envidias ni rencillas, mientras que si se establecía a los colonos en poblados, la JCA estaría posibilitando ella misma grupos de oposición.¹⁵⁶

Para zanjar la cuestión, Kogan procuró sustentarse en expertos no judíos y recurrió al presidente de la Sociedad Rural Argentina, solicitándole su opinión autorizada. Efectivamente, el presidente se manifestó, en nombre de su entidad, a favor de lo sostenido por Kogan: fuera de las regiones de frontera, en las que existía el peligro de los ataques de los indios, era preferible el asentamiento en chacras separadas, ya que ello aseguraba el vínculo del colono con su tierra y evitaba rencillas y corrupción moral. Los miembros de la Sociedad Rural inclusive agregaron que se estaba preparando una nueva legislación que definiría a la chacra separada como principio unificado de la colonización. Kogan convirtió esa observación en la afirmación de que la ley argentina prohibía la erección de poblados agrícolas, agregando que inclusive en su momento se había exigido a los colonos germano-rusos que se establecieran en forma dispersa, y solo su terquedad había impedido la aplicación de dicha ley. Ese argumento aparentemente se basaba en el artículo 92 de la Ley de Inmigración del 19 de octubre de 1876, por el cual quien recibía un terreno estatal debería residir en él, pero no era aplicable en el caso de la colonización judía, ya que esa ley se refería solamente a terrenos estatales; inclusive, en un informe detallado, el vicedirector del servicio topográfico del gobierno de Entre Ríos afirmaba que la provincia no se opondría a la erección de poblados.¹⁵⁷

¹⁵⁶ JCA/LON (304), carta personal de Kogan al Barón, 21.6.1893, N° 5.

¹⁵⁷ *Ibíd.*, carta de Hirsch y Cazès, 2.9.1893, con una cita de la ley que responde a lo aducido por Kogan.

5. El enfrentamiento con Kogan

Mientras en Argentina tenían lugar las primeras etapas de la disputa entre Kogan y los delegados, los tres representantes enviados a Europa debatían con el Barón los detalles de las estimaciones presupuestarias y las decisiones de sus representados. De sus exigencias, el Barón rechazó solamente la de adquirir tierras adicionales. En su opinión, la reserva de suelos en Entre Ríos, que colocaba por entero a disposición de los delegados, debía bastar para el asentamiento de los ocho contingentes. En cambio, aceptó su demanda de ampliar la unidad de terreno de las 50 hectáreas planeadas en un principio a 75, con la condición de que esa superficie incluyera también la destinada a caminos y edificios públicos. La estimación presupuestaria de los delegados le pareció aceptable, y destacó con satisfacción que algunas de sus evaluaciones básicas coincidían con las suyas propias.

Al mismo tiempo, el Barón se encontraba en una situación incómoda desde el punto de vista administrativo: había supuesto que a la llegada de los delegados tendría lista la versión final del contrato colectivo, cuya autorización abriría el camino a la financiación regularizada de sus actividades. Pero, por una serie de motivos, esa versión final no estuvo lista a tiempo, y el Barón debió hallar una vía intermedia, por la cual los delegados otorgarían a dos o tres de entre ellos un poder para recibir en nombre de todos sus grupos los fondos necesarios para el asentamiento y cargarlos a la cuenta de cada uno en la JCA, según sus propios criterios. El Barón comunicó esa decisión a la oficina de Buenos Aires, reiterando la necesidad de permitir a los delegados una actuación totalmente independiente, al tiempo que se le mantendría bajo una estricta supervisión. En especial, opinaba que era forzoso controlar que

los acuerdos comerciales con los proveedores se hicieran exclusivamente a nombre de los delegados sin comprometer a la JCA, aun cuando los fondos provinieran de esta y su marbete figurara como garantía en todo el equipo adquirido para las chacras. Este tema le parecía sumamente importante, debido a sus temores de que comerciantes y proveedores argentinos procurasen exprimir dinero de la JCA mediante demandas judiciales basadas en los contratos de compra firmados en su nombre. A fin de facilitar la tarea de Rapoport y sus colegas, era necesario que la oficina de Buenos Aires no solo les permitiera decidir y llevar a la práctica sus asuntos según sus propios criterios, sino también poner a su disposición un contador público y un asesor legal, que al mismo tiempo trabajara junto con ellos y cuidara de los intereses de la JCA.

El 18 de junio de 1893, tras el regreso de los tres representantes a Buenos Aires, el Barón consideró que se habían alcanzado todos los arreglos necesarios, a entera satisfacción tanto de la JCA como de los delegados. Pero muy pronto debió enfrentarse con la cuestión “poblados *versus* chacras aisladas” descrita más arriba.

El primer problema en el que debió intervenir fue el desacuerdo entre Kogan y los delegados respecto de la fecha de viaje de los contingentes desde Europa hacia Argentina. Kogan, como vimos, deseaba demorarlo hasta mediados de 1894, lo cual inquietó al Barón, informado de que en octubre de 1893 los conscriptos potenciales deberían presentarse al servicio militar en Rusia, y el acuerdo con las autoridades (según el cual los emigrantes recomendados por la JCA estarían exentos del mismo) tenía validez solamente para quienes abandonaran Rusia antes de esa fecha. El Barón coincidió con los delegados en que la postergación de su asentamiento hasta julio de 1894, es decir, un año más adelante y dos años desde la formación de los

contingentes, podría llevar a la desintegración de estos y a la pérdida de todos los esfuerzos invertidos. Más aún, dado el eco positivo que el proyecto había tenido en Rusia y las expectativas que habían llevado a las autoridades a apoyar la formación del Comité Central en San Petersburgo, temía el Barón que una postergación excesiva les haría sospechar la existencia de propósitos ocultos. Por ello tendía a apoyar la postura de los delegados. Pero tampoco quería atentar contra la autoridad de Kogan.

El 23 de junio de 1893, el Barón le pidió a Kogan que comenzara inmediatamente con los trabajos de agrimensura y reforzara los equipos necesarios para completarla en el término de tres meses, en lugar de los seis meses fijados entre los contratistas y la JCA. Asimismo, exigió comenzar inmediatamente con la construcción de viviendas, que habían de estar listas hasta fin del año. La respuesta de Kogan fue que sus técnicos habían calculado el tiempo necesario para un trabajo acelerado, y que la posibilidad de terminar las viviendas antes de fin del año era una fantasía de los delegados. Al mismo tiempo, informó a los periódicos que la JCA no establecería colonos en 1893 y que en 1894 llegaría un máximo de 200 familias. Kogan ignoró totalmente la exigencia del Barón de ayudar a los delegados o de alcanzar un acuerdo con ellos sobre la fecha de su asentamiento, y mientras no recibió órdenes explícitas del Barón no les autorizó actividad alguna.¹⁵⁸

¹⁵⁸ Kogan sostenía que no era posible dirigirse a otra agencia de agrimensores porque las mediciones globales habían sido hechas por los hermanos Sol (contratados por la JCA), y todo nuevo contratista iba a querer volver a realizarlas según las medidas de la distribución interna. En carta al redactor de *El Nacional* (21.6.1893), Kogan rechazó los rumores acerca de un programa de asentamiento de 6.000 familias en 1893; véase CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/copia interna).

El Barón decidió imponer su voluntad a Kogan en cuanto a la absorción de los contingentes en 1893, y acompañó sus órdenes con observaciones muy severas. En su opinión, la situación en Rusia exigía que los colonos salieran del país en la fecha establecida, aun cuando ello demandara sustentarlos económicamente por unos tres o cuatro meses más de lo previsto. Tenía claro que ello podía costar unos 150.000 francos adicionales, pero mantenía su confianza en que los colonos pudieran aprovechar parte de la temporada agrícola 1893-1894. En cuanto a las familias cuyos hijos podrían ser llamados al servicio militar, las mismas partirían antes del 1º de octubre de 1893, aun cuando hiciera falta separarlas de los contingentes originales a riesgo de perjudicar su integración en los mismos.

Pero tampoco esas instrucciones explícitas podían rescatar a los delegados de su forzada inactividad, mientras no se resolviera la cuestión del método de colonización. En su primer encuentro formal, Kogan les informó que lucharía hasta el fin contra el método de los poblados, que era desconocido en Argentina, y continuó despotricando contra él en todos sus telegramas y cartas. Pero el Barón no era menos obstinado, y declaró que respecto de los poblados se negaba a entrometerse; si los delegados continuaban defendiendo ese sistema, habría que dejar en sus manos la decisión al respecto.¹⁵⁹ El 9 de julio de 1893, tras decidir la fecha del asentamiento, intentó conciliar ambas posiciones y propuso establecer poblados pequeños de 24 unidades que estuvieran próximas entre sí, de modo que un mismo contingente pudiese radicarse en dos poblados cercanos. Pero no deseaba imponer esta opción, por lo que pedía a Kogan que se la planteara a los delegados; en caso de haber oposición, debía permitírseles proceder según su

¹⁵⁹ JCA/LON (307), telegrama del Barón a Kogan, 23.3.1893.

voluntad. En su reunión con los delegados, Kogan comenzó declarando que no autorizaría ni un solo centavo para la erección de poblados; a su vez, aquellos se mantuvieron firmes en su posición original de establecer poblados de 50 familias. Las tratativas se paralizaron y los delegados continuaron en su forzada inactividad.

Hacia finales de julio, mientras en París se completaban los preparativos para el viaje de Hirsch y Cazès a Argentina, y en San Petersburgo el Comité Central presionaba cada vez más para que los emigrantes salieran de Rusia, el Barón decidió zanjar la cuestión. De los informes sobre las mediciones de suelo que Kogan le había enviado para sustentar su oposición a los poblados grandes, dedujo el Barón que los mismos posibilitaban erigir poblaciones en dos sitios dentro de los terrenos de la JCA. En consecuencia, el 25 de julio de 1893 ordenó a Kogan que diera instrucciones a los delegados para que planificaran esos poblados y otros adicionales, y que completara la programación hasta el 1º de septiembre, fecha en que llegarían a Buenos Aires Hirsch y Cazès con un poder del Barón para zanjar el conflicto. Para ayudar en ello a los nuevos directores, el Barón le pidió al agrónomo Yehoshúa Lapin, que había sido enviado a la Argentina para examinar nuevos terrenos que se ofrecían en venta, que se ocupara ante todo del tema del asentamiento y asesorara al respecto a Hirsch y Cazès. Kogan recibió la orden de colaborar con los delegados también en la compra de gran número de bueyes, en la esperanza de que, con la aprobación de sus planes a comienzos de septiembre, los delegados podrían dedicarse por entero durante tres meses a la construcción de viviendas, y en consecuencia recibir a los contingentes, a más tardar, en enero de 1894.

Muy contra su voluntad, Kogan debió aceptar esa resolución y autorizó a los delegados, a comienzos de agosto, a viajar a Entre Ríos, preparar los planos de los poblados y adquirir bestias de trabajo. Secretamente, confiaba en que lograría impedir la erección de los poblados aun después del arribo de Hirsch y Cazès. Efectivamente, los delegados se vieron forzados a postergar sus trabajos de planificación y preparación más allá de lo previsto por el Barón: Cazès no llegó a Buenos Aires hasta fines de septiembre; el enfrentamiento entre Kogan y sus sucesores se definió el 30 de ese mes, y solamente en octubre, poco antes de que Kogan abandonara Argentina, lograron los nuevos directores autorizar a los delegados el comienzo de los trabajos según sus planes.¹⁶⁰

A fines de julio, todavía creía el Barón que el asentamiento de los ocho contingentes se completaría antes de fines de 1893, pero al cabo de seis meses se hizo evidente que ello resultaría totalmente imposible.

6. Los trabajos de preparación

El 4 de octubre de 1893, Hirsch y Cazès mantuvieron su primera reunión con los delegados de los contingentes, en la que participó Yehoshúa Lapin, y se informaron de sus planes, sus problemas y sus dudas. Supieron que, de los trabajos preparatorios de los asentamientos, nada había sido llevado a cabo, fuera de la confección del programa para seis contingentes y la compra de 120 bueyes que aún debían ser amaestrados. Los largos meses de forzosa inactividad habían creado entre los delegados una atmósfera

¹⁶⁰ JCA/LON (Rusia 1), carta del comité, 26.7.1893; informe de la reunión de los representantes del 6.11.1893, que indica el 20 de octubre de 1893 como fecha de iniciación de las actividades de asentamiento.

de desgano; dos habían sido exonerados por infracción a la disciplina y violación de normas; otros dos (que se contaban entre los mejores del grupo) se sentían decepcionados y planeaban regresar a Rusia.

El programa que los delegados expusieron ante Hirsch y Cazès consideraba la erección de poblados de 50 familias. Los directores señalaron los defectos del asentamiento mediante poblados grandes y, a modo de compromiso, propusieron el proyecto de poblados de 24 familias elaborado por Lapin. Pero los delegados se mantuvieron en su postura y declararon que asumían la total responsabilidad, en nombre de sus grupos, por el programa original; Hirsch y Cazès cedieron y autorizaron su aplicación. Siguiendo las instrucciones recibidas en París, consideraron que no les correspondía intervenir en las relaciones entre los delegados y pasaron a debatir los detalles prácticos del asentamiento.¹⁶¹

En este punto les aguardaba una sorpresa, porque, a pesar de que el método a aplicar se hallaba todavía en discusión, Kogan había ordenado a los agrimensores basar su tarea en el sistema de chacras aisladas, por lo cual se planteaba la necesidad de convertir esas mediciones al sistema de poblados y someterlas nuevamente a la aprobación de las autoridades provinciales. Además, Rapoport y sus colegas advirtieron a Hirsch y Cazès que al aproximarse la época de la cosecha sería muy difícil apresurar la construcción de las viviendas por falta de mano de obra. Y, por añadidura, el endurecimiento de la tierra debido al calor y la sequedad del verano dificultaba el entrenamiento de los bueyes. Por todas esas razones, era probable que las tareas de preparación no se completaran antes de abril de 1894, y la absorción de los colonos no podría comenzar antes del

¹⁶¹ JCA/LON (304), carta de Hirsch y Cazès, 5.10.1893, N° 226.

mes de mayo. Hirsch y Cazès alentaron a los delegados y les prometieron apoyar su pedido de ayuda económica para sus familias en Rusia, dado que su estadía en Argentina se había prolongado mucho más de lo previsto. Se designó un contador que les asistiría en la administración financiera y en la supervisión de sus actividades, y se abriría una cuenta especial en un banco de Entre Ríos.

A mediados de octubre, los delegados que quedaban en Argentina volvieron a Entre Ríos con plenos poderes para poner en práctica su programa. Pese a las dificultades suscitadas por el verano y la cosecha, Gregory Rapoport y sus compañeros lograron adelantar los trabajos en forma notable. Hirsch y Cazès efectuaron un acompañamiento continuo de sus tareas, y aun cuando no ignoraron ciertas fallas (que atribuyeron a la escasa preparación de los delegados y a “debilidades humanas”), continuaron valorando su capacidad de trabajo y brindándoles pleno apoyo.

Para el 25 de diciembre, los delegados habían firmado todos los contratos para la provisión de materiales de construcción y adquirido 727 bueyes, 198 de ellos ya amaestrados. Mientras se entrenaban los restantes, se alcanzó a arar 200-300 hectáreas por grupo y a preparar parcialmente los terrenos de siembra para los futuros contingentes, de modo de asegurar parte de su sustento en la primera etapa. Se firmaron acuerdos con contratistas, se excavaron pozos de agua y se adquirieron decenas de carros de fabricación local.

Pero cuando los preparativos para la absorción de los contingentes en mayo de 1894 parecían avanzar a todo vapor, los sorprendió la noticia de que el Barón había modificado su posición por influencia de Kogan, quien en sus encuentros con él en diciembre de 1893 había hecho

hincapié en dos cuestiones: la personalidad y capacidad de los delegados, y el sistema de poblados que había sido aprobado debido a su exigencia.

Kogan ya había manifestado su opinión negativa sobre los delegados en junio de ese año, en una carta en que pedía al Barón que confiara más en él que en esos individuos religiosos y toscos llegados desde Rusia. Su mayor defecto era, según él, el deseo de reproducir en Argentina los modelos rusos de organización agrícola, de trabajo de la tierra y hasta de herramientas, y todo ello basado en un arrogante sentimiento de superioridad, típico según Kogan de los trabajadores judíos pese a su bajo nivel profesional. Kogan reiteró esos argumentos en sus conversaciones con el Barón, aprovechando el temor de este ante posibles complicaciones judiciales provocadas por proveedores argentinos con quienes los delegados habían establecido contactos comerciales.

Habitualmente, el Barón consideraba las cartas y anuncios de Kogan desde Argentina como exageraciones características de su personalidad, y de vez en cuando le reiteraba su decisión de seguir confiando en los delegados. Pero tras sus conversaciones, el Barón modificó radicalmente su actitud hacia estos, y les ordenó expresamente no introducir cambio alguno en las viviendas y en el equipo de trabajo que no concordara con lo habitual entre colonos no judíos en el país. Inclusive instruyó a sus funcionarios en Buenos Aires a utilizar el derecho de veto para evitar todo desvío de esa línea.¹⁶²

¹⁶² JCA/LON (304), cartas de Kogan, 18.6.1893, 20.7.1893. JCA/LON (360), informe de Kogan sobre las colonias y los representantes, 15.12.1893; cartas del Barón, 15.12.1893 y 25.12.1893, donde también figura el informe de Kogan. JCA/LON (308) carta de Kogan al Barón 12.1.1894.

Respecto del método de asentamiento, Kogan logró inclinar la balanza a su favor destacando dos graves problemas que se suscitarían en el caso de adoptarse el sistema de poblados: el de los campos de pastoreo para los animales de trabajo, y el de la reserva de suelos. Según el programa de los delegados, cada poblado tendría un campo compartido de pastoreo de 1.000 hectáreas; por la mañana cada colono llegaría al mismo para retirar sus animales, y por la noche los llevaría de regreso. Kogan sostenía que ello obligaría a los colonos a efectuar todas las mañanas una especie de cacería para encontrar sus propios animales entre los de todos sus vecinos, y además deberían recorrer las distancias entre el poblado, la zona de pastura y su propia chacra; ello sin contar con que, debido a la dureza del suelo en Entre Ríos, probablemente en la segunda parte del día se verían forzados a regresar a las pasturas para procurarse animales frescos. Todo ello, obviamente, implicaría una gran pérdida de esfuerzos y tiempo: Kogan arguyó que cada colono debería hacer cada día 48 kilómetros de camino. En cuanto a la reserva territorial, Kogan destacaba que el programa de los delegados no dejaba ninguna posibilidad de ampliar la unidad de terreno, ampliación que a su juicio sería necesaria no solo en el futuro sino a muy breve plazo, ya que debido al bajo precio del trigo la cosecha obtenida en 50 hectáreas no bastaría para mantener a la familia y permitirle amortizar sus deudas, por lo que sería necesario poner a su disposición terrenos adicionales.¹⁶³

Ante las razones expuestas por Kogan, el Barón elaboró su propio programa, destinado a fusionar ambos métodos de asentamiento: cada contingente de 48 colonos sería

¹⁶³ JCA/LON (360), memorándum sobre el sistema de poblados y fincas, dirigido a la Comisión Directiva de la JCA y a las oficinas de San Petersburgo y Buenos Aires.

dividido en 12 subcontingentes de cuatro chacras cada uno, y las viviendas se ubicarían en el extremo de cada terreno; se destinaría a cada cuatro colonos un campo de pastura de 100 hectáreas en el que se excavaría un pozo de agua; entre un subgrupo y otro quedaría un terreno de 50 hectáreas, que aseguraría a cada uno una reserva de 25 hectáreas; en el centro de todo el conjunto se construirían una sinagoga central, un hospital y una escuela, y en el centro de cada subgrupo se establecerían un baño ritual y una sinagoga pequeña para el uso cotidiano de las familias. La distancia entre los subgrupos sería de hasta kilómetro y medio, y en el grupo de 48 familias la distancia entre las más alejadas y las instituciones centrales no sería mayor de cinco kilómetros, lo cual resultaba razonable en el marco de los conceptos de distancia vigentes en Argentina. El Barón consideraba que con esta estructura se evitaría el aislamiento de los colonos, al tiempo que se les aseguraba un acceso cómodo a sus tierras de labranza. Los terrenos de pastura se entregarían a sus propietarios particulares, quienes podrían luego utilizarlos según su voluntad. De este modo, se aseguraba a cada colonia también la reserva de tierras.

El 17 de diciembre de 1893, el Barón informó a los directores en Buenos Aires que debían interrumpir las tareas que se hallaban a cargo de los delegados: construcción de viviendas, perforación de pozos y asignación de campos de pastoreo. Pocos días después les anunció que deberían esperar el envío de su propio plan de colonización. Mientras tanto, le llegaron de San Petersburgo noticias sobre el avance de la reorganización de los contingentes que él mismo había ordenado. Por alguna razón, dedujo que los contingentes se habían desarticulado completamente y que solo tres de ellos se habían vuelto a formar sobre una base diferente, por lo cual quiso aprovechar

la coyuntura para aplicar a estos nuevos grupos su nuevo programa. También se apresuró a informar a Hirsch y Cazès que, “por razones de fuerza mayor” —refiriéndose a la desintegración de los contingentes— era necesario detener el trabajo que venían haciendo los delegados y concentrar la actividad en solamente tres grupos, según el nuevo sistema de colonización por él planificado.

Ese telegrama produjo una grave crisis en las relaciones entre el Barón y los directores en Buenos Aires, y dejó totalmente estupefactos a los delegados. Hasta ese momento, Hirsch y Cazès no habían transmitido a Rapoport y sus colegas el contenido de las órdenes recientes del Barón, por temor a generar agitaciones innecesarias. Ahora todo su mundo pareció explotar, no solo porque gran parte de los esfuerzos realizados con el método anterior quedaban totalmente perdidos, sino porque los delegados carecían de información clara sobre qué grupos en Rusia se habían disuelto y cuál era la vigencia de los poderes que les habían otorgado los contingentes originales. Desesperados, culparon del total fracaso del proyecto a las intrigas de Kogan. Gregory Rapoport escribió entonces amargamente a David Feinberg que un rayo caído del cielo no lo habría golpeado como lo hizo la noticia venida de París. Su larga carta, llena de dolidas protestas, procuraba rebatir de manera detallada y relevante los argumentos de Kogan tal como se los conocía en Buenos Aires. Aun así, Rapoport no desesperaba del todo y mantenía cierta esperanza en el firme apoyo prometido por Hirsch y Cazès a los delegados en esa situación sin salida.¹⁶⁴

Como ya dijimos, en el enfrentamiento entre el Barón y sus directores en Buenos Aires acerca de las nuevas formas de colonización triunfaron estos últimos. Luego de

¹⁶⁴ JCA (308), carta de Rapoport a Feinberg, 21.1.1894.

que el Barón informara que renunciaba a su programa y que estaba dispuesto a dejar en manos de Hirsch y Cazès la decisión sobre el método que se implementaría con los tres primeros contingentes, ambos convocaron a una reunión con los delegados, y el 26 de enero de 1894 escribieron al Barón que estos aceptaban concentrarse en el asentamiento de tres grupos, pero no renunciaban a su proyecto original de poblados de 50 familias, y que ellos mismos (Hirsch y Cazès) se consideraban moralmente comprometidos con él. En consecuencia, se les pidió a Rapoport y sus colegas que volviesen a Entre Ríos para organizar rápidamente la absorción de esos nuevos colonos, con la esperanza de que más tarde podrían ocuparse también de los grupos restantes. También se les ordenaba anular los contratos con constructores y fabricantes de ladrillos que no se relacionaran directamente con los tres contingentes, e indemnizar a los contratistas si fuera necesario.

Pero el Barón, pese a haber cedido a la voluntad de sus directores, no abandonó de inmediato sus reservas respecto de los delegados y sus proyectos. Ese cambio ocurrió algún tiempo después, cuando su decepción ante los consejos de Kogan se fue incrementando; se sumaron a ello el apoyo entusiasta que Hirsch y Cazès otorgaban a Rapoport y los suyos, el testimonio directo de Lapin (con quien se encontró en febrero de 1894), y finalmente también su impresión positiva ante la capacidad práctica de Rapoport, reflejada en la carta que este le había enviado a David Feinberg el 12 de enero de 1894, una copia de la cual llegó a París a comienzos de marzo.

La rehabilitación de Rapoport y los delegados le devolvió al Barón la seguridad en el éxito de la empresa. Nuevamente, exigió que todas las funciones ejecutivas quedaran en manos de los delegados y que los funcionarios de Buenos Aires se ocupasen solamente de asuntos

generales. También abandonó sus reservas respecto a las renovadoras propuestas de planificación, construcción y equipamiento planteadas por los delegados. Pero no abandonó su oposición de principio al sistema de poblados de 50 unidades, y procuró que en el asentamiento de los futuros contingentes se aplicara el método mixto que él mismo había sugerido, salvo en casos en que la topografía del terreno no lo hiciera posible.

El Barón procuró mantenerse en su posición también en sus conversaciones con Yehoshúa Lapin, quien llegó a París en febrero trayendo un informe detallado sobre la cuestión poblados *versus* chacras aisladas. Esas conversaciones lo llevaron a modificar su posición y le facilitaron aceptar, *a posteriori*, la erección de tres poblados más grandes. Aun cuando continuaba insistiendo en que era necesario mantener el principio de “cada hombre en su heredad”, dejaba su aplicación en manos de sus representantes en Buenos Aires.

A comienzos de marzo de 1894, por ende, el Barón había recuperado la confianza en su proyecto y en los encargados de realizarlo. Ello se manifestó en su disposición a comenzar los preparativos para el cuarto contingente aún antes de haber completado los de los tres primeros. Poco tiempo después, autorizó también el asentamiento de los grupos restantes, e inclusive urgió a sus representantes en Rusia y Argentina a completar lo antes posible dichos preparativos, para recuperar el tiempo perdido por culpa de Kogan.

Los delegados recibieron las noticias sobre el nuevo cambio en la postura del Barón demasiado tarde como para reparar todo lo que habían estropeado las contradictorias instrucciones anteriores. En su encuentro con Hirsch y Cazès el 26 de enero, dos delegados informaron que abandonaban el proyecto y regresaban a Rusia. Los demás

volvieron a Entre Ríos, con la esperanza de que, concluidos los preparativos para los tres contingentes, sería posible erigir poblados para los grupos restantes. La noticia de que el Barón no autorizaba poblados adicionales los dejó confusos, y esa confusión aumentó al enterarse de que en Rusia los contingentes se habían reorganizado y que los tres que estaban por llegar no eran los que habían sido originalmente constituidos. Por lo tanto, varios de los delegados comprendieron que estaban trabajando para el asentamiento de grupos que no eran los suyos y, además, que los mismos no serían establecidos en poblados. Ello provocó nuevos roces y gran insatisfacción. Además, durante bastante tiempo los delegados no lograron saber con certeza qué estaba ocurriendo en Rusia. Los funcionarios en Buenos Aires les informaban que los grupos originales se habían disuelto y reorganizado pero, por otra parte, las noticias que recibían de Rusia afirmaban que los grupos originales continuaban existiendo y que les deseaban buena suerte en sus actuaciones en Argentina. Mientras tanto, también venció el término del contrato por un año que había firmado Rapoport, quien pidió ser relevado de sus funciones. Este desconcierto general hizo que por lo menos un delegado más partiera de regreso a Rusia, porque no deseaba trabajar para “extraños”.

En su visita a Entre Ríos a fines de marzo, Cazès halló a los delegados confusos y desesperados; aquellos cuyos grupos no se contaban entre los tres primeros estaban dispuestos a volver también ellos a Rusia. Cazès trató de alentarlos, y el hecho de que su visita incluía la busca de terrenos para el asentamiento de tres grupos adicionales contribuyó a sus esfuerzos en ese sentido. Sin embargo, al mismo tiempo, los directores de Buenos Aires temían que Rapoport y sus colegas se esforzarían secretamente

en asegurar el asentamiento en poblados y se dedicarían a preparar el terreno para los contingentes a quienes se había prometido absorber según ese método.¹⁶⁵

El 20 de febrero de 1894, los delegados se reunieron en San Gregorio y colocaron la piedra fundamental del primero de los tres poblados, bautizado Sonnenfeld en honor al director de la JCA. Al poco tiempo, comenzó la construcción de los otros dos —Feinberg, por David Feinberg, y Bélez, por la ciudad de Beltz (Beltzi) en Besarabia de cuyos alrededores provenían sus futuros habitantes—, confiando en concluirlos el mes de mayo. Mientras tanto, Rapoport seguía ocupándose de la revocación de los contratos con constructores y proveedores de materiales para los proyectos anulados. Pero pronto directores y delegados debieron dar marcha atrás, porque el 31 de marzo el Barón cambió de idea y volvió a autorizar el asentamiento de tres nuevos contingentes, y surgió la urgente necesidad de una gran cantidad de materiales de construcción. Según los cálculos de Hirsch y Cazès, los tres nuevos grupos podrían ser establecidos hasta el 15 de julio, pero esos cálculos no tomaron en cuenta el ritmo de producción de ladrillos en Entre Ríos y las demoras provocadas por la larga temporada de lluvias. En mayo, Hirsch, Cazès y los delegados salieron a buscar, en dicha provincia y también en la de Buenos Aires, nuevos contratistas que pudieran comprometerse a proveer la cantidad necesaria de ladrillos en el plazo requerido. Pero pese a sus esfuerzos, el 15 de junio debieron anunciar que, del millón y medio de ladrillos necesarios para construir las viviendas y los pozos

¹⁶⁵ JCA/LON (320), informe de Cazès sobre su visita a Entre Ríos, 1.4.1894. Parte de la confusión de los delegados provenía de la incertidumbre sobre su futuro personal. Cazès trató de calmarlos y les prometió que también los representantes de grupos que finalmente no llegaron a Argentina serían establecidos en las colonias, y sus familias se reunirían con ellos a la brevedad.

para los tres nuevos contingentes, se disponía solamente de 450.000, y en cada uno de los tres primeros poblados se habían completado solo 34 de las 50 viviendas. La oficina de Buenos Aires no tuvo más remedio que solicitar la postergación de la llegada de los grupos adicionales hasta el mes de septiembre.¹⁶⁶

Mientras tanto, se planteó la cuestión del asentamiento de los dos últimos grupos (de entre los ocho que habían quedado después de la reorganización en Rusia), a los que se destinaban terrenos en Basavilbaso y en Primero de Mayo. La topografía de esas zonas no permitía establecer chacras según el programa del Barón, y los dos directores de Buenos Aires lograron convencerlo de la necesidad de erigir para cada uno de los grupos dos poblados de 25 unidades. Esta decisión, sumada al hecho de que por esos territorios pasaba el ferrocarril, aumentó en mucho su valor a ojos de los delegados, y apenas el Barón dio su autorización, se propusieron completar esos proyectos todavía antes de los correspondientes a los primeros grupos. Esa situación podría haber generado conflictos, pero se solucionó por sí misma cuando el Barón informó, el 20 de julio, que los demás contingentes (es decir, los que seguían a los tres primeros) sumaban solo 180 familias, y por ende se podría ubicar a 100 de ellas en terrenos preferenciales y a 80 en otros lugares. También la cuestión de las fechas se solucionó, ya que era posible organizar a un mismo tiempo la emigración de todas esas familias. En resumen, de los ocho contingentes, 150 familias estaban por establecerse en los tres primeros poblados; 100

¹⁶⁶ El 12.2.1894, Rapoport informó con alegría que había logrado anular un contrato por cien viviendas sin pagar indemnización; y el 12.5.1894, Hirsch y Cazès informaron sobre las dificultades en hallar proveedores de ladrillos (JCA/LON 320). A fines de julio, Hirsch y Cazès pidieron demorar el envío de los grupos.

familias, en poblados ubicados en Basavilbaso y Primero de Mayo; y 80 familias se ubicarían en chacras en las zonas de San Jorge y San Vicente.

El trabajo en todos los territorios de colonización recomenzó a ritmo intenso en agosto de 1894, pero el tiempo perdido no pudo ser recuperado. En su visita a Entre Ríos a fines de noviembre, comprobó Cazès que la construcción no se había completado ni siquiera en los tres primeros poblados. Resulta irónico que, mientras que oficialmente los delegados habían planeado concluir hasta octubre de 1893 los preparativos para nueve grupos con un total de 450 familias, a lo largo de todo 1894 continuaron los trabajos destinados a solamente 330 familias, y aun esas tareas no pudieron completarse.

7. Los nuevos colonos: emigración, traslado, asentamiento

La situación de las familias seleccionadas por David Feinberg en el verano de 1892 como candidatas a la emigración hacia Argentina fue deteriorándose a medida que su salida se postergaba una y otra vez. Aun cuando se les advirtió que la autorización primera no aseguraba su candidatura hasta el mismo día de la emigración, inevitablemente comenzaron a sentir que su permanencia en Rusia era temporaria y abandonaron sus trabajos; además, a pesar de sus escasos recursos, contribuían a los gastos de sus representantes en Argentina. En consecuencia, la dilación reiterada de la fecha de partida les creó grandes problemas económicos y llevó a muchos de ellos a la desesperación.¹⁶⁷

¹⁶⁷ JCA/LON (385), memorándum del comité de Kishinev al Barón, julio 1893. El comité se quejaba de la mala situación por la que atravesaban esas familias ya en ese momento, cuando todavía faltaba un año entero de espera hasta la emigración.

El primer contingente que llegó a Argentina estaba formado por 23 familias que debieron emigrar antes de la fecha de conscripción militar de sus hijos. El Barón autorizó su viaje y su instalación en las casas que habían quedado libres en Clara tras la limpieza de sus habitantes veteranos.

Los miembros de los grupos que habían quedado en Rusia tuvieron que atravesar todos los procesos burocráticos requeridos hasta obtener la autorización final. El Comité Central en San Petersburgo enviaba a París formularios especiales con sus datos; una vez firmados y devueltos a Rusia, los mismos eran presentados al Ministerio del Interior, que a su vez los remitía a los gobiernos regionales para su revisión y autorización. Solo cuando los documentos retornaban a San Petersburgo se extendían los permisos de salida del país y comenzaba la actuación de la JCA. A partir de ese momento, el candidato a emigrante disponía de un mes para abandonar Rusia. Los eslabones débiles en esa cadena institucional eran los gobiernos regionales y locales, que debían examinar las capacidades de los candidatos. Pese al apoyo del ministro del Interior al proyecto, los factores locales lograron demorar la tramitación mucho más allá de los 14 días estipulados para completarla. Esas demoras, intencionales o simplemente debidas al ritmo habitual de trabajo de dichas entidades, provocó una postergación de varias semanas en la partida de los primeros contingentes.¹⁶⁸ El 12 de mayo de 1894 partieron de Odesa 737 emigrantes, y solo a fines de 1894 se completó la salida de Rusia de los primeros contingentes, dos años después de su formación.

Las adversidades que debieron enfrentar los emigrantes no concluyeron cuando abordaron el buque en el puerto ruso. Tras varias jornadas de agitada navegación en el

¹⁶⁸ Sobre las normas y demoras causadas por los gobernadores de distritos, véase JCA/LON (Rusia 1B), carta del barón Günzburg, 21.4.1894, N° 89.

Mar Negro y el Mediterráneo llegaron a Génova, donde debían transbordar al barco que los llevaría a Buenos Aires. Pero resultó que la espera en Génova se prolongó durante varios días, sin que se hubiesen tomado previsiones para su alojamiento y alimentación, lo cual creó graves dificultades. Algunos de los emigrantes se vieron forzados a aguardar la partida al aire libre y en condiciones precarias de salubridad que causaron enfermedades y hospitalizaciones, a raíz de las cuales 84 de los 737 viajeros debieron quedarse en Génova. Finalmente, fueron amontonados en la tercera clase de buques de la empresa Navigazione Italiana, mezclados a veces con más de 1.000 emigrantes de distintas procedencias y sometidos a tres semanas de viaje marítimo en condiciones insoportables. Particularmente dura fue la situación de los primeros grupos, que abandonaron Europa en los días fríos de primavera y llegarían a Sudamérica en un invierno todavía más frío. Las bajas temperaturas les impedían huir del amontonamiento en los camarotes colectivos y refugiarse en la cubierta. A esas dificultades, comunes a todos los emigrantes, para los judíos se sumaban las originadas en su voluntad de mantener las rutinas religiosas y dietéticas; la consecuencia fue su menor resistencia a las enfermedades que se difundían entre los viajeros de tercera clase.¹⁶⁹

¹⁶⁹ Uno de los últimos grupos, que contaba con 224 personas al partir de Odesa el 16 de octubre de 1894, continuó su viaje desde Génova con solo 198. La situación requería una investigación, y un funcionario de JCA fue enviado a Génova con ese fin. Véase CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/4), informe de Schwarzfeld a la JCA en París, 8.11.1894. Samuel Hirsch, quien viajó a Buenos Aires a comienzos de octubre en el *Reghina Margarita*, describió que los 190 futuros colonos en dicho buque contaban con la presencia de un matarife ritual, lo que les permitía comer carne, y tuvieron la posibilidad de celebrar los servicios religiosos de Rosh Hashaná (Año Nuevo). Hirsch era consciente de que esas condiciones se debían probablemente a su presencia en el barco; por otra parte, describe el amontonamiento y la incomodidad reinantes, tal como figuran también en otras fuentes; véase JCA/LON (322), carta de Hirsch, 15.10.1894).

El primer contingente (647 de los 737 embarcados en Odesa) arribó a las costas argentinas en el buque *Orione* el 20 de junio de 1894. La oficina de Buenos Aires organizó su traslado al puerto La Plata, donde los controles de aduana se realizaron a bordo, e inmediatamente los inmigrantes fueron transferidos a un barco fluvial que los llevaría al puerto de Concepción del Uruguay en Entre Ríos. Pero allí tuvo lugar una demora no prevista por Hirsch y Cazès: los viajeros traían consigo, además de sus enseres domésticos, carros, arados y otras herramientas agrícolas, y el traspaso de toda esa carga a las balsas amarradas a la nave insu- mió dos días completos. El viaje a Concepción llevó dos días más, seguidos por una nueva demora en la descar- ga de los materiales y su traspaso a vagones ferroviarios. De modo que los futuros colonos lograron entrar en sus viviendas preparadas de antemano solo una semana des- pués de haber llegado al país, el 27 de junio.

Los percances del camino, la humedad en las vivien- das recién terminadas y el invierno frío y lluvioso de Entre Ríos provocaron una grave epidemia de tifus que paralizó a decenas durante dos meses. Debido a medidas de salu- bridad decretadas por las autoridades de la provincia, las poblaciones afectadas por la epidemia permanecieron en cuarentena; y también hubo necesidad de improvisar la “inauguración” de los primeros cementerios judíos en las nuevas colonias.¹⁷⁰

Poco después de su llegada a los poblados, los colonos obtuvieron de sus delegados equipos y bestias de labor y comenzaron a trabajar las tierras. Los miembros de los

¹⁷⁰ Según un informe del Dr. Yarcho, el primer caso de tifus se produjo a comienzos de julio de 1894; la epidemia llegó a su punto más grave en septiembre y luego comenzó a disminuir, hasta desaparecer del todo en diciembre. Hubo un total de 230 enfermos (entre ellos, su propia esposa); el promedio de fallecimientos entre los infectados fue del 10%. Véase Ponte.

primeros contingentes recibieron terrenos ya arados y listos para la siembra de trigo. Inclusive tuvieron aún tiempo de arar terrenos adicionales para sembrar maíz; todo ello posibilitaba la obtención de primeras cosechas a comienzos de 1895. Los restantes contingentes, sobre todo los que arribaron a principios del verano, ya no alcanzaron a sembrar maíz; además la tierra ya estaba endurecida y debieron esperar hasta enero para comenzar a preparar la siembra de trigo, que no daría frutos hasta comienzos de 1896.

Muy pronto salieron a la luz varios defectos básicos en la composición y organización de los contingentes. Cazès descubrió esos defectos en su visita a las colonias en noviembre de 1894 y los resumió en su detallado informe. Algunas familias, aunque numerosas, no poseían bastantes brazos para todas las labores, porque sus hijos no habían llegado a la edad de trabajar. En otros casos, fallecieron los jefes de familia, y las viudas quedaron solas con hijos pequeños. Pero la situación más grave era la de las “familias compuestas”, que Feinberg había armado combinando varias más pequeñas, a veces sin lazos de parentesco entre sí, que habían de compartir una misma chacra y se veían forzadas, en algunos casos, a habitar en dos habitaciones con una superficie total de 28 metros cuadrados. Estas familias exigieron ser separadas o al menos recibir viviendas adicionales, para librarse de una estrechez insostenible y del deterioro moral que la misma provocaba. Cazès también halló fallas graves en el desempeño de los delegados, algunos de los cuales aprovechaban su posición para agenciarse beneficios que no les correspondían, tales como una mayor superficie cubierta, mejores equipos de trabajo y alambrados de mejor calidad, a expensas de los que recibían los demás. A ello se sumaron torpezas en la compra del ganado, que provocaron pérdidas en dinero y en equipo.

Pero Cazès halló también muchas ventajas en el asentamiento de los grupos. La principal era que los colonos se hallaron instalados en sus chacras al poco tiempo de llegar y se dedicaban al trabajo agrícola como dueños y señores de sus parcelas, y esta información constituye el epílogo que equilibra su informe sobre este proceso. Tanto el Barón como los directores de Buenos Aires y el Comité Central de San Petersburgo extrajeron del mismo sus conclusiones, cada uno a su manera.

8. Evaluación de la primera etapa

Al finalizar la etapa experimental, en la cual se asentaron 330 familias (en lugar de las 450 previstas originalmente), el Barón esperaba recibir información detallada que le permitiera evaluar el éxito de la misma. En los últimos días de 1894, llegó a sus manos el informe de Cazès, que le produjo una gran decepción. En su carta al Comité Central en San Petersburgo, declaró el Barón que David Feinberg había fracasado en la organización de los contingentes, ya que, si hubiese supervisado a sus representantes en los diferentes distritos, estos no habrían seleccionado a familias problemáticas, no habrían formado grupos sin base homogénea y habrían verificado de modo más estricto el estado de salud de los candidatos. Sin embargo, el Barón no deducía del informe que el método había fracasado. Sus reproches al Comité Central tenían el propósito de evitar la repetición de esas negligencias y mantener vigente el proyecto basado en la estructura de grupos. Por ello eligió

un tono circunspecto y definió los contenidos de su misiva no como reprimendas sino como “observaciones” o “consejos” para sus representantes en Rusia.¹⁷¹

Fuera de ciertas correcciones al sistema de grupos, sobre todo en lo atinente al estatus y funciones de los futuros delegados, esas observaciones no modificaban el método anteriormente adoptado; lo prueba la negociación —que se realizaba en ese mismo momento— en torno al asentamiento de cuatro o cinco nuevos contingentes. Dicha negociación comenzó en julio de 1894, cuando la oficina de Buenos Aires y el comité ruso plantearon el tema de la continuación del programa tras la absorción de los ocho primeros grupos. El Barón autorizó a sus directores en Argentina a preparar un programa de colonización en los terrenos que le quedaban a la JCA en Entre Ríos, programa que recibió a fines de diciembre; en Rusia comenzaron los preparativos para organizar lo antes posible el noveno contingente y los que le seguirían. En esto no influyó su decepción ante el informe de Cazès; por el contrario, hizo saber a sus representantes en Buenos Aires que los próximos cuatro o cinco grupos formaban aún parte de la primera etapa del proyecto, y que se encontraba abocado al estudio de las posibilidades de comprar nuevos terrenos que permitieran una colonización de mayor alcance. Una semana después de su amarga reacción al informe de Cazès, escribió a sus funcionarios en San Petersburgo que sentía que el proyecto estaba a punto de ampliarse de manera significativa, y ello prueba que seguía confiando en el éxito del sistema de grupos.

La oficina de Buenos Aires y el comité de la JCA en San Petersburgo evaluaron de maneras diferentes y hasta opuestas las fallas reveladas en dicho sistema. Al mismo

¹⁷¹ JCA/LON (100), carta del Barón a San Petersburgo, 24.12.1894, N° 103.

tiempo, todos ellos concordaron en que sería necesario realizar un examen más severo de los candidatos a colonos y que no debía otorgarse a los delegados la autonomía de que habían disfrutado Rapoport y sus colegas —opinión a la que el Barón adhirió totalmente. A comienzos de enero de 1895, se encontró con Feinberg en París, le describió los métodos que debería aplicar en la formación de los nuevos contingentes, cuyo asentamiento tendría lugar en mayo de 1895, y lo envió de regreso a Rusia.

Por lo tanto, al finalizar este periodo reinaban entre el Barón y sus funcionarios, tanto en Argentina como en Rusia, el acuerdo y la confianza: compartían la evaluación positiva del método de grupos autónomos, la necesidad de introducir determinadas correcciones en el mismo y la esperanza de que los “días pequeños” estaban dejando su lugar a “grandes días”.

9. Plataforma legal y programación económica

9.1. El contrato

Ya establecidas las primeras colonias y avanzada la organización de los nuevos contingentes, el Barón juzgó que resultaba impostergable la redacción de los contratos que regularizarían la relación legal entre los colonos y la JCA.

El debate al respecto había comenzado todavía en los tiempos de Loewenthal, y en palabras del Barón se habían desperdiciado en él “ríos de tinta y kilogramos de papel”. En las conversaciones participaban el asesor legal del Barón en París, Jules Dietz, y el abogado de la empresa en Buenos Aires, Lucio V. López, quien en el periodo del que nos ocupamos fue nombrado Ministro del Interior de la República. La correspondencia sobre los contratos se prolongó durante más de dos años sin resultados. El

principal motivo de disensión era el intento del Barón de dar un marco legal a su plan de grupos autónomos, para lo cual solicitó incluir en los contratos un artículo que asegurara la responsabilidad colectiva de los colonos respecto del presupuesto que sería puesto a su disposición. El Barón redactó un borrador de contrato que Feinberg presentó a los candidatos en Rusia, y aunque el coronel Goldsmid y sus asesores legales indicaron sus reservas sobre el mismo, el Barón continuó firme en sus ideas. En sus detalladas explicaciones de diciembre de 1893, Kogan logró convencer al Barón de la impracticabilidad de un contrato colectivo, y este se vio forzado a aceptar que los contratos siguieran las normas establecidas en Argentina sin agregados particulares.

Otro causante de la demora fue el temor del Barón de que los contratos fueran utilizados por los colonos en demandas contra la JCA. Por ello, prefería esperar hasta que todos los colonos demostraran su capacidad de trabajo y organización. Kogan, y luego Hirsch y Cazès, disiparon sus temores, por lo que consintió en preparar los documentos.

En la segunda mitad de diciembre de 1893, el Barón redactó un nuevo borrador de contrato y lo envió a Buenos Aires y a San Petersburgo, solicitando comentarios y sugerencias de cambio. El 31 de agosto de 1894 quedó lista la versión final, autorizada ese mismo día por el Barón y enviada con carácter urgente a Hirsch y Cazès, quienes debían ocuparse de imprimir las copias necesarias.

Según dicha versión, cada colono se comprometía a restituir a la JCA su deuda por los bienes inmuebles, los bienes muebles y el apoyo directo, en 12 cuotas anuales, más un interés del 5%; quien quisiera liquidar su deuda antes del plazo establecido debería recibir el consentimiento explícito de la JCA (art. 1). El colono estaba

obligado a ceder parte de sus tierras para objetivos de bien público, según lo exigieran las autoridades locales o la dirección de la JCA en Buenos Aires, sin recibir compensación (art. 2). Las parcelas no podían dividirse, tampoco tras el fallecimiento del titular del contrato (art. 3). El colono se comprometía a utilizar su parcela solamente para cultivos, y a no convertirla en terreno de pastura o dedicarla al comercio u otro tipo de tareas productivas; también se comprometía a trabajar la tierra por sí mismo, y para emplear ayuda asalariada debería obtener autorización de la JCA (art. 4). Como garantía de los pagos anuales, el colono se comprometía a depositar el total de su producción en los graneros de la JCA, y esta última quedaba exenta de toda responsabilidad por la misma, aun si se producían pérdidas debido a causas naturales; al venderse la cosecha la JCA tenía derecho a descontar primero lo que le correspondía por su deuda y entregarle al colono el monto restante (art. 5). Los colonos se comprometían a pagar los impuestos derivados de la propiedad de la tierra o de la producción (art. 6). El colono no podía transferir a otra persona sus derechos sobre su parcela (art. 7). El incumplimiento de uno de esos artículos, incluido el atraso en una de las cuotas anuales y aun en caso de fuerza mayor, autorizaba a la JCA a anular el contrato sin previo aviso y quitarle al colono los bienes muebles e inmuebles recibidos en su momento, también si habían sido mejorados por él, y expulsarlo de la chacra sin indemnización y sin devolverle las cuotas que hubiese abonado hasta el momento (art. 8). Hasta completar las cuotas anuales, el estatus del colono era de “simple ocupante” de su chacra, y solo después se comprometía la JCA a ayudarlo a registrar la propiedad a su nombre (art. 9). Los colonos se comprometían a ayudarse mutuamente en los trabajos de la cosecha; a destinar dos hectáreas a huerta de verduras y una hectárea

a alfalfa, para matizar los cultivos; a plantar en su terreno un mínimo de 100 árboles por año y a talar las áreas de su parcela que lo requirieran; a completar el alambrado de su chacra en forma progresiva hasta el fin del término del contrato; a pagar su parte en los gastos de los servicios públicos como religión, educación y medicina (ordenanzas 1-6). Todo conflicto entre colonos y la JCA sería resuelto exclusivamente por un árbitro residente en Buenos Aires, designado por el presidente de la JCA en París (art. 10).

Los diez artículos y las seis ordenanzas reflejan dos tendencias claras: una, la voluntad de establecer a los colonos en sus tierras en forma permanente y convertirlos en agricultores arraigados y exitosos; la otra, la determinación de proteger los intereses de la JCA.

El último punto del art. 1 exhibe ambas tendencias, al prohibir al colono la venta de su propiedad cuando se hallase a punto de saldar su deuda. Dado que las leyes argentinas prohibían la retención de bienes sobre los cuales no existieran deudas, la solución fue establecer un número elevado de cuotas anuales y aplicar condiciones que privasen al colono del derecho a adelantar la liquidación de su deuda. Hirsch y Cazès tendían a prolongar todo lo posible el término de los plazos anuales, y establecer que solo en casos excepcionales podría el colono liberar su tierra de la sujeción a la JCA antes del plazo estipulado. El comité de San Petersburgo solicitó facilitar las cosas a quien quisiera liberar su parcela y aun concederle una franquicia, además de establecer que la JCA poseería la opción de comprar la propiedad en caso de que su propietario deseara venderla antes del plazo estipulado para su liberación.¹⁷²

¹⁷² JCA/LON (Rusia 2A), carta de San Petersburgo, 24.4.1894, N° 93.

Esta brecha entre las dos soluciones a un mismo problema reflejaba la que existía entre las posiciones de Hirsch y Cazès, por una parte, y la del comité ruso, por la otra, respecto de los derechos del colono. El comité en San Petersburgo exigía que, en caso de embargo de una parte de su terreno para uso público (camino, escuelas, etc.), el costo de la misma fuera restado de las cuotas que el colono pagaba a la JCA; en cambio, según el texto del contrato propuesto por Hirsch y Cazès (art. 2), el colono se comprometía a pagar también por las tierras que se le embargaran. El comité ruso exigía que la JCA diera al colono garantías por la cosecha depositada en sus almacenes y corriera con los gastos de toda pérdida o perjuicio, pero esa propuesta no fue aceptada (art. 5). El comité ruso pidió moderar el artículo que permitía a JCA revocar el contrato y apropiarse de la parcela y los bienes del colono; según su propuesta, esa drástica medida solo se adoptaría tras una reiteración de la falta de pago anual o en caso de trasgresión de los principales artículos del contrato; pero también esto les fue denegado (art. 8). El comité ruso planteó asimismo el caso de impago por razones de fuerza mayor (plagas, sequía, etc.), pero el Barón rechazó también esta propuesta. Los representantes de la JCA en Rusia suponían que el objetivo del contrato era definir los derechos del colono y que correspondía evitar todo componente que permitiera sospechar que se establecían deliberadamente condiciones que el colono no podría satisfacer por más que se esforzara. El Barón y sus funcionarios Hirsch y Cazès sostenían que el contrato debía poner en manos de la JCA un arma efectiva contra los recalitrantes y los deshonestos;

por otra parte, prometían que la actitud de la JCA hacia los colonos buenos se basaría en indulgencia, a la manera de “un padre bueno y piadoso”.¹⁷³

En teoría, el Barón se había basado en formulaciones contractuales vigentes en la Argentina. Por cierto, si hubiese buscado otros modelos más liberales para con los colonos, ciertamente los habría hallado, pero ni él ni sus directores en Buenos Aires se tomaron la molestia de hacerlo. Los modelos más severos, que se aplicaban en muchos casos, le proporcionaron lo que deseaba: el precedente para fijar cláusulas que le asegurasen un permanente control de la situación. En sus palabras a Hirsch y Cazès, advirtiéndoles que no se dejaran llevar por los sentimientos a la hora de redactar los contratos, afirmó el Barón que las posturas filantrópicas no debían desempeñar en ellos papel alguno, ya que de todos modos la aplicación de las cláusulas sería benévola y paternalista, por lo cual era posible redactarlas según estrictos códigos comerciales.¹⁷⁴

En lugar de reconocer que ambas partes firmantes poseían derechos, como lo entendía el comité ruso y como lo considerarían posteriormente los mismos colonos, los contratos fueron establecidos con un criterio exclusivamente filantrópico que, al tiempo que prometía generosidad en su aplicación, se basaba en el poder del benefactor respecto de sus beneficiarios.

9.2. Previsiones económicas y presupuestarias

La evidencia de la imposibilidad de hallar grandes terrenos baratos en Chaco, Misiones y Formosa, obligó a revisar los programas de colonización en gran escala y calcular

¹⁷³ JCA/LON (362), carta del Barón a Buenos Aires, 29.4.1894, N° 265. El Comité de San Petersburgo apeló contra este concepto paternalista en tanto principio básico del contrato, en la carta N° 93, mencionada en nota 29.

¹⁷⁴ JCA/LON (362), carta del Barón a Buenos Aires, 4.5.1894, N° 270.

nuevamente sus costos. El Barón reclamaba insistentemente de sus funcionarios la elaboración de un presupuesto confiable que incluyera los gastos previsibles, e inclusive condicionó a la presentación previa de dicho presupuesto el comienzo de la absorción de colonos en Entre Ríos, la reorganización de Moisés Ville y el asentamiento de los grupos autónomos.

Procuraremos establecer en qué medida fue satisfecha la exigencia del Barón en el periodo que tratamos y cuáles fueron sus conclusiones, a través del examen de los cambios acontecidos en los puntos principales del presupuesto: el precio de la tierra y su calidad, los gastos del asentamiento y los ingresos previstos de las futuras chacras.

a. Las tierras. Durante todo este periodo el Barón se preocupó por la adquisición de numerosos terrenos amplios y contiguos entre sí, en los que pudieran establecerse miles de colonos. Pero, de hecho, el proyecto se limitó a un número de zonas de cultivo de cereales y de pastura en las provincias de la Pampa Húmeda: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y parte de Córdoba. En esas regiones esperaba el Barón hallar terrenos contiguos de 500-600 leguas cuadradas (1.250.000-1.500.000 hectáreas), a no más de 150 kilómetros de las vías ferroviarias, y en ellos dar comienzo a una colonización masiva. De ser necesario, estaba dispuesto a construir un tramo ferroviario que conectara con las vías existentes. Hirsch y Cazès se opusieron a esta idea porque, a su juicio, la compra de una superficie “casi del tamaño de Palestina” y su poblamiento con miles de judíos podría percibirse como la creación de una “Nueva Judea”.¹⁷⁵ Pero el Barón no se inmutó y continuó con la busca de un territorio de grandes dimensiones,

¹⁷⁵ JCA/LON (320), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 3.5.1894, N° 365.

consciente de que ello requería una cuidadosa preparación y un equipo de trabajo especializado. Mientras tanto, se fueron comprando superficies más reducidas a las que se definía como “terrenos del presente”; la calidad del suelo y el precio pagado por ellas determinaban el lugar de esos terrenos en los cálculos presupuestarios.

La primera adquisición en el periodo del que nos ocupamos fue realizada por Adolfo Roth en Entre Ríos. El terreno comprado el 12 de febrero de 1892, de 94.500 hectáreas, constituyó la más grande de las propiedades de la JCA hasta ese momento, lo cual desplazó a esa provincia el centro del proyecto, que hasta entonces se hallaba en las de Buenos Aires y Santa Fe. Hasta el final del desempeño de Roth, las propiedades entrerrianas de la JCA se incrementaron en algunas leguas cuadradas con la compra de la finca de Estanislao Zeballos (el ministro del Exterior de Argentina) en la zona boscosa del distrito de La Paz, ubicada al noroeste de los otros terrenos de la JCA y bastante alejada de los mismos.

En opinión de todos los directores que sucedieron a Roth, los elevados precios que este pagó por buena parte de los terrenos incrementaron las expectativas de los vecinos de la zona, y cada nuevo intento de compra se halló ante una escalada en los precios. La JCA adoptó una especie de huelga adquisitiva con el fin de frenar a los vendedores, e inclusive declaró explícitamente a la prensa que no compraría por el momento nuevas unidades; pero al mismo tiempo, continuó su adquisición de terrenos del presente en la provincia de Entre Ríos.¹⁷⁶ En resumen, las

¹⁷⁶ JCA/LON (304), carta del Barón a Kogan, 15.6.1893, N° 22, con orden expresa de abstenerse de nuevas compras con el fin de calmar el mercado. Kogan publicó un anuncio en los diarios *Deutsche La Plata Zeitung* (5.7.1893), *El Diario* (5.7.1893) y *The Standard* (18.7.1893), negando que existiera la intención de comprar terrenos en las provincias de Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y Buenos Aires, y negando que se estuviera pensando en traer a nuevos inmigrantes.

tierras adquiridas por la JCA en 1892-1895 costaron más dinero de lo previsto por el Barón y se concentraron en una sola provincia.

Limitadas las compras de tierras a la zona cerealera y a terrenos exclusivamente destinados a la siembra, la chacra unitaria debería ser suficientemente grande como para asegurar el sustento de la familia. Pero las opiniones sobre las dimensiones requeridas diferían entre sí. Roth decidió asentar a los colonos en San Antonio en unidades de solo 25 hectáreas, dejando otras 25 como reserva. En Moisés Ville fijó el tamaño de cada chacra en 50 hectáreas. El Barón reaccionó indignado ante esta "corrección" de lo fijado para San Antonio y estableció que esas 50 hectáreas fueran en adelante el máximo para cada unidad. Pero este principio no se basaba en un cálculo confiable sobre el volumen de la cosecha y los correspondientes ingresos, y los delegados de los grupos no lo aceptaron. Ya en su primera reunión con el Barón exigieron aumentar el tamaño de la parcela a más de 50 hectáreas, e inclusive consiguieron una reserva colectiva de 600-700 hectáreas para cada grupo. En la segunda reunión convencieron al Barón de renunciar al principio de las 50 hectáreas; y la parcela unitaria, al menos en Entre Ríos, fue establecida en 75 hectáreas; así las recibieron posteriormente los colonos. Como lógica consecuencia, el costo del terreno se convirtió en el principal componente de la deuda de cada uno de ellos.

b. Los gastos de asentamiento. Un terreno más grande exigía una mayor cantidad de bestias de trabajo, especialmente debido a la dificultad en la roturación de la tierra virgen. Además, era previsible en ese tipo de suelo una producción menor. Sin embargo, las expensas por compra de animales de labor continuaron representando en el presupuesto solamente un 15-25% de los gastos de asentamiento.

También las herramientas —arados, sembradoras, cosechadoras, carros, etc.—, debían adecuarse en calidad y cantidad al monto de la producción y a su carácter estacional de monocultivo. Aun cuando los cálculos sobre esta sección del presupuesto diferían según los principios establecidos en cada caso, de todos modos los costos de los equipos de trabajo en su conjunto, junto con los de los edificios, constituían el segundo factor en importancia en la deuda de los colonos.

Nadie dudaba de la necesidad de brindar apoyo económico a los colonos en el comienzo de su labor, pero existió un debate sobre los alcances de ese apoyo. El coronel Goldsmid estableció una tabla de subsidios, según la cual una familia de 6 personas recibiría entre 47,50 y 60 pesos por mes, según las edades de los hijos. Los cálculos de Kogan para Moisés Ville incluyeron el subsidio fijado por Goldsmid. Las protestas del Barón no modificaron las posiciones de sus representantes, quienes, en notable coincidencia, mantuvieron la cifra de 7,50-8 y hasta 10 pesos al mes por persona. Las divergencias tenían que ver con la duración del periodo de apoyo y con la incidencia de los ingresos que obtendrían los colonos por ramos adicionales de cultivo cuyo crecimiento era relativamente más rápido que el del trigo.

El sustento básico de las familias hasta la primera cosecha constituía uno de los principales rubros en los gastos de asentamiento; y como dependía del éxito de esa cosecha, este rubro pasó a ser el más impreciso de todos. En total, y según los cálculos de los delegados de los grupos, de Kogan y del enviado especial Yehoshúa Lapin, la deuda de cada colono con la JCA llegaría a 6.400, 6.856 y 6.156 pesos.

c. Los ingresos de los agricultores. A medida que aumentaba la deuda del colono con la JCA, aumentaban las dificultades en cuanto a su capacidad de pago y sus posibilidades de convertirse en agricultor independiente. El problema se agravó debido al brusco descenso en los precios internacionales del trigo, que en los mercados de Inglaterra bajó de 37 chelines por *imperial quarter* (480 litros) en 1891, a 22 chelines y 10 peniques en 1894; es decir, una reducción del 38%.¹⁷⁷ En esas condiciones, resultaba muy dudoso que los colonos pudiesen liquidar su deuda en diez o doce años, tal como figuraba en el contrato, mediante cuotas que las primeras estimaciones fijaban entre 770 y 900 pesos por año. Tras calcular los posibles ingresos del colono, aun con la expectativa más optimista de un rendimiento de 10 quintales de grano por hectárea sembrada, Kogan y tras él Hirsch y Cazès llegaron a la pesimista conclusión de que los mismos serían menores en 270-520 pesos de lo que el colono debía pagar anualmente en concepto de gastos de subsistencia y amortización de la deuda.

Hirsch y Cazès consideraron que la solución era incrementar el rendimiento por hectárea mediante la diversificación de cultivos. Pero a los medios para alcanzar dicha diversificación, los directores de Buenos Aires se referían solo por azar y en forma vacilante. El coronel Goldsmid, después de marcharse de Argentina, puso por escrito en sus ratos libres las ideas de sus asistentes al respecto. Según esas sugerencias, habría sido necesario introducir en las

¹⁷⁷ *Encyclopaedia Britannica*, 1968, vol. I, "Agriculture, the United Kingdom, depression and afterwards" (p. 389); vol. XVIII "Wheat, Prices and Statistics of, United Kingdom" (p. 494). Véase el testimonio de E.S. Wollman en *Jewish Chronicle*, 28.10-1892 (p. 9), sobre la continua baja en los precios del trigo en el mundo desde comienzos de la década de 1870 hasta 1892, de 320 a 165 francos la tonelada; su pronóstico era que el precio seguiría bajando, debido al aumento de las superficies sembradas.

colonias de Entre Ríos el cultivo del tabaco y del gusano de seda, junto con las industrias correspondientes; en Moisés Ville, el de la batata; y en Mauricio, el de la cebada. Kogan habló de viñedos en Entre Ríos, y Lapin escribió sobre el cultivo del centeno y la producción de quesos, jabón y velas en las diversas colonias. Pero estas ideas no llegaron a constituir propuestas concretas; por otra parte, es dudoso que hubiesen sido aceptadas, porque el Barón —y con él Hirsch y Cazès— consideraban que de ningún modo debía la JCA embarcarse en experimentos encaminados a encontrar otros rubros rentables, porque esos intentos implicarían la compra inmediata de equipos adicionales y una gran inversión en dinero, mientras que los resultados se verían a un plazo demasiado largo. Debido a ello, aun reconociendo la necesidad de ramos agrícolas alternativos, el Barón, Hirsch y Cazès se limitaron, en agosto de 1894, a afirmar su esperanza de que los mismos colonos supiesen escoger cultivos rentables “cuyos buenos resultados no tarden en llegar”¹⁷⁸

En cuanto a la cuestión de los pagos anuales que deberían realizar los futuros colonos, el Barón buscó la solución en la reducción del precio de los terrenos. A su juicio, en el país era posible conseguir buenas tierras a bajos precios, si se invertían esfuerzos en localizarlas. Con ese fin envió a la Argentina a mediados de 1893 al agrónomo Yehoshúa Lapin, quien examinó zonas de Entre Ríos y Buenos Aires y presentó un informe al respecto. Poco después, el Barón envió a otro emisario con el pedido de que

¹⁷⁸ JCA/LON (362), carta del Barón, 10.8.1894. El argumento de que era imposible mantener una hacienda solo con siembras ya había sido presentado dos años antes a David Haim por colonos que habían decidido marcharse de Mauricio con ese motivo; véase JCA/LON (305). Pese a ello, Goldsmid resumió sus ideas respecto de la variedad dentro de las haciendas solo cuando ya se hallaba viajando de regreso a Europa; véase JCA/LON (307), carta de Goldsmid al Barón, 23.5.1893.

ubicara un número de terrenos aptos para la colonización. A su regreso, el Barón comenzó a organizar una delegación de expertos que se dedicaría a la busca y exploración sistemática de terrenos en las distintas provincias, integrada por Lapin —que mientras tanto había vuelto a sus tareas en Rusia— y dos agrimensores judeo-rusos sugeridos por Feinberg. Durante la segunda mitad de 1894, negoció con los candidatos las condiciones y salarios de sus funciones. Tras el acuerdo, Lapin y el ingeniero Miron Mitelman viajaron a Argentina en busca de terrenos fértiles y baratos.¹⁷⁹

10. La realidad y las expectativas

Habían pasado tres años desde el despido del Dr. Loewenthal, y el proyecto no había avanzado más allá de lo logrado por este en cuanto a los precios de los terrenos del presente y en lo relativo a acuerdos concretos para la compra de los terrenos del futuro.

Los datos concretos de los gastos administrativos de la oficina de Buenos Aires superaban en mucho las estimaciones previas. Según el cálculo realizado por el contador Charlamb para la segunda mitad de 1892 (1.7.92-31.12.92), dichos gastos (sin considerar la compra de terrenos) llegaban a 1.931.830 francos, suma que echaba por tierra todas las previsiones del Barón. Pero pese a la alarma que esas enormes cifras le suscitaron, no modificó sus planes para el futuro, porque las consideró un accidente propio de un proyecto en sus comienzos. En el segundo informe anual de la JCA, halló alentador el hecho de que las pérdidas

¹⁷⁹ El ingeniero Miron Mitelman, oriundo de Chernowitz, estudiante de *yeshivá* (academia talmúdica) y luego del Politécnico de Zurich, había trabajado con éxito en la construcción del Canal de Panamá, pese a sufrir allí mucho por ser judío; véase JCA/LON (308), carta de Mitelman a JCA, 12.12.1894.

(142.500 libras esterlinas) no habían afectado su capital, porque el interés obtenido por sus fondos había suplido la falta.¹⁸⁰ A fines de 1894, suponía el Barón que los gastos administrativos se reducirían y serían cubiertos por los ingresos provenientes de las cuotas abonadas por los colonos y por cierto aumento en el precio de los terrenos que sería cargado a sus deudas. Por lo tanto, pese a su disgusto ante los egresos de la primera época, el Barón mantenía la expectativa de una mejora al final del segundo periodo de su proyecto, ya que la compra de los terrenos del futuro permitiría una planificación diferente de las chacras y reduciría las inversiones y los gastos administrativos.

Tampoco en la cuestión de las relaciones legales de la JCA con los colonos marcharon las cosas tal como las había previsto el Barón a comienzos de 1892. En lugar de un contrato que formalizara la autonomía y la mutua responsabilidad de los colonos —los dos principios sobre los que deseaba basar sus colonias—, el contrato finalmente acordado, tras conversaciones con sus representantes y sus asesores legales, explicitaba solamente las relaciones individuales del colono con la compañía, y su compromiso de participar en las áreas de la vida colectiva aparecía como otra obligación para con la JCA. Aun así, los contratos constituían, desde el punto de vista del Barón, otro signo de su confianza en el desarrollo correcto de su proyecto en los tiempos por venir.

¹⁸⁰ JCA/LON (304), carta de Charlamb, 27.1.1893, N° 101. CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/4), informe anual para 1892/1893, segundo año de existencia de la JCA.

11. Perspectivas para el futuro

Una administración eficiente y leal a sus ideas, agricultores aptos establecidos mediante un método colonizador adecuado, una planificación presupuestaria y legal confiable: en el logro de todas esas condiciones veía el Barón el requisito previo y la garantía para su ambicioso proyecto. Durante tres años debió luchar con toda clase de incidentes y situaciones que procuró manipular y controlar a distancia. Más de una vez debió adaptar sus instrucciones a la realidad argentina, tal como esta trasuntaba hasta él. Pero a comienzos de 1895 pudo considerar que sus esfuerzos eran coronados por el éxito.

Al frente de la oficina de Buenos Aires se hallaban Hirsch y Cazès, sobre cuya lealtad y disposición a aceptar sus principios y decisiones no le cabían dudas, tal como lo indica el tono de satisfacción que predominaba en su correspondencia con ellos. Los informes de ambos lo convencieron de que finalmente las colonias veteranas habían alcanzado estabilidad administrativa, social y productiva. Casi 15.000 hectáreas sembradas de trigo prometían, pese a la caída de los precios, un ingreso no menor de 60.000 libras esterlinas. Por lo tanto, era de esperar que tras la cosecha los colonos no solo dejarían de comer a la mesa de la JCA, sino que podrían comenzar a saldar sus deudas.¹⁸¹

En la provincia de Entre Ríos se estaba aplicando el nuevo método de asentamiento, en cuyas posibilidades de éxito confiaba el Barón, aunque no respondía exactamente a sus deseos. Al mismo tiempo había quedado claro que el presupuesto real del proyecto, aun en su formato reducido, era muy diferente del previsto. Sin embargo,

¹⁸¹ Véase el informe anual de la JCA para 1894 en *Jewish Chronicle*, 21.12.1894 (p. 11).

aunque las perspectivas de equilibrarlo no eran alentadoras, todavía eran probables cambios positivos: los precios de los cereales en el mercado mundial podrían recuperarse; los ingresos de los colonos podrían aumentarse mediante la diversificación de los cultivos y el agregado de nuevos ramos agrícolas. Ello, sumado al hecho de que los contratos estaban listos para la firma, le daba al Barón la sensación de que las bases de su gran proyecto estaban finalmente establecidas.

La prensa general y judía que seguía los eventos de la colonización en Argentina, y que en 1892 y 1893 se había apresurado a anunciar el fracaso del proyecto, cambió su actitud y a lo largo de 1894 comenzó a reflejar una imagen totalmente distinta. Un informe consular publicado por la cancillería británica describía en forma positiva y optimista el desarrollo del proyecto en Argentina. El *Jewish Chronicle*, principal órgano periodístico de los judíos de Gran Bretaña, destacó las esperanzas reflejadas en dicho informe, según las cuales el proyecto podría en un futuro convertirse en modelo de inmigración y colonización también para otros pueblos y no sería solo parte de la historia del pueblo judío.¹⁸²

Una fuente importante de ese creciente optimismo residió en las entrevistas que el Barón concedió a diversos diarios. En febrero de 1894, en su encuentro con un periodista del *Frankfurter Zeitung*, desmintió los rumores sobre la paralización del proyecto y reafirmó su convicción de que la Argentina era el país adecuado para el mismo. En mayo, informó a un cronista del diario húngaro *Pester*

¹⁸² S. H. Gastrell, Her Majesty's Vice Consul at Buenos Aires, Foreign Office Reports, Annual Series, citado en *Jewish Chronicle*, 16.3.1894. El informe se basó en información suministrada por la oficina de JCA en Buenos Aires. Incluye el detalle estadístico de la población de las colonias en octubre de 1893, sus equipos de trabajo, superficies sembradas y tipo de cultivos. También se ocupa del programa de autogobierno y sus resultados, como si ya se estuviese implementando.

Lloyd que todas las dificultades se estaban superando, y que confiaba en que representantes del periodismo europeo pudieran viajar a Argentina en un futuro cercano y verificar con sus propios ojos los progresos allí logrados.¹⁸³ Unos meses después le dijo al periodista judío Lucien Wolf que hasta entonces todos habían sido tanteos, giros a la derecha y a la izquierda, pero en ese momento, aun cuando todavía no se había encontrado el método ideal, al menos se sabía qué era necesario hacer. El Barón expresó su convicción de que llegaría el día en que se hallasen en Argentina de trescientos a cuatrocientos mil judíos, propietarios de chacras florecientes, ciudadanos respetados, fuente bendita de estabilidad y prosperidad nacional. Y según el periodista, añadió que estaba decidido a no detenerse hasta completar esa tarea.¹⁸⁴

Su buen ánimo no decayó cuando, al cabo de dos años de establecido el proyecto de JCA en Rusia, los diarios de San Petersburgo comenzaron a preguntarse si no cabía revocar su autorización en vista de lo limitado de sus logros. Esa impresión se incrementó a finales de ese año, debido a grandes cambios que acaecían dentro de Rusia. La muerte de Alejandro III a comienzos de noviembre de 1894 y el ascenso al trono de Nicolás II fueron acompañados de una ola de esperanzas y conjeturas, y la busca de signos que indicaran cuál sería la actitud del nuevo emperador para con los judíos. Algunas medidas positivas adoptadas por el gobierno, aunque de escasa significación, fueron interpretadas por la prensa judía local como anuncios de un giro positivo en ese sentido. Las ceremonias de

¹⁸³ Sobre el eco de esas publicaciones véase *Jewish Chronicle*, 2.2.1894 (p. 13), 1.6.1894 (p. 7).

¹⁸⁴ El artículo fue publicado en forma anónima por Lucien Wolf en *Daily Telegraph*, 7.7.1894, con el título "The New Exodus: A Chat with Baron de Hirsch". Véase Fraenkel (p. 5). Las citas están tomadas del artículo de Wolf en *Jewish Chronicle*, 8.5.1906 (p. 11), que figura también en Grunwald (pp. 120-121).

juramento de lealtad al nuevo zar, que se realizaron (según lo ordenaban las leyes) también en las sinagogas, tuvieron amplio eco. Y en una ceremonia dirigida por el rabino jefe de los judíos ingleses, Nathan Adler, en la gran sinagoga de Londres, este expresó su esperanza de que la política del nuevo zar sería diferente de la de su padre; entre las razones que mencionó estaban la amistad de Nicolás II con el Príncipe de Gales, y también lo que se conocía sobre su carácter moderado y apacible.¹⁸⁵

La perspectiva de una relación más benigna para con los judíos rusos le resultaba muy oportuna al Barón, quien confiaba que ello le daría el tiempo necesario para consolidar su gran proyecto sobre la base de lo logrado hasta el momento. Por lo tanto, 1895 aparecía como el año del fortalecimiento. Si bien solo se asentarían cinco o seis nuevos contingentes, en Rusia ello constituiría una “señal de vida”. La mayor parte del tiempo se emplearía en concluir los preparativos para una colonización más amplia que comenzaría al año siguiente, y en la localización y adquisición de los terrenos del futuro.

¹⁸⁵ *Jewish Chronicle*, 30.11.1894, 7.12.1894, y sobre todo 21.12.1894, artículo editorial.

Época de crisis

La tranquilidad y satisfacción del Barón llegaron a su fin a comienzos de marzo de 1895, cuando recibió informes que revelaban que la situación en las colonias era muy distinta de lo que él imaginara. Nuevamente la práctica desafiaba a la teoría, y ello impactó tanto el desarrollo del proyecto en Argentina como las decisiones que se tomaban en París.

1. Las decepciones

1.1. La crisis de la cosecha

Todos los actores del proyecto depositaban grandes esperanzas en la cosecha 1894/1895. A medida que el trigo iba madurando, Hirsch y Cazès solicitaron y obtuvieron del Barón un presupuesto de 190.000 pesos para adquirir carros, cosechadoras y trilladoras. De los cálculos de sus representantes dedujo el Barón que el volumen de la cosecha compensaría la reducción del precio del trigo en el mercado mundial, por lo cual los ingresos no solo habrían de cubrir los gastos de los colonos, sino también les permitirían devolver los subsidios de mantenimiento del año anterior y asegurarían su sustento en el año venidero. Hirsch y Cazès esperaban que también les sería posible, aun a nivel simbólico, comenzar a amortizar su deuda global.

Pero esas esperanzas se desvanecieron muy pronto, debido a una serie de imprevistas catástrofes naturales. En Mauricio, una helada agostó los cultivos la noche del 13 de diciembre. A ello siguió una ola de calor que reseco las espigas y provocó el desprendimiento de los granos. En Entre Ríos y Santa Fe, en diciembre y enero lluvias torrenciales de proporciones inusitadas quebraron las mieses maduras, abatiendo los tallos y desprendiendo las espigas. El resultado fue una cosecha mísera de escaso valor. Las 5.500 hectáreas sembradas en Mauricio produjeron solamente 30.000 quintales (quintal = 100 kg.), a razón de 5,5 quintales por hectárea, y en Entre Ríos y Moisés Ville la producción osciló entre 4 y 6 quintales por hectárea. El precio del trigo en la estación ferroviaria local fue solo de 3 a 4,90 pesos el quintal; de ese importe debían pagarse 1,10 por quintal a los trilladores y una suma adicional a los intermediarios de la comercialización.¹⁸⁶

Comparada con los cálculos de ingresos y egresos previstos por los directores de Buenos Aires —basados en una posible producción de 10 quintales por hectárea, que se venderían a 5-7 pesos el quintal—, la temporada agrícola 1894/1895 había resultado un desastre. Frente a ello, el Barón adoptó dos decisiones: la primera, diversificar la economía de las colonias introduciendo ganado vacuno donde hubiera terrenos aptos para el cultivo de alfalfa, si bien en forma limitada para no alterar el carácter agrícola de las mismas. La segunda, no ampliar el alcance del proyecto en 1895 más allá de las 184 familias ya organizadas para la emigración en Grodno (Lituania) y Tavria (sur de Rusia). Según el Barón, hasta que no quedara demostrado,

¹⁸⁶ JCA/LON (323), cartas de Hirsch y Cazès, 12.1.1895, 5.2.1895, 15.4.1895.

durante un año y medio de prueba, que la catástrofe era coyuntural y pasajera, no debían formarse nuevos grupos de emigrantes en Rusia.

Los desastres naturales afectaron a los colonos también anímicamente, ya que al fin de cuentas las esperanzas depositadas en la cosecha no habían carecido de fundamento; para parte de ellos se trataba de la tercera cosecha y la aguardaban ansiosamente. El Barón comprendió el peligro de que cundieran el desánimo y la desesperación, y pese a su propia decepción urgió a sus representantes a combatir el sentimiento de derrota, que tendría peores consecuencias que las catástrofes naturales. Por lo tanto, autorizó a Hirsch y Cazès a distribuir un subsidio limitado entre los colonos, dejando a su criterio el modo y la cantidad.¹⁸⁷ En otras palabras, frente a la crisis el Barón reaccionó de manera paternalista y generosa. Pero al poco tiempo también esa actitud habría de sufrir un importante cambio.

1.2. La crisis en las colonias veteranas

Tal como ya indicamos, la situación en las colonias veteranas no se correspondía con las descripciones de Hirsch y Cazès en sus informes al Barón, que tampoco mencionaban las tensiones crecientes dentro de la empresa.

Esas tensiones se incrementaron cuando los colonos comprendieron que los ingresos de la cosecha no bastarían para su sustento en el año entrante, y alcanzó su punto más alto cuando supieron que los administradores se proponían descontar de sus menguados ingresos todos los gastos de la cosecha y la trilla, así como el subsidio brindado a

¹⁸⁷ JCA (362), carta secreta del Barón, 1.3.1895.

lo largo del año anterior. Salieron a luz todas las quejas posibles reales e imaginarias contra los administradores, y los colonos se organizaron para manifestar su protesta.

La primera “revuelta” tuvo lugar en la colonia Clara en Entre Ríos, a fines de febrero de 1895; sus causas fueron la adjudicación de la trilla a un contratista de fuera de la colonia, la rigidez del administrador David Haim, y las negligencias y demoras en las reparaciones de un número de viviendas. Los colonos decidieron boicotear a la administración local suspendiendo sus contactos con ella. Con el fin de forzar la venida de un directivo de Buenos Aires, se dirigieron a la policía de Villaguay para informar sobre los disturbios acontecidos y explicar que, debido a la falta de contratos firmados, se veían expuestos a los caprichos de los funcionarios de la JCA. La queja fue transmitida al ministro del Interior de la provincia, quien se apresuró a exigir la presencia de Hirsch o Cazès antes de ordenar una acción policial. Hirsch viajó a la colonia, donde también gran parte de la cosecha de maíz se había malogrado por la sequía que azotó la región en febrero, y se vio forzado a conceder que los colonos se reservarían la cantidad de trigo necesaria para asegurar su sustento y la nueva siembra de 1895, pero exigió que antes se pagaran los gastos de la trilla. En caso de que el saldo no fuera suficiente, se comprometía a entregarles en julio lo necesario para su subsistencia, después de que hubiesen arado por lo menos la mitad de sus parcelas.¹⁸⁸

La segunda tormenta se desató en Mauricio un mes después. Aunque allí las cosas no llegaron a una intervención gubernamental, los directores de la empresa no la consideraron menos grave que la de Clara. La sospecha, aparentemente confirmada, de que los terrenos de la

¹⁸⁸ Sobre las revueltas en Clara, véase JCA/LON (323), informe de Hirsch, 1.3.1895.

colonia no eran suficientemente fértiles; la contratación externa de los servicios de trilla y transporte de la cosecha, que provocó la desocupación de los colonos y pérdidas estimadas en 20.000 pesos; la reducción de las atribuciones de sus representantes, a quienes no se permitía intervenir en ningún asunto importante; la rígida actitud del administrador René Brandeis, quien se proponía cobrar a los colonos las deudas de 1894 y suprimir el subsidio mensual de 1895: todos esos factores provocaron una agitación que forzó a Cazès a realizar una primera y prolongada visita a la colonia. También aquí se decidió no cobrar las deudas de 1894 y auxiliar a quienes habían sido particularmente afectados por la pérdida del trigo, subsidio que continuaría por lo menos hasta la cosecha de maíz. Cazès se convenció de que efectivamente la tierra de Mauricio no permitía mantenerse con unidades de 50 hectáreas y recomendó que se buscara el modo de llevarlas a 100 hectáreas por familia. En cambio, no aceptó las quejas contra el administrador, quien permaneció en su puesto.¹⁸⁹

Los disturbios en las colonias veteranas enojaron a Hirsch y Cazès y los llevaron a abandonar el tono moderado que había prevalecido en sus informes. De ahí en adelante adoptaron una línea de inculpación contra todos los colonos o parte de ellos. En cuanto a las administraciones de ambas colonias, en boca de los directores solo había elogios para las mismas. La responsabilidad de todos los problemas fue achacada a las fuerzas de la naturaleza y al carácter y conducta de los colonos, y particularmente a los agitadores que alentaban su insatisfacción, con ayuda de la

¹⁸⁹ El 15.4.1895, Cazès informó al Barón sobre la visita, que comenzó el 1º de abril de 1895 (JCA/LON 323). En sus memorias, Alpersohn describe dramáticamente las circunstancias que forzaron a Brandeis a invitar a Cazès a Mauricio, su conversación con Cazès y los resultados de la visita (1992, pp. 223-229); por error ubica la visita en la víspera de la Pascua judía de 1894.

prensa judía de Rusia; dicha insatisfacción provenía, según ambos directores, de su falta de voluntad de adaptarse a un régimen severo de trabajo.¹⁹⁰

Esas noticias tomaron por sorpresa al Barón. El informe de Hirsch sobre lo ocurrido en Clara le reveló por primera vez que no todo funcionaba bien en las colonias. Pese a que el informe defendía al administrador y a sus capacidades, ponía en descubierto también sus negligencias, la peor de las cuales era el hecho de que solo había respondido a las legítimas demandas de los colonos cuando se produjeron los disturbios. Pese a ello, su primera reacción –enviada por telegrama– incluía instrucciones para aplicar un castigo ejemplar a los incitadores de los mismos.

De la tensión reinante en Mauricio se enteró por la larga carta enviada por un colono (al parecer Abraham Rosenfeld) al editor de *Hatzfirá* en Varsovia; este no la publicó y la envió al Comité de San Petersburgo, quien a su vez la hizo llegar al Barón.¹⁹¹ Los problemas que el autor de la carta describía en detalle, junto con su afirmación de que llevaba tres años procurando destacar en sus escritos precisamente los aspectos positivos del desarrollo del proyecto, llevaron al Barón a considerar la posibilidad de que las quejas fuesen justificadas. Pero en la práctica se limitó a enviar la carta a Hirsch y Cazès para que investigaran la situación y corrigieran lo que fuese necesario, con la observación de que ese documento era una prueba adicional de la ingratitud de sus beneficiarios. Su disgusto contra los colonos aumentó con las quejas expuestas en las cartas de Hirsch y Cazès, lo cual lo llevó a renovar su exigencia de dos años atrás en cuanto a la necesidad de “depurar” las colonias de perezosos, provocadores y revoltosos.

¹⁹⁰ JCA/LON (324), carta de Hirsch y Cazès, 15.5.1895.

¹⁹¹ JCA/LON (Rusia 3).

Todo ello hizo que el Barón se arrepintiese de haber autorizado una expansión, aun limitada, de las colonias. En enero de 1895, y contra su anterior demanda de acelerar el envío de las 184 familias de Lituania y Tavia que se estaban preparando para partir hacia Argentina, ordenó reducir en cantidad y demorar ese operativo; a los directores de Buenos Aires les manifestó que, de haber sido informado antes, lo habría suspendido del todo. Respecto de la compra de nuevas tierras, su conclusión fue similar. “Depurar, consolidar, no innovar”: esa fue la consigna que transmitió a sus funcionarios, al cabo de esa segunda decepción que, lamentablemente, no sería la última.¹⁹²

1.3. La crisis de los contratos

La redacción de los contratos que habían de constituir la base de las relaciones legales entre la JCA y los colonos se prolongó durante dos años. Si bien las versiones preliminares fueron puestas en conocimiento de los miembros de los grupos todavía en Rusia, en la etapa de su evaluación, ni ellos ni sus representantes participaron de su elaboración. Por ende, cuando, en marzo y abril de 1895, los colonos de Clara y Mauricio exigieron recibir los contratos, no estaban en conocimiento de sus detalles, pero poseían la certeza de que los mismos definirían explícitamente sus obligaciones y derechos para con la empresa colonizadora.

A fines de mayo, Hirsch y Cazès fijaron los precios de los terrenos de todas las colonias, según su calidad y su distancia de las estaciones ferroviarias. Esos valores oscilaban desde 20 pesos la hectárea para los terrenos peores y más alejados en Mauricio hasta 70 pesos para los mejores y más

¹⁹² Véase JCA/LON (362), carta del Barón a Hirsch y Cazés, 22.3.1895. *Ibidem*, sus cartas de 18.4.1895, 26.4.1895, con instrucciones sobre los cambios en las funciones de Lapin y Mitelman, los miembros de la delegación de compras.

cercanos a la ferrovía en Basavilbaso. Con esto culminó el proceso de la formulación de los contratos, y llegó el momento de ponerlos en conocimiento de los colonos. Al poco tiempo, remitieron a las oficinas de las colonias una copia impresa de los mismos, con instrucciones de transmitirla a los colonos e informar a Buenos Aires sobre sus reacciones. El contrato no fue enviado a los contingentes de Rapoport, porque las cuentas personales de sus miembros todavía no habían sido organizadas.

Los administradores —René Brandeis en Mauricio, David Haim en Clara, Meshulam (Miguel) Cohen en Moisés Ville y Benjamín Beresoffsky en San Antonio— convocaron asambleas y leyeron a los colonos el contrato en castellano, lo que hizo necesaria su traducción al ídish, junto con explicaciones adicionales que fueron atendidas más que el texto en sí. La interpretación provocó rápidamente una ola de terribles rumores y estos, junto con aquellos artículos del contrato que tenían el propósito de asegurar el cumplimiento de los objetivos del proyecto y fortalecer a la JCA ante posibles demandas o desviaciones por parte de los colonos, provocaron la tercera y más compleja de todas las crisis: la crisis de los contratos.¹⁹³

Entre los colonos de Mauricio, los contratos causaron estupor: el monto de la deuda, el interés del 5% sobre la misma —feroz a sus ojos— y la obligación de saldarla en solo 12 años, les parecieron condiciones imposibles de cumplir. Por añadidura, el artículo que amenazaba con la revocación del acuerdo y la pérdida de todas las inversiones para el colono que dejara de saldar una sola de las cuotas, hicieron que el contrato les pareciera un medio para someterlos por completo a la arbitrariedad del administrador. A su juicio, esa severidad era consecuencia de la

¹⁹³ JCA (325), carta de Hirsch y Cazès, 1.10.1895.

hostilidad de los directivos hacia ellos, por lo cual no tenía sentido alguno intentar disuadirlos, y decidieron escribirle directamente al Barón, ya que habían recibido de este el permiso de hacerlo en casos especiales. Por consejo del médico Théophile Wechsler, los colonos de Mauricio se abstuvieron en su carta de enumerar sus quejas por el contrato y solo pidieron que la central de la JCA enviara a la Argentina a una persona confiable para ambas partes e independiente de la administración local, que pusiera verificar sus reclamos y evaluar las calumnias que, a su juicio, había elevado el administrador contra ellos. Este árbitro habría también de volver a redactar los artículos del contrato, que habían considerado con suma seriedad y que no podrían firmar tal como estaba. El problema de los contratos, en opinión de los colonos, era capital para el proyecto en su totalidad y una encrucijada en la que se decidiría su continuación o su interrupción.

En el ínterin, para ganar tiempo, los colonos respondieron al administrador que no podían concentrarse en el análisis de los contratos por hallarse en medio de la cosecha de maíz, y que justamente por ser la misma abundante pasarían tres meses antes de que pudieran hacerlo.¹⁹⁴

También en Entre Ríos causaron los contratos gran alboroto. Hubo oposición no solo al monto del interés, sino al hecho mismo de su imposición. Entre otras propuestas, los colonos exigían que en caso de anulación del contrato todos los pagos ya efectuados fuesen devueltos; que una parte definida de la cosecha anual quedara en propiedad del colono; que se les diera la posibilidad de realizar los

¹⁹⁴ JCA (324), carta del administrador Brandeis, 10.6.1895, con resumen de las respuestas de los colonos; y véase la carta al Barón de los colonos de Mauricio, 12.6.1895, en traducción al alemán, firmada por los ocho directivos de la asociación local Agudat Ajim (Asociación de Hermanos), que eran los representantes elegidos por los colonos en tiempos del administrador David Haim.

pagos anuales en efectivo, sin la obligación de depositar toda la cosecha en los graneros de la empresa. Y también allí decidieron los colonos no firmar el contrato tal como les había sido presentado.

Solo en Moisés Ville no se suscitó tormenta alguna al respecto. El administrador Meshulam Cohen se esforzó en explicar los contratos en detalle. Por su parte, los veteranos —los viajeros del *Weser*—, que ya habían tenido la experiencia del contrato de Palacios, se hallaban en un momento de consolidación pese al fracaso de la cosecha de trigo, y desde mediados de 1894 reinaba en la población una atmósfera de vigor y progreso. Por esa razón, y aunque la rigidez del contrato no pasó desapercibida a sus ojos, se limitaron a pedir un solo cambio: la prolongación del periodo de los pagos anuales, sobre todo para quienes tenían deudas de años anteriores. Dado que Hirsch y Cazès estuvieron dispuestos a esa modificación y prolongaron el periodo de pagos de 12 hasta 20 años, según el monto de cada deuda, los moisesvillenses aceptaron firmar los contratos y desoyeron los llamados de las otras colonias a una lucha conjunta contra la JCA.¹⁹⁵

Ante la oposición de los colonos de Entre Ríos y Mauricio, Hirsch y Cazès decidieron presionarlos y suspendieron todos los suministros a los involucrados en la misma. En Mauricio, esa medida afectó a muchos que debían recibir de la administración semillas de trigo para la siembra. Algunos dirigieron a Cazès, en nombre de todos, una grandilocuente carta en hebreo, pidiendo la renovación del suministro y el permiso de enviar a Buenos Aires a dos

¹⁹⁵ JCA/LON (324), carta de Hirsch y Cazès, 15.6.1895; carta de Cohen desde Moisés Ville a Hirsch y Cazès, 20.9.1895, en que informa que los últimos opositores a los contratos se convencieron de que sus temores carecían de base, y por ello no respondieron a una carta enviada por colonos de Entre Ríos que los convocaban a sumarse a sus luchas. Cociovich, 1987 (pp. 141-146), confirma esos hechos, pero confunde su orden.

representantes que conversarían con él sobre los contratos. Algo semejante hicieron los colonos de Entre Ríos. Hirsch y Cazès se mostraron dispuestos a recibir a una delegación que representase a todas las colonias opositoras.

La reunión tuvo lugar a fines de junio de 1895 en la oficina de Buenos Aires. Los colonos expusieron sus reparos a los contratos, pero todas sus exigencias fueron rechazadas, salvo una promesa de flexibilizar el número de las cuotas anuales —como ya se había hecho en Moisés Ville— y de revisar la posibilidad de delimitar un nuevo terreno de pastura que permitiera la cría de ganado. Hirsch y Cazès sostuvieron que el Barón mismo había autorizado los artículos del contrato y que ellos carecían de facultades para modificarlos. Los colonos solicitaron el envío de representantes al Barón; los directores respondieron que no tenían inconveniente, pero dudaban de que el Barón fuese a recibirlos, por lo que les sugerían poner sus argumentos por escrito y enviarlos a París por intermedio de la oficina de Buenos Aires. Aunque el informe de Hirsch y Cazès sobre esta reunión la presenta como tranquila, de hecho hubo en ella intercambios muy duros, y la misma terminó con la afirmación de los directores de que no harían cambio alguno que no fuese ordenado desde París. De vuelta en su alojamiento en la capital, los desilusionados colonos decidieron enviar su mensaje directamente sin la intermediación de la oficina central, reunieron entre todos una buena suma de dinero y remitieron un largo y detallado telegrama al Barón.

Mientras tanto, en las colonias, los administradores continuaban su campaña de persuasión y presión. En Mauricio, Brandeis actuó con firmeza contra los líderes de la oposición, y su negativa a entregarles las semillas para la próxima siembra consiguió doblegar a los colonos que las necesitaban. Hasta mediados de julio, logró obtener

las firmas de 77 familias, y estaba seguro de conseguir las faltantes mediante ese u otro elemento de presión. En San Antonio, el administrador no entregó a los rebeldes el subsidio mensual, y lo mismo hizo David Haim en Clara. Muchos colonos firmaron o se comprometieron a hacerlo cuando llegaron sus contratos. Pero la mayoría de los veteranos se mantuvieron en su rebelión, alimentándose de los restos del trigo y de la cosecha de maíz, que había sido especialmente buena en Mauricio. Del destino del telegrama no tuvieron noticias, pero a principios de septiembre fueron convocados a la oficina local y el funcionario les leyó un fragmento de una carta del Barón, que les informaba que su negativa a firmar había sido interpretada como el temor de que, a su muerte, la JCA retirara su apoyo filantrópico; que semejante cambio no se produciría y que los colonos trabajadores contarían siempre con el apoyo de la empresa. Esta declaración causó estupor en Mauricio, donde fue vista como una nueva muestra de la deformación de sus argumentos. Los colonos se apresuraron a transmitir al Barón, al mismo tiempo, su conmoción ante la misma y una declaración de lealtad, a fin de aclarar que sus protestas no habían nacido de idea alguna respecto de su fallecimiento y se referían solamente a la actuación de sus representantes locales. Pero tampoco a esta segunda misiva se recibió en Mauricio respuesta alguna; la misma fue remitida a la oficina de Buenos Aires con una nota del Dr. Sonnenfeld desde París, según la cual el Barón había decidido no responderla.¹⁹⁶

¹⁹⁶ JCA/LON (324), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 5.7.1895. Alpersohn, 1992 (pp. 231-233), describe la entrevista, en la que participó como representante de Mauricio. En la segunda mitad de julio de 1895, el Barón pensó que convenía enviar a los colonos una declaración explícita. Para ello le propuso a Hirsch y Cazès traducir al ídish un párrafo de su carta del 27.7.1895 y difundirlo en las colonias (JCA/LON 362). Hirsch y Cazès aceptaron y lo hicieron en Mauricio el 6 de sep-

Mientras tanto, un sector de los colonos se dirigió a entidades externas, con el pedido de que presionaran a la conducción argentina de la JCA. Otros transfirieron sus problemas al cónsul ruso en Buenos Aires; y algunos se dirigieron a la prensa, en la que obtuvieron apoyo. El mayor eco fue el que lograron en la Dirección de Inmigración y en su director, Dr. Juan Alsina. Los reparos de este alto funcionario respecto de la inmigración judía se habían manifestado en varias ocasiones anteriores, y cuando se le solicitó intervenir ante la JCA en favor de los colonos, su respuesta fue inmediata. A mediados de julio solicitó del gobierno de Entre Ríos un examen de los métodos de trabajo de la administración civil en las colonias judías, y particularmente de las relaciones financieras entre la empresa colonizadora y los agricultores. Paralelamente, designó a una comisión formada por sus propios funcionarios y otros del Ministerio de Trabajo, que había de entrevistarse en el futuro con inmigrantes traídos por la JCA cuando arribaran a Buenos Aires y realizar su seguimiento, así como obtener de los mismos testimonios en cuanto a los compromisos y relaciones legales entre ellos y la JCA. A los directores de Buenos Aires les solicitó una copia del contrato modelo, y todo ese material fue publicado en forma destacada en el informe anual de su oficina, junto con sus críticas a la JCA y la manifestación expresa de su disposición a transferir toda protesta legal de los colonos a la consideración de los asesores legales del gobierno.¹⁹⁷

tiembre de 1895. CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/5), carta de colonos de Mauricio a la directiva de JCA, 21.9.1895. Sonnenfeld transmitió la respuesta del Barón a Hirsch y Cazès el 20.10.1895.

¹⁹⁷ Departamento Nacional de Inmigración, *Informe...* (pp. 225-235, 317-318). CAJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/copiador interno 6), carta de Hirsch y Cazès a Juan Alsina, julio 1895, sobre la recepción del contrato.

A mediados de agosto, la lucha se amplió y también los grupos dirigidos por Gregory Rapoport se incorporaron a la misma. Al principio, Rapoport había logrado impedir que su gente tomara parte en la rebelión de los veteranos, con el argumento de que esa abstención podría valerles ante el Barón e introducir facilidades en sus propios contratos. Al aproximarse la época de la cosecha de trigo —la primera para muchos de los nuevos colonos—, Hirsch y Cazès quisieron saber si esos grupos firmarían los contratos o se unirían a los rebeldes. Rapoport viajó a Buenos Aires para exponer en forma directa las demandas de sus representados, junto con sus propios comentarios.

La primera de esas demandas se refería al alcance de la deuda y las condiciones de su liquidación. Rapoport sugirió a Hirsch y Cazès que esas condiciones se basaran en la capacidad potencial de pago por parte de cada colono; según sus cálculos, la misma llegaba a un máximo posible de 600 pesos por año. La segunda demanda se refería al derecho del colono a no saldar la cuota anual de su deuda en casos de pérdidas por “fuerza mayor”, es decir, desastres naturales. Rapoport proponía que el árbitro mencionado en el art. 10 tuviese facultades para decidir sobre la aplicabilidad del concepto “fuerza mayor” y para autorizar la cancelación de los pagos. La tercera demanda se refería al depósito de la cosecha en manos de la administración: Rapoport sugería que solo una parte de la misma, equivalente a la deuda anual, fuera entregada a los almacenes de la empresa.

Hirsch y Cazès le sugirieron que pusiera sus propuestas por escrito y ellos las transmitirían al Barón, manifestando sus firmes reparos respecto de la primera demanda, pero también su disposición favorable a las otras dos. Dos semanas después, durante sus largas conversaciones con los habitantes de las colonias veteranas en Entre Ríos,

David Cazès les expuso las objeciones de Rapoport al contrato. Los colonos concordaron con las propuestas y agregaron otras tres: 1) que en caso de que fuera embargados terrenos para la construcción del ferrocarril, los dueños de los mismos fuesen indemnizados (art. 2); que en el art. 4 se señalara que tenían derecho a desarrollar la cría de ganado vacuno; 3) que, contra lo que figuraba en ese mismo artículo, se les autorizara a emplear mano de obra asalariada en la época de la cosecha y la trilla. Hirsch y Cazès transmitieron esos pedidos al Barón junto con una entusiasta recomendación, al tiempo que volvían a destacar su oposición a la primera de las demandas, común a todos los colonos: la reducción de la deuda y el interés.¹⁹⁸

Habían transcurrido tres meses desde el comienzo del conflicto, se acercaba la época de la cosecha, y todos aguardaban la respuesta del Barón. Los directores de Buenos Aires mantenían su determinación de no brindar ayuda financiera para la cosecha a quien no hubiese firmado su contrato, aun cuando estaban dispuestos a hacer concesiones en cuanto al texto del mismo. Los colonos continuaban firmes en su voluntad de no firmar el texto original.

La oposición de los colonos contradecía completamente las ideas del Barón en cuanto a la índole de las relaciones legales entre aquellos y la JCA. Al recibir el telegrama de los representantes tras la reunión de Buenos Aires, se limitó a telegrafiar a sus funcionarios que obviamente él no les respondería, y les exigía actuar con gran firmeza, incluso si era necesario expulsar a esos representantes. Parecida fue su reacción a las cartas enviadas desde Mauricio. Pero su actitud se ablandó cuando recibió el informe detallado del agrónomo Lapin sobre las colonias de

¹⁹⁸ JCA/LON (324), carta de Rapoport a Hirsch y Cazès, 25.8.1895. JCA/LON (325), carta de representantes de Clara, 11.9.1895; informe de Cazès sobre su visita a Entre Ríos, 1.10.1895.

Entre Ríos, y especialmente cuando cambió la índole de los informes que llegaban de Buenos Aires: junto con los resúmenes estadísticos y los informes regulares que hasta entonces habían sido su principal fuente de información, a su pedido comenzó a recibir copias de la correspondencia interna con las administraciones de las colonias. La lectura de ese material hizo que considerara los memorandos de Rapoport y de los delegados de Clara no como expresiones de una rebeldía que debía ser castigada, sino como un análisis serio y digno de consideración y reflexión.

Estos documentos, así como las informaciones que le llegaban desde otras fuentes, convencieron al Barón de la necesidad de reconocer dos hechos básicos: 1) la amortización de una deuda de 10.000 pesos en cuotas anuales durante doce años era impracticable; 2) los ingresos obtenidos de los cereales, aun en los mejores años, no pondrían en manos del colono recursos suficientes para liberarse de sus deudas. En consecuencia, aceptó introducir varios cambios en el contrato:

- a. El pago anual máximo sería de 600 pesos, sin modificar la suma total y sin renunciar al interés, y el número de cuotas anuales se fijaría en cada caso en forma individual.
- b. Los colonos tendrían derecho a postergar las cuotas anuales en caso de perjuicios provocados por fenómenos de fuerza mayor; la decisión al respecto quedaba en manos de la oficina central de la JCA en París y no en las del árbitro.
- c. La cantidad de cereal depositado en los graneros de la JCA no sería mayor (en su valor estimado) que la deuda anual del colono, pero la administración no sería

responsable por el producto almacenado, salvo en los casos en que los perjuicios o reducciones se debieran a negligencias de sus empleados.

Cuando recibió el memorando de los colonos de Clara, el Barón contestó positivamente también a las tres demandas adicionales: indemnización por tierras embargadas para la construcción del ferrocarril, permiso para emplear mano de obra asalariada y permiso para criar ganado. El Barón explicó sus concesiones afirmando que al fin de cuentas no era bueno aparecer como obcecados cuando era posible ser conciliadores.

Pero esta actitud conciliadora del Barón no fue aceptada por el Comité Central de París ni por Jules Dietz, el asesor jurídico de la JCA, quienes propusieron que, como máximo, se autorizara a la oficina de Buenos Aires a renunciar, provisoriamente y según su propio criterio, a parte de los pagos del colono que hubiese perdido su cosecha. Frente a ello, el Barón decidió proceder de un modo inusitado: envió a Buenos Aires tanto sus propias resoluciones como las de sus funcionarios, dejando en manos de Hirsch y Cazès la decisión última respecto de todas ellas.

Los directores de Buenos Aires optaron por la benevolencia. Dado que de todos modos el número de cuotas anuales dependía del éxito de la cosecha y ya habían aplicado cierta elasticidad al respecto en Moisés Ville, aceptaron que la deuda se extendiera a veinte años. Que los casos de fuerza mayor como motivo para eliminar la deuda quedasen sometidos a la decisión de París y no de un árbitro independiente no les pareció una concesión importante, ya que de todos modos la JCA no habría anulado un contrato con un colono moroso debido a catástrofes naturales. Con la misma actitud consideraron las otras demandas de

los colonos, que no eran más que la especificación de casos en los que la JCA por sí misma habría decidido actuar con generosidad hacia ellos.¹⁹⁹

El Barón y la dirección de Buenos Aires estaban persuadidos de que sus concesiones habían desarticulado la oposición a los contratos, y que solo restaba volver a imprimir los documentos corregidos y presentarlos a la firma de los colonos. Pero los colonos no pensaban lo mismo, particularmente aquellos que estaban organizados en grupos.

Dado que las mieses estaban madurando, los colonos comenzaron a presionar a Rapoport, aún antes de que llegaran las respuestas del Barón, para que obtuviera de la oficina de Buenos Aires la maquinaria para la cosecha. Hirsch y Cazès informaron a Rapoport que habría cambios positivos en los contratos, pero que hasta que los colonos no firmasen por lo menos un compromiso previo, no se les proporcionarían los equipos. Los colonos designaron una delegación que salió hacia Buenos Aires para deliberar con los directores. Por su parte, Rapoport se apresuró a enviar un telegrama a Buenos Aires informando que esos delegados eran los cabecillas de la rebelión y que, si Hirsch y Cazès conseguían convencerlos de que firmaran los compromisos, todos los demás harían lo mismo. La delegación conversó con Hirsch y Cazès en varias ocasiones y finalmente sus miembros lograron evadirse del compromiso aduciendo que, si firmaban en la oficina de la empresa, sus compañeros perderían su confianza en ellos, y por ello era preferible que la firma se realizara en la colonia. Mientras

¹⁹⁹ JCA/LON (362), carta del Barón a Buenos Aires, 22/3/1895. JCA/LON (402), telegrama del Barón a Buenos Aires, 3.7.1895. JCA/LON (362), cartas secretas del Barón a Buenos Aires, 1.10.1895; 11.11.1895, N° 370. JCA/LON (402), cartas casi simultáneas de Sonnenfeld, 8.10.1895 y 12.11.1895. El dictamen de la Directiva de París y del asesor legal se adjuntaron a la carta sereta del 1.10.1895. Véase JCA/LON (325), respuestas de Hirsch y Cazés al Barón, cartas secretas N° 21 y 22, 15.11.1895.

tanto, se asesoraron en Buenos Aires con otras personas que, según Rapoport, lograron convencerlos de no firmar y de no confiar en las promesas de los directores. A su regreso, en lugar de actuar como lo habían prometido en Buenos Aires, comenzaron a azuzar a sus compañeros para que no firmasen y a enfrentarlos con los contados colonos que ya lo habían hecho. En eso estaban las cosas cuando llegó la respuesta del Barón sobre las facilidades que se introducirían en los contratos; Hirsch y Cazès se apresuraron a informar a Rapoport, pidiéndole que notificara a los colonos. Pero, debido a la actuación de los incitadores, los ánimos estaban muy revueltos y reinaba una total desconfianza dentro de los grupos, lo cual anuló casi por completo la escasa influencia que todavía poseía Rapoport.

El 18 de noviembre de 1895, presionado por las masas de colonos que colmaron su oficina, Rapoport se vio forzado a telegrafiar a Hirsch y Cazès pidiendo que le permitieran informarles que en el transcurso de ese año serían libres de vender toda la cosecha por su propia cuenta; los colonos precisaban esa promesa para contactar directamente a los proveedores de maquinaria, que les facilitarían los equipos tomando la cosecha como garantía. Rapoport insistió ante los directores en la necesidad de atender a su pedido, ya que de otro modo la demora podría echar a perder la cosecha entera, y ello provocaría un escándalo público y hasta demandas de indemnización presentadas ante las autoridades locales. Por el momento, dejaba de insistir en el tema de las firmas, pero al mismo tiempo envió a Buenos Aires los nombres de 55 colonos que habían firmado un consentimiento previo, pidiendo que se les proporcionara inmediatamente la maquinaria que necesitaban. Hirsch y Cazès respondieron positivamente, aceptaron no exigir ese año el pago de las deudas y enviaron las máquinas a quienes habían firmado.

Pero en ese momento, la lucha de los colonos alcanzó su grado más alto. Una importante representación de los grupos viajó a Villaguay, donde solicitaron al jefe de la policía local que interviniera en su favor en las cuestiones de los contratos y la maquinaria agrícola. Al mismo tiempo, el 24 de noviembre, decenas de otros colonos tomaron por asalto los equipos llegados a la estación de Basavilbaso y destinados a quienes habían firmado, se llevaron gran número de máquinas y las escondieron en sus chacras. Su propósito era que la cosecha de los “firmantes” —a quienes denominaban “apóstatas”— se perdiera al igual que la de ellos. Rapoport viajó de prisa a Basavilbaso para convencer a los colonos de que devolvieran los equipos, pero allí supo que tenían la intención de destruir las maquinarias recibidas por otros dos grupos. Se apresuró a llegar a Villaguay y, con dinero de la JCA, contrató una guardia de cuatro policías para cada uno de los grupos problemáticos.

La solicitud presentada a la policía de Villaguay no fue atendida, por lo cual los colonos se dirigieron mediante telegrama al gobernador de Entre Ríos pidiendo su intervención en el conflicto con la JCA. El gobernador se comunicó inmediatamente con los directores en Buenos Aires y les pidió que viajaran a la colonia con el fin de calmar los ánimos. Samuel Hirsch se encontró en Concepción del Uruguay con Rapoport, quien le informó que las máquinas habían sido recuperadas y puestas a buen recaudo, y que la policía mantenía el orden en los grupos. Acompañado por Rapoport y una escolta policial, Hirsch recorrió los grupos y habló con los colonos y sus representantes, quienes le manifestaron su continuada oposición a los contratos debido al monto de la deuda que se les había fijado, y su deseo de enviar una delegación al Barón. En sus palabras, se lamentaron de haber cedido a la tentación de abandonar Rusia, donde habían sido más felices que en Argentina.

Mientras tanto, se preparaban para efectuar la cosecha ya fuera con maquinaria alquilada, ya fuera a pulso, con hoces y guadañas. En cuanto a la trilla, algunos se dirigieron a contratistas privados, otros se disponían a trillar con animales y aventar el grano con herramientas manuales. La resistencia de los grupos a los contratos influyó también en los colonos veteranos de Clara y San Antonio, que en su mayoría ya habían aceptado firmar en vista de las modificaciones introducidas por el Barón, pero ahora preferían demorar la firma a fin de obtener también ellos los beneficios concedidos a los grupos de Rapoport.²⁰⁰

Al contrario de la crisis en las colonias veteranas, que podía aparecer como la continuación de sus problemas en años anteriores y, por lo tanto, posible de superar, la crisis de los contratos —y sobre todo la rebeldía de los grupos de Rapoport— parecía un golpe decisivo a las expectativas y esperanzas del Barón. Su respuesta no demoró en llegar, pero en el ínterin y paralelamente fue desarrollándose una nueva crisis, esta vez en las relaciones del Barón con sus funcionarios de Buenos Aires.

1.4. La crisis en la administración

Tan grande como había sido la confianza del Barón en sus representantes en Argentina hasta comienzos de 1895, tal fue grande su decepción al irse revelando los problemas que ponían en riesgo la ejecución de su proyecto. En un primer momento, cuando se enteró en marzo de que los colonos de Clara se habían rebelado contra el administrador David Haim, consideró que lo inesperado de la noticia se debía a descuidos puntuales en la información que le

²⁰⁰ JCA/LON (314), carta de Rapoport, 27.12.1895. JCA/LON (325), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 30.11.1895, a la que se adjunta su correspondencia con Rapoport; informe de Hirsch al Barón sobre su visita a Entre Ríos, 17.12.1895.

enviaba la oficina de Buenos Aires. Pero pronto comprendió que el problema se hallaba en los informes manipulados de Hirsch y Cazès, que lo habían mantenido ignorante de lo que realmente ocurría en las colonias. Cuando estos continuaron presentando a los colonos veteranos renuentes a firmar los contratos como faltos de voluntad para el trabajo, y atribuyendo los problemas a la presencia de agitadores e “individuos negativos”, el Barón comenzó a sospechar que algo no andaba bien y se enfadó con ellos. A su pedido, empezó a recibir copias de la correspondencia administrativa, con lo que sintió que por primera vez podía hacer el seguimiento de los sucesos cotidianos en las colonias, y ello provocó cierto cambio en sus concepciones y actitudes. Al mismo tiempo, esa información amplió sus críticas hacia los directores de Buenos Aires y dio base a sus previas sospechas de que ambos no eran los “hombres de negocios” que había creído ver en ellos antes de la crisis.

El Barón les atribuyó también, al menos en parte, los errores de procedimiento que produjeron la crisis de los contratos, y aceptó la crítica de Rapoport, según la cual, si Hirsch y Cazès hubiesen viajado personalmente a las colonias y explicado a sus habitantes el contenido de los mismos, en vez de delegar esa función en los administradores locales, se habría evitado la atmósfera de desconfianza que acompañaba al episodio desde su comienzo. También dedujo que Hirsch y Cazès habían sido demasiado blandos en su actitud hacia los colonos, convencidos de que si insistían podrían convencerlos; sus equivocaciones habían concedido una apariencia de justificación a las objeciones de estos.

Los directores de Buenos Aires procuraron refutar la crítica del Barón y explicarle sus actuaciones y la razón de sus errores. Pero en un punto se opusieron abiertamente a él: el problema de la limpieza o cribado de los colonos.

El punto de partida de Hirsch y Cazès era que, en lugar de expulsar a los elementos supuestamente perjudiciales, era preferible hacer todo lo posible para ayudarlos a integrarse al proyecto; este era, para ellos, el objetivo de la JCA y su carácter filantrópico. Por otra parte, no creían que se pudiese realizar un cribado completo, porque se basaría por fuerza en una evaluación momentánea y subjetiva que podría ser errónea, y el futuro de tantas familias no debía depender de factores tan inestables. Además, una limpieza forzada despertaría un eco negativo en la opinión pública, y la JCA debía tener en cuenta que su misión era demostrar que el judío es tan creativo como todos los hombres. Sostenían también que la injuria que caería sobre la empresa sería extendida a toda la población judía de Argentina, cuyos intereses en el país aumentaban continuamente. En consecuencia, Hirsch y Cazès preferían no efectuar el cribado exigido por el Barón, sino manejarse en las colonias veteranas y en la cuestión de los contratos con lo que ellos denominaban “persistente firmeza”.

Pero todas las explicaciones proporcionadas por Hirsch y Cazès, y sobre todo el principio que adoptaban, no lograron disipar la decepción del Barón. En carta a Sonnenfeld del 5 de octubre, afirmaba que a su juicio ambos funcionarios, aunque honestos y dedicados, eran unos “maestritos” y lo serían siempre (dos años antes Kogan los había apodado de ese modo, y el término se había arraigado en el vocabulario del Barón). Pero ni el Barón ni, especialmente, la comisión directiva parisina quisieron amonestar explícitamente a los directores. Luego de una reunión mantenida en la oficina central, el Barón aceptó

reemplazar la carta que tenía preparada para ellos y enviarles una mucho más moderada “que no había de ofenderlos.”²⁰¹

El motivo de esas precauciones era que, pese a sus críticas, el Barón temía que Hirsch y Cazès renunciaran a sus cargos, lo que habría agravado la de por sí preocupante situación. Esto fue explícitamente manifestado en las reuniones de la conducción de la JCA en París en octubre y noviembre de 1895, en las que se consideró el envío de un representante especial a Argentina. La idea había sido sugerida por el Dr. Sonnenfeld, pero el Barón dudaba de su conveniencia, temiendo nuevas conmociones en la oficina de Buenos Aires. No obstante, cuando Sonnenfeld insistió en su propuesta, el Barón le presentó una detallada lista de objetivos para cuya implementación estaría dispuesto a aceptarla. A ello respondió Sonnenfeld —a la sazón director general de la empresa— que asumiría él mismo la función de enviado especial. El Barón, que se encontraba en su residencia de Moravia, aceptó en principio, solicitando que la decisión se postergara hasta su regreso a París y la confección de un programa detallado. En París, conversó con David Feinberg, quien ya a principios de noviembre se había ofrecido a viajar a la Argentina, y finalmente se decidió que ambos —los más altos funcionarios de París y de San Petersburgo— irían juntos a Buenos Aires.

El Barón informó al respecto a Hirsch y Cazès en carta del 15 de diciembre, pero sin mencionar los propósitos de los enviados ni sus amplias atribuciones. En cambio, aducía que la lentitud de los servicios de correos y la resultante

²⁰¹ JCA/LON (324), carta secreta de Hirsch y Cazès, 5.7.1895, respuesta a las cartas del Barón del 15.6.1895 y del 24.6.1895. JCA/LON (402), carta del Barón a Sonnenfeld, desde Eichhorn, 5.10.1895, N° 78. JCA/LON (362), versión original de la carta secreta del Barón a Hirsch y Cazés, 5/10.1895, guardada en el archivo de París, y allí la carta enviada el 22.10.1895, corregida después de los reparos de Sonnenfeld y el asesor legal J. Dietz.

dificultad en mantener un diálogo fluido hacían necesario que un miembro de la comisión directiva viajara periódicamente a Buenos Aires para conversar sobre las cuestiones de mayor importancia. El enviado era el Dr. Sonnenfeld y sus temas principales eran el presupuesto y la limpieza de las colonias; David Feinberg había manifestado su voluntad de acompañarlo y la Dirección había aceptado, conociendo su dedicación al proyecto y confiando en que sus consejos serían de la mayor utilidad. No se trataba, pues, de una delegación de “inspectores” destinados a educar a los “maestritos”, sino una suerte de enviado rutinario acompañado de un asesor.²⁰²

Esa fachada no logró disipar la amargura de Hirsch y Cazès, pero se vieron forzados a reprimirla, debido a que los reorganizadores llegaron a la Argentina en el momento en que culminaban los procesos que amenazaban con hundir los objetivos de la JCA en el país.

1.5. La crisis de la “limpieza”

A comienzos de enero de 1896, mientras Sonnenfeld y Feinberg se hallaban en viaje, el conflicto entre los colonos de Entre Ríos y la JCA alcanzó una nueva fase. Los integrantes de los nuevos grupos provenientes de Grodno y Tavia, recientemente establecidos, se negaron a firmar el recibo por los equipos de trabajo que les había proporcionado la empresa. En Entre Ríos, la exigencia de la administración de que las maquinarias le fuesen devueltas chocó con una negativa. Cuando la administración decidió suprimir los subsidios y recuperar las maquinarias por la fuerza con la ayuda de la policía, unos 150 colonos marcharon hacia Villaguay, la capital del distrito, y exigieron que las

²⁰² JCA/LON (362), carta secreta del Barón a Hirsch y Cazès, 15.12.1895.

autoridades obligasen a la JCA a abonarles los subsidios. El gobernador de la provincia invitó a los directores de Buenos Aires a reunirse con él para debatir la situación.

Cuando David Cazès llegó a Paraná, el 7 de enero de 1896, se encontró con el enviado de los grupos de Rapoport de la zona de Basavilbaso, que venía a protestar ante el gobierno provincial porque la JCA se proponía suspender los subsidios a partir de 15 de enero a quienes no hubiesen firmado el contrato. El gobernador de Entre Ríos propuso a Cazès que conversara con ese representante —un mero empleado de tienda de Basavilbaso— sobre las condiciones del contrato y sobre los detalles del cálculo de las deudas de los colonos. Reunido con el gobernador, algunos de sus ministros y el fiscal general de la provincia, Cazès explicó las razones que habían llevado a incluir en el contrato artículos que parecían muy severos, y afirmó que todo lo que los colonos querían era trabajar lo menos posible, vivir cómodamente y recibir el subsidio durante un tiempo prolongado. A su vez, el gobernador declaró que los colonos de la JCA, junto con los andaluces, eran los peores elementos en su provincia. Tras ese encuentro Cazès se vio forzado a aceptar el pedido del gobernador y renovar el subsidio a todos los colonos, incluidos los que se negaban a firmar, por un periodo de dos meses, para permitirles llegar a un acuerdo con la JCA. Quienes no resolvieran su situación deberían devolver los equipos y abandonar la colonia; la policía de Villaguay se encargaría de notificarles al respecto. Pero al mismo tiempo se le hizo saber a Cazès que si los colonos no se avenían a un acuerdo, no sería posible arrojar a la calle a seis o siete mil personas que se convertirían en vagabundos y pondrían en peligro la seguridad pública. La JCA tenía, por lo tanto, dos opciones: mantenerlos en las colonias o enviarlos de regreso a su país.

El informe de David Cazès alteró al Barón mucho más que el de Samuel Hirsch sobre los problemas con la maquinaria. Inmediatamente, ordenó continuar con las tareas de limpieza según las estrictas instrucciones enviadas con Sonnenfeld, sin preocuparse por la opinión pública, aun si fuera necesario expulsar a todos los colonos.²⁰³

Sonnenfeld y Feinberg llegaron a Buenos Aires el 19 de enero de 1896 y ocho días después partieron río arriba hacia Concepción del Uruguay. En primer lugar, visitaron los grupos en Basavilbaso y Primero de Mayo, que los recibieron con entusiasmo. Los ancianos salieron a su encuentro con rollos de la Torá y una ofrenda de pan y sal, y los jóvenes a caballo se constituyeron en su guardia de honor. Dos días después, ambos siguieron viaje hacia Clara. Al llegar allí el 12 de febrero, pudieron comprobar que los ánimos estaban muy alterados y que les era preciso actuar con enorme cautela. Pese a sus entusiastas arengas, parece que precisamente David Feinberg, quien en Europa en su momento había considerado a esos inmigrantes como candidatos adecuados para el proyecto, fue recibido por ellos con ofensas y desprecio. Pocos días después, Sonnenfeld y Feinberg pidieron que Cazès se les uniera para poder tomar en conjunto las decisiones necesarias. Tras largos días de conversaciones, los tres decidieron que era necesario alejar de las colonias veteranas, San Antonio y Clara, a unas 60 familias que carecían de la mano de obra necesaria, y a unas 12 de los grupos de Rapaport. Unas 50 familias entre los recién llegados, desilusionadas, demandaron también su repatriación.

²⁰³ JCA/LON (325), carta de Cazès al Barón, 15.1.1896. CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/6), telegramas del Barón a Hirsch y Cazès, 7.2.1896 y 11.2.1896.

A fines de febrero, Sonnenfeld y Feinberg se marcharon de Entre Ríos, con la sensación de que, pese a las cautas medidas que habían adoptado, unas 30 familias de entre los veteranos, los grupos de Rapoport y los llegados en 1895, solicitarían ser devueltos a Europa.

Mientras tanto, expiró el plazo de dos meses convenido con el gobernador de Entre Ríos a comienzos de enero de 1896, y los administradores de las colonias recibieron la orden de reanudar los subsidios mensuales, pero solo a quienes hubiesen aceptado los acuerdos. Ello hizo que los colonos de Clara volvieran a dirigirse al gobierno provincial, pero este, debido a la oposición de los directores de la JCA, no les hizo caso; las autoridades de Villaguay informaron a los habitantes de Clara que debían llegar a un arreglo con la administración y que tenían prohibido volver a perturbar con sus quejas al gobierno.

Por lo tanto, a mediados de marzo de 1896 la oficina de Buenos Aires se hallaba a punto de poner en práctica la gran depuración, con el apoyo de los gobiernos locales. Pero, justamente en el momento en que las ideas del Barón en cuanto a una limpieza rápida y completa con ayuda de la policía estaban por realizarse, las mismas se revelaron inoperantes debido a la dificultad de encontrar un destino para los evacuados.

El problema se había planteado ya en el comienzo del operativo, cuando se quiso sacar de Argentina a una parte de los contingentes de Rapoport, dado que su permiso para salir de Rusia se había otorgado a condición de que nunca retornarían. Como ya señalamos, el Barón había tenido que depositar 100.000 rublos de garantía en el Banco Estatal de San Petersburgo, los cuales se perderían en caso de que los emigrantes intentaran regresar. En febrero, el Barón propuso transferir a los evacuados a los Estados Unidos, Brasil o México, pero Hirsch y Cazès tenían claro

que los mismos se negarían a emigrar a Brasil o México, y en cuanto a los Estados Unidos, era dudoso que el país quisiera aceptar a personas que eran indeseables en Argentina. La situación se agravó aún más cuando los evacuados solicitaron ser devueltos a Rusia. David Feinberg le preguntó al embajador ruso en Argentina cuál sería la posición de su gobierno al respecto; la respuesta fue que la entrada a Rusia sería implacablemente denegada a todos aquellos que la habían abandonado como emigrantes.²⁰⁴

Por ende, la expulsión de unas 140 familias marcadas como indeseables o no aptas para la colonización había de demorarse por demasiado tiempo, y mientras tanto volvió a plantearse en toda su gravedad la cuestión de los subsidios a los colonos. La producción 1895/1896, sembrada y cosechada en medio de la crisis y el conflicto, fue perjudicada por las lluvias torrenciales y las inundaciones que afectaron la zona en la época de la recolección. Los campesinos de Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y el norte de la provincia de Buenos Aires quedaron casi totalmente arruinados; entre ellos se contaban los colonos de la JCA en Moisés Ville y Entre Ríos. En lugar de diez quintales por hectárea —el promedio que servía como patrón de los cálculos financieros—, fueron recogidos como promedio tres, cuatro o cinco quintales, y solo en muy pocos casos se alcanzaron seis quintales.²⁰⁵ Dados los elevados gastos de la cosecha y la trilla, y el hecho de que muchos colonos habían hipotecado su producción a favor de los proveedores de maquinaria, la mayoría quedó en total indigencia ya en el mes de abril de 1896. Ante la imposibilidad de

²⁰⁴ JCA/LON (326), carta de Hirsch y Cazès al Barón, 20.3.1896, en la que se cita el intercambio de telegramas con el ministro del Interior de la Provincia de Entre Ríos; CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires /copiador interno 7, pp. 233-236), copia de la carta de Cazès del 9.3.1896 a dicho ministro.

²⁰⁵ *La Prensa*, 3.2.1896, informe sobre la situación en Santa Fe. JCA/LON (326), cartas de Hirsch y Cazès al Barón, 18.2.1896, 5.3.1896.

sacar del país a los “indeseables”, Hirsch y Cazès decidieron reanudar el subsidio completo para todos, a fin de que el mayor número posible de colonos volvieran a arar los campos, inclusive los renuentes a firmar que estaban decididos a no abandonar las colonias. Con ello, claramente, quedaba abolido el amplio programa de limpieza decidido por el Barón.

2. El derrumbe del sueño

2.1. Los cambios en la posición del Barón

Las múltiples crisis hicieron vacilar la confianza del Barón en su proyecto original y en las posibilidades de rescatar a los judíos de Rusia de su indefensión y su pobreza. A partir de octubre de 1895, decidió reducir en forma significativa sus programas en Argentina; en lugar de forjar allí el país del futuro para todo el pueblo judío, su empresa se dedicaría a convertir a quienes ya se hallaban allí —una vez eliminados los indeseables— en trabajadores ejemplares. El éxito del proyecto demostraría a los “enemigos de nuestra raza”, y ante todo a los que tenían gran influencia en Rusia, que se equivocaban al no implementar en su país lo que él estaba haciendo en Argentina. Se trataba, pues, de un modelo que probaría al mundo que los judíos pueden convertirse en factores productivos. Su relevancia provenía del hecho de que se estaba aplicando en un país libre, donde los resultados serían aceptados sin prejuicios,

mientras que los logros de agricultores judíos en el sur de Rusia eran sistemáticamente ocultados por las máximas autoridades del Imperio.²⁰⁶

Pero al poco tiempo, el Barón comenzó a dudar también de su proyecto reducido, tal como lo manifestó —solo ocho días antes de su fallecimiento— a sus representantes en Buenos Aires:

Nos hemos absolutamente equivocado en varios puntos, y la falla no es vuestra sino solo de nosotros, los que nos hallamos en París. Nos equivocamos, 1. en la elección del país; 2. en los cálculos de los costos requeridos para el establecimiento de una unidad familiar; 3. en el cálculo de los resultados posibles del trabajo agrícola; y finalmente, 4. en cuanto a las aptitudes de los colonos. En consecuencia, y aun si ellos se comportasen como lo preveíamos, lo cierto es que nuestros cálculos estuvieron básicamente errados. De allí la necesidad de restringirnos, porque es casi imposible suponer que todavía pueda tener lugar un cambio completo en los tres primeros puntos mencionados.²⁰⁷

Esa desesperación ante el fracaso de sus programas originales —y en gran medida también de sus modificaciones posteriores— fue acompañada por una serie de ideas e

²⁰⁶ JCA/LON (362), carta del Barón a Hirsch y Cazès, 22.10.1895, y carta secreta del 25.12.1895, en la que el Barón confiesa que se trata de un punto de vista totalmente nuevo, al que arribó debido a su decepción ante lo que ocurría en Argentina. Al estimar las posibilidades de colonización en la misma Rusia, afirma que semejante proyecto ahorraría mucho dinero: si se aprobara —o inclusive se impusiera— una colonización judía en una zona de clima favorable (por ejemplo, a orillas del río Amur), la inversión no llegaría a la décima parte de los costos en Argentina. Pero no se trata sino de una expresión de deseos, y nada indica que pensara seriamente en ello.

²⁰⁷ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/6), carta del Barón a Hirsch y Cazès, 13.4.1896. El Barón restó en esta ocasión peso al cuarto factor, los colonos, sobre los que había cargado la mayor parte de la culpa en su carta del 25.12.1895. Lo que nos importa es el tono de auténtica desesperación ante las posibilidades del proyecto en Argentina, que no fue una reacción del día en que escribió esa carta sino algo que lo venía afectando desde hacía tiempo.

instrucciones para un cambio profundo que tendría lugar en los tres centros de la JCA: París, San Petersburgo y Argentina.

2.2. La nueva plataforma de la JCA

El 12 de enero de 1896, mientras Sonnenfeld y Feinberg se hallaban viajando hacia Argentina, el Barón comenzó a introducir cambios fundamentales en los estatutos de la JCA. En carta de esa fecha al abogado Herbert Lousada, el Barón reconocía que no era posible poner en práctica su amplio programa de colonización en Argentina. La caída en los precios de los productos agrícolas, a su juicio irreversible, y la imposibilidad de encontrar personas capaces de dirigir la colonización masiva con “mano de hierro”, le obligaban a desplazar las funciones de la empresa a otro tipo de actividad filantrópica. El Barón no desechaba las posibilidades de éxito de un proceso de colonización lento y de reducidos alcances, y por ello no se proponía modificar el destino del capital básico de la empresa —dos millones de libras esterlinas—; pero no veía en ese programa un objetivo adecuado para el enorme capital destinado a la JCA en el marco del legado en vida que había firmado el 26 de agosto de 1892.

Un mes después, redactó un nuevo documento acerca de dicho legado. Las ganancias del fondo estarían ahora destinadas a ayudar a judíos pobres en Austria-Hungría, Europa occidental y Estados Unidos, mediante la rehabilitación de familias cuya estrechez económica era consecuencia de circunstancias externas; a la busca de empleo para viudas y mujeres jóvenes; a asistir a artesanos y obreros en la consecución de trabajo; y a la ayuda económica inmediata en situaciones de dificultades coyunturales. En todos los casos, el apoyo constituiría un préstamo y no una

donación o regalo. La JCA, junto con su reducida actividad colonizadora, fungiría como supervisora central de las cajas de caridad.²⁰⁸

2.3. La liquidación de la actividad en Rusia

Paralelamente, en enero de 1896, el Barón se dedicó a cambiar el estatus del Comité Central en San Petersburgo, cambio que también constituía la expresión de su enojo ante algunos desempeños del mismo.

El Barón estaba persuadido de que los agentes del Comité que actuaban en los diversos distritos de Rusia habían ignorado completamente sus instrucciones en cuanto a la rigurosa selección de los candidatos a la colonización y habían incluido a elementos perniciosos a los que describían como inmejorables. Tampoco habían exigido de los candidatos el pago total de su participación personal en los gastos de emigración. Por otra parte, el manejo de los registros contables del Comité era confuso y ello hizo que las cuentas de los colonos en Argentina se basaran en datos contradictorios, lo cual había demorado las tramitaciones y aumentado la oposición a la firma de los contratos. La responsabilidad directa por todo ello recaía en David Feinberg, el secretario general y, de hecho, director del comité ruso; pero tampoco los otros miembros del mismo, entre ellos el barón Günzburg, se libraron de las filípicas del Barón. Los dirigentes del comité no habían hecho el trabajo personalmente y no estaban informados de lo que ocurría en sus áreas; había sido el Barón mismo

²⁰⁸ IWO (JCA/Arg.1), carta del Barón a Lousada, 12.1.1896. *Ibidem*, *Projet de Donation*.

quien había descubierto las negligencias de sus funcionarios y exigido corregir las fallas originadas en un defectuoso control financiero.²⁰⁹

Debido a que los dirigentes y activistas del Comité eran líderes destacados, el Barón se preocupó de afirmar que estaba persuadido de su dedicación al proyecto, pero ahora, con la prolongada interrupción de las actividades colonizadoras en Argentina, no se justificaba la existencia de semejante entidad. No solo ya no tenía funciones concretas, sino que su continuidad perjudicaría las modificaciones que el Barón se proponía implementar en el proyecto argentino, ya que los colonos rebeldes contaban con que el Comité acudiría en su ayuda y colaboraría con ellos en su enfrentamiento con la conducción local.

La conclusión del Barón era que el Comité Central de San Petersburgo debía cesar todas sus actividades, cerrar su oficina, despedir a sus empleados y, al menos por un tiempo, convertirse en un cuerpo que mantendría reuniones ocasionales en la casa de alguno de sus miembros, para analizar los problemas que pudieran suscitarse. Esta propuesta tenía por objeto evitar la vergüenza pública por la disolución oficial de una entidad en cuya fundación se habían depositado tantas esperanzas, y que quizás volvería a ser necesaria en el futuro. En cuanto a David Feinberg, el Barón se propuso considerar su caso por separado y aguardar su regreso de Argentina para considerar los servicios que podría brindarle en el futuro.

A partir de febrero de 1896, la filial rusa de la JCA entró en un proceso de desarticulación. Su secretario general, David Feinberg, que se hallaba aún en Argentina preparan-

²⁰⁹ JCA/LON (100), carta al barón Günzburg, 6.1.1896. En carta a Hirsch y Cazès del 4.4.1896 (JCA/LON [363]), el Barón subraya la responsabilidad personal de Feinberg en las irregularidades detectadas en la contabilidad en San Petersburgo.

do un informe sobre sus pronósticos y sugerencias para el futuro del proyecto en el país, había quedado de hecho sin función definida alguna.²¹⁰

2.4. La reducción de la empresa en Argentina

Al tiempo que modificaba los objetivos de la JCA y liquidaba las actividades en Rusia, el Barón continuaba urgiendo a sus representantes en Argentina para que apresuraran la depuración de las colonias y los grupos. El Barón no tenía la intención de liquidar totalmente el proyecto argentino, y en las mismas cartas en que exigía la limpieza exponía también sus planes para el futuro.

Su punto de partida era que el cribado dejaría en las colonias a personas buenas y disciplinadas, de las que la JCA debía ocuparse con generosidad y benevolencia hasta su consolidación económica. Las cuentas de los colonos con la JCA debían basarse en el consentimiento mutuo —la empresa ignoraría los gastos generados por los disturbios pasados—, y era necesario proporcionarles apoyo financiero debido al fracaso parcial de la producción. A fin de que pudieran sustentarse, tanto en años buenos como malos, era necesario “colocar varias cuerdas en sus arcos”, por lo que recomendaba examinar las posibilidades de ampliar sus áreas de trabajo, por ejemplo, mediante la cría de ganado. Con todo, a su juicio serían pocos los que se beneficiarían de esas ventajas, puesto que no se conformaba con una limpieza parcial que transara con parte de los “malos” y obligara a repetirla al cabo de un tiempo. La depuración a fondo que exigía involucraba forzosamente el abandono de casas, el vaciamiento de escuelas y el encarecimiento de los servicios administrativos. Para reducir los gastos y sacar provecho de los bienes abandonados,

²¹⁰ JCA/LON (100), carta del Barón a San Petersburgo, 29.2.1896.

llegó a la conclusión de que sería necesario concentrar en un lugar a los habitantes de poblaciones vecinas y desocupar totalmente por lo menos una colonia. Su elección recayó en la más alejada de todas, San Antonio. A fin de sacar provecho de las tierras, propuso el Barón convertirla en una “colonia no judía”, manejada con el criterio comercial con que se conducían los asentamientos privados en el país.

Sus representantes en Argentina procuraron disuadirlo de minimizar el proyecto y objetaron el cuadro deprimidamente descrito en sus cartas. Procuraron enviarle noticias optimistas sobre el progreso en la cuestión de las firmas y en la depuración, y Sonnenfeld pidió permiso para volver a París y transmitirle los aspectos positivos de la situación. Pero el Barón le telegrafió que su presencia en París no se justificaba y le exigió liquidar San Antonio, resolver en bloque las cuentas de los colonos que se quedarían, e implementar las restantes instrucciones contenidas en la carta que había sido enviada el 30 de marzo de 1896 y llegaría en breve a su destino.

Los directores de Buenos Aires decidieron no esperar la llegada de la carta y pusieron por escrito sus reparos a las instrucciones incluidas en los telegramas y las cartas anteriores. En primer lugar, le informaban que la limpieza había alcanzado a todos los “malos” e “inadecuados”, un total de 140 familias de todas las colonias. Justamente, en San Antonio se habían hallado solamente 12 familias indeseables, que serían evacuadas a la brevedad, por lo cual no tenía sentido hablar de disolver la colonia. No era necesaria una reducción global importante de la deuda, porque los colonos habían cedido en sus reclamos y por ende solo algunos casos especiales requerían un gesto de generosidad; la tierra y el equipo desocupados por la limpieza se utilizarían para ampliar las chacras de los que se

quedaban, según el criterio ya adoptado de que 50 hectáreas por familia resultaban insuficientes; y no cabía pensar en una colonia no judía en las tierras evacuadas, ya que sus ocupantes adoptarían rápidamente las mismas conductas deficientes de los judíos, sin perder las suyas propias.²¹¹

El diálogo sobre el futuro del proyecto en Argentina nunca continuó: la carta del Barón llegó a Buenos Aires el 21 de abril de 1896, el mismo día de su fallecimiento, y las explicaciones y propuestas enviadas desde Buenos Aires llegaron a París una semana después.

3. La muerte del Barón

El 4 de marzo de 1896 abandonó el Barón por última vez su residencia de París y, tras una prolongada estadía en Montecarlo, llegó en la mañana del 20 de abril a Ógyalla (Hungría), donde se hospedó en la hacienda de un amigo, en cuyas cercanías estaba construyendo un nuevo pabellón de caza. El Barón pasó la velada en compañía de sus anfitriones y hacia las once de la noche se retiró a su habitación. A la mañana siguiente fue hallado sin vida en su cama.

La noticia de su inesperado fallecimiento se difundió rápidamente por el mundo. El dinamismo de quien a los 65 años seguía sin privarse de los placeres de este mundo no permitía prever un próximo deceso, y la sorpresa fue muy grande. Sin embargo, es posible suponer que el Barón

²¹¹ JCA/LON (363), carta secreta del Barón a Hirsch y Cazès, 17.3.1896; en su telegrama a ambos del 1.3.1896 les había ordenado ser generosos en la medida de lo posible con los "buenos colonos", a fin de estimularlos. *Ibidem*, carta secreta del Barón, 4.4.1896. La descripción de los bienes abandonados y la idea de establecer una colonia de no judíos ya había sido mencionada en su carta del 12.2.1896 (JCA/LON [363]). JCA/LON (326), carta secreta de Hirsch y Cazès al Barón, 5.4.1896.

preveía que su final estaba próximo: una lectura metódica de su correspondencia de los últimos meses —en torno al fondo de donación, al testamento, a los objetivos de la JCA— revelan alusiones sorprendentes a la necesidad de apresurar los procesos en que estaba involucrado.

Lo percibimos particularmente en su carta del 7 de febrero al abogado Gustave Haas, en que le informa, entre otras cosas, que ha hecho los arreglos necesarios para la distribución de sus acciones de la JCA tras su muerte. La frase final dice: “He aquí un problema resuelto”. Esa sensación se refuerza ante el tono de su pedido al abogado Lousada sobre la modificación del estatuto de la JCA, cuando le dice que no puede sino insistir en la necesidad de no perder tiempo. Tampoco estaba dispuesto a esperar que Lousada completara su trabajo, y se proponía echar mano de recursos intermedios para evitar el impuesto a la donación en vida en caso de que le ocurriera una desgracia.

Al final de su carta a la oficina de Buenos Aires, escrita una semana antes de su muerte, el Barón reiteró algunas de sus instrucciones referidas al futuro de la colonización en Argentina y agregó que hablaba, inevitablemente, en base a una información incompleta y en base a su intuición, pero como “las distancias son tan grandes y el tiempo pasa tan rápido”, consideraba hacer lo correcto al presentarles aun así sus opiniones. Todo ello, y otras insinuaciones, revelan a una persona consciente de la cercanía de la muerte.²¹²

²¹² Adler-Rudel (p. 67). IWO (JCA/Arg.1), carta del Barón a Gustave Haas, 7.2.1896; carta del Barón a Lousada, 13.3.1896; carta del Barón a Dietz, 18.3.1896. Lousada recibió la carta, destinada a la directiva de la JCA, y se le solicitó su opinión sobre este asunto, pero no percibió el apuro del Barón y propuso aguardar con paciencia unas seis semanas, hasta que finalizaran los procedimientos en el juzgado. CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/6), carta del Barón a Hirsch y Cazès, 13.4.1896, N° 383 (p. 5); también aquí se lamenta de la distancia geográfica y la demora en la correspondencia. Debido a que, nuevamente, no condicionaba actividad importante alguna en la implementación de sus instrucciones respec-

El fallecimiento del Barón no produjo un cambio radical en las funciones de la JCA, porque semejante cambio ya había acontecido unos meses antes. Pero su imprevista desaparición impidió el cumplimiento completo de los programas, tanto en la Dirección de la empresa en París como en sus filiales en San Petersburgo y Buenos Aires.

Al morir el Barón, entró en vigor el documento de donación en vida del 16 de agosto de 1892, de cuyas modificaciones se había ocupado tanto. El valor de las acciones del mismo alcanzaba el 30 de septiembre de 1896 a 7.337.857 libras esterlinas, y las autoridades impositivas inglesas no demoraron en exigir su parte. Tras prolongados debates judiciales con el Tesoro de Su Majestad, en las que la JCA estuvo representada por los mejores juristas del reino, la empresa perdió la demanda y debió pagar 1.228.498 libras esterlinas en concepto de impuesto a la herencia, además de los gastos del juicio.²¹³

El estatuto de la JCA fue modificado según las instrucciones del Barón, pero el foco de sus beneficiarios no pasó del Imperio Ruso a Europa central y occidental, como lo había programado en sus últimas semanas de vida, sino permaneció en los límites de Rusia-Polonia.

La noticia de su fallecimiento causó profundo duelo entre los colonos en Argentina, pero la actividad de la empresa no se interrumpió. Hirsch y Cazès continuaron

to de la colonización en Argentina, no había lógica en la reiteración de sus principios y en su patética lamentación por el paso del tiempo, sobre todo porque Hirsch y Cazès dirigieron su atención a la carta que le habían enviado el 5.4.1896, que se hallaba en camino y le llegaría en dos semanas. En cartas de periodos anteriores no hallamos esas quejas por el paso del tiempo.

²¹³ JCA, *Séances d'Ad.*, vol. I, p. 7; vol. II (p. 117), reunión del 11.10.1901, donde se menciona el pago de 821.000 libras esterlinas, 206.751 por encima de la mitad del total que la JCA debía pagar en esa fecha, según el acuerdo con el ministro de Hacienda británico. La suma total era, pues, 1.228.498 libras esterlinas: $(821.000 - 206.751) \times 2 = 1.228.498$. IWO (JCA/Arg.1), reglamento corregido según ley de la Cámara de Diputados de 1903.

con la política de consolidación que ellos mismos habían diseñado. San Antonio no fue evacuada, y aun cuando un número de colonos continuó retornando a Europa, se halló una posibilidad de solución en las instrucciones del Barón para reducir la deuda de los colonos —lo que ahora aparecía como una especie de “regalo póstumo”—, y de ese modo fue posible terminar con la cuestión de los contratos. Sin embargo, la empresa debió renovar sus subsidios a los agricultores, cuyo número en 1895 alcanzaba a 1.222 familias y en 1896 descendió a 910.

El proyecto del Barón: de la visión a la implementación

Grandes esperanzas fueron depositadas en los planes y actuaciones del Barón en favor de los judíos de Rusia. La creación de la JCA, la enorme fortuna puesta a su disposición, el prestigio de su promotor como exitoso hombre de negocios de renombre internacional y su conducción personal del proyecto: todos esos factores estimularon las expectativas de un éxodo salvador guiado por “un segundo Moisés”. Pero el resultado fue un emprendimiento de dimensiones limitadas que debía luchar por su continuidad y su misma existencia. ¿Por qué no se concretaron esas grandes esperanzas, al menos en parte? ¿Debido a las circunstancias reales prevalentes en Argentina y en Rusia? ¿Debido a la adopción de un método equivocado? ¿Debido a todas estas razones en conjunto?

Procuraremos dilucidar esas preguntas al resumir el proceso de cuyos detalles nos hemos ocupado en los capítulos anteriores.

1. Los fundamentos utópicos del proyecto

Pese a que el Barón se proponía sustentar su proyecto en el análisis sistemático y detallado de todos los factores relevantes, y pese a que expresiones como “programa”, “hombres de negocios”, “ver con claridad” se reiteraban

continuamente en sus escritos, el seguimiento histórico que realizamos en los capítulos anteriores muestra que de hecho la programación fue deficiente y limitada.

En cuanto a la situación en Argentina, los informes del Dr. Loewenthal —tanto el que redactó tras su primera gira unipersonal en el país, como el posterior sobre el trabajo de la delegación que él mismo presidió— no suministraron una información comprehensiva y actualizada que permitiera la planificación eficiente de un proyecto de semejante envergadura. También vimos que, debido a los eventos que tuvieron lugar en Rusia en 1891, el Barón amplió sus planes más allá de los límites que Loewenthal estaba dispuesto a aceptar como razonables, tanto en el área política como en la presupuestaria. Además de los datos de sus funcionarios, el Barón se basaba en información sobre Argentina que le suministraban personas de su entorno. Pero tampoco así alcanzaba a obtener un panorama completo y serio que nos permita considerar que su programa estuvo basado en una perfecta planificación.

En lo referente a Rusia y a los judíos a quienes deseaba establecer en Argentina, las ideas del Barón se basaban en una información endeble y en una planificación aun peor. Tanto la opinión de su emisario Arnold White sobre las capacidades de los judíos rusos para el trabajo físico duro como las observaciones e informes de David Feinberg sobre sus propias actuaciones en Rusia no llegaron a conformar un examen a fondo del alcance potencial y de la idiosincracia de los futuros colonos. El resultado fue que tampoco los criterios fijados por el Barón para evaluar y seleccionar a los candidatos se sustentaban en un estudio sistemático.

La conclusión es que el grandioso programa del Barón estuvo basado no en una *planificación* sino en *ideas*, y corresponde examinar en qué medida esas ideas se corres-

pondían con la realidad en Argentina y en Rusia, y en qué medida fueron aprovechadas las oportunidades concretas que contenían en potencia esas realidades.

1.1. Argentina: supuestos y realidades

La decisión del Barón de concentrar su proyecto en Argentina se basó en dos conjuntos de consideraciones: sociales y políticas, por una parte, geográficas y económicas, por la otra. Entre las primeras, figuraba la asegurada simpatía del gobierno argentino por un gran proyecto colonizador; la posibilidad de concentrar masas de inmigrantes judíos en una zona amplia y circunscrita (concentración que obtendría en el futuro su autonomía local); y las garantías que la Constitución ofrecía contra la discriminación y las persecuciones antisemitas. Entre los factores geográfico-económicos, destacaban la existencia en el país de grandes extensiones deshabitadas; la fertilidad del suelo y el clima benigno; y la crisis económica por la que atravesaba Argentina, que posibilitaría, en su opinión, adquirir las tierras a precios muy convenientes. Pero lamentablemente la mayoría de esos datos no se correspondían con la realidad argentina, tal como el Barón debió reconocerlo en el transcurso de sus actuaciones en el país.

a. Consideraciones sociopolíticas. Los problemas que afectaron a la economía argentina durante la crisis de 1890-1891 hicieron que el Barón adoptase la opinión de Loewenthal según la cual el gobierno vería con simpatía su proyecto. Pero esas expectativas se basaban en una incompreensión básica de la política y la sociedad argentinas. La primera puesta a prueba tuvo lugar al plantearse la compra en gran escala de tierras estatales promovida por Loewenthal. No cabía duda de que el presidente Carlos Pellegrini veía con buenos ojos esa operación, porque reconocía los beneficios económicos que de ella obtendría

el país. En este sentido, el Barón podía considerar con razón que el negocio contaría con el apoyo de las autoridades. Pero paralelamente también se le reveló que en Argentina no bastaba con el apoyo del Poder Ejecutivo sin el del Congreso y el de la opinión pública. El acuerdo de las tierras fue revocado, y en adelante no volvió a procurar el consentimiento explícito y directo de las autoridades nacionales para su proyecto; y ello, aun cuando el prestigio del que gozaba la JCA y sus contactos comerciales con varias personalidades destacadas en la vida política argentina quizás habrían podido ayudar al Barón a conseguir dicho apoyo.

El Barón estimó que, cuando el número de colonos judíos llegara a 60.000 personas concentradas en un territorio que todavía no había alcanzado el estatus de provincia, sería posible establecer allí una autonomía provincial. Pero esa estimación carecía de base alguna, porque la Constitución Argentina no establece que todo territorio nacional deba forzosamente ser convertido en provincia. La Ley 1.532 de Territorios Nacionales promulgada en 1884, que estableció la administración de Chaco y de Formosa, enumeraba las condiciones en las cuales un territorio nacional tendría derecho a un voto parlamentario que le otorgara estatus provincial, pero ello dependería de una legislación especial promulgada por el Congreso. En el caso del Chaco, por ejemplo, el estatus provincial fue alcanzado muchas décadas después, bajo la presidencia de Juan Domingo Perón.²¹⁴

²¹⁴ El art. 13 de la Constitución establece que pueden admitirse nuevas provincias en la Nación, con la autorización del Congreso; véase Araya (vol. I, p. 204). Los arts. 4 y 49 de la Ley de Territorios Nacionales (1884, con las modificaciones N° 2262, 31.10.1889; N° 2735, 29.9.1890; N° 3575, 28.9.1891) otorgan a los territorios el derecho a erigir legislaturas provinciales y a obtener estatus de provincia, pero esos derechos no son automáticos. La ley determina que toda población de mil

No solo en la cuestión de la autonomía se equivocó el Barón. También carecía de base el supuesto de que una comunidad que contara con cientos de miles de judíos concentrados en un territorio y que viviera de acuerdo a su cultura específica sería bien recibida en Argentina. La política inmigratoria argentina se basaba en el concepto del “crisol de razas”, según el cual la inmigración masiva produciría un florecimiento económico que beneficiaría materialmente a la población veterana, al tiempo que esta impondría a los extranjeros sus costumbres, tradiciones y cultura. Los sectores oligárquicos se oponían firmemente a que los inmigrantes participaran de la vida política del país antes de haberse asimilado completamente al pueblo argentino y a su idiosincracia. Esa postura halló su expresión en las palabras del Dr. Juan Alsina, quien se halló al frente del Departamento de Migraciones durante todo el periodo que estudiamos y también en los quince años siguientes. Alsina estableció que el destino de los inmigrantes era asimilarse e integrarse totalmente a la sociedad local, y que solo cuando hubiesen adoptado todos los principios y tradiciones propios de los argentinos fundadores, les estaría permitido adquirir la ciudadanía.²¹⁵

Esas tendencias fueron puestas a prueba en el caso de los inmigrantes ruso-alemanes llegados a la Argentina a fines de la década de 1870. En 1878, el expresidente y entonces senador Domingo F. Sarmiento afirmó que, debido a su bajo nivel cultural, su separatismo religioso y su conservadurismo agrícola, esos inmigrantes constituían un factor negativo para el desarrollo argentino. Sarmiento

habitantes puede elegir a sus Jueces de Paz y sus Consejos Municipales, que se ocuparán de asuntos de policía, salubridad, bienestar social, caminos, etc. Véase Gómez (pp. 99-108).

²¹⁵ Alsina, 1910 (pp. 183, 201).

expresó su esperanza de que inmigrantes de ese tipo no continuaran arribando al país, y con ello sin duda se constituyó en vocero de gran parte de la sociedad argentina.²¹⁶

Otro caso de reacción hostil fue la que provocaron inmigrantes provenientes de Turquía, en su mayoría sirios, que comenzaron a llegar en pequeños grupos en la década de 1880. Su carácter “asiático” y el hecho de que se ocuparan casi exclusivamente del pequeño comercio provocaron el rechazo de gran parte de la población e inclusive de las autoridades. Un sector de la prensa abogó por una limitación de sus actividades, y el Dr. Alsina consideraba que un incremento en esa inmigración obligaría a tomar serias decisiones gubernamentales que podrían llegar hasta su prohibición.²¹⁷

La suposición del Barón en cuanto a que no existía antisemitismo en Argentina era demasiado simplista: ya en 1881 se produjeron brotes antisemitas tras el nombramiento de un agente encargado de alentar la inmigración de judíos rusos. El debate resurgió cuando llegaron los inmigrantes judíos en el buque *Weser*, y se intensificó al comenzar a implementarse el proyecto del Barón. Lo prueba el hecho de que, el 24 de agosto de 1891, el diario *La Nación* comenzó a publicar la novela *La Bolsa* de Julián Martel, en la que la crisis económica de 1890 era atribuida a los especuladores judíos, retratados con todos los rasgos clásicos de la literatura antisemita. No cabe duda, pues, de que la hostilidad antijudía estaba presente en Buenos Aires. El Barón, por cierto, no pudo seguir desentendiéndose de esa situación, y comenzó a albergar el temor de que la “peste europea” del antisemitismo se difundiría fácilmente en Argentina, aunque más tarde alcanzó una visión más clara

²¹⁶ Sarmiento (pp. 65-66).

²¹⁷ *El Argentino*, 4.9.1891; Alsina 1910 (pp. 91, 206).

de sus alcances.²¹⁸ Al mismo tiempo, el Barón desconocía completamente el concepto del “crisol de razas” y la aspiración argentina a una completa homogeneidad social y cultural. En otras palabras, sus programas no tomaron en cuenta para nada el conflicto futuro entre una sociedad que rechazaba la diferencia y el pluralismo, y una minoría judía importante y concentrada deseosa de mantener su singularidad religiosa, cultural y social.

Es pues evidente que, contra sus expectativas, el gran proyecto del Barón, cuyos detalles el gobierno desconocía, no habrían contado con el beneplácito del mismo y mucho menos con el apoyo de la opinión pública; esto se desprende de los informes anuales del Dr. Juan Alsina, que resumían el desarrollo del proyecto *limitado* que se estaba implementando y apenas si manifestaban alguna simpatía por su futuro. Pero, al mismo tiempo, las leyes vigentes permitieron la inmigración de gran número de personas, entre ellas judíos, y la abigarrada realidad social que prevalecía en el país durante el periodo al que nos referimos —y continuaría en los veinte años siguientes— facilitó de hecho su absorción. Si bien las circunstancias atentaban contra el éxito a largo plazo del grandioso proyecto del Barón, no fue esa la causa de la frustrante reducción que sufrieron sus planes.

b. Consideraciones geográfico-económicas. El clima y el suelo en los territorios del norte y del sur de la Argentina no se correspondían, como ya vimos, con los planes del Barón. En cuanto a las provincias andinas, las descartó porque las plantaciones en la zona requerían la instalación de sistemas de riego. Quedaban solo, pues, las provincias de la Pampa Húmeda, cuyas tierras eran mejores y por lo tanto más caras: Buenos Aires, Santa Fe, Entre

²¹⁸ Sobre ese debate véase Mirelman, 1988 (pp. 58-59). JCA/LON (302), carta del Barón a Loewenthal, diario administrativo, 20.9.1891, 9.10.1891, 25.10.1891.

Ríos, y zonas limitadas de Córdoba y del Territorio Nacional de La Pampa. Ello afectó sus expectativas de adquirir grandes extensiones a bajo precio.

En cuanto a su presunción de que la grave crisis de 1890 produciría una baja en los precios de la tierra, la misma era teóricamente correcta, pero de hecho se cumplió en escasa medida. La cotización del oro aumentó drásticamente en Argentina y llegó en mayo de 1891 a un pico de 422,73 pesos papel por 100 pesos oro, lo cual beneficiaba enormemente a los compradores que pagaban en oro; pero esa cotización no volvió a repetirse en vida del Barón.²¹⁹ El mercado de valores de la Bolsa, que se hundió en 1890, volvió a sufrir grandes descensos a partir de mediados de 1891. Pero esa caída, que afectó también a bonos asegurados por bienes inmuebles, no produjo una caída en el mercado de estos bienes, como lo suponía el Barón. Este mercado, en el que la demanda provocó en los años ochenta una rápida alza de precios, consiguió mantener un cierto equilibrio también durante la crisis de la década de 1890, y contra lo esperado no tuvo lugar un brusco descenso de precios.

Ello muestra que el Barón exageró en su apreciación de las ofertas que se presentarían en el mercado de bienes inmuebles a causa de la crisis. Además, parece que no tomó en cuenta que precisamente la demanda creada por sus compras en gran escala provocaría aumentos en los precios de las tierras. Vimos cómo la adquisición de los terrenos para Mauricio benefició a los vendedores; también indicamos la desconfianza que acompañó su compra

²¹⁹ *La Bolsa de Comercio...* (p. 204), detalles de los altibajos en la cotización del oro. Otro punto máximo de 1891 se registró en septiembre con 420,89 pesos. Es de señalar que en vida del Barón el precio del oro no volvió a alcanzar las cifras de mayo-septiembre de 1891 (420,89-422,73). Su programa, confeccionado precisamente en esos meses, se basó eventualmente en esos datos maximalistas.

de las grandes extensiones en Entre Ríos. Otras “tierras del presente” examinadas por los funcionarios del Barón eran más caras o bien se hallaban en zonas más marginales que los de las colonias de JCA.

Las tierras del presente adquiridas por el Barón, a las que siempre consideró excepcionales por su ubicación y por su elevado precio, constituyeron de hecho la norma en cuanto a las posibilidades de compra que ofrecía la Argentina. Aun cuando en esas condiciones no podía llevarse a cabo la gran empresa con que soñaba, abundaba en ellas el suelo fértil y apto tanto para los cultivos como para la cría de ganado —base de la riqueza del país—, y habría sido posible concretar una colonización de alcance mucho mayor de la que de hecho se realizó. Por lo tanto, la reducción dramática del proyecto no se debió a la falta de terrenos apropiados para la colonización.

1.2. Rusia: supuestos y realidades

Según el programa del Barón, los colonos que sentarían las bases del gran proyecto debían servir como ejemplos vivientes para las masas de judíos que serían transferidas a la Argentina. Estos pioneros debían ser personas con experiencia en agricultura, por lo cual la JCA no necesitaría ocuparse de su capacitación. Su origen homogéneo y su experiencia laboral les posibilitarían organizar su asentamiento por sí mismos, mediante un sistema de ayuda mutua y un autofinanciamiento parcial. También esperaba que estuvieran dispuestos a trabajar duramente y a mantener un nivel de vida “campesino”. El Barón estaba persuadido de que colonos de ese tipo podían encontrarse mediante una selección basada en criterios claros y establecidos de antemano.

El censo de la población judía que realizó la JCA en Rusia unos tres años después de la muerte del Barón (1898-1899), mostró que en teoría su expectativa de hallar en el país colonos de ese tipo estaba justificada. Fueron censadas unas 150.000 personas que vivían total o parcialmente de la agricultura en toda la Zona de Residencia, especialmente en las provincias de Jersón, Ekaterinoslav y Besarabia, y con ellas otras 25.000 consideradas “urbanas”, de hecho habitantes de pequeñas aldeas. Esa colonización judía había sido alentada por las autoridades rusas desde comienzos del siglo XIX, pero se volvió objeto de una legislación antisemita desde comienzos de la década de 1880.²²⁰ Existía en Rusia, pues, tal como lo entendía el Barón, un público judío con experiencia agrícola cuya situación se había deteriorado, lo cual justificaba la ayuda financiera de la JCA. Además, la asociación para la ayuda mutua parecía garantizada por el tipo de organización de la aldea rusa y el *mir* autónomo.²²¹ Los judíos veían cómo los campesinos rusos otorgaban a sus autoridades electas la atribución de redistribuir periódicamente las tierras de cultivo y de intervenir en las cuestiones de la comunidad. El sistema era bien conocido por los representantes del Barón en Rusia, que aluden explícitamente al mismo. En este contexto, la asociación autónoma de agricultores judíos en Argentina, basada en la cooperación mutua, constituiría una perspectiva plausible. Es posible que David Feinberg, que trazó las bases de la organización de los grupos, tuviera en cuenta

²²⁰ *JCA Recueil*, vol. 1, p. 52; vol. 2, tabla 34, descripción de la historia de todas las colonias en los diez distritos/provincias en el oeste de Rusia, y alcance de las tierras que fueron tomadas de cada concentración judía.

²²¹ *Mir*: en Rusia, comunidad campesina cuyas tierras se poseían y labraban en común. Las parcelas se asignaban a cada familia en función de su tamaño. El término no figura en las cartas del Barón; Feinberg escribió, cuando estaba terminando la selección de los grupos, que ese sistema regía en colonias y aldeas rusas, y “nuestros colonos están habituados a él” (*JCA/LON* [Rusia 1], carta del 25.11.1892).

estos factores al elaborar sus sugerencias al Barón, quien las adoptó y trasformó el autogobierno en la piedra angular de su proyecto.

Pero un examen del censo de 1898 nos revela que, si bien el Barón habría podido encontrar varios miles de candidatos para esa clase de pionerismo en la colonización argentina, es dudoso que los mismos hubiesen podido cumplir con las misiones que él les asignaba basándose en la experiencia rusa.

Por empezar, la reducción de la parcela familiar a consecuencia de la legislación antisemita que prohibía a los judíos comprar tierras —y la consecuente disminución de su rendimiento económico— hizo que muchos campesinos judíos rusos abandonaran en parte el trabajo agrícola y adoptaran oficios que completaban o reemplazaban sus ingresos. También las expectativas basadas en la experiencia de ayuda mutua habían de sufrir una gran decepción. El *mir* en su forma clásica, basada en la redistribución periódica de los terrenos cultivables, no era aplicado en las colonias *judías* de Rusia, lo cual eliminaba la posible expectativa del Barón en cuanto a que los agricultores judíos tuviesen experiencia en organización autónoma; además, no habrían podido conceder a sus representantes atribuciones mucho más amplias que las que concedía el *mir* a los suyos, especialmente porque, a diferencia de estos últimos, los representantes de los grupos autónomos no contaban con apoyo alguno por parte de las autoridades locales.

Una dificultad adicional provino de la concentración de muchos agricultores judíos rusos en los ramos de jardinería, producción de leche y plantaciones diversas, en terrenos limitados y mediante métodos intensivos. Esas condiciones reducían aun más su capacidad de convertirse, por sus propios medios y sin haber recibido una instrucción básica, en agricultores exitosos de los culti-

vos extensivos que constituían la norma en Argentina. De hecho, aun la experiencia de quienes en Rusia se habían dedicado a la agricultura cerealera no podría garantizar su éxito en Argentina, ya que en Rusia disponían de parcelas limitadas y las trabajaban en forma muy primitiva. Si sumamos a ello condiciones climáticas radicalmente distintas, resulta claro que la experiencia agrícola rusa serviría de poco para la Argentina. Por lo tanto, los supuestos en que se basaba el Barón, debido a los cuales se oponía en forma terminante a organizar en su empresa servicios regulares de instrucción agrícola, resultaban del todo inoperantes.

Pese a ello, no cabe duda de que esa población sí estaba acostumbrada al trabajo físico duro y a lo que se denominaba “nivel de vida rural”, si bien había una gran diferencia entre lo que los campesinos judíos por su parte y el Barón por la suya entendían como tal; y a ella se sumaban las radicales diferencias entre las circunstancias generales de vida en el campo ruso y en el campo argentino.

El Barón basaba su visión de las futuras colonias argentinas en sus directas observaciones de los agricultores en Europa continental y en Inglaterra: campesinos turcos, italianos, húngaros y hasta alemanes que se mantenían con una alimentación extremadamente modesta. Con el mismo criterio, le vimos establecer el nivel de los servicios médicos, inclusive en caso de epidemias, ya que el campesino húngaro o ruso jamás recurría a hospitales o a médicos, sino que, en palabras del Barón, “se las arreglan por sí mismos”. Esa actitud le hizo reaccionar con satisfacción al enterarse de que muchos niños en las colonias judías argentinas no asistían a la escuela porque sus padres les hacían trabajar en los campos durante las temporadas de mayores tareas agrícolas. En resumen, la colonia judía en Argentina debería asemejarse a las aldeas de Europa

oriental, tanto en el nivel de vida como en su estructura económica, brindar plena ocupación a toda la familia a lo largo de todo el año y satisfacer todas sus necesidades.²²²

Pero a esa concepción se oponían varios hechos básicos y decisivos. El primer factor que no fue tenido en cuenta era el aislamiento de los poblados en las enormes extensiones argentinas y la ausencia casi total de mercados urbanos cercanos para sus productos, a diferencia de la concentración territorial de las aldeas judías en Rusia y su relativa cercanía a una ciudad. Las 3.187 familias que, según el censo de la JCA en Rusia de 1898, vivían en las 21 colonias judías en la provincia de Jerson, formaban parte de los 2.732.832 habitantes de la provincia, que poblaban varias ciudades, encabezadas por Odesa, el gran puerto del Mar Negro.²²³ El debate sobre la forma de la colonización, que agitó y estorbó el programa de los grupos, se originó en el intento de asimilar la imagen de la aldea, tal como la poseían los candidatos a la colonización, a la realidad argentina, y se basó en la ignorancia de hechos básicos en la vida rural argentina.

Otro factor al que no atendió el Barón fue la diferencia entre un campesino judío y un campesino ruso. También en Rusia existía diferencia en el nivel de gastos, que para el agricultor judío era mayor en un tercio, debido a la preocupación judía por otorgar a sus hijos la mejor educación a su alcance y por la existencia de servicios sociales y religiosos. Está claro que los candidatos a la colonización en Argentina no preveían un descenso en esos aspectos hacia el nivel de vida del campesino ruso, sino una mejora en

²²² JCA/LON (362), cartas del Barón a Buenos Aires, 16.2.1894, 1.3.1895 y otras.

²²³ *JCA Recueil*, vol. 1, pp. 65, 86. Recordemos que el censo nacional de la República Argentina de 1895 arrojó un total de 3.954.911 habitantes en el país.

todas esas áreas. Esa expectativa era sin duda mayor entre quienes poseían medios económicos y podían sufragar por sí mismos parte de los gastos de asentamiento.

En conclusión, los agricultores judíos rusos, aun cuando estaban habituados a una vida de trabajo intenso, carecían de toda preparación para la realidad rural argentina y para el tipo de vida que para ellos concebía el Barón.

El Barón consideraba que una eficiente selección traería a su proyecto a los candidatos más adecuados, y veía en ella una de las bases del mismo. Por ende, no atribuyó su decepción respecto de los primeros inmigrantes —los que se establecieron en las colonias veteranas— a los límites objetivos de una buena selección, sino a la falta de capacidad y aun a las malas intenciones de los comités alemanes de frontera. Por ello mismo depositó toda su confianza en David Feinberg, seguro de su devoción por el proyecto y su capacidad personal para seleccionar adecuadamente a los integrantes de los grupos. El Barón estaba persuadido de que claros criterios de evaluación y un equipo eficiente producirían resultados positivos. Creía que cuestionarios correctamente preparados permitirían evaluar por anticipado la capacidad agrícola y el comportamiento social de los examinados.

Lamentablemente no comprendió, por un lado, que la ignorancia de los examinadores respecto de la realidad en que tendrían que vivir y actuar sus entrevistados había de invalidar todas sus buenas intenciones; y, por el otro, que los resultados de la selección no eran, de hecho, sino el fruto de impresiones recogidas en una única entrevista entre candidatos y evaluadores, entrevista que solía realizarse en contextos artificiales e improvisados. En resumen, tampoco el principio de la selección estricta en el que tanto confiaba el Barón soportó la prueba de la realidad.

1.3. Conclusiones

La brecha entre las concepciones del Barón, por una parte, y la realidad argentina y las condiciones reinantes en Rusia, por la otra, era tan grande que habría impedido la concreción de su gran proyecto si el Barón hubiese llegado a empezar su implementación. Con todo, la realidad en ambas áreas todavía habría posibilitado la realización de un proyecto mucho mayor del que se logró. Las posibilidades de traer colonos judíos a la Argentina y de adquirir para ellos tierras fértiles, así como la de hallar en Rusia personas con experiencia agrícola, no fueron realmente aprovechadas al máximo. Por ello, no bastan los errores del Barón en la evaluación de la situación real en Rusia y Argentina para explicar el reducido alcance en que se hallaba el proyecto a la hora de su fallecimiento.

2. Entre programación efectiva y filantropía autocrática

El análisis pormenorizado de la historia del proyecto pone en evidencia una larga cadena de errores y negligencias en cada una de las áreas en las que se produjeron los conflictos que determinaron su destino: la administración, los asentamientos y la imagen colectiva de los colonos.

2.1. Las colonias

a. La administración. El intento del Barón de manejar el proyecto desde Europa dictando órdenes a sus representantes en Buenos Aires lo llevó a tomar una serie de decisiones que afectaron la estabilidad de su administración en Argentina. A fin de hacer un seguimiento y comprobar si sus instrucciones eran puestas en práctica, el Barón requirió sucesivos informes secretos: el de Roth sobre el

desempeño de Loewenthal; el del maestro y administrador David Haim sobre las actuaciones de Roth y Goldsmid; el de Kogan y su delegación sobre las del coronel, y el de Korkus —miembro de la delegación de Kogan, que poseía también funciones ejecutivas— sobre las de sus colegas en la misma delegación.

Al final del periodo que analizamos, cuando se decepcionó de la actuación de Hirsch y Cazès, buscó el modo de enviar a un nuevo emisario que le informara sobre lo que ocurría en Argentina e inclusive actuara en forma paralela a sus representantes oficiales; todo ello en las condiciones de comunicación de su tiempo, en el que transcurrían muchas semanas hasta que un informe emitido en Buenos Aires llegaba a París, y otro tanto hasta que las instrucciones emitidas a continuación arribaban a su vez a Buenos Aires. Parece que el Barón supuso que podría hacer funcionar con éxito a su comandante en jefe en Buenos Aires aun sin que él mismo conociera de primera mano el campo de batalla; ello lo llevó a apoyarse excesivamente en su “servicio de información” privado y provocó los frecuentes cambios de funcionarios y, en última instancia, su total dependencia de estos.

No menos inoperante era su programa de autonomía administrativa de los grupos. La idea de que los representantes de estos podrían llevar a cabo su asentamiento contrariando a la oficina en Buenos Aires y, al mismo tiempo, contarían con su aprobación y apoyo, era totalmente contradictoria. El Barón parece haber ignorado el simple hecho de que ningún cuerpo administrativo tiende a reducir por propia voluntad el alcance de su autoridad. Por ese motivo, no se concretaron sus ideas sobre el “autogobierno” de las colonias (veteranas o nuevas), también porque su noción del administrador ideal —tal como se desprende de sus cartas— era la de una persona autoritaria

que sabría imponerse a los colonos, evaluarlos, obligarlos a trabajar, etc. Esa figura es muy diferente a la del “supervisor,” que inspecciona y orienta las actuaciones de los representantes de los grupos pero no interviene directamente en ellas. Finalmente, el Barón debió abandonar el programa de autogobierno, lo que aumentó su amargura hacia sus delegados y lo llevó a declarar que, hasta que ese programa no fuese puesto en práctica, no podría comenzar con el proyecto mayor.

La administración local de las colonias estaba compuesta en su mayor parte por funcionarios no judíos o por judíos que no entendían el idioma de los colonos y no conocían su estilo de vida. Inclusive aquellos que sabían ídish menospreciaban la visión de mundo y las costumbres del sector religioso de los colonos que se hallaban a su cargo. Pero todos los funcionarios compartían la noción de que los colonos debían someterse totalmente a sus órdenes.

El régimen autocrático de conducción de las colonias y la personalidad de gran parte de los funcionarios hizo que los colonos atribuyeran todas sus adversidades a la administración, tanto la local como la de Buenos Aires, suponiendo que el Barón solo suministraba el dinero e ignoraba lo que hacían sus empleados. Ya en 1892 los representantes de los colonos se apresuraron a viajar a París para contarle al Barón sus cuitas, y en 1895 se esforzaron por eliminar todas las mediaciones que los separaban de este, a fin de presentarle directamente sus peticiones en torno al tema de los contratos. Por lo cual es irónico advertir que, aun cuando los administradores en Argentina transmitieron al Barón más de una vez una imagen deformada de los colonos, las exigencias más graves —como la depuración, el asentamiento forzoso y las duras

condiciones de los contratos— provenían del Barón y era precisamente la oficina de Buenos Aires la que procuraba moderarlas.

b. El asentamiento. Las negligencias de los funcionarios en Buenos Aires y las colonias, así como los frecuentes cambios de personal, provocaron repetidas demoras en el trabajo concreto y la pérdida de las primeras temporadas de siembra. En Mauricio, la primera cosecha importante fue la de 1893/1894, pero la impericia de la oficina de Buenos Aires en su venta, sumada en parte a la inexperiencia de los colonos en la recolección y la trilla, la convirtió en una nueva decepción. El trigo sembrado en 1894/1895 fue afectado por la helada poco antes de la cosecha, y la mala racha solo concluyó con la excelente cosecha de maíz de 1895. En otras palabras, los agricultores de Mauricio solo comenzaron a disfrutar del resultado de su labor cuatro años después del establecimiento de la colonia.

Los colonos de Clara y San Antonio también perdieron la temporada agrícola de 1892/1893. La cosecha de 1894/1895 fue parcialmente afectada por lluvias torrenciales; y la de 1895/1896, cuya siembra se efectuó en el momento más álgido de la crisis de los contratos, resultó insuficiente. Por lo tanto, a cuatro años de su llegada a Argentina, los primeros colonos de Entre Ríos seguían sin obtener los frutos de su trabajo.

Los colonos de Moisés Ville no pudieron aprovechar la cosecha 1893/1894 en todo su alcance. La de 1894/1895 no tuvo éxito, y la de 1895/1896 fue destruida por lluvias torrenciales que asolaron la región poco antes de la recolección.

Estos perjuicios sufridos por los colonos veteranos provenían del cielo, pero también en buena medida de las negligencias de la oficina de Buenos Aires y los adminis-

tradores locales. Pero en el caso de los grupos organizados, el fracaso de su asentamiento se debió en buena medida al debate generado por los programas del Barón.

Los representantes de los grupos llegaron a Buenos Aires en abril de 1893, pero la oposición de Kogan demoró su asentamiento hasta mayo de 1894. Su primera cosecha, en 1895/1896, en el clímax de la lucha en torno a los contratos, se perdió en su mayor parte por las mismas lluvias torrenciales que afectaron a todos los agricultores de Santa Fe y Entre Ríos.

Las temporadas 1891/1892, 1892/1893 y 1893/1894 fueron excelentes para la agricultura argentina. La exportación de trigo creció de 470.110 a 1.608.249 toneladas,²²⁴ y esas cosechas habrían podido constituir una buena señal y un estímulo para los colonos judíos. Pero para ellos esos años fueron totalmente desperdiciados. Las temporadas 1894/1895 y 1895/1896, en que el proyecto de colonización alcanzó cierta estabilidad, trajeron consigo catástrofes naturales que diezmaron las cosechas y revelaron las graves consecuencias de la baja en el precio del cereal. Esos años flacos pusieron también de relieve otra negligencia en el desempeño de la conducción radicada en Buenos Aires: la debilidad de la planificación en la que se basaba la economía de las colonias veteranas. Por errores en las previsiones, los colonos de Entre Ríos fueron asentados en parcelas pequeñas (unas 37,5 hectáreas por granja), parte de las cuales estaba concentrada en poblados grandes que en 1903, tras diez años de labor, debieron ser subdivididos o reducidos en su población.

²²⁴ La Bolsa de Comercio... (p. 193).

La dirección no supo cómo aumentar la rentabilidad de la parcela puesta a disposición del colono. Tampoco organizó su capacitación como agricultor. Se dejaba todo a la iniciativa del colono, partiendo del supuesto de que la agricultura se aprende con el tiempo.

Las demoras, fracasos y negligencias en el proceso de la colonización constituyeron la norma que conformó la imagen de los colonos que participaban del proyecto y pusieron al descubierto las debilidades de la colonización misma.

c. La imagen de los colonos. El Barón, como vimos, creía que los comités de frontera en Alemania que seleccionaron a los primeros colonos enviaron a Argentina solo a los aptos para el proyecto. De hecho, la “evaluación” no impidió que viajaran elementos negativos y hasta personas sospechosas de antecedentes delictuosos. Los emigrantes que partieron desde Estambul en el *Pampa* poseían otras características: se trataba de frustrados emigrantes a Palestina cuya entrada al país fue denegada por las autoridades turcas, lo que los transformó en refugiados satisfechos por la ayuda que les otorgaba el Barón. Al mismo tiempo, no puede dudarse de que, entre los miles de emigrantes del comienzo, hubo muchos que deseaban sinceramente convertirse en agricultores. De todos modos, unos y otros, una vez llegados a las colonias, quedaban librados a las condiciones reinantes, cuyos signos más claros eran la provisoriedad y la dependencia económica.

El primer grupo de inmigrantes arribó antes de que se hubiera concretado la compra de terreno alguno, lo cual generó desde el comienzo condiciones de precariedad. Las negligencias de la conducción en cuanto al progreso en la construcción de las casas, la lentitud del asentamiento en el terreno y la pérdida del producto en las primeras temporadas prolongaron esa precariedad, ya que lo único

importante que estaba asegurado era el subsidio en productos o dinero que administradores, siempre cambiantes, distribuían entre los colonos. Esas circunstancias, sumadas a la sensación de su total dependencia de los funcionarios locales, sin que el Barón conociera su situación, debilitaron la iniciativa personal y la buena voluntad de los mejores, y parte de ellos abandonó las colonias. Por otra parte, las condiciones reinantes fortalecían a aquellos primeros inmigrantes que se habían visto atraídos por el proyecto argentino debido a la “filantropía”, el apoyo prometido, sin que tuvieran el deseo o la capacidad de convertirse en agricultores. La desocupación forzosa y los episodios de corrupción en la administración local estimularon a los elementos negativos de la población. La precariedad, y más tarde las actuaciones parciales y deficientes de la administración, hicieron que los honestos no lograran demostrar su buena disposición, y por fuerza participaron del enfrentamiento continuo con los funcionarios.

El Barón tendió todo el tiempo a ignorar esta dinámica. Su insistencia en la depuración, basada en una división estática entre “buenos” y “malos”, lo impulsó a buscar colonos ideales mediante el método de grupos organizados antes de la emigración. Pero también estos grupos atravesaron un proceso parecido al de los contingentes anteriores. El sincero entusiasmo de la mayoría durante las selecciones del verano y otoño de 1892, y su fuerte deseo de alejarse de Europa, no lograron mantenerse durante los largos meses de espera que mediaron, en 1893 y 1894, entre su inclusión en el proyecto y el comienzo concreto de su asentamiento. Algunos quedaron en la ruina, la mayoría se decepcionó por haber sido establecidos en granjas aisladas y no en aldeas, y todos se enfurecieron ante las grandes diferencias entre el esquema de contrato que se les había presentado en Rusia y el que se les exigía firmar al llegar a

Argentina. Fueron estas circunstancias lo que los convirtió de “buenos” en “malos”, mucho más que las concesiones y errores del equipo de Feinberg durante las evaluaciones. También sus representantes, que tanto impresionaron al Barón y a sus colegas en Londres en marzo de 1893 por su personalidad y entusiasmo, fueron más tarde influidos por los cambios en su estatus y las demoras en la ejecución de sus funciones.

Por ende, el sistema de los grupos y sus representantes, que ya en su enunciación original resultaba utópica, no fracasó solamente porque no se correspondía con la capacitación agrícola y la situación social de los colonos, sino debido a las negligencias administrativas que acompañaron su realización. Las intervenciones perjudiciales de Kogan y las variables actitudes del Barón deformaron y sofocaron el experimento con nueve grupos en Entre Ríos, aun antes de descubrirse sus debilidades esenciales, e impidieron su adaptación a las condiciones en las que ese experimento podría haber tenido éxito. La crisis surgida en torno a los contratos, causada por la incapacidad del Barón de presentar ante los representantes de los colonos, en junio de 1893, un texto final y consensuado, no le permitió percibir que el sistema de los grupos en su formulación mejorada podía traer al proyecto agricultores habituados al trabajo y socialmente homogéneos. Por ello, no hubo continuación del asentamiento exitoso de los lituanos en Moisés Ville, logrado gracias a los amplios trabajos de preparación realizados por el administrador con la anuencia pasiva de los representantes de los colonos y a la elección de una fecha adecuada.

La crisis de los contratos puso también en evidencia la brecha entre las concepciones del Barón y las de los colonos en cuanto al significado de la filantropía sobre la que se sustentaba el proyecto. Por una parte, quienes veían en la

generosidad del Barón un acto de caridad se sorprendieron de que se les exigiera devolver toda su deuda e inclusive pagar un interés por la misma. Por la otra, quienes veían en la JCA una empresa guiada por criterios comerciales y esperaban que el contrato propuesto se basara en derechos y obligaciones mutuas, descubrieron que dichos criterios estaban limitados por razones filantrópicas, y que el contrato en sí los dejaba librados para siempre a la buena voluntad de la empresa.

En resumen, en vida del Barón el proceso de colonización en Argentina generó en los colonos profundos sentimientos de frustración y decepción, que provocaron desmoralización, el éxodo de muchos de los mejores y la tendencia de otros a considerar al proyecto y a sus ejecutores como factores hostiles. A ojos del Barón, todo ello constituía la prueba de que los malos prevalecían, y con base en este supuesto tomó repetidas decisiones sobre demoras y reducciones en las actividades. Debido al choque entre las posiciones de ambas partes, se desperdiciaron oportunidades muy valiosas, que habrían permitido concretar un proyecto mucho mayor. Las grandes posibilidades que objetivamente brindaban, por una parte, la Argentina en tanto país interesado en la colonización y, por la otra, los agricultores judíos rusos interesados en emigrar, no fueron aprovechadas.

2.2. El método: filantropía autoritaria

Como hemos visto, una larga serie de errores provenía de las decisiones del Barón, en buena medida debido al método en el que basó su proyecto y a la forma autocrática en que lo manejó. Esta última tenía que ver con la noción de filantropía, en la que la voluntad personal del benefactor determina el proceso de acción. En el caso de la colonización judía en Argentina, esa voluntad personal cobró

significación especial, ya que a diferencia de otros proyectos filantrópicos —en que la práctica recae en funcionarios independientes, con escasa intervención del donante—, el Barón quiso conservar la conducción en sus propias manos, lo cual aumentó la incidencia del método autocrático en su desarrollo.

Una de las razones era que el Barón se veía a sí mismo (y de hecho lo era) como miembro de la aristocracia europea en cuyos medios sociales se movía, y fue consciente en todo momento de la diferencia de estatus entre él y sus funcionarios, con la posible excepción del coronel Goldsmid. (Lo cual no impidió que mantuviera una relación cordial y en apariencia igualitaria con la delegación de representantes de los grupos rusos encabezada por Gregorio Rapaport, porque veía en ellos a los realizadores de su idea sociocolonizadora.) Pero lo cierto es que, en lo atinente al proyecto, y pese a sus cualidades personales, el Barón se hallaba aislado en el seno de los círculos dirigentes de la colectividad judía.

La Alliance Israélite Universelle, aun cuando dependía de su apoyo financiero, se opuso al proyecto, y el hecho de que sus dirigentes se integraran al Concejo Central de la JCA a título personal o estuvieran dispuestos a colaborar en la obra educacional en las colonias, no llegó a modificar esa postura de la institución. La Anglo-Jewish Association —cuyo rol en la comunidad judía de Inglaterra era equivalente al de la Alliance en Francia— adoptó una posición semejante. El Comité Central por los Judíos de Rusia que funcionaba en Berlín, aun cuando describía su vínculo como “colaboración”, se negó a incorporarse a su iniciativa y no vaciló en criticarla públicamente. También en Rusia la “elite” judía tuvo reparos ante el programa del Barón; algunos lo manifestaron abiertamente desde el primer momento, y otros adoptaron esa actitud más tarde

en forma disimulada. A siete meses de su fundación, el Comité Central de San Petersburgo le propuso al Barón que modificara los objetivos de su empresa colonizadora y la transformara en una empresa de migración y de apoyo a quienes deseaban abandonar sus países y establecerse en nuevos lugares. Cuando aumentaron las dificultades en Argentina, el comité le aconsejó cambiar de rumbo y examinar las posibilidades de colonización dentro de Rusia misma.²²⁵

Ni siquiera los directivos, que eran sus colaboradores directos, compartían totalmente la visión del Barón: Loewenthal, Hirsch y Cazès se opusieron a la idea de que el proyecto se encaminara al establecimiento de una autonomía provincial; Kogan y quizás también David Feinberg negaban la posibilidad de llevar a cabo un proyecto tan grande. El Barón, pues, se quedó solo con sus ideas, y en el mejor de los casos obtuvo de sus principales funcionarios un apoyo escéptico.

Otro problema tenía que ver, como ya indicamos, con la información con la que contó el Barón antes y durante la implementación de su proyecto. Su decisión de llevarlo a cabo en Argentina se basó en informes parciales y datos confusos proporcionados por Loewenthal y sus compañeros tras su investigación; elaboró el plan para el Chaco en base al resumen superficial y distorsionado de Cullen; conformó el programa de autogobierno pese a las advertencias de Roth, Charlamb, Goldsmid y Kogan, en el sentido de que los colonos no estaban capacitados para el mismo; no prestó atención a los informes de Feinberg sobre la formación de los grupos y los forzosos compromisos que había debido aceptar en la composición de los mismos.

²²⁵ El Comité de San Petersburgo presentó su propuesta sobre emigración ya en septiembre de 1893. JCA/LON (Rusia 2ª), protocolo de la reunión del Comité Central de San Petersburgo, 24.2.1894.

Además, dado que a veces adoptó criterios contradictorios, elaboró con ellos posiciones contradictorias. A pesar de su reiterada exigencia de colocar al colono en su parcela y permitirle arreglarse solo, su temor ante el destino de sus inversiones lo llevó a exigir un control prácticamente cotidiano de lo que ocurría en las colonias, y de allí a la tutela total la distancia no era grande. Por una parte, planeaba el establecimiento de formas de amplia cooperación intensiva entre los colonos y, por la otra, proponía como modelo para sus colonias a las atrasadas aldeas de Rusia y los Balcanes. Pese a conocer las limitaciones de sus funcionarios en las colonias y reconocer que parte de las quejas contra ellos estaban justificadas, aceptó que los mismos erigieran una valla insalvable entre él y los colonos.²²⁶ Al basarse en la información que llegaba a París, y carecer de un marco que le permitiera una visión más completa y multilateral y una evaluación correcta de las cuestiones, la empresa del Barón quedó expuesta a todos los defectos de la autocracia. El resultado fue que, en el ocaso de su vida y pese a sus sinceros sentimientos filantrópicos para con los judíos rusos, desistió del programa que había ideado a raíz de la expulsión de Moscú, y hasta llegó a planear la “expulsión” de una parte de los colonos en Argentina; la posibilidad de que deambularan de frontera en frontera en su intento de volver a Rusia no lo disuadió.

²²⁶ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/3), carta del Barón a Hirsch y Cazès, 7.10.1893, donde reconoce que la fuente de la oposición de los colonos era su desesperación ante una administración que evidenciaba su falta de capacidad práctica.

3. Conclusiones

El método autocrático constituyó el factor de base del proyecto. Este método estorbó la estabilidad administrativa y provocó demoras en los asentamientos, por lo menos en Entre Ríos y en Moisés Ville; generó una estructura jerárquica que provocó numerosas distorsiones y negligencias en la vida de las colonias; influyó negativamente en la imagen de los colonos y sus relaciones con la JCA, e impidió todo contacto directo entre aquellos y el Barón. Comparados con todo esto, los fracasos agrícolas pasan a ser factores secundarios en el desmoronamiento del proyecto. Unos y otros llevaron a reducir su alcance y a desaprovechar todas las oportunidades objetivas que existieron tanto en Argentina como en Rusia.

Los logros del proyecto

Lo expuesto en el capítulo anterior evidencia que el grandioso proyecto original del Barón careció de base realista, tanto respecto de las dos regiones geográficas y sociales en las que se proponía influir como respecto de los métodos aplicados para llevarlo a la práctica. Cabe preguntarnos cuáles fueron, pese a esos desaciertos, los resultados positivos del proyecto, aun en las formas limitadas en que fue implementado en vida del Barón.

A continuación, resumiremos dichos logros en el ámbito de la colonización agrícola judía, para luego destacar, por una parte, su impronta en la comunidad judía y en la sociedad general de Argentina tal como se la percibe en la época inmediata posterior; y por la otra, su influencia en el proceso de la historia judía global.

1. Los alcances de la colonización judía

A su fallecimiento, el Barón dejaba en Argentina tres concentraciones agrícolas en tres provincias diferentes. Pese a que consideraba que semejante dispersión era un factor negativo —y una de las consecuencias indeseables de los problemas que afectaron al proyecto en el comienzo de su implementación—, se difundió la errada noción de que esa

desconcentración era parte de sus objetivos, y paradójicamente, la misma se convirtió en el factor básico y determinante en la historiografía del emprendimiento.²²⁷

A fines de 1896, según los datos oficiales de la empresa, la JCA poseía 200.619 hectáreas en tres provincias: 37.384,50 hectáreas de tierras cultivadas y las restantes, de pastura o en barbecho. La población involucrada en el proyecto era de 6.757 personas en 910 granjas, distribuidas según lo indica el siguiente cuadro.²²⁸

COLONIA	NÚMERO DE GRANJAS	HABITANTES
Moisés Ville	91	821
Mauricio	187	947
Grupos	44	228
Clara y San Antonio (en conjunto)	588	4.761
TOTAL	910	6.757

Este cuadro no refleja todas las actividades de la JCA hasta ese momento, puesto que la empresa se ocupaba también de otros 1.160 inmigrantes que habían pasado por las colonias, pero luego se habían establecido, al menos en parte, en aldeas y ciudades de Argentina.²²⁹ Tras la muerte del Barón, la población de la JCA siguió disminuyendo, ya que continuó el regreso a Europa de un número de colonos, mientras otros presionaban para lograr marcharse.²³⁰

²²⁷ Véase *JCA-Its Work...* (pp. 5-8); Frischer (pp. 459-488).

²²⁸ JCA, *Ra. d'Ad.*, 1896 (p. 7).

²²⁹ Sobre la colonización urbana de la JCA, véase Bar Shalom, 2014.

²³⁰ JCA, *Séances d'Ad.*, vol. I (p. 2). En la reunión del 13.10.1896, el miembro de la comisión Alfred Cohen protestó por los gastos de repatriación y exigió anular esos operativos, pero la comisión rechazó su demanda.

Tampoco cesaron las catástrofes naturales en las regiones de la colonización judía, sobre todo en Entre Ríos, frustrando las escasas esperanzas que les restaban a los colonos. En 1896, Moisés Ville y las colonias entrerrianas sufrieron tres ataques de langostas en una misma temporada; y los cultivos que lograron recuperarse fueron azotados por lluvias torrenciales en la época de la cosecha. Aunque la empresa se recuperó de la crisis en el año en que falleció el Barón, continuaría actuando en forma restringida durante muchos años más.

El número de chacras en las colonias no aumentó tras la muerte del Barón, aun cuando hasta fines de 1900 se incorporaron no menos de 588 familias nuevas, en parte, llegadas a Argentina por sus propios medios y asentadas en Entre Ríos; en parte, traídas por iniciativa de los lituanos de Moisés Ville con ayuda extraoficial de la JCA. En 1901, había 906 chacras en todas las colonias, con 6.782 habitantes.²³¹

En el área de los servicios públicos, en 1896 ya existían en las colonias modelos fijos de servicios públicos en las áreas de la salud y la educación. En los servicios de salud, hemos descrito la destacada actuación de tres médicos: Yosef Yafe y Téophile Wechsler en Mauricio, y Noé Yarcho en Entre Ríos. El servicio incluía también el trabajo en tiempo parcial de médicos locales que no integraban el personal permanente de la JCA y recibían sueldo según sus servicios. Los tratamientos en las colonias mismas y las internaciones en hospitales se cumplían, pese a los límites que les imponía la dirección de Buenos Aires siguiendo las instrucciones del Barón.

²³¹ JCA, *Ra. d'Ad*, 1900 (pp. 6.11.23). Sobre el número de colonos establecidos y desertores —según el informe de Sonnenfeld en septiembre de 1902—, véase más adelante. Sobre la llegada de nuevos colonos a Moisés Ville, véase Cocovich, 1987 (pp. 237-247).

En el área educacional, continuaban existiendo las aulas privadas de educación religiosa elemental, pero ya funcionaban las primeras escuelas generales, dos en Mauricio, tres en Clara, una en San Antonio y una en Moisés Ville, y la JCA planeaba aumentar su número. Para ello solicitó de la Alliance Israélite Universelle el envío de nuevos maestros.²³² Los estudios judaicos se hallaban en apariencia bajo la supervisión de representantes de los colonos, al igual que las restantes instituciones religiosas, y a esas áreas se limitaba su influencia en los asuntos de las colonias.

En el área administrativa, el Barón no solo mantuvo a Hirsch y Cazès como directores de la oficina de Buenos Aires —a quienes se unió en julio de 1896 su amigo el maestro David Haim como secretario—, sino continuó también con el método establecido en los dos años y medio anteriores. Hirsch y Cazès manejaban los asuntos de la empresa por escrito desde Buenos Aires, con la ayuda de sus empleados, la mayoría de los cuales no eran judíos. Sus visitas a las colonias eran infrecuentes y breves, y generalmente ratificaron las decisiones de los administradores locales, ya fuera porque estaban pobremente informados sobre lo que acontecía, ya fuera porque no deseaban adoptar medidas drásticas contra los mismos. Esta actitud incrementó el distanciamiento entre ellos y los colonos, que alcanzó la ruptura completa cuando se exigió de estos que enviaran todas sus protestas a Buenos Aires únicamente por intermedio de los funcionarios locales. Dichos funcionarios, por su parte, ocupaban edificios cómodos —ya existentes cuando las haciendas fueron adquiridas o especialmente construidos más tarde—, y muchos de entre ellos se consideraban a sí mismos un

²³² JCA, *Séances d'Ad.*, vol. I, sesión del 4.7.1897 (p. 52); sesión del 19.1.1902.

factor central en la conducción de la empresa, lo que los llevaba a adoptar actitudes altaneras hacia los colonos, como si fueran sus súbditos.

Este tejido de relaciones, cuyo signo más evidente eran la tutela con fines “educativos” y la autoridad, basadas en el mantenimiento de las distancias y el ejercicio de poder, amplió y consolidó la hostilidad y enemistad entre los colonos y quienes supuestamente se ocupaban de su bienestar.²³³

Tras la muerte del Barón, el acuerdo alcanzado por Hirsch y Cazès con el Dr. Sonnenfeld, en la primera visita de este en 1896, fortaleció la posición de la administración de Buenos Aires respecto de la dirección central en París —mucho más que en tiempos del Barón—, y ello pese al papel activo que desde ese momento desempeñaron los organismos franceses (la oficina y la Comisión Directiva de la JCA) en la conducción de la empresa. A ello contribuyó también el hecho que, a partir de la primera reunión realizada después de la muerte del Barón, la Comisión Directiva se dedicó a poner en práctica los programas sobre las áreas de funcionamiento de la JCA tal como él los había definido poco antes de morir. En la reunión del Consejo Central de la JCA los días 13 a 15 de octubre de 1896, en la que participaron representantes de la Alliance, la Anglo-Jewish Association y las comunidades de París, Berlín, Francfort y Bruselas (todos accionistas de la empresa), tuvo lugar un agitado debate sobre este tema. Se decidió que, pese a que se daría preferencia a consolidar el proyecto ya implementado en la República Argentina,

²³³ JCA, *Séances d'Ad.* vol. II, material para la reunión del 8.11.1902, p. 72, informe de Sonnenfeld sobre su visita a Entre Ríos en 1902. *Ibidem*, informe final de Sonnenfeld sobre las deficiencias de la oficina de Buenos Aires. Ese informe anuncia también la finalización del periodo de Hirsch y Cazès; pero las propuestas que incluye para el periodo siguiente aseguran la continuidad de las normas establecidas por estos.

se comenzaría con actividades de instrucción agrícola y de colonización en Rusia, se incluiría a los judíos rumanos en los beneficiarios de los proyectos de la JCA, y —pese a la firme oposición de una parte de los presentes— se brindaría apoyo a tres colonias agrícolas en Palestina. A partir de ese momento, el ámbito de acción de la JCA se amplió. Pero, si bien en cuanto a presupuesto y alcance de sus actividades la JCA prefería otras regiones, Argentina mantuvo el primer lugar en los informes anuales presentados a los accionistas y al gran público.²³⁴

Por influencia de Hirsch y Cazès, y siguiendo la tendencia a convertir a la JCA en una institución de beneficencia constructiva y multifacética, en el proyecto de colonización en Argentina se fue acentuando el carácter filantrópico y productivista de las actividades. Quienes se hallaban al frente del mismo se consideraban como tutores de los colonos, cuyo objetivo era educarlos, conservar sus costumbres, controlar que no se desviaran de las actividades agrícolas y ayudarlos en forma material en momentos de crisis. El carácter comercial de la JCA, que tanto había sido destacado en sus comienzos, se volvió secundario, y de este modo el proyecto pasó a ser el único en su especie dentro del área de la colonización en Argentina.

²³⁴ JCA, *Séances d'Ad.*, vol. I (pp. 1-24), reunión del 13-15.10.1896; en el debate sobre el apoyo a las colonias en Palestina las ideas estuvieron muy divididas y solo la firmeza del rabino Zadok Kahn hizo que la JCA aprobara dicho apoyo, al menos hasta que se examinara la situación en dicho territorio. Sobre el programa destinado a orientar las actividades centrales de la JCA hacia Rusia, véase Feinberg (pp. 64-65).

2. La relevancia del proyecto en el marco de la agricultura argentina

En 1895, existían 549 colonias agrícolas en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, que junto con los poblados en la provincia de Buenos Aires cultivaban un total de 3.510.662 hectáreas.²³⁵ En 1896, las colonias judías en esas provincias cultivaron 37.384 hectáreas, un 1,06% del total, y constituían una minoría de muy escasa importancia en las tres provincias.

Pese a ello, las colonias judías poseían relevancia local, particularmente las que se hallaban en tres distritos de Entre Ríos: Villaguay, Colón y Uruguay. En 1891, había en ellas 9.122 habitantes en unas 20 colonias, con una superficie cultivada de 39.255 hectáreas.²³⁶ Los 4.989 judíos que se les sumaron hasta 1896 constituyeron un crecimiento del 54,7% respecto de la población en 1891, y las 25.590 hectáreas cultivadas en las colonias judías en 1896 constituyeron un aumento de cerca del 65% respecto del terreno cultivado en 1891. En la provincia de Santa Fe, la colonización judía no se destacaba por su número, pero la ubicación de Moisés Ville y sobre todo de Monigotes en el borde de las regiones de colonización agrícola le otorgaba una importancia local superior a su incidencia cuantitativa.²³⁷

²³⁵ Los datos del censo de 1895 están tomados de Di Tella, Germani y Graciarena (p. 24).

²³⁶ República Argentina, Dirección de Tierras..., *Boletín del Departamento Nacional de Agricultura*, vol. XV, 1891 (pp. 373-374), con datos del Comité de Inmigración de Paraná sobre la colonización en Entre Ríos. El distrito menos poblado era Villaguay, con solo 1.947 habitantes que trabajaban un total de 9.181 hectáreas.

²³⁷ Compárese con Schallman, 1964, en cuanto a las condiciones en la fundación de Monigotes. En el censo de 1895 no se menciona a San Cristóbal (donde estaba Moisés Ville) entre los distritos cerealeros, porque todavía era en su mayor parte zona boscosa y de pastura.

2.1. La JCA en comparación con empresas privadas

La singularidad de la colonización judía era mayor que su importancia numérica. A diferencia de otras empresas colonizadoras en Argentina en esos años, la JCA hizo grandes esfuerzos para arraigar a los colonos en sus tierras y convertirlos en buenos agricultores, capaces de sacar provecho de sus parcelas aunque estas fueran relativamente más pequeñas. La JCA tenía toda la intención de entregar las fincas en propiedad a sus colonos, y vio en esto la meta de su emprendimiento. Si bien imitó a otras empresas colonizadoras cuando redactó los contratos con sus colonos, lo hizo a partir de su enfoque filantrópico y autoritario, sin la menor intención de disfrutar de las ganancias que los contratos podrían concederle. Con ello la JCA difería en forma notable de las restantes empresas colonizadoras en Argentina.

Un investigador que afirmó haber examinado 102 contratos de colonización, halló en la mayoría de ellos condiciones semejantes: precio fijo de la tierra en pesos oro, según su valor el día de la firma del contrato; obligación de pagos en fechas fijas con un interés de 8%, e interés adicional en caso de atraso en los mismos; retención de un tercio de la producción como garantía del pago anual y embargo total de la finca hasta la liquidación total de la deuda, embargo que incluía todas las mejoras que el colono hubiese introducido en su unidad; derecho del vendedor a expulsar al colono sin indemnización alguna en caso de suspensión de pagos.²³⁸ Esas condiciones posibilitaban a los propietarios aprovechar el trabajo de los colonos para el mejoramiento de las tierras y el aumento de su valor, y luego librarse de ellos. Un estímulo para este manejo residió,

²³⁸ Gori, 1958 (pp. 14-16).

sin duda, en la gran especulación en bienes raíces durante la década de 1880, ya que entregar un terreno a un colono con una tarifa fija significaba perder dinero.

Estas dificultades sufridas por los colonos se incrementaron tras la crisis de 1890, que llevó a los propietarios a preferir el arriendo y la aparcería a la venta de las tierras. En la primera mitad de la década, esa fue la tendencia dominante en la agricultura de la provincia de Buenos Aires, que en 1896/1897 comprendía el 85% de todas las fincas. En la de Santa Fe, arrendatarios o aparceros trabajaban el 50,7% de las fincas, y el sistema se había extendido también a Entre Ríos. Ello satisfacía el deseo de los propietarios de aprovechar a trabajadores temporarios que limpiaran sus tierras de malezas y sembraran hierbas de pastura, mejorando de ese modo su calidad. Y también satisfacía las intenciones especulativas de buena parte de los inmigrantes, que estaban dispuestos a invertir sus ahorros y su labor en un emprendimiento a corto plazo con el fin de reunir un capital, “hacer la América” y retornar a sus hogares en Europa. Dado el carácter individual de los acuerdos de arrendamiento y el deseo del colono de trabajar terrenos lo más grandes posibles en el tiempo limitado del que disponía —lo cual coincidía con el deseo del propietario de realizar acuerdos con el menor número posible de agricultores—, los arrendatarios se hallaban mucho más aislados unos de otros que los radicados en las colonias. La mayoría prefería residir en el centro de los extensos terrenos que cultivaban, como si se tratara de una isla en un mar de tierra. Dado que toda mejora y construcción que introducía el arrendatario pasaba a propiedad del dueño de la tierra sin compensación alguna, los arrendatarios preferían conformarse con condiciones de vida muy elementales: chozas de barro y ramas, piso de

tierra apisonada y techo de lata, sin infraestructura para luz y calefacción, sin instalaciones sanitarias, y con un mobiliario muy tosco y elemental.

En este contexto, la JCA se destacaba por sus diferentes objetivos y métodos de acción. Pese a que oficialmente era una empresa de responsabilidad limitada, fue la única entre las entidades privadas que se ocupaba de proveer a sus colonos de servicios médicos y educacionales, y los ayudaba sistemáticamente en los años de desastres naturales.²³⁹

2.2. La JCA en comparación con empresas colonizadoras estatales

La política de colonización agrícola que ejercía el gobierno argentino apuntaba a objetivos semejantes a los de la JCA, en cuanto no se proponía obtener ganancias directas de la misma. Si lo comparamos con esa política, el proyecto judío no dejó de presentar logros importantes (aun pese a sus numerosos fracasos). Para percibirlo, examinaremos la historia de una de las pocas colonias establecidas por el gobierno federal fuera de los territorios nacionales que se hallaban bajo su administración directa.

Se trata de Yerúa, colonia ubicada en la provincia de Entre Ríos en el departamento de Colón, a 22 km de la ciudad de Concordia, a orillas del río Uruguay entre los ríos Yuquerí y Yerúa. El terreno (unas 45.680 hectáreas) fue adquirido por el Estado en 1888, y la colonia fue establecida por ley del Congreso el 20 de noviembre de 1888. El objetivo, según lo declaró el presidente Juárez Celman, era alentar la inmigración al país ofreciendo terrenos para asentamiento a precios razonables en zonas cercanas a

²³⁹ Scobie (p. 35). Bejarano (pp. 130-131) se refiere con amplitud a las actuaciones de las empresas privadas y destaca los diferentes métodos aplicados en la colonización por la mayoría de ellas y la JCA.

líneas de transporte. Tal como ocurría con las colonias estatales en los territorios nacionales, Yerúa se basaba en la Ley de Colonización de 1876, que condicionaba la obtención de una finca al compromiso de radicarse en ella y cultivarla. Tras la aprobación del Congreso, el ministro de Relaciones Exteriores determinó ubicar el poblado a orillas del Uruguay. Allí se erigirían una municipalidad, cuatro escuelas, una comisaría, una iglesia católica grande y una protestante más pequeña.

El 7 de febrero de 1890, el gobierno fijó las condiciones para los interesados en establecerse en Yerúa: 1) las fincas tendrían una extensión de 100 hectáreas; su precio sería de 57 pesos por hectárea e incluiría también una vivienda, un pozo de agua y el alambrado; 2) solo serían aceptados inmigrantes que pudieran demostrar que eran agricultores y poseían un mínimo de 500 pesos para la compra de equipos y semillas; 3) su deuda con el Estado se distribuiría en ocho pagos, a partir del tercer año, más un interés de 8%; 4) la finca pasaría a propiedad del colono luego de la liquidación de la deuda o, si abonaba toda la suma de antemano, al cabo de un año de su establecimiento en el lugar.

La colonia Yerúa suscitó gran interés en Argentina. El embajador británico informó sobre el proyecto a su cancillería, dado que el Ministerio del Interior argentino había prometido un mínimo de 100 unidades para inmigrantes ingleses. Ello suscitó críticas en un sector de la prensa, que consideraba que la distribución no se estaba realizando con criterios correctos.²⁴⁰

²⁴⁰ Para documentos relativos a Yerúa, véase República Argentina, Ministerio..., *La colonia Yerúa...* Para el decreto del 7.2.1890, véase *Tierras, Colonias y Agricultura* (p. 209). Este decreto se publicó, junto con un informe del embajador inglés en Buenos Aires, en Great Britain, Foreign Office... N° 165. Sobre Yerúa en el contexto de las colonias estatales en general, véase Alsina, 1910 (p. 12). Véase en *El Argentino*, 30.7.1891 y 9.9.1891, críticas al método de implementación del asentamiento.

Pero en la práctica —y pese a que, en opinión de un inspector del Departamento de Tierras, era difícil hallar una colonia con mejores condiciones— el progreso de Yeruá fue lento y cargado de deficiencias; en parte, semejantes a las que afectaron el proyecto del Barón. Hubo estafas en la erección de la infraestructura: las casas se construyeron con materiales baratos de menor calidad y en sitios bajos expuestos a inundaciones; en los alambrados se colocaron menos postes de los necesarios; el revestimiento interior de los pozos de agua no fue debidamente reforzado, etc. Pese a que habían pagado por todo ello precios relativamente altos, que engrosaban sus deudas con el Estado, los colonos se vieron obligados a construirlo todo de nuevo o a gastar sumas elevadas en refacciones. La administración de la colonia no era eficiente; de hecho, hasta 1895 funcionó sin reglamento alguno y sin normas expresas para sus funciones y atribuciones. El tranvía que debía comunicar las distintas secciones de la colonia no fue instalado y su concesión fue revocada. Las iglesias y parte de las escuelas comenzaron a construirse solo en el año 1900.

Por el lado de los colonos, aunque habían declarado ser agricultores, resultó evidente que su experiencia en el área era muy limitada, e inclusive algunos nunca tuvieron la intención de trabajar la tierra por sí mismos y se apresuraron a arrendar sus fincas. Pese a la presión por obtener parcelas al comienzo del proyecto, en 1892 había en Yeruá solo 1.950 personas. La langosta y otras plagas, así como las lluvias torrenciales que asolaron las colonias judías, cayeron también sobre Yeruá, desesperando a sus habitantes. En 1896, el año en que falleció el Barón, el gobierno se vio forzado a modificar la ley original sobre el poblamiento de la colonia: se estableció que las parcelas se venderían también a no inmigrantes, y que el precio de la tierra podría

variar —aumentar o disminuir, según las circunstancias—, aun cuando ya se habían concedido repetidas prórrogas para los pagos anuales por las fincas.²⁴¹

En 1901, debido al atraso de sus habitantes en la amortización de las deudas, el viceinspector general de colonias estatales fue enviado a Yerúa, donde permaneció cuatro meses, tras los cuales presentó un informe con la historia de la colonia y una descripción de su situación en ese momento. Un año después, en agosto de 1902, llegó a Entre Ríos el Dr. Sonnenfeld, director general de la JCA, junto con otro alto funcionario de la empresa, con el fin de informar sobre el estado de las colonias judías y las posibilidades de ampliarlas y mejorarlas. Esas dos visitas de inspección, a Yerúa y a las colonias judías, tuvieron lugar en años sumamente difíciles para la agricultura en Entre Ríos, debido a los frecuentes ataques de langosta y a las prolongadas sequías; por ende, una comparación entre los informes derivados de las mismas puede servir de testimonio parcial en cuanto al éxito de los dos emprendimientos. Nos centraremos en las colonias judías que estaban a razonable distancia de Yerúa —Clara y San Antonio—, sin tomar en cuenta las de la zona de Basavilbaso, mucho más alejadas.

El inspector halló en Yerúa a 2.038 habitantes que disponían de 39.645 hectáreas, pero solo 6.306 (16%) habían sido trabajadas. En Clara y San Antonio, Sonnenfeld halló 3.032 habitantes que disponían de 52.000 hectáreas, de ellas 16.000 trabajadas (31%). Los colonos de Yerúa habían cultivado un promedio de tres hectáreas por persona,

²⁴¹ Véanse en República Argentina, Dirección..., *Boletín del Departamento...*, vol. XVI, 1892 (p. 53), la lista de los 236 compradores de parcelas, por un total de 27.381 hectáreas y un valor de 1.734.330 pesos, del cual solo 11.428 pesos fueron abonados en efectivo; vol. XVII, 1893, preparativos para combatir la langosta; vol. XIX, 1895, definición de las tareas de la administración. Sobre la situación de hecho en el lugar, véase Vedia (pp. 24, 45 *et passim*).

mientras que los colonos de La JCA habían cultivado cinco hectáreas por persona. En cada finca de Yeruá, había unas 100 cabezas de ganado, incluidos caballos y cerdos, lo que la acercaba al modelo de granja de pastura, mientras que las fincas judías poseían un promedio de 35 animales, incluidas las bestias de trabajo.

En cuanto a las condiciones naturales, las de las colonias judías eran inferiores a las de Yeruá. Los terrenos de esta se extendían a lo largo de 21 km de costa fluvial, y sus campos de pastura se hallaban a un máximo de seis horas de caminata de los importantes ríos Yeruá y Yuquerí. San Antonio y Clara se hallaban lejos de las vías de comunicación y sus animales bebían en abrevaderos de agua de lluvia (tajamares), razón por la cual durante la sequía de 1901 se perdió un 10-15% del ganado. Pese a ello, la producción agrícola de Clara y San Antonio, aun en años de crisis, fue mayor que la de la colonia estatal.

También en el área de servicios (sobre todo educacionales) la situación era mejor en las colonias judías. El inspector halló en Yeruá solo dos de las cuatro escuelas estatales prometidas, y junto a ellas varias escuelas privadas sumamente primitivas, organizadas y mantenidas por los habitantes; aun así, había niños analfabetos. En ese mismo periodo, la JCA mantenía en Clara y San Antonio nueve escuelas y se ocupaba de que los colonos enviaran a sus hijos a ellas en forma regular.

Hallamos que las dos entidades colonizadoras se habían fijado objetivos semejantes, pero justamente la estatal tenía dificultades en lograrlos, pese a que su colonia poseía ventajas geográficas, económicas, organizativas y legales.

El precio por una hectárea de terreno sin construcciones fijado por el Estado era de 26,50 pesos, mientras que la JCA fijó 36 pesos por hectárea en las zonas más alejadas

y 70 en las zonas próximas al ferrocarril. A diferencia de la JCA, el gobierno no condicionó la obtención de títulos de propiedad al cultivo continuado de las tierras, ni se encargaba de supervisar de cerca las actividades agrícolas de los colonos; estos, por su parte, se sentían obligados ante todo a trabajar la tierra y a cumplir con los pagos previstos. Pese al régimen liberal de su colonización —o quizás debido a él—, en 1901 se descubrió que los objetivos originales de Yeruá no se habían cumplido: los inmigrantes a quienes se había destinado la colonia eran minoría, frente a una mayoría de argentinos nativos (695 contra 1.343); muchos habían arrendado sus fincas, inclusive aquellos que habían logrado obtener varias unidades de terreno; algunas parcelas habían cambiado de mano seis o siete veces sin que las autoridades fuesen informadas al respecto, y los propietarios originales se habían marchado a las ciudades, a países limítrofes y hasta a Europa. También los asuntos financieros de Yeruá presentaban deficiencias: tras sus primeros diez años de existencia, plazo en el cual las colonos habrían debido saldar totalmente sus deudas, solo habían sido liberadas 18 fincas con una superficie total de 3.479 hectáreas, todas en una misma zona, a orillas del Yuquerí; la deuda acumulativa de los colonos llegaba a 1.884.209 pesos; y de los pagarés por un total de 399.926 pesos que el inspector llevó consigo, solo logró cobrar la suma de 22.484 pesos, es decir, el 5,6%.

La situación financiera de la JCA en Entre Ríos era peor: de 422 colonos con contratos que se hallaban en Clara y San Antonio (otros 287, en su mayoría colonos nuevos, carecían de los mismos), solamente dos habían cumplido con todos los pagos anuales, quince habían abonado una sola cuota o poco más, y todos los restantes no habían completado una cuota completa, incluidos 95 que no habían efectuado pago alguno. Pero la JCA era más

consecuente en su lucha por el cumplimiento del trabajo agrícola y por el arraigo en el lugar, que por los compromisos financieros de los colonos. Pese a la enorme deserción que sufrieron las colonias de Entre Ríos —hasta fines de 1901 se marcharon 841 familias y quedaron solo 709—, la JCA mantuvo el régimen de tierras y la estructura de las actividades agrícolas que se había fijado en el comienzo.

El Departamento de Colonización argentino se limitó a invertir en Yerúa sumas pequeñas de dinero fuera de la compra de las tierras, la construcción de las viviendas y el mantenimiento de la administración, mientras que la JCA gastó en sus colonias de Entre Ríos (incluida la zona de Basavilbaso y Lucienville) —solo por asentamiento, manutención y administración (sin el costo de las tierras)— la suma de 5.284.466 pesos en el quinquenio 1896-1901. De esa suma, 1.577.718 pesos fueron dados por perdidos, ya que los colonos en que se habían invertido habían abandonado las colonias.²⁴²

Hallamos que la empresa colonizadora judía basada en los fondos del barón Hirsch contribuyó mucho más al poblamiento de Argentina, en el espíritu de la Ley de

²⁴² JCA, *Séances d'Ad.*, informe de Sonnenfeld, material para la reunión del 8.11.1902, vol. I (pp. 71-72); en los anexos, datos sobre las inversiones de la JCA y la deserción de sus colonias. Véase también JCA, *Ra. d'Ad.*, 1902, sobre la superficie cultivada, etc. Es de destacar que la visita de Sonnenfeld tuvo lugar tras la deserción de decenas de familias de las colonias entrerrianas y su asentamiento en Médanos, en la cercanía de Bahía Blanca. El informe muestra la gravedad de la crisis: Sonnenfeld habla de animales muertos que halló desparramados en los campos. En cuanto a la venta de terrenos, observa el director de la Dirección de Tierras y Colonias, Ing. Octavio S. Pico, al final del informe del inspector J. J. de Vedia, que los 57 pesos que cobra el gobierno por la tierra y las instalaciones exceden en 15 pesos los 42 por los que vendieron los suyos los propietarios privados en la zona de Yerúa. En comparación, los precios de JCA resultan exorbitantes, y Sonnenfeld, en su informe, destaca que el peso de la deuda y la imposibilidad de librarse de la misma se contaron entre los factores que provocaron el abandono de la colonia, por lo cual sugiere que esos precios sean revisados.

Colonización, que otros emprendimientos, tanto privados como estatales. Esta es la singularidad de ese proyecto en el panorama de la agricultura argentina.

3. El aporte de la colonización a la comunidad judía de Argentina

Por sus características, el proyecto de colonización habría debido constituir una fuente de prestigio para la colectividad judía de la Argentina, y efectivamente, a lo largo del tiempo, los agricultores judíos fueron mencionados toda vez que se hizo necesario destacar el arraigo de la comunidad en el país y su especial contribución a la economía de base del mismo. Pero además de ello, en vida del Barón, el proyecto agrícola contribuyó a la conformación misma de la comunidad judeo-argentina de manera decisiva, en dos dimensiones: la consolidación demográfica y la singularidad social.

La JCA asumió la responsabilidad de ayudar a la absorción de los grupos de colonos autónomos en Palacios, Monigotes y Moisés Ville en la provincia de Santa Fe, luego de que los recursos financieros de los mismos se agotaron; hizo venir a la Argentina buques repletos de inmigrantes colonos, y a veces absorbió en sus colonias a inmigrantes llegados por otras vías.

La importancia de esta decisiva contribución se manifestó explícitamente en el segundo Censo Nacional, realizado el 10 de mayo de 1895, en el que se preguntó a los censados también por su religión.²⁴³ La exhaustiva investigación recientemente realizada por Yaacov Rubel, basada en las fichas personales de los censados en todo el país,

²⁴³ El ítem en el censo decía: "Si no es católico, qué religión tiene". Esa pregunta no había figurado en el primer Censo Nacional de 1869. Véase <https://bit.ly/2OwkYsw> (acceso: 20.3.2018).

establece que en 1895 se hallaban en Argentina a lo sumo 9.393 judíos, de los cuales solo 2.212 residían en la capital.²⁴⁴ En la provincia de Entre Ríos fueron censados 4.607 judíos; si les sumamos los colonos de Mauricio (provincia de Buenos Aires) y de Moisés Ville (provincia de Santa Fe), hallamos que la población de las colonias de la JCA era de 6.658 personas, la mayoría absoluta de la comunidad judía argentina de ese momento. En otras ciudades y poblaciones del país se hallaban —según el estudio de Rubel— 482 judíos, 256 asquenazíes y 226 sefarditas y marroquíes; sumados a los de la capital, hallamos un total de 2.694 judíos urbanos en el país, entre los cuales seguramente se contaban las familias que habían abandonado las colonias, no todas las cuales habían regresado a Europa.

En los años siguientes, se redujo la incidencia del proyecto dentro del total de la población judía del país. Un censo privado, que llevó a cabo la JCA en 1909 para determinar el estado de la educación judía en todo el país, indicó que en la capital y las provincias vivía un total de 55.000 judíos, de los cuales se encontraban en las colonias solo 15.771, incluyendo colonos y trabajadores asalariados.²⁴⁵ Aun cuando todavía era importante la presencia de los excolonos en la población judía de la capital y las ciudades de provincia, resulta evidente que la creciente inmigración urbana, en comparación con la rural, se había vuelto la más importante desde el punto de vista demográfico. Pero no ocurría lo mismo desde una perspectiva social judía.

²⁴⁴ Rubel, 2013 (pp. 119-148, esp. pp. 133-134, 145); Rubel, 2017 (pp. 71-110, esp. pp. 76-77, 80, 85, 87, 90). El censo se realizó aproximadamente un año antes del fallecimiento del Barón; en ese año, continuaron llegando inmigrantes a las colonias, pero también tuvieron lugar procesos de “depuración” y un número de colonos fueron enviados fuera de Argentina. Ambos procesos se compensaron entre sí, como lo prueba el hecho de que a la muerte del Barón había, como ya indicamos, 6.757 habitantes en todas las colonias.

²⁴⁵ JCA, *Ra. d'Ad.*, 1909 (pp. 305-307).

Los inmigrantes judíos establecidos en los centros urbanos se hallaron desde el primer día en el contexto de la sociedad y la cultura dominantes, obviamente no judía. En cambio, en los amplios territorios que conformaban las colonias de la JCA, existían conjuntos de *heims*²⁴⁶ donde los judíos convivían entre sí y de hecho constituían, localmente, una sociedad mayoritaria. Los habitantes de Mauricio —donde la JCA poseía 25.000 hectáreas— debían llegar hasta la estación ferroviaria y el pueblo de Carlos Casares para percibir la atmósfera de la sociedad general; y aun en dicho pueblo había una destacada concentración de judíos. Las 7.714 hectáreas que los colonos de Mauricio cultivaron el año en que murió el Barón constituían una parte menor del total de los territorios de la JCA, pero la ausencia de vecinos cristianos hacía que de hecho vivieran en un contexto social judío. Lo mismo ocurría en las restantes colonias en Entre Ríos y Santa Fe.

Los esfuerzos del Barón por establecer en sus colonias de Entre Ríos grupos homogéneos en cuanto a su origen, posibilitaron el traslado orgánico de conglomerados que traían con ellos todo su bagaje cultural judío específico. Una expresión simbólica de esta transferencia halló el autor del presente libro durante su visita a la comunidad judía de Basavilbaso (Entre Ríos) en el año 1965. Allí hojeó el libro de actas de la *Jevre Kadishe*,²⁴⁷ en cuyas primeras páginas figuran las normas tradicionales respecto del cuidado de enfermos, el fallecimiento, la purificación antes del entierro, etc., todo bajo el título: “Copiado del registro de la *Jevre Kadishe* de la aldea de Novopoltavke”. Las normas fueron anotadas por el administrador de la sinagoga en dicha colonia judía de la provincia de Jerson,

²⁴⁶ En ídish, hogar, forma habitual de designar el sitio de arraigo y pertenencia.

²⁴⁷ “Sociedad santa” (ídish), entidad que se ocupa de los sepelios según los ritos funerarios judíos.

Rusia, cuyos emigrantes llevaron consigo el libro de actas a Argentina, junto con un rollo de la Torá “de cinco palmos, escrito en Jerusalén Ciudad Santa en el año 5688 [1888]”. En ese volumen —como era costumbre en las comunidades judías de Europa oriental—, anotaron los colonos durante las décadas siguientes los acontecimientos más importantes de su vida comunitaria. Ese caso de continuidad integral de los valores y las prácticas tradicionales no fue único: los judíos lituanos que llegaron a Moisés Ville trajeron consigo a sus líderes y enseres religiosos, y antes de ellos hicieron lo propio los viajeros arribados en el buque *Weser* en 1889. También en las colonias menos homogéneas en cuanto a origen se mantenían las pautas religiosas que habían caracterizado la vida judía en la antigua patria.

Estos contingentes no debieron esforzarse por mantener su estilo de vida tradicional, ni sufrieron las graves crisis que atravesaron quienes se radicaron en las ciudades y vivían en el contexto de la sociedad general. Aun cuando, en las generaciones siguientes, se establecieron en las colonias filiales de partidos políticos o grupos militantes de izquierda que alteraron el espíritu judeo-traditionalista de las colonias, los enfrentamientos ideológicos e institucionales resultantes tuvieron lugar en islas de sociedad mayoritaria judía, creadas en su momento por la JCA.

Más allá de los matices judaicos dentro de las comunidades relativamente cerradas en las áreas de colonización rural, estaba implícita en ellas la posibilidad de proyectar pautas de actividad judía también hacia las comunidades urbanas. Otra contribución de la colonización judía a la estructura social del judaísmo argentino, indirecta y paradójica, fue el desarrollo de una capa de profesionales e intelectuales entre los hijos de colonos. Ya el 18 de febrero de 1896 —en las postrimerías de la época del Barón—, señalaron Hirsch y Cazès el hecho de que un número de

jóvenes se marchaban de las colonias para estudiar en la Universidad de Buenos Aires. Los directores compartían la idea del Barón en cuanto a que la instrucción de los hijos de los colonos debía limitarse a las necesidades de un campesino, e inclusive se propusieron hacer todo lo posible para demorar esa deserción de los jóvenes, pero no lograron detenerla.²⁴⁸ El número de médicos, ingenieros y abogados judíos en Argentina que nacieron en las poblaciones agrícolas, cursaron sus estudios primarios en las escuelas de las colonias, se marcharon a otras poblaciones para sus estudios secundarios y luego llegaron a las universidades en las grandes ciudades, fue ciertamente importante. Este proceso, esquematizado por el conocido dicho de que *“En las colonias judías se sembraba trigo y se cosechaban doctores”*, era imposible de detener y obviamente hizo disminuir la población rural judía. Pero, al mismo tiempo, sus protagonistas llevaron consigo a sus nuevos ámbitos y estilos de vida, las vivencias cotidianas de esos núcleos de sociedad mayoritaria judía en los campos argentinos.

4. El proyecto de colonización en el marco de la historia judía

El gran programa de colonización judía en Argentina se propuso, como hemos visto, constituir el motor que rescataría a masas de judíos de las leyes discriminatorias y las persecuciones de la Rusia zarista, y los conduciría a un país libre. Al mismo tiempo, los rescataría también de las restricciones en sus actividades económicas, generadas por esas mismas leyes, y les abriría las posibilidades de un área central y básica de trabajo que para la mayoría

²⁴⁸ CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/6), carta de Julius Plotke al Barón, 30.12.1895, y respuesta del Barón, 7.1.1896. JCA/LON (326), reacción de Hirsch y Cazès a esas cartas, 18.2.1896.

resultaba totalmente nueva: la agricultura. De ese modo, dos cuestiones centrales en la historia de los judíos rusos se integraban entre sí: emigración y productivización, cambio espacial y cambio en sus medios de subsistencia. Si partimos de las expectativas que abrigaba el Barón en 1891 respecto de la emigración, vemos que, en el transcurso de los años que siguieron, el alcance cuantitativo del proyecto se fue reduciendo, al mismo tiempo que iba acentuándose el segundo objetivo: la transformación de judíos rusos en agricultores arraigados en sus tierras.

Cabe preguntarnos cuál fue el aporte del proyecto implementado en Argentina por el Barón —y por la Jewish Colonization Association, que heredó casi toda su fortuna y continuó ampliando su programa— a la historia general del pueblo judío en ambos aspectos: la migración y la productivización.

4.1. Inmigración

A fines de la Primera Guerra Mundial, ya residía en la Argentina una población judía considerable, estimada en 1920 en 126.700 personas,²⁴⁹ y cabe preguntarse cuál fue el papel del emprendimiento del Barón en el desarrollo de semejante presencia judía en el país.

El informe del Ministerio de Agricultura sobre la inmigración en el año 1901, presentado al Congreso por el ministro Wenceslao Escalante, decía: “Entre los inmigrantes entrados hay 1.205 israelitas, quienes constituyen una inmigración de buena calidad que se dirige principalmente a las colonias de la benéfica asociación protectora creada para ellos, denominadas Clara, Mauricio y Moisés

²⁴⁹ DellaPergola (pp. 85-133; Table 63, p. 92).

Ville". De ese modo, el rol directo (y positivo) de la JCA en la inmigración general quedó pues a la vista de las autoridades.²⁵⁰

El hecho de que la mayor parte de los judíos inmigrados a Argentina se dirigiera a las colonias de la JCA continuó durante los años previos a la Primera Guerra Mundial, en determinados años incluso con cifras muy superiores a las de 1901-1902. Pese a ello, tras el final de la guerra, en 1920, hallamos en todas esas colonias solamente a 26.544 personas, poco más de un quinto (21%) de todos los judíos del país.²⁵¹

La causa de ese cambio residía en la severa política restrictiva de la JCA en cuanto a los candidatos aceptados como colonos en cada uno de esos años. La directiva de la JCA en París y sobre todo la de Buenos Aires se oponían firmemente a subsidiar el viaje de los candidatos, debido a su mala experiencia con los colonos traídos en el marco de los grupos que debieron ser expulsados de las colonias o las abandonaron voluntariamente, llevados por la desesperación y la desesperanza, y la JCA se había visto obligada a pagar las elevadas sumas de su regreso a Europa. Por esa razón, se decidió buscar candidatos a colonos entre los inmigrantes que llegaban por propia cuenta y que demostraran que poseían experiencia en trabajos agrícolas. También se los buscó entre quienes se habían empleado como asalariados en las colonias y evidenciado su adecuación a las tareas dentro de las mismas. Pero en este último caso, la JCA no se ocupó de un seguimiento ordenado de esos trabajadores, que continuaron enfrentando por sí solos condiciones desfavorables: salarios bajos en las temporadas activas, desocupación en los periodos "muertos" y viviendas de pésima calidad durante todo el año. Esa situación

²⁵⁰ República Argentina, Ministerio de Agricultura, *Memoria...* (cap. 2, pp. 24-25).

²⁵¹ Avni, 1983 (pp. 535-548).

de los inmigrantes-obreros fue percibida por la administración de la JCA solo a partir de 1908, y en los años siguientes se comenzó la construcción de un número limitado de viviendas para ellos; pero el bajo presupuesto destinado a la misma produjo edificios de mala calidad, y de hecho hizo surgir barrios de emergencia en los límites de las colonias. La misma oficina de Buenos Aires reconoció en su carta a París del 24 de agosto de 1916 que la construcción autorizada de 62 viviendas se había realizado en condiciones de aglomeración y baja calidad, cuya consecuencia era el surgimiento de “guetos tan sucios que nos avergüenza mostrar a los visitantes esa parte de nuestro proyecto”.²⁵²

Tampoco los inmigrantes que llegaban a Buenos Aires gozaron de estímulo o apoyo alguno por parte de la JCA. El enfoque básico de los directores era que esos inmigrantes no eran su responsabilidad, y la ayuda a su absorción debía provenir de las organizaciones comunitarias judías de la capital. La JCA era consciente de que estas organizaciones eran débiles. Una de esas entidades era la Congregación Israelita de la República Argentina (CIRA), que fue el marco religioso-social al que pertenecieron los directores de la oficina durante su periodo de trabajo en Buenos Aires. Esta primera organización comunitaria de los judíos argentinos se manejaba según el modelo de la Sinagoga Central de París, y, aunque a partir de 1905 la JCA solventó el salario del rabino Samuel Halfón, enviado desde Francia para dirigirla, el estímulo a la inmigración no se contaba entre sus objetivos.

Una organización local llamada Sociedad de Beneficiencia Ezra (“ayuda”), que brindaba apoyo a los judíos ya radicados en Buenos y también a los nuevos inmigrantes, obtuvo de la JCA un subsidio insignificante de 3.000

²⁵² CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/copiador externo 13, p. 252), carta de Veneziani, N° 2070, 24.8.1916.

pesos por año. Pero la relación terminó cuando la entidad comenzó a ocuparse de ayudar a los judíos de Buenos Aires en el área de la salud, lo que culminaría con la fundación del Hospital Israelita Ezraí en 1916.

Otra iniciativa local que reunió a varios círculos asquenazíes en Buenos Aires se propuso establecer un marco unificado de ayuda social que sería apoyada por la JCA. Pero, tras dos años de fatigosas negociaciones, los contactos se suspendieron por una diferencia de 4.000 pesos entre lo solicitado y el monto con el que la JCA estaba dispuesta a contribuir. Sin duda, esa suma era mínima en el marco de los presupuestos de la JCA en Argentina, pero tras esa diferencia se hallaba el enfoque principista de cada una de las partes. La JCA consideraba que la ayuda social a inmigrantes era obligación de la comunidad local, aun en el reducido marco de sus miembros y posibilidades económicas; a su vez, la comunidad veía en la JCA al apoderado de todo el proceso de inmigración y asentamiento.

El efecto inmediato de la ausencia de una entidad de ayuda era que los inmigrantes solían encontrarse a su arribo, ante todo, con los impuros. Así lo afirmó en cierto momento el rabino Halfón, a quien le dolía la negligencia de la JCA, aun cuando, como dijimos, esta pagaba su salario.

Por lo tanto, la JCA fue, por su misma existencia, un factor que inducía a los inmigrantes a trasladarse a la Argentina y le daba a parte de ellos la posibilidad de establecerse; pero, para que la colonización se transformara en el motor estimulante de la inmigración e incrementara la absorción en Argentina, los directores de la empresa

habrían debido adoptar una política activa en esa dirección, cosa que prácticamente no ocurrió en los años previos a la Primera Guerra Mundial.²⁵³

Algo semejante ocurrió con la actividad de la JCA en Brasil. En 1901, debido a diversos problemas locales que dificultaban la expansión de la colonización judía en Argentina, la JCA decidió establecer un proyecto de colonización en el estado brasileño de Rio Grande do Sul. Aunque ese intento tuvo dimensiones reducidas y las colonias —Filipson y Quatro Irmãos— fueron erigidas con grandes dificultades, ese operativo orientó la atención de inmigrantes judíos a esta parte del mundo, en tiempos en que todavía se abrían ante ellos otros caminos.²⁵⁴

En resumen, el proyecto del barón Hirsch, en forma indirecta y pese a sus limitaciones, ayudó a colocar a los dos mayores países latinoamericanos en el mapa de la migración judía. Debe recordarse que la actitud liberal de los Estados Unidos frente a la inmigración, que era dominante a finales del siglo XIX, se fue agotando en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial. En una primera etapa, los inmigrantes judíos provenientes de Europa oriental hallaron en este país condiciones favorables de absorción, y cuando su número creció produjeron un cambio considerable en el panorama de la diáspora judía mundial. Pero durante esa guerra y sobre todo en los años que le siguieron, en Estados Unidos se desarrollaron políticas que tendían al cierre de fronteras, las cuales culminaron con reducciones drásticas de las cuotas inmigratorias para emigrantes de Europa oriental en 1921 y sobre todo en 1924.

²⁵³ Avni, 2005 (pp. 162-184).

²⁵⁴ Sobre la decisión de llevar la colonización al Brasil, véase JCA, *Séances d'Ad.*, vol. II (pp. 109-120), 16.6.1901, 12.10.1901. Sobre el desarrollo de esa colonización, véase JCA, *Ra. D'Ad.*, desde 1903 en adelante.

Si la inmigración a América Latina se hubiese mantenido en el marco de la iniciativa personal y espontánea, como ocurrió antes de la creación de la JCA, no se habrían formado en Argentina y en Brasil —justamente en el extremo sur del continente americano— colectividades de significantes alcances, en un periodo en que otros objetivos territoriales más atractivos resultaban accesibles. Esta inmigración fue resultado de una organización “artificial”, tanto en su orientación como en la preparación de una base para la absorción de numerosos inmigrantes. Ello hace que la impronta del proyecto del barón de Hirsch en la historia de la migración de los judíos durante el fin del siglo XIX y comienzos del siglo XX sea mucho mayor que la representada por la población de sus colonias.

4.2. Productivización

Otro aspecto significativo del proyecto tuvo que ver con las ideas y las esperanzas depositadas en la creación de condiciones que posibilitaran la “productivización” de muchos judíos. Si bien las intenciones del Barón de formar en Argentina una amplia clase de campesinos judíos arraigados en sus tierras —y de ese modo demostrar al mundo entero las aptitudes del judío en tanto agricultor— se cumplieron solamente en forma limitada, su proyecto consiguió establecer en la colectividad judeo-argentina un estrato significativo de trabajadores de la tierra, y de ese modo diferenciarla de otras comunidades judías de Occidente. Esta población campesina alcanzó logros notables en el área de la producción, y además se destacó en el desarrollo del cooperativismo agrícola en el país. Efectivamente, la primera cooperativa agrícola de la Argentina se estableció en 1900 en la colonia Lucienville en Entre Ríos, y le siguieron otras cooperativas en casi todas las restantes colonias judías.

Pese a esos logros, hacia 1910, cuando la generación de los primeros colonos llegaba al ocaso de sus vidas, ya eran visibles los puntos vulnerables de la colonización judía: la falta de estabilidad de muchos de los agricultores y los numerosos cambios en la población de las colonias.

¿Cuáles fueron las causas del alcance reducido de la colonización y, sobre todo, las de su inestabilidad? Varias y diversas respuestas procuraron dar cuenta de ello a lo largo del tiempo. Algunos vieron la fuente del problema en el sistema de patrocinio filantrópico que aplicaba la JCA, lo cual perturbaba la voluntad de los hijos de colonos de constituirse en trabajadores aplicados. Otros autores hallaron el problema en la ausencia de corrientes de ideologías sociales innovadoras (como las que existieron en los movimientos de colonización en Palestina).

Al mismo tiempo, es posible discernir ciertas incoherencias en el origen mismo de la idea de la productivización de los judíos. Resulta evidente que esa ideología, que se proponía convertir a judíos pobres en campesinos y obreros, había surgido entre personas que, por su nivel social y educacional, obviamente no la implementarían por sí mismos. A esa situación contribuyeron los criterios de selección de candidatos en el marco del proyecto del Barón, que redujeron *a priori* la posibilidad de incluir a portadores de esa ideología innovadora. Efectivamente, la exigencia de que los futuros colonos poseyeran experiencia agrícola previa y que contaran en su familia con algunos trabajadores adicionales, eliminaba de entrada la candidatura de judíos urbanos que deseaban mejorar sus condiciones mediante un trabajo productivo, pero cuyas familias eran pequeñas. Además, la imagen del “campesino ideal” que visualizaba el Barón no se correspondía con las aspiraciones de jóvenes educados, por lo cual su incorporación a las colonias aparecía como un riesgo social y una

probable fuente de insubordinación. La productivización, según el Barón, estaría motivada por condiciones de vida difíciles y modestas que constituirían un estímulo para el progreso individual, y esa motivación le pareció preferible a la incorporación voluntaria por razones ideológicas.

Pese a todo ello, no faltaron en la colonización en Argentina partidarios entusiastas de la productivización. Las escasas personas formalmente educadas que se incorporaron al proyecto poseían gran conciencia social y transmitieron sus principios a su entorno. Entre ellos, pueden mencionarse el narrador de la historia de Mauricio, Marcos/Mordejái Alpersohn; Noé Cociovich, quien ayudó a la expansión de Moisés Ville y luego fue uno de sus principales dirigentes (pese a que, al comienzo, fue rechazado como candidato a colono, por no responder a los criterios de selección);²⁵⁵ y los creadores del cooperativismo en Entre Ríos, Miguel Sajaroff e Isaac Kaplán.

Sin embargo, para que esas tendencias se mantuvieran a lo largo del tiempo y de las generaciones, eran necesarias una serie de condiciones auxiliares. En primer lugar, es necesario considerar el tipo de producción agrícola prevalente en la época en Argentina. En lugar de cultivos intensivos en terrenos pequeños con una producción agrícola variada y destinada a un mercado fijo, cercano y conocido —como era habitual en Europa—, el colono en Argentina desarrollaba cultivos extensivos en terrenos grandes y producía un número reducido de productos, los cuales estaban destinados a mercados mundiales donde los precios eran fijados sin que él pudiera influir en ellos. En otras palabras, la recompensa por su labor dependía de condiciones que él no conocía y además estaba sometida a manejos especulativos. Este hecho básico, sumado a las

²⁵⁵ Cociovich, 1987 (pp. 59-61).

numerosas peripecias naturales en Argentina, transformaron a la agricultura en una especie de juego de azar, carente de estabilidad y seguridad. El desarrollo de las ciudades en esa misma época con su demanda de especialistas en intermediación y oficios diversos —áreas en las que se ocupaban muchos conocidos y parientes de los colonos—, les ofrecían oportunidades para abandonar la agricultura. El aumento del valor de las tierras y la consecuente alza en el de su posible arrendamiento, junto con el hecho de que la deuda con la JCA permanecía fija y no reflejaba esos cambios en el mercado, facilitaron a muchos colonos los recursos financieros para amortizar su deuda con la JCA y liberarse de su control, y más tarde marcharse a las ciudades.

A todo ello se sumaron los efectos sociales de las condiciones de residencia y producción del colono judío en Argentina. Por una parte, las grandes distancias entre las fincas dispersas y la baja densidad de población en los poblados limitaban la vida social y espiritual de los agricultores y generaron su aislamiento. Por la otra, parece que la gran idea de la productivización no interesaba mayormente al público judío general en el país. Además, la gran diferencia en el nivel de modernización entre el campo y la ciudad también parece haber influido en el estatus del agricultor judío a ojos de sus correligionarios urbanos y a los suyos propios, no precisamente para bien. Todo ello probablemente incidió de forma negativa en el arraigo multigeneracional de los campesinos judíos en sus tierras.

Esfuerzos adicionales de la empresa colonizadora en las áreas de organización y financiación, y otros por parte de los mismos colonos, podrían haber moderado los efectos indeseables de los factores mencionados. Es por cierto necesario investigar la historia de la colonización judía en Argentina después de la muerte del barón Hirsch, a la luz de los intentos que se hicieron para lograr su

continuidad.²⁵⁶ Pero aun si hubiese existido una administración eficiente y adecuada a las circunstancias, por una parte, y por la otra una unión y cooperación total entre los colonos, cabe dudar de si se habría podido eliminar el impacto de las condiciones económicas y sociales adversas ya mencionadas.

El proyecto de colonización del barón Hirsch en Argentina —sin duda uno de los mayores proyectos que en la historia moderna del pueblo judío enarbolaron la consigna de la productivización— constituye, por todas estas razones, más un testimonio de los límites objetivos de las ideas de productivización mediante la agricultura que el relato de un fracaso de esas ideas.

5. Conclusiones

El “puente” tendido por el barón Mauricio de Hirsch entre la historia judía y la historia de la República Argentina durante los años de su vida fue ciertamente estrecho e inestable, y en la masa total de la población argentina no resultó especialmente visible la incidencia de los miles de judíos que lo atravesaron en los primeros años del emprendimiento. Pero esa presencia judía fue clara y destacada, cuantitativa y cualitativamente, en las regiones donde se establecieron las colonias judías. El proyecto de colonización judía adquirió, todavía en vida del Barón, un significado argentino general debido a la orientación y actuaciones de la JCA, la cual constituyó un fenómeno positivo y excepcional dentro del conjunto de las empresas colonizadoras en el país. Ese peso fue aumentando en la época

²⁵⁶ Bar Shalom, 2018, analiza la política de tierras de la JCA respecto de la segunda generación de colonos, como un factor central en la falta de continuidad de la colonización judía en Argentina.

posterior al Barón, cuando la comunidad judía, gracias en buena parte a su proyecto, se desarrolló hasta convertirse en una de las minorías etno-religiosas más notables de la sociedad argentina.

Epílogo

La memoria

La figura del barón Hirsch y sus proyectos filantrópicos se conservaron en la memoria colectiva del pueblo judío. Las enciclopedias sobre judaísmo incluyen entradas sobre el Barón y sus numerosas actividades filantrópicas en el Imperio Austrohúngaro, los países balcánicos, Rusia, Europa occidental, los Estados Unidos y, obviamente, la Argentina. En los Estados Unidos, hay comunidades judías cuyas denominaciones honran su memoria. Durante el Mandato Británico en Palestina, algunas calles del país recibieron su nombre. Este también designó un pequeño barrio cercano a una estación ferroviaria de Salónica, a cuya comunidad judía prestó ayuda el Barón en una situación crítica. En 1943, cuando los nazis deportaron a los judíos de Salónica a Auschwitz, ese barrio fue convertido en campo de concentración para su despacho. De ese modo, medio siglo después de su muerte, el nombre del Barón quedó vinculado también con el Holocausto.

En todos estos proyectos y contribuciones, el Barón actuaba ya fuera por intermedio de instituciones existentes, como la Alliance Israélite Universelle, cuyos presupuestos anuales reflejaron su constante filantropía; ya fuera por instituciones creadas por él y administradas por autoridades comunitarias locales como la red escolar judía en Austria-Hungría. Pero ni en las unas ni en las otras estuvo el Barón involucrado personalmente. Como vimos,

lo contrario ocurrió en el caso de Argentina: él mismo estableció la Jewish Colonization Association, fijó ese país como su campo exclusivo de actividad en ese momento, y él mismo la dirigía personal y diariamente. Por consiguiente, se puede afirmar que el gran proyecto argentino coronaba sus actividades filantrópicas... y fue también su gran decepción.

El judaísmo argentino conmemoró la imagen del Barón de Hirsch de diversas maneras y con distintos matices. En la ciudad de Bahía Blanca, por iniciativa de veteranos de la cercana colonia judía de Médanos (que no pertenecía a la JCA, pero cuyos fundadores provenían de sus colonias), se levanta un monumento en memoria del barón Hirsch,²⁵⁷ y esa no es la única forma material de su conmemoración en el marco del judaísmo argentino. El alcance de dicha memoria, y los cambios que se han producido en ella durante los ciento veinte años transcurridos desde la muerte del Barón, fueron detalladamente estudiados en el reciente libro de Iván Cherjovsky, *Recuerdos de Moisés Ville*. También la historiografía general del pueblo judío se ha ocupado del proyecto de colonización en Argentina y sus logros en vida del Barón, ya sea con precisión, como en la obra clásica del historiador Simon Dubnow —contemporáneo joven del Barón, quien incluyó en el décimo volumen de su monumental *Historia Universal del Pueblo Judío* una descripción sumaria del proyecto—,²⁵⁸ ya sea de manera reducida u deformada, como en obras históricas muy posteriores.²⁵⁹ Pero todas estas manifestaciones de conmemoración no alcanzaron a expresar los exactos alcances de la visión del Barón.

²⁵⁷ Véase Cherjovsky (p. 24).

²⁵⁸ Dubnow (vol. 10, pp. 192-196, 276-278).

²⁵⁹ Véase, por ejemplo: Karady, 2004 (pp. 184, 259).

“Proyecto abandonado”

“Projet Abandoné” (“Proyecto abandonado”): así está titulada, en letra clara y florida, la carpeta en la que quedó archivado el borrador de su propuesta para el gran congreso de filántropos y dirigentes judíos que habría de otorgarle apoyo para su grandioso programa de trasladar a masas judías rusas hacia la República Argentina. Tanto si esas palabras fueron escritas por órdenes del Barón mismo, a modo de juicio lapidario sobre un proyecto fracasado, o si constituyen la evaluación posterior de un amanuense, las mismas reflejan la decepción personal de un hombre que, en una hora de penuria histórica para sus hermanos, se elevó a las alturas de una visión utópica. Ese documento nunca vio la luz. Debido a ello sus contemporáneos, aun cuando conocieron y debatieron sus grandiosos programas, no llegaron a percibir sus verdaderas dimensiones; y el Barón, hasta no lograr plasmar un ejemplo exitoso de su proyecto personal, no vio oportuno tratar de convencer a otros de la verdad del mismo. Continuó redactando sus instrucciones y sus programas según su mejor saber y entender, al tiempo que experimentaba una frustración creciente ante el hecho de que la ansiada base para una gran empresa histórica —rescatar masas de judíos oprimidos— iba diluyéndose ante sus propios ojos. Con ello, ejemplificó quizás la limitada posibilidad de un individuo para fijar horizontes al destino de todo un pueblo, cuando solo tiene a su disposición una gran fortuna, mucha energía personal y buenas intenciones.

El Barón abandonó con gran pena su proyecto mayor y adoptó un programa alternativo reducido, que por su misma naturaleza no podía superar las fronteras de la filantropía. El cambio que ello produjo en la imagen de la Jewish Colonization Association y su transformación en

una empresa de apoyo filantrópico a judíos —tanto los que emigraban como los que permanecían en sus lugares tradicionales de residencia—, atribuidos por sus contemporáneos y por investigadores a las actuaciones de sus herederos en la conducción de la misma, no fueron sino el fruto de su planificación personal y detallada en los últimos meses de su vida. A consecuencia de ello, la JCA se convirtió en el mayor centro filantrópico del pueblo judío hasta la Primera Guerra Mundial, a medida que fue aumentando el alcance de sus actividades con posterioridad a la vida del Barón, sobre todo dentro de la misma Rusia.

El proyecto de colonización del barón Maurice de Hirsch, que partió de las amplias corrientes de la historia judía, dejó en ellas ciertamente su impronta, también después de encauzarse en el estrecho canal de la historia de los judíos en Argentina.

Fuentes documentales y bibliografía

Archivos citados

(I) Archivos de la JCA

El presente estudio se basa en su mayor parte en una investigación realizada en los archivos de la Jewish Colonization Association (JCA). Esos documentos atravesaron numerosas peripecias desde los días del establecimiento de la empresa, que resumimos a continuación.

Documentos de la oficina central de la JCA en París y Londres

Después de la Segunda Guerra Mundial, la oficina central de la JCA en París fue trasladada a una zona elegante de Londres. Allí tuvimos la ocasión de examinar la documentación fundamental para el tema de este libro y de registrar gran parte de ella en microfilmes. Más tarde, las oficinas de la empresa se trasladaron a otro punto en Londres. Cuando posteriormente la JCA decidió hallar un lugar confiable y profesional para sus tesoros documentales, estos fueron transferidos al Archivo Central de la Historia del Pueblo Judío (CAHJP) en Jerusalén. El orden interno de las carpetas se mantuvo en su totalidad y sus firmas actuales coinciden con las utilizadas en Londres. En nuestras referencias, las mismas aparecen como **JCA/LON**, seguidos del número de carpeta entre paréntesis. Para aligerar las referencias, no se indica en cada una de ellas que se encuentran en el CAHJP.

Archivo de la Directiva de la JCA en Argentina

Este archivo, tan importante para este estudio, corrió una suerte diferente. Al comienzo se alojaba en las oficinas de la empresa en la calle Ayacucho de Buenos Aires. Al reducirse las actividades de la JCA en Argentina, las oficinas y también el archivo se trasladaron en forma temporaria a un edificio más modesto y alejado del centro de la ciudad. Poco tiempo después, la JCA cerró sus oficinas en el país, y los materiales del archivo fueron almacenados —aparentemente, no en su totalidad— en un sótano perteneciente al instituto ORT. El Dr. Efraim Zadoff visitó el lugar en nombre del Archivo Central de la Historia del Pueblo Judío y alertó sobre la humedad reinante en el sótano, indicando que las cañerías descubiertas de agua y desagüe en las paredes y el techo ponían en peligro la integridad de los materiales, y destacando la urgencia en sacarlos de allí. El operativo se realizó solo un año después, con la autorización de la JCA, y estuvo a cargo del Dr. Leonardo Senkman, quien era representante académico de la Universidad Hebrea de Jerusalén en Buenos Aires. Lo que quedaba del archivo original fue trasladado a Jerusalén.

El material fue ordenado y registrado nuevamente gracias al trabajo puntilloso de un grupo de voluntarios encabezados por Moshé Goler y coordinados por el investigador Teodoro Bar Shalom (Fridman), siguiendo instrucciones de la archivista del CAHJP, Denise Rein. En el momento en que escribimos, no es posible establecer en qué medida sobrevivieron los documentos que en su momento revisamos y anotamos en el edificio de la calle Ayacucho, y que están citados en el presente libro.

Consideramos inapropiado eliminar las firmas originales y por ello las referencias aparecen del siguiente modo: **CAHJP, JCA Argentina... (Buenos Aires/Nº)**. Es decir: materiales de la JCA en Argentina, conservados en el

Archivo Central de la Historia del Pueblo Judío en Jerusalén. Los puntos suspensivos indican el lugar del número en dicho archivo, si el documento sobrevivió y se encuentra en Jerusalén. Entre paréntesis se indica el lugar del documento en el archivo que existió en Buenos Aires: los números indican los de las carpetas en que fue conservada la correspondencia entre la oficina central de París y la oficina de Buenos Aires; los nombres de las colonias indican la correspondencia con las mismas; la palabra **copiador** remite a las carpetas encuadernadas en las que se conservaron copias de las cartas enviadas a París; **copiador interno** se refiere a copias de las cartas enviadas por la oficina de la JCA a distintos destinatarios e instituciones en Argentina (fuera de las colonias).

Informes y materiales de las sesiones mantenidas por la Consejo de la JCA en París

El Consejo central de la JCA se reunía periódicamente y en cada ocasión se preparaban previamente documentos e informes relativos a los temas a tratar. Estos documentos, impresos y reproducidos en varias copias, según el número de miembros del Consejo, se encuadernaban posteriormente, junto con las actas de dichas reuniones, en carpetas tituladas *JCA, Séances du Conceil d'Administration, Procés Verbaux*, con la fecha de la sesión. En este libro su signatura es: **JCA, Séances d'Ad.**

Informes anuales a la Comisión de la JCA y al público general

La JCA publicaba informes anuales sobre sus actividades, con el título *Jewish Colonization Association, Rapport de l'Administration Centrale au Conseil d'Administration, Paris*. Aunque el mismo estaba primariamente destinado a la Comisión de la JCA, era difundido entre el público general. Su signatura en este estudio es: **JCA, Ra-d'Ad.**

Documentos del barón Hirsch y de la JCA en el archivo del IWO en Buenos Aires

Una parte importante de la documentación sobre el barón Hirsch y la JCA en los comienzos de sus actividades fue conservada en el archivo del IWO-Instituto Científico Judío en Buenos Aires. Esta institución era una de las que se alojaban en el edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina, AMIA, que fue destruido por el atentado terrorista antisemita el 18 de julio de 1994. Lamentablemente, parte del archivo sufrió daños y otra parte fue hallada en desorden; los materiales que quedaron fueron agrupados en un solo conjunto. La signatura del mismo aparece en este libro como **IWO, JCA/Arg. N° 1**.

*(II) Otros archivos**Archivo de la Alliance Israélite Universelle*

Algunos funcionarios destacados de la JCA en Argentina llegaron a sus puestos a raíz de sus servicios en la Alliance Israélite Universelle en París. Por otra parte, cuando el Barón aceptó erigir un sistema escolar en las colonias de la JCA, se dirigió a la Alliance para que se hiciera cargo de ese operativo, con financiación de la JCA. Por esa razón figuran en este estudio algunas referencias a su archivo, con la signatura: **AIU**.

Archivo de la Congregación Israelita de la República Argentina

Miembros destacados de esta institución, la primera organización comunitaria del judaísmo argentino, activaron los asuntos de la JCA en sus comienzos. A partir de cierto momento, la JCA financió el salario del rabino de la comu-

nidad, el rabino Samuel Halfón, enviado por la empresa desde París. Algunos documentos del archivo de esta institución figuran en este trabajo con la signatura: **CIRA**.

Documentos provenientes de los archivos de los Ministerios de Asuntos Exteriores de Francia y España

Este conjunto de documentos microfilmados fue reunido por el Instituto de Historia Social del Departamento de Historia en la Universidad de Buenos Aires, dirigido por el Prof. Tulio Halperín Donghi, en el marco de un proyecto sobre historia de la inmigración a la Argentina. Las signaturas correspondientes son: **M.A.E. París, M.A.E. Madrid**, con indicaciones abreviadas sobre el carácter consular, político o comercial de la correspondencia citada.

Abreviaturas

AIU: Archivo de la Alliance Israélite Universelle (París)

CAHJP, JCA Argentina... (Lugar/Nº): Archivo de la Jewish Colonization Association en Argentina, actualmente en el Archivo Central para la Historia del Pueblo Judío (Jerusalén)

CIRA: Archivo de la Congregación Israelita de la República Argentina

IWO, JCA/Arg. Nº: Archivo del Instituto Científico Judío (Buenos Aires)

JCA/LON: Archivo Central de la Jewish Colonization Association (Londres), actualmente en el Archivo Central de la Historia del Pueblo Judío

JCA, Ra-d'Ad.: Informes anuales a la Directiva de la JCA y al público general (París)

JCA, Séances d'Ad.: Informes y materiales de las sesiones mantenidas por la Consejo central de la JCA (París)

M.A.E. Madrid: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España

M.A.E. París: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia

Documentos oficiales citados

Great Britain, Foreign Office, *Accounts and Papers*, Miscellaneous Series, London 1890-1897. N° 165... Argentine Republic. Notes on the division of Lands in the Yeruá Colony for guidance of agricultural immigrants (1890). N° 172... Argentine Republic. Report on emigration to the Argentine Republic (1890).

República Argentina, Departamento del Interior, *Registro Nacional* (vol. I, 1902).

República Argentina, Departamento General de Inmigración, *Informe de la Comisión Nacional de Inmigración*. Buenos Aires, 1895.

República Argentina, Dirección de Tierras, Inmigración y Agricultura, *Boletín del Departamento Nacional de Agricultura*. Vols. XV-X. Buenos Aires, 1891-1896.

República Argentina, Ministerio de Agricultura, Memoria Presentada al Honorable Congreso por el Ministro de Agricultura, Dr. Wenceslao Escalante, 1901-1902. Buenos Aires, 1902.

República Argentina, Ministerio del Interior. La colonia Yeruá. Documentos sobre su fundación por el Gobierno Nacional. Buenos Aires, 1890.

República Argentina. *Libro de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, 14.10. 1891, 18.11.1891; <https://catalog.hathitrust.org/Record/007915483>.

- Tierras, Colonias y Agricultura: Recopilación de Leyes, Decretos y Otras Disposiciones Nacionales (ordenada por el Director General del Ramo, Dr. D. G. de la Fuente). Buenos Aires, 1894.
- Vedia, José Joaquín de. Colonia Yeruá. Informes presentados a la Dirección de Tierras y Colonias por el Sub-Inspector General, 1901-1902. Buenos Aires, 1902.

Bibliografía consultada

- Academia Nacional de la Historia. *Historia Argentina Contemporánea. Historia de las Presidencias, 1862-1930*. Buenos Aires, 1963, 2 Vols.
- Adler-Rudel, S. "Baron Moritz Hirsch, Profile of a Great Philanthropist". *Yearbook VIII, Leo Baeck Institute*. London, 1963.
- Alpersohn, Marcos. *Colonia Mauricio: memorias de un colono judío*. Carlos Casares, 1992.
- Alsina, Juan A. "Población, tierras y producción". Complemento del libro *La inmigración europea en la República Argentina*. Buenos Aires, 1903.
- Alsina, Juan A. *La inmigración en el primer siglo de la independencia*. Buenos Aires, 1910.
- Araya, Perfecto. *Comentario a la Constitución de la Nación Argentina*. Buenos Aires, 1908.
- Avni, Haim. "La agricultura judía en la Argentina: ¿Éxito o fracaso?". *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales* 88, enero-marzo, 1983.
- Avni, Haim. *Argentina y las migraciones judías. De la Inquisición al Holocausto y después*. Buenos Aires, 2005.
- Avni, Haim. "Clientes", rufianes y prostitutas. *Comunidades judías de Argentina e Israel frente a la trata de blancas*. Buenos Aires, 2014.

- Bar Shalom, Teodoro. *La desconocida colonización urbana de la JCA en Argentina*. Jerusalén, 2014.
- Bar Shalom, Teodoro. *La JCA en Argentina y los hijos de los colonos. El manejo preferencial de sus tierras*. Jerusalén, 2018.
- Borea, Domingo. *La colonización oficial y particular en la República Argentina*. Buenos Aires, 1923.
- Cárcamo, Miguel Ángel. *Evolución histórica del régimen de la tierra pública 1810-1916*. Buenos Aires, 1925, 2 vols. [Reeditado, Buenos Aires, 1971 y 1972].
- Cherjovsky, Iván. *Recuerdos de Moisés Ville. La colonización agrícola en la memoria colectiva judeo-argentina (1910-2010)*. Buenos Aires, 2017.
- Cociovich, Noé. *Génesis de Moisés Ville* [ídish]. Buenos Aires, 1947.
- Cociovich, Noé. *Génesis de Moisés Ville*. Buenos Aires, 1987.
- Comisión de Homenaje al Dr. Yarcho. *Dr. Noaj Yarcho, su vida y su obra. Homenaje de la Colectividad Israelita al 40º aniversario de su fallecimiento*. Buenos Aires, 1953.
- Cullen, Charles Edward. *Chaco, First Report*. Versailles, 1891.
- DellaPergola, Sergio. "Demographic Trends of Latin American Jewry". Judith Laikin Elkin & Gilbert W. Merks (eds.), *Jewish Presence in Latin America*. Boston, 1987.
- Dickmann, Enrique. *Recuerdos de un militante socialista*. Buenos Aires, 1949.
- Di Tella, Torcuato, Gino Germani y Jorge Graciarena. *Argentina, sociedad de masas*. Buenos Aires, 1965.
- Donegani, Emilio. *Informe de la Comisión Científica en Campaña del Chaco*. Buenos Aires, 1885.
- Emden, Paul H. *Money Powers of Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. London, 1937.
- Emden, Paul H. *Jews of Britain*. London, 1943.

- Ferns, H. S. *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires, 1968.
- Fliess, Alois E. *La producción agrícola y ganadera de la República Argentina en el año 1891*. Buenos Aires, 1892.
- Fraenkel, Josef. "Colonel A. E. W. Goldsmid and Theodor Herzl". *Herzl Yearbook*, vol. I. New York, 1958.
- Frischer, Dominique. *El Moisés de las Américas*. Buenos Aires, 2004.
- Gallo, Ezequiel. *La Pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*. Buenos Aires, 1983.
- Gallo, Ezequiel. *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la Provincia de Santa Fe (1895)*. Buenos Aires, 2007.
- Gerchunoff, Alberto. *Los gauchos judíos*. Buenos Aires, 1910.
- Gómez, Hernán F. *Historia de la Gobernación del Chaco*. Buenos Aires, 1939.
- Gori, Gastón. *El pan nuestro*. Buenos Aires, 1958.
- Grunwald, Kurt. *Tuerkenhirsch, A Study of Baron Maurice de Hirsch, Entrepreneur and Philanthropist*. Jerusalén, 1966.
- Hacohen Sinay, Mijael. "Rabino Rubín Hacohen Sinay" [ídish]. *Anales del IWO*, vol. II. Buenos Aires, 1945.
- Hacohen Sinay, Mijael. *Caídos en Moisés Ville, Argentina* [ídish]. Asociación Judeo-Argentina de Estudios Históricos, 4. Buenos Aires, 1947.
- Hirsch, Maurice de. "My Views on Philanthropy". *North American Review* 416, July 1891.
- Hochman, Baruj. "El establecimiento de la cooperación en las colonias judías" [ídish]. *Anales del IWO* 8. Buenos Aires, 1961.
- JCA - Its Work in the Argentine Republic 1891-1941*. Buenos Aires, 1942.

- Jewish Colonization Association. *Recueil de matériaux sur la situation des Israélites de Russie d'après l'enquête de la JCA*, 2 vols. Paris, 1906.
- Karady, Viktor. *Los judíos en la modernidad europea*. Madrid, 2000.
- La Bolsa de Comercio de Buenos Aires en su Centenario, 10 de julio 1854-1954*. Buenos Aires, 1954.
- Lee, Samuel J. *Moses of the New World*. Cranford, 1971.
- Leibovich, Adolfo. *Apuntes íntimos*. Buenos Aires, 1947.
- Leven, Narcisse. *Cinquante ans d'histoire, l'Alliance Israélite Universelle 1860-1910*. 2 vol. Paris, 1920.
- Liebermann, José. *Tierra soñada. Episodios de la colonización agraria judía en la Argentina 1889-1959*. Buenos Aires, 1959.
- Martel, Julián. *La Bolsa*. Buenos Aires, 1890.
- Miranda, Guido. *Tres ciclos chaqueños. Crónica histórica regional*. Resistencia, 1955.
- Miranda, Guido. *El paisaje chaqueño*. Resistencia, 1961.
- Mirelman, Víctor A. "A note on Jewish Settlement in Argentina (1881-1882)", *Jewish Social Studies* XXXIII-1, January, 1971.
- Mirelman, Víctor A. *En busca de una identidad. La inmigración judía en Buenos Aires, 1890-1930*. Buenos Aires, 1988.
- Monographie du palais des feu le baron et la baronne de Hirsch; décorations intérieures & extérieures*. Paris, 1906. <https://bit.ly/2AdZuHY>
- Norman, Theodore. *An outstretched arm. A history of the JCA*. London, 1985.
- Ponte, Eduardo del. "Informe de un médico entrerriano sobre el tifus exantemático". Comisión de Homenaje al Dr. Yarcho, *Dr. Noaj Yarcho, su vida y su obra*.

- Homenaje de la Colectividad israelita al 40º aniversario de su fallecimiento*. Buenos Aires, 1953. [Originalmente publicado en *La Prensa*, 9.8.1942].
- Prys, Joseph. *Die Familie von Hirsch auf Gereuth*. Munich, 1931.
- Rapoport, Nicolás. *Desde lejos hasta ayer*. Buenos Aires, 1957.
- Rubel, Yaacov. "La población judía de Buenos Aires según el censo nacional de 1895". AMILAT, *Judaica Latinoamericana VII*. Jerusalén, 2013.
- Rubel, Yaacov. "Perfil socio-demográfico y distribución geográfica de judíos en las provincias argentinas, según el Censo Nacional de 1895". AMILAT, *Judaica Latinoamericana VIII*. Jerusalén, 2017.
- Russo-Jewish Committee. *The Persecution of the Jews in Russia*. London, 1891 [Reimpreso, Jerusalén 1954].
- Sarmiento, Domingo F. "Progresos generales" [1878]. *Obras*, tomo XLI. Buenos Aires, 1937.
- Schallman, Lázaro. "Orígenes de la colonización agrícola judía en la República Argentina". *Comentario* 40. Buenos Aires, 1964 [a].
- Schallman, Lázaro. "Wilhelm Loewenthal, inspirador de la colonización judía en la Argentina". *Colono Cooperador* XLVIII-571, 1964 [b].
- Schallman, Lázaro. *Los pioneros de la colonización judía en la Argentina*. Buenos Aires, 1969.
- Schallman, Lázaro. *Historia de los "Pampistas"*. Buenos Aires, [1971] 1989.
- Schpall, Leo. "David Feinberg's Historical Survey of Colonization of Russian Jews in Argentina". *Publication of American Jewish Historical Society*, vol. 43. <https://bit.ly/2yjg6wI>
- Scobie, James R. *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*. Buenos Aires, 1968.

- Seelstrang, Arturo. *Informe de la Comisión Exploradora del Chaco*. Buenos Aires, 1877.
- Sommi, Luis V. *La Revolución del 90*. Buenos Aires, 1957.
- Sinay, Javier. *Los crímenes de Moisés Ville, una historia gaucha judía*. Buenos Aires, 2013.
- The Jewish Encyclopaedia*. New York 1901-1906.
<https://bit.ly/2ylUZd1>
- Wechsler, Théophile. *Mémoire sur les Colonies agricoles israélites de la JCA dans la République Argentine*. Berlín, ca. 1898. <https://bit.ly/2IZjUqZ>
- Wechsler, Théophile. "El castellano, idioma nacional para los judíos". *Vida Nuestra*, septiembre, 1918.
- White, Arnold. *The Modern Jew*. London, 1899.
- Wininger, Salomon. *Grosse Juedische National Biographie*. Cernăuți, 1925-1936.

